

96
CIÓN

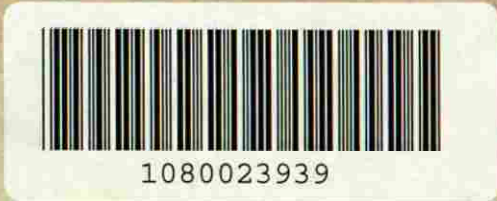
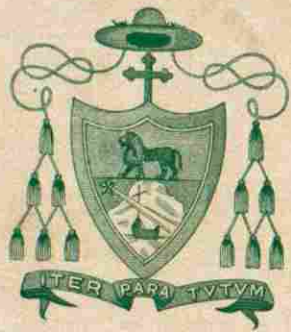
1471

1471

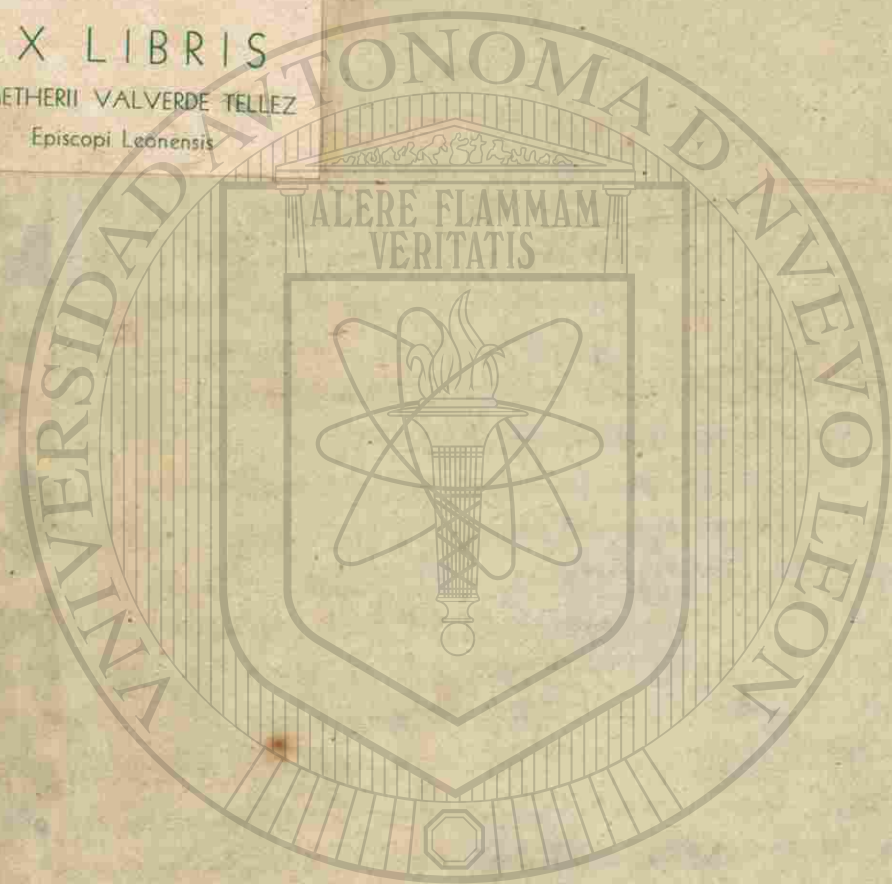


PQ729
.R8
V4
c.1

85560



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Francisco Javier Do

LA VERDAD

SUSPECHOSA.

COMEDIA EN TRES ACTOS DEL POETA MEXICANO

Don Juan Ruiz de Alarcón.



Núm. Clas. M 862.3
 Núm. Autor R 934 v
 Núm. Adc. 008406
 Procedencia 1-
 Precio 1/2
 Fecha PLAMMA
 Clasific. frh
 Catálogo VERITATIS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

IMPRENTA ECONÓMICA, A CARGO DE JOSÉ MARIA MAYA,
calle del Puente de Jesus Nazareno núm. 7.

1865

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras



85560

PQ-7296
128
V4



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



MEXICO
ESTADO DE NUEVO LEÓN
CARRANZA
MAY 19 1921

ARTÍCULOS CRÍTICOS

DE LAS OBRAS DE

D. J. RUIZ DE ALARCON.

DEL EXMO. SEÑOR

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Obras literarias del mismo.—Apéndice sobre la comedia española.

También pertenece al mismo género moral, no ménos provechoso que entretenido, la comedia de D. Juan Ruiz de Alarcon, "La verdad sospechosa," en la que se vé á un mancebo de ingenio y buenas prendas afearias todas con el vicio de mentir á destajo: si por casualidad se le suelta un cabo lo enlaza al punto con destreza; si le cortan un nudo, lo añanza con mil; pero al fin queda envuelto en las mismas redes que tejia, y deshace por su despreciable vicio el casamiento que anhelaba. "El argumento me ha parecido tan ingenioso y bien manejado (decia Corneille hablando de esta composicion), que he dicho muchas veces que daria dos de las mejores que he compuesto, con tal que esta fuese de mi invencion..." "Sea cual fuere su autor, lo cierto es que ella tiene gran mérito y no he visto en aquella lengua que me agrada mas" Nada tan honroso como el voto de ese gran maestro: y efectivamente son muchas y muy recomendables las prendas que adornan la citada comedia, pues á su feliz invencion añade la dición purísima, un estilo en general terso y limpio, agudeza en los chistes con urbanidad y decoro, la facilidad y gracia en la versificación, sin correccion ni desaliño. Se conoce que ese feliz ingenio atinó cumplidamente con el fin que debe proponerse un autor cómico; y en otra composicion suya, intitulada "Las paredes oyen" (mucho ménos conocida que "La verdad sospechosa," pero que puede servirle de

pareja), se ve sensurado con mucha facilidad y domaire el vicio de un jóven maldiciente: este carácter, mas propio de la verdadera comedia que el que descubre "El mal hombre," que tantos elogios ha valido á Gresset, se halla desenvuelto con arte y maestría, presentando este drama una leccion provechosa, pues un mozo dotado de cualidades bizarras y querido de todos, pierde por solo su mala lengua la mano de la mujer que ama. El fin moral de esta comedia se encierra en los siguientes versos con que concluye:

Suplico á vuestras mercedes
miren que "oyen las paredes"
y á toda ley, hablar bien.

Antes del gran Corneille valian tan poco las comedias francesas, que las primeras que ese autor compuso, aunque de escaso valer, parecieron muy bellas, comparándolas con las de Hardy y otras semejantes, á que estaba acostumbrado el público. Así no nos maravillamos de que nos diga Fontenelle, en la vida de aquel célebre poeta y aludido á una de sus comedias, "que está casi enteramente tomada del español, segun la costumbre de aquel tiempo;" ni que afirme en otra parte, "que entonces se tomaban casi todos los argumentos de los españoles, por lo mucho que en tales materias sobresalen." Conforme tambien con este testimonio, decia Voltaire en sus Comentarios y aludiendo al tiempo de Corneille, "que los españoles ejercian en todos los teatros de Europa el mismo influjo que en los negocios públicos;" y limitándose, en otro de sus escritos, á hablar de su propia nacion, se espresa de esta suerte: "Por-

003406

zoso es confesar que debemos á España la primera tragedia patética y la primera comedia de carácter que hayan dado á Francia celebridad; aludiendo en la primera parte de su proposición al "Cid," y en la segunda á "El mentiroso," también de Corneille. Este escritor confesó ingenuamente que su obra no era sino una "copia de un excelente original," que tenía por título "La verdad sospechosa;" y tan prendado estaba de sus bellezas, que la llama entusiasmado "maravilla del teatro," no dudando asegurar que "no ha hallado nada que se le parezca en antiguos ni en modernos."

Ya sería no poca gloria para el autor español de esa comedia, haber contribuído á la primera de mérito y renombre que viera el teatro francés; pero quiso su buena dicha que lograrse todavía un influjo mas lisonjero. "No es la citada obra de Corneille (decia Voltaire) sino una traduccion; pero probablemente á esta traduccion es á la que debemos Molière. Es posible, en efecto, que Molière haya visto esa composicion sin descubrir al punto la singular ventaja que lleva ese género á todos los demás, y sin haberse dedicado enteramente á él."

Lo que solo proponia ese crítico famoso cual conjetura suya, puede ya asegurarse como hecho cierto; pues no cabe prueba mas convincente que la que he hallado en una carta en que el mismo Molière decia á Boileau: "mucho debo al mentiroso: cuando se representó éste, ya tenia yo deseos de escribir; pero me hallaba dudoso acerca de lo que escribiria; pero mis ideas aun estaban confusas, y esa obra las fijó..." En fin, sin el "Mentiroso" hubiera compuesto sin duda algunas comedias de enredo, "El Atolondrado," "El despecho amoroso;" pero tal vez no hubiera compuesto "El Misántropo."

Tal fué el mejor fruto de la comedia de Corneille, y de que ciertamente debe gloriarse el teatro español, que suministró el preciado original, con cuya hermosa imitacion logró tantos aplausos ese célebre dramático, que publicó luego "Una continuacion del mentiroso," espresando con laudable sinceridad "que habia tenido razon en decir que no sería aquel el último empréstito ó hurto que haria á los españoles."

DEL EXMO. SEÑOR

D. ANTONIO GIL DE ZARATE.

Resúmen histórico de la literatura española.—Segunda parte del Manual de literatura, (cuarta edicion, Madrid, 1851.)

Hay personas que, sin embargo de hallarse dotadas de gran mérito, tienen la desgracia de no alcanzar la reputacion que sus obras merecen. D. Juan Ruiz de Alarcón se encuentra en este caso. En vida fué escarnecido hasta por ingenios que, como Lope de Vega, no tenían el defecto de la envidia, y solian prodigar elogios excesivos á los mas medianos poetas; sus mejores obras se las atribuyeron á otros; y despues de muerto no se le ha apreciado como era debido, prefiriéndosele otros muchos. No obstante, merece ser colocado entre nuestros primeros escritores dramáticos; y si aquí hubiéramos de seguir únicamente nuestro propio gusto, tal vez le preferiríamos á todos, porque en él brillan mas que en ninguno las cualidades que constituyen la verdadera comedia. No es tan abundante como Lope ni tan poeta como Calderon; pero tiene mas profundidad, mas gusto, mas correccion, mas filosofía. El corto número de sus obras lleva tal sello de originalidad y de rigor, que es imposible no distinguirlos de las demás. Si con alguién pudiera confundirse á veces, sería con Moreto; ambos se dedicaron, en efecto, con preferencia á los asuntos morales; y si Moreto ostenta mas arte, Alarcón es mas lógico y mas enérgico.

Sigue, con respecto á la vida de este autor, la misma ignorancia que nos ha rodeado al tratar de otros muchos. Sabemos únicamente que nació en Tasco (reino de Nueva España) pero no en qué año; siendo oriundo de Alarcón, pueblo de la provincia de Cuenca, y perteneciendo sin duda á una familia ilustre, como lo acredita su apellido. Sin que se conozca la causa de haber pasado á España, se le encuentra en Europa en 1611, ya licenciado en leyes, y en 1628 era relator del consejo de Indias, acaeciéndole su muerte en 1639. Dedicó sus obras, cuya coleccion es muy rara en el día, á D. Ramiro Felipe de Guzman, duque de Medina de las Torres, que era el del mismo consejo, que sin duda le protegeria.

Si bien Alarcón debió á la naturaleza un ingenio claro y profundo, no fué igualmente bien dotado por ella en cuanto á las dotes corporales. Su

cuerpo desfigurado se prestaba al ridículo, y contribuyó sin duda al poco aprecio en que se le tuvo. Un poeta, por lo demás bien desconocido, D. Juan Fernandez, decia de él:

Tanto de corcova atras
y adelante, Alarcón, tienes,
que saber es por demás
de dónde te corco-vienes
ó á dónde te corco-vas.

No obstante, su mérito no se ocultó á la corte, y el Duque de Cea le encargó la descripción de unas funciones que hubieron de valerle algo, y de las que hizo una relacion poco feliz. Con este motivo se desencadenaron todos contra él, y existe una coleccion de décimas en que se le satiriza cruelmente, compuestas por la mayor parte de los ingenios de la corte, sin que faltasen los de primera nota. Trasladarémos aquí algunas, para dar al propio tiempo idea de esta clase de guerra literaria en aquella época.

En la Biblioteca Nacional de Madrid existen manuscritas unas seguidillas muy malas contra este poema, de las cuales solo copiamos la que sigue:

A ningún corcovado
daré ventaja;
que una traiga en el pecho
y otra en la espalda.
¡Jesús! ¿qué tengo?
que parecen alforjas
de bordonero.

Adviértese por las décimas que una de las acusaciones que le hacian era la de plagiarlo: acusacion bien injusta por cierto, pues nada de sus obras se ve que deya á los demás, á no ser haber tratado algunos asuntos tocados ya por otros; y que, á la verdad, quedaron en sus manos notablemente mejorados. Lo gracioso es que él era el verdadero robado, pues sus mejores comedias se imprimieron con nombres ajenos, sin duda por la codicia de los editores, que para dar mejor salida á la obra la atribuian á ingenios que gozaban de mas reputacion y popularidad que el desgraciado relator del Consejo. A tal punto llegó esto, que "Corneille," al imitar su comedia de "La verdad sospechosa," dijo que era de Lope de Vega; y Alarcón tuvo por fin que reclamar su propiedad, imprimiendo al frente de la segunda parte de sus obras lo siguiente: "Sabe que las ocho comedias

de mi primera parte y las doce de esta segunda son todas mías, aunque algunas han sido plagiadas de otras corpejas, como son el "Tejedor de Segovia," "La verdad sospechosa," "El examen de maridos," y otras que andan impresas por de otros dueños."

Montalban, que fué uno de los que entraron en la conjuración de décimas contra Alarcón, no desconoció, sin embargo, el mérito de este poeta, y dice de él, en su "Para todos," hablando de sus comedias: "Las dispone con tal verdad, ingenio y acierto, que no habia comedia suya que no tuviese mucho que admirar y nada que reprender; que despues de haber escrito tantas, era gran muestra de su caudal fertilísimo." Igual elogio hace de él D. Nicolás Antonio; Lope de Vega también le hizo justicia en su "Laurel de Apolo;" y se ve que si no alcanzó la popularidad de otros ingenios, acaso por no haber escrito mucho, circunstancia que al parecer era entonces indispensable para brillar, al ménos las personas entendidas reconocieron al cabo su indisputable mérito.

Si las obras de un autor pueden presentarse como el retrato de su alma, sin duda la de Alarcón debió ser bellísima; porque en general sus comedias se dirigen á reprender los vicios y ensalzar las virtudes. Ya se muestra el campeón de la "verdad," manifestando que quien falta á ella llega hasta hacer "sospechosa" en sus labios; ya confunde al maldiciente y le impone el castigo digno de su lengua viperina, como en "Las paredes oyen;" ya ensalza la fidelidad en cumplir su palabra, como en "Ganar amigos;" ya pone en escena el mas noble desprendimiento de la amistad, como en el "Examen de maridos;" ya en la "Prueba de las promesas" demuestra lo que estas tienen de sagrado: en todo ostentan sentimientos de pundonor, generosidad y delicadeza. Sus pensamientos son grandes y sus sentencias profundas; sus planes bien pensados, aunque tal vez se desearia en ellos mas regularidad; y su versificación, llena, fácil, sonora, exenta de afectacion y culteranismo, resplándece por la pureza, sencillez y naturalidad, mereciendo servir de modelo, con preferencia á todos nuestros antiguos poetas dramáticos, en el modo de manejar el habla castellana.

En "Ganar amigos" D. Fernando ha muerto al hermano de D. Fadrique; la justicia le persigue, y él pide auxilio á este último, que le ofrece auxilio sin conocerle. D. Fadrique sabe despues

quién es; pero cumple fielmente su palabra; y D. Fernando, al ver tanta generosidad, le dice:

La tierra que estais pisando
será el altar de mi boca.

Y D. Fadrique responde:

Caballero, levantáos:
no me deis gracias por esto,
supuesto que no lo hago
yo por vos, sino por mí,
que la palabra os he dado.
Cuando la di, os obligué:
cumplirla no es obligaros,
que es pagar mi obligacion,
y nadie obliga pagando.
De esto procedió el decirlo,
no os disculpeis por mostraros
que sin que escuseis la ofensa
ni disculpeis el agravio,
basta, para que yo cumpla
mi palabra, haberla dado.

D. Fadrique, despues de levantar á D. Fernando, se vate con él y le vence; y como este prefiere la muerte á revelar el secreto de su dama, dice el primero:

Levantad, ejemplo raro
de fortaleza y valor,
alto blason del honor,
de nobleza espejo claro.
Vivid: no permita el cielo
que quien tal valor alcanza,
por una ciega venganza
deje de dar luz al suelo.
Para con vos quedo bien
con esto, pues si sabeis
que sé que muerto me habeis
mi hermano, sabeis tambien
que cuerpo á cuerpo os vencí;
y si ya pude mataros,
haga menos perdonaros,
pues tambien me venzo á mí.
Para con el mundo nada
satisfago, si aquí os diera
muerte, pues nadie supiera
que la autora fué mi espada,
por el secreto que ofrece
esta muda obscuridad;
y en tanto que la verdad
de mi ofensor se obscurece,
no tengo yo obligacion

de daros muerte, si bien
la tengo de inquirir quien
lizo ofensa á mi opinion.
Guardaos, si viene á saberse
que fuiste vos mi ofensor,
porque en tal caso mi honor
habrá de satisfacerse;
mientras no, para conmigo
no solo estais perdonado,
pero os quedaré obligado
si me quereis por amigo.

D. Fernando. De eterna y firme amistad
la palabra y mano os doy.

D. Fadrique. D. Fernando de Godoy,
idos con Dios, y pensad
que puesto que ya la muerte
de mi hermano sucedió,
que mas que á mí quise yo,
os estimo de tal suerte,
que truco alegre y ufano,
á mi suerte agradecido,
el hermano que he perdido
por el amigo que gano.

En "La verdad sospechosa," D. Beltran, padre de D. Garcia, le saca al campo para reprenderle el vicio que tiene de mentir en todas las ocasiones.

D. Beltran. ¿Sois caballero, Garcia?

D. Garcia. Téngome por hijo vuestro.

D. Beltran. ¿Y basta ser hijo mio,
para ser vos caballero?

D. Garcia. Yo pienso, señor, que sí.

D. Beltran. ¿Qué engañado pensamiento!
Solo consiste en obrar
como caballero, el serlo.

¿Quién dió principio á las cosas
nobles? Los ilustres hechos
de sus primeros autores.

Sin mirar sus nacimientos,
hazañas de hombres humildes
honraron sus herederos.

Luego en obrar bien ó mal
está el ser malo ó ser bueno.

¿Es así?

D. Garcia. Que las hazañas
den nobleza, no lo niego;
mas no neguéis que sin ellas
tambien la dá el nacimiento.

D. Beltran. Pues si honor puede ganar
quien nació sin él, ¿no es cierto

que por el contrario puede,
quien con él nació, perdello?

D. Garcia. Es verdad.

D. Beltran. Luego si vos

obrais afrentosos hechos,
aunque seais hijo mio,

dejais de ser caballero;

luego si vuestras costumbres

os infaman en el pueblo,

no importan paternas armas.

no sirven altes abuelos.

¿Qué cosa es que la fama

diga á mis oídos mismos,

que á Salamanca admiraron

vuestras mentiras y enredos?

¿Qué caballero y qué nada!

Si afrenta al noble y plebeyo.

Solo el decirle que miente,

decid, ¿qué será el hacerlo,

si vivo sin honra yo,

segun los humanos fueros,

mientras de aquel que me dijo,

que mentia no me vengo?

¿Tan larga teneis la espada,

tan duro teneis el pecho,

que penseis poder vengaros,

diciéndolo todo el pueblo?

¿Posible es que tenga un hombre

tan humildes pensamientos,

que viva sujeto al vicio

mas sin gusto y sin proyecho?

El deleite natural

tiene á los lacivos presos;

obliga á los codiciosos

el poder que da al dinero;

el gusto de los manjares

al gloton; el pasatiempo

y el echo de la ganancia

á los que cursan el juego;

su venganza al homicida,

al robador su remedio,

la fama y la presuncion

al que es por la espada inquieto;

todos los vicios, al fin,

ó dan gusto ó dan proyecho;

mas de mentir, ¿qué se saca

sino infamia y menosprecio?

En pocos poetas nuestros antiguos se hallarán relaciones como esta y otras muchas que tiene Alarcon, que son verdaderos trozos de moral, aun-

que no falta nunca en ellas la expresion poetica, si bien con la sencillez y claridad que distingue su estilo. Tal es en general el carácter de este poeta, que adivinó la comedia de Molière, ó por mejor decir la creó, aunque sujetándose siempre á las formas que eran ya condicion precisa de nuestro teatro. Y decimos que la creó, porque en efecto así fué. Esta comedia, imitada y en gran parte traducida por Corneille, fué el primer paso que dió la Francia en el género que aquel celebre escritor llevó luego á su perfeccion. Hasta entonces solo habia presentado la escena francesa dramas de enredo: mal copiados de nuestros autores. El *Menteur* les enseñó á componer verdaderas comedias morales, y les señaló el sendero que mejor convenia á su genio dramático. Así lo confesó el mismo Molière en una carta á Boileau, diciendo "que cuando el *Menteur* se representó andaba dudoso acerca del género en que escribiria; que sin aquella comedia hubiese tal vez compuesto algunas de enredo, pero que ella le señaló el verdadero camino, que le condujo hasta componer el *Misántropo*." De suerte que Francia, por el intermedio de su gran poeta Corneille, recibió de nosotros los dos géneros que han ilustrado su teatro, la tragedia y la comedia.

No se limitaba, sin embargo, Alarcon á presentar pensamientos elevados y morales, revestidos de puro lenguaje; poseia tambien la *vis cómica*, si no tan maligna y punzante como Tirzo, más delicada y urbana; debiendo sus gracias más bien al pensamiento y á la situacion que á las palabras. Véase, si no, cómo á la misma comedia que acabamos de citar pinta don Garcia á su criado Tristán un supuesto desafio, haciéndoselo creer, á pesar de ser el confidente de sus mentiras.

D. GARCIA. Yo te lo quiero contar,

Que pues sé por experiencia

Tu secreto y tu prudencia,

Bien te lo puedo fiar.

A las siete de la tarde

Me escribió que me aguardaba

En San Blas don Juan de Sosa

Para un caso de importancia.

Callé, por ser desafio;

Que quiere el que no lo calla

Que le estorben ó le ayuden;

Cobardes acciones ambas.

Llegué al aplazado sitio,

Donde don Juan me aguardaba!

Con su espada y con sus esplos,
Que son armas de ventaja;
Su sentimiento propuso,
Satisface á su demanda;
Y por quedar bien, al fin
Desnudamos las espadas.
Elegí mi medio al punto,
Y haciéndole una ganancia
Por los grados del perál.
Le dí una fuerte estocada.
Sagrado fué de su vida
Un *Agnus Dei* que llevaba;
Que topando en él la punta
Hizo dos partes mi espada.
El sacó piés del gran golpe;
Pero con ardiente rabia
Vino tirando una punta;
Mas yo por la parte fiaca
Cogí su espada, formando
En atajo. El presto saca
(Como la respiracion
Tan corta línea le tapa,
Por faltarle los dos tercios
A mi poco fiel espada).
La suya corriendo filis;
Y como cerca me halla
(Porque yo busqué el estrecho,
Por la falta de mis armas),
A la cabeza furioso
Me tiró una cuchillada.
Recíbila en el principio
De su formacion y baja,
Matándole el movimiento
Sobre la suya mi espada.
¡Aquí fué troya! Saqué
Un reves con tal pujanza,
Que la falta de mi acero
Hizo allí muy poca falta;
Que abriéndole en la cabeza
Un palmo de cuchillada,
Vino sin sentido al suelo,
Y aun sospecho que sin alma;
Dejéle así, y con secreto
Me vine. Esto es lo que pasa,
Y de no verle estos dias,
Tristan, es esto la causa.

Tristan. ¿Qué suceso tan extraño!
¿Y si murió?

D. García. Cosa es clara,
Porque hasta los mismos sesos

Esparcí por la campaña,
Tristan. ¡Pobre don Juan!—Mas ¿no es este
Que viene aquí?

D. García. Cosa estraña!
Tristan. ¿También á mí me la pegas?
¡Al secretario del alma!

En el *Exámen de maridos* hay una escena en
que doña Inés se va informando de todos sus pre-
tendientes, y que está llena de gracia y filosofía.

Doña Inés. ¿Teneis Beltran, prevenidos
Los memoriales?

Beltran. Dispuestos
Están, como has ordenado.

Doña Inés. Pues llegad, llegad asientos:
Sentaos, Beltran. El exámen
En nombre de Dios empiezo.

Beltran. Este billete, señora,
Es de don Juan de Vivero.

Doña Inés. Breve escribe. Dice así:
"Si os mueven penas, yo muero."
—Esto de *muero* es vulgar;
Mas por lo breve es discreto.

Beltran. Hecha tengo la consulta.

Doña Inés. Decid.

Beltran. D. Juan de Vivero,
Mozo, galán, gentilhombré,
Y en sus acciones compuesto;
Seis mil ducados de renta,
Galiciano caballero,
Es modesto de costumbres;
Aunque dicen que fué un tiempo
A jugar tan inclinado,
Que perdió hasta los arrees
De su casa y su persona,
Pero ya vive muy quieto."

Doña Inés. El que jugó jugará;
Que la inclinacion al juego
Se aplaca, mas no se apaga.—
Borradle.

Beltran. Ya te obedezco.

Doña Inés. Proseguid.

Beltran. Este es don Juan
De Guzman, noble mancebo.

Doña Inés. ¿No es este el que ayer traís
Una banda verde al cuello?

Beltran. Ese mismo.

Doña Inés. Pues yo dudo
Que escape de loco ó necio;
Que preciarle de dichoso
Nunca ha sido acción de cuerdo.

(Lee). "En tanto que el máximo planeta en
giro veloz ilustre el orbe, y sus piramidales rayos
iluminen mis vitreos ojos..."

¡Oh qué fino mentecato!

Beltran. ¡Y qué puro majadero!

Doña Inés. A una mujer circunlequios
Y no usados epitetos!

Beltran. ¿Quiéres oír su consulta?

Doña Inés. No Beltran; borradle presto,
Y al margen poned así:
"Este se borra por necio:
No se consulte otra vez,
Porque es falta sin remedio."

Beltran. Ya está puesto. El que sigue
es don Gomez de Toledo,
que la cruz de Caltrava
ostenta en el noble pecho;
hombre que anda á lo ministro,
capa larga y corto cuello,
levantado por detras
el cuello del ferruuelo;
el paso compuesto y corto,
siempre el sombrero derecho,
y un papel en la pretina;
maduro en años y en seso.

Doña Inés. Apruebo el seso maduro;
maduros años no apruebo
para un marido, Beltran.

Beltran. Es maduro, mas no es viejo.

Doña Inés. Va la consulta.

Beltran. Es Hurtado
de Mendoza.

Doña Inés. ¿De los buenos?

Beltran. Dé los buenos.

Doña Inés. Será vano.

Beltran. Es pobre.

Doña Inés. Serálo ménos.

Beltran. Tiene esperanza de ser
de una gran casa heredero.

Doña Inés. No conteis por caudal proprio
el que está en poder ajeno;
y más donde el morir ántes
ó despues es tan incierto.

Beltran. Pretende oficios.

Doña Inés. ¿Pretendé?
¡Triste dél! ¿Teneis por bueno
para mi marido á quien
ha de andar siempre pidiendo?

Beltran. Un vircinato pretende.

Doña Inés. ¡Vircinato cuando méfios!
mirad si digo que es vano.

Beltran. Tiene para merecerlo
innumerables servicios.

Doña Inés. A maravedis los truecos;
que méritos no premiados
son litigiosos derechos.

Beltran. Soló entre sus buenas prendas
se le conoce un defecto.

Doña Inés. ¿Cuál?

Beltran. Es colérico, adusto.

Doña Inés. Peligroso compañero!

Beltran. Mas dicen que aquella furia
se le pasa en un momento,
y queda apasible y manso.

Doña Inés. Si con el ardor primero
me arroja por un balcón,
decidme, ¿de qué provecho,
después de haber hecho el daño,
será el arrepentimiento?

Beltran. ¿Borrárelo?

Doña Inés. Sí, Beltran;
que elegir esposo quiero
á quien tenga siempre amor,
no á quien tenga siempre miedo.

Beltran. Ya está borrado. Consulta
de D. Alonso.

Doña Inés. Ya entiendo.

Beltran. Este tiene nota al margen
que dice: "merced le han hecho
de un hábito, y no ha salido:
consúlteseme en saliendo."

Doña Inés. ¿Ha salido?

Beltran. No, Señora.

Doña Inés. Harta lástima lo tengo.
Beltran, el que hábito pide,
mas pretende, según pienso,
dar muestra de que es bienquisto,
que no de que es caballero.—
Adelañite.

Beltran. D. Guillén
de Aragón se sigue luego,
de buen talle y gentil bris;
sobre un condado trae pleito.

Doña Inés. ¿Pleito tiene el desdichado?

Beltran. Y dicen que con derecho;
que sus letrados lo afirman.

Doña Inés. Ellos ¿cuándo dicen ménos?

Beltran. Gran poeta.

Doña Inés. Buena prenda.

cuando no se toma el serlo por oficio.

Beltran. Canta bien.

Doña Inés. Buena gracia en un soltero, si canta sin ser rogado, pero sin rogar con ello.

Beltran. En latin y en griego es docto.

Doña Inés. Apruebo el latin y el griego; aunque el griego, mas que sabios, engendrar suele soberbios.

Beltran. ¿Qué mandas?

Doña Inés. Que se consulte, si saliere con el pleito.

Beltran. El que se sigue es don Marcos de Herrera.

Doña Inés. Borrado luego; que don Marcos y don Pablo, don Pascual y D. Tadeo, don Simon, don Gil, don Lucas, que solo oírlos da miedo, ¿cómo serán si los nombres se parecen á sus dueños?

Beltran. Ya está borracho. Consulta del conde don Juan.

Doña Inés. Ya entiendo.

Beltran. Es andaluz, y su estado es muy rico y sin empeño, y crece más cada día, que trata y contrata.

Doña Inés. Eso en un caballero es falta; que ha de ser el caballero ni pródigo de perdido, ni de guardoso, avariente.

Beltran. Dicen que es dado á mujeres.

Doña Inés. Condicion que muda el tiempo: casará, y amansará al yugo del casamiento.

Beltran. No es puntual.

Doña Inés. Es señor.

Beltran. Mal pagador.

Doña Inés. Caballero.

Beltran. Avalentado.

Doña Inés. Andaluz.

Beltran. Es viudo.

Doña Inés. Borrado prestó; que quien dos veces se casa, ó sabe enviudar ó es necio.

Beltran. El Conde Carlos se sigue. Este tiene gran derecho;

que es noble, rico y galán, y de muchas gracias lleno.

Doña Inés. Sí; mas tiene una gran falta.

Beltran. ¿Y cuál es?

Doña Inés. Que no le quiero.

Beltran. ¿Borrárelo?

Doña Inés. No, Beltran, ni le borro ni le apruebo.

Beltran. Solo el marqués D. Fadrique resta ya: sus partes leo.

Doña Inés. Decídme: ¿qué informacion hallásteis de los defectos que aquella mujer me dijo?

Beltran. Que son todos verdaderos.

Doña Inés. ¿Que son ciertos?

Beltran. Ciertos son.

Doña Inés. Pues borralde... Mas tenéos, no le borreís; que es vano, entre tanto que no puedo, como su nombre en el libro, borrar su amor en mi pecho.

Beltran. Con las tablas de la ley diste, señora, en el suelo? No hallarás perfeto esposo; que caballo sin defecto, quien lo busca, desconfie de andar jamas caballero.

En todos los trozos que hemos copiado, y en todas las obras de este autor, hallamos generalmente la naturalidad, que iba faltando á nuestros poetas, y muy leves resabios del culteranismo que él mismo critica en la anterior escena. Por lo tanto, admira mas el encontrar en una comedia que pasa por suya, "El tejedor de Segovia," primera parte, las siguientes octavas, describiendo una batalla, en la que se quiere dejar atras al mismo Góngora:

Admito el desafio, y salgo luego á la palestra, en que aguardando estuve en un rayo andaluz, monstruo de fuego, que una vez es atilla y otra nube: Hipogrifo le juzga el campo ciego, y el sol cometa que á eclipsarse sube; que unas veces ligero y otras grave, goza en los vientos privilegios de ave.

Era trigre en la piel, como retrata entre flores abril curioso toro, en quien siembra, con círculos de plata, pórvido á líneas salpicadas de oro; la cola, que eulebras se desata,

pompa del sol, y de su luz decoro, golfo de tornasoles parecia, y la crin, lisonjera argenteria.

Era un monte su pecho, y su cabeza tan recojida y breve, que á un diamante la quiso reducir naturaleza, siendo en todo á una perla semejante. Tropezando en su misma ligereza, burla el viento soberbio y arrogante, tanto, que el viento, allí, por imitallo, quisiera no ser viento y ser caballo.

A esta ocasion el moro al puesto llega, dauzando al son del militar rüido, con los compases de una alfana griega, alabastro con alma y con sentido: cisne parece que en el sol navega. Por nubes que ha burlado y desmentido; que entre ellas quiere el bruto que presume que hay estrellas tambien que visten pluma.

Era un jazmin la yegua, y poderosa de cola y crin, de cuello angosto y breve, ancha de pecho, de ancas portentosa, dando en ellas al sol montes de nieve; llamas sus ojos son, su testa hermosa, que entre ondas de marfil estrellas bebe, lágrimas del Ceilan, pues al moverla, le dió la vista admiracion de perla.

Compárese tambien esta descripcion con la que al mismo objeto hay en "Todo es ventura," y escrita igualmente en octavas reales, y se verá la enorme diferencia de trozo á trozo, de estilo á estilo. Aunque alguno habrá tal vez que tenga estas octavas por rica y brillante poesia, nosotros las creemos indignas de Alarcon: bien es verdad que esta primera parte del "Tejedor de Segovia," comparada en su estilo con la segunda y con las

demas comedias del autor, nos parece ser, y así lo creemos, de muy distinto poeta.

Hemos dicho que algunos habrá que tengan el trozo anterior por un dechado hermoso de alta poesia; y con efecto, comun es entre nosotros dejarse llevar de la pompa de las palabras, la sonoridad de los versos y lo estraño ó ingenioso de ciertas metáforas exageradas y ridiculas, muchas veces ininteligibles, pero que hasta se aplauden mas por su oscuridad misma, sobre todo en el teatro, cuando caen estas relaciones altisonantes en poder de un actor de voz hermosa y campanuda que las declama con énfasis. Si el gongorismo se acreditó á tal punto en nuestra poesia lirica, no podia ménos de inficionar el teatro; y ya en la época que recorremos solian resentirse del contagio hasta nuestros mejores ingenios, sin embargo de que mas de una vez ridiculizaron á los cultos. Si fueran las octavas que acabamos de citar realmente de Alarcon, presentarian una triste prueba de cuán fácil es que el mal gusto pervierta á los mas claros entendimientos, puesto que el de Alarcon era el menos á propósito para dejarse arrastrar á esta clase de manía. ¿Qué sucederia, pues, á hombres de imaginacion más arrebatada, más rica y poética? El peligro era grande, y nuestra escena se hallaba á punto de ser enteramente avasallada por el culteranismo. Afortunadamente, aunque rindió varias al mal gusto, las eminentes dotes de algunos grandes poetas fueron mas poderosas, y solo permitieron manchar con algunos defectos obras por otro lado inmortales. El culteranismo deslució nuestro teatro, pero no pudo aniquilarlo: tal era la robustez que habia adquirido desde que Lope de Vega le dió el grande impulso.

LA VERDAD SOSPECHOSA.

PERSONAS.

DON GARCIA, galan.	DON SANCHO, viejo grave.	CAMINO, escudero.
DON JUAN, galan.	DON JUAN, viejo grave.	UN PAJE.
DON FELIX, galan.	TRISTAN, gracioso.	JACINTA, dama.
DON BELTRAN, viejo grave.	UN LETRADO.	LUCRECIA, dama.

ISABEL, criada.—UN CRIADO.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de D. Beltran.

ESCENA PRIMERA.

Por una puerta D. García, de estudiante, y un Letrado viejo, de camino; y por otra, D. Beltran y Tristan.

D. Beltr. Con bien vengas, hijo mio.

D. Garc. Dame la mano, señor.

D. Beltr. ¿Cómo vienes?

D. Garc. El calor del ardiente y seco estío me ha affigido de tal suerte, que no pudiera llevallo, señor, á no mitigallo con la esperanza de verte.

D. Beltr. Entra, pues, á descansar.

Dios te guarde. ¡Qué hombre vienes!

—Tristan.....

Tristan. Señor.....

D. Beltr. Dueño tienes nuevo ya de quien cuidar. Sirve desde hoy á García; que tú eres diestro en la corte, y él bisoño.

Tristan. En lo que importe yo le serviré de guía.

D. Beltr. No es criado el que te doy, mas consejero y amigo.

D. Garc. Tendrá ese lugar conmigo. [Vásc.]

Tristan. Vuestro humilde esclavo soy. [Vásc.]

ESCENA SEGUNDA.

D. BELTRAN, EL LETRADO.

D. Beltr. Déme, señor licenciado, los brazos.

Letrado. Los piés os pido.

D. Beltr. Alze ya. ¿Cómo ha venido?

Letrado. Bueno, contento y honrado de mi señor D. García, á quien tanto amor cobré, que no sé cómo podré vivir sin su compañía.

D. Beltr. Dios le guarde; que en efeto siempre el señor licenciado claros indicios ha dado de agradecido y discreto. Tan precisa obligacion me huelgo que haya cumplido García, y que haya acudido á lo que es tanta razon. Porque le aseguro yo que es tal mi agradecimiento, que como un corregimiento mi intercesion le alcanzó. (Segun mi amor, desigual), de la misma suerte hiciera darle tambien, si pudiera, plaza en el Consejo Real.

Letrado. De vuestro valor lo fio.

D. Beltr. Sí, bien lo puede creer; mas yo me doy á entender que si con el favor mio en ese escalon primero

se ha podido poner ya,
sin mi ayuda subirá
con su virtud al postrero.

Letrado. En cualquier tiempo y lugar
he de ser vuestro criado.

D. Beltr. Ya, pues, señor licenciado,
que el timon ha de dejar
de la nave de García,
y yo he de encargarme d'él,
que hiciese por mí y por él
sola una cosa querría.

Letrado. Ya, señor, alegre espero
lo que me quereis mandar.

D. Beltr. La palabra me ha de dar
de que lo ha de hacer, primero.

Letrado. Por Dios juro de cumplir,
señor, vuestra voluntad.

D. Beltr. Que me diga una verdad
le quiero solo pedir.

Ya sabe que fué mi intento
que el camino que seguía
de las letras D. García
fuese su acrecentamiento;
que para un hijo segundo
como él era, es cosa cierta
que es esa la mejor puerta
para las honras del mundo.
Pues como Dios se sirvió
de llevarse á D. Gabriel,
mi hijo mayor, con que en él
mi mayorazgo quedó,
determiné que, dejada
esa profesion, viniese
á Madrid, donde estuviese,
como es cosa acostumbrada
entre ilustres caballeros

en España; porque es bien
que las nobles casas den
á su rey sus herederos.
Pues como es ya D. García
hombre que no ha de tener
maestro, y ha de correr
su gobierno á cuenta mia;
y mi paternal amor
con justa razon desea

que, ya que el mejor no sea,
no le noten por peor;
quiero, señor licenciado,
que me diga claramente,
sin lisonja, lo que siente

(supuesto que le ha criado)
de su modo y condicion,
de su trato y ejercicio,
y á qué género de vicio
muestra más inclinacion.

Si tiene alguna costumbre
que yo cuide de enmendar,
no piense que me ha de dar
con decirlo pesadumbre.
Que él tenga vicio es forzoso;
que me pese, claro está;
mas saberlo me será
útil, cuando no gustoso.
Antes en nada á fé mia
hacerme puede mayor
placer, ó mostrar mejor
lo bien que quiere á García,
que en darme este desengaño
cuando provechoso es,
si he de saberlo despues
que haya sucedido un daño.

Letrado. Tan estrecha prevencion,
señor, no era menester
para reducirme á hacer
lo que tengo obligacion;
pues es caso averiguado
que cuando entrega al señor
un caballo el picador
que lo ha impuesto y enseñado,
si no le informa del modo
y los resabios que tiene,
un mal suceso previene
al caballo y dueño y todo.
Deciros verdad es bien;
que, demas del juramento,
daros una purga intento
que os sepa mal y haga bien.

—De mi señor D. García
todas las acciones tienen
cierto acento, en que convienen
con su alta genealogía.
Es magnánimo y valiente,
es sagaz y es ingenioso,
es liberal y piadoso;
si repentino, impaciente.
No trato de las pasiones
propias de la mocedad,
porque en esas con la edad
se mudan las condiciones.
Mas una falta no más

es la que le he conocido,
que por mas que le he refido,
no se ha enmendado jamás:

D. Beltr. ¿Cosa que á su calidad
será dañosa en Madrid?

Letrado. Puede ser.

D. Beltr. ¿Cuál es? Decid.

Letrado. No decir siempre verdad.

D. Beltr. ¡Jesus, qué cosa tan fea
en hombre de obligacion!

Letrado. Yo pienso que, ó condicion
ó mala costumbre sea,
con la mucha autoridad
que con él teneis, señor.
Junto con que es ya mayor
su cordura con la edad,
ese vicio perderá.

D. Beltr. Si la vara no ha podido,
en tiempo que tierna ha sido,
enderezarse, ¿qué hará
siendo ya tronco robusto?

Letrado. En Salamanca, señor,
son mozos, gastan humor,
sigue cada cual su gusto:
hacen donaire del vicio,
gala de la travesura,
grandeza de la locura;
hace al fin la edad su oficio.
Mas en la corte mejor
su enmienda esperar podemos,
donde tan validas vemos
las escuelas del honor.

D. Beltr. Casi me mueve á reir
ver cuán ignorante está
de la córte. ¿Luego acá
no hay quien le enseñe á mentir?
En la córte, aunque haya sido
un extremo D. García,
hay quien le dé cada dia
mil mentiras de partido.
Y si aquí miente el que está
en un puesto levantado,
en cosa en que al engañado,
la hacienda ú honor le vá,
¿no es mayor inconveniente
quien por espejo está puesto
al reino? Dejemos esto;
que me voy á maldiciente.
Como el toro á quien tiró
la vara una diestra mano,

arremete al mas cercano
sin mirar á quien le hirió;
así yo, con el dolor
que esta nueva me ha causado,
en quien primero he encontrado
ejecuté mi furor.
Creame, que si García
mi hacienda, de amores ciego,
disipara, ó en el juego
consumiera noche y dia;
si fuera de ánimo inquieto
y á pendencias inclinado,
si mal se hubiera casado,
si se muriera en efeto,
no lo llevara tan mal
como que su falta sea
mentir. ¡Qué cosa tan fea!
¡Qué opuesta á mi natural!
Ahora bien: lo que he de hacer
es casarle brevemente,
antes que este inconveniente
conocido venga á ser.—
Yo quedo muy satisfecho
de su buen celo y cuidado,
y me confieso obligado
del bien que en esto me ha hecho.
¿Cuándo ha de partir?

Letrado. ¿Querria
luego.

D. Beltr. ¿No descansará
algun tiempo, y gozará
de la corte?

Letrado. Dicha mia
fuera quedarme con vos;
pero mi oficio me espera.

D. Beltr. Ya entiendo: volar quisiera,
porque va á mandar. Adios. [Vase.]

Letrado. Guárdeos Dios.—Dolor extraño
le dió al buen viejo la nueva.
Al fin, el mas sábio lleva
Agriamente un desengaño. [Vase.]

Las Platerías:

ESCENA III.

D. GARCIA, de galan; TRISTAN.

D. Garc. ¿Dícame bien este traje?

Tristan. Divinamente, señor.
¡Bien hubiese el inventor
deste holandesco follaje!

Con un cuello apanalado
¿qué fealdad no se enm. udó?
Yo sé una dama á quien dió
cierto amigo gran cuidado
mientras con cuello le via;
y una vez que llegó á verle
sin él, la obligó á perderle
cuanta afieion le tenia.
Porque ciertos costurones
en la garganta cetrina
publicaban la ruina
de pasados lamparones.
Las narices le ercieron,
mostró un gran palmo de oreja,
y las quijadas, de vieja,
en lo enjuto parecieron.
Al fin, el galan quedó
tan otro del que solia,
que no le conoceria
la madre que le parió.

D. Garc. Por esa y otras razones
me holgara de que saliera
premática que impidiera
esos vanos canjilones.
Que demas desos engaños,
con su holanda el extranjero
saca de España el dinero
para nuestros propios daños.
Una valoncilla angosta,
usándose, le estuviera
bien al rostro, y se anduviera
mas á gusto á menos costa.
Y no que con tal cuidado
sirve un galan á su cuello,
que por no descomponello,
se obliga á andar empalado.

Tristan. Yo sé quien tuvo ocasion
de gozar su amada bella,
y no osó llegarse á ella
por no ajar un canjilon.
Y esto me tiene confuso:
todos dicen que se holgaran
de que valonas se usaran,
y nadie comienza el uso.

D. Garc. De gobernar nos dejemos
el mundo. ¿Qué hay de mñjeres?

Tristan. El mundo dejas, ¡y quieres
que la carne gobernemos!
¿Es mas fácil?

D. Garc. Más gustoso.

Tristan. ¿Eres tierno?

D. Garc. Mozo soy.

Tristan. Pues en lugar entras hoy
donde amor no vive ocioso.
Resplandecen damas bellas
en el cortesano suelo
de la suerte que en el cielo
brillan lucientes estrellas.
En el vicio y la virtud
y el estado hay diferencia,
como es varia su influencia,
resplandor y magnitud.
Las señoras no es mi intento
que en este número estén,
que son ángeles á quien
no se atreve el pensamiento.
Solo te diré de aquellas
que son, con almas livianas,
siendo divinas, humanas;
corruptibles, siendo estrellas.

Bellas casadas verás
conversables y discretas,
que las llamo yo planetas
porque resplandecen más.
Estas, con la conjuncion
de maridos placenteros,
influyen en extranjeros
dádívosa condicion.

Otras hay cuyos maridos
á comisiones se van,
ó que en las Indias están
ó en Italia entretenidos.
No todas dicen verdad
en esto; que mil taimadas
suelen fingirse casadas
por vivir con libertad.

Verás de cautias pasantes
hermosas recientes hijas;
éstas son estrellas fijas,
y sus madres son errantes.
Hay una gran multitud
de señoras del tuson,
que entre cortesanas son
de la mayor magnitud.
Síguense tras las tusonas,
otras que serlo desean;
y aunque tan buenas no sean,
son mejores que busconas.
Estas son unas estrellas
que dan meyor claridad;

mas en la necesidad
te habrás de alumbrar con ellas.
La buscona no la cuento
por estrella, que es cometa,
pues ni su luz es perfeta
ni conocido su asiento.
Por las mañanas se ofrece
amenazando al dinero,
y en cumpliéndose el agujero,
al punto desaparece.
Niñas salen, que procuran
gozar todas ocasiones:
estas son exhalaciones
que mientras se quemán, duran.
Pero que adviertas es bien,
si en estas estrellas tocas,
que son estables muy pocas,
por más que un Perú les dén.
No ignores, pues yo no ignoro,
que un signo el de Virgo es,
y los de cuernos son tres,
Aries, Capricornio y Toro;
y así, sin fiar en ellas,
lleva un presupuesto solo,
y es que el dinero es el polo
de todas estas estrellas.

D. Garc. ¿Eres astrólogo?

Tristan. Oí,
el tiempo que pretendia
en palacio, astrologia.

D. Garc. ¿Luego has pretendido?

Tristan. Fuí
pretendiente, por mi mal.

D. Garc. ¿Cómo en servir has parado?

Tristan. Señor, porque me han faltado
la fortuna y el caudal;
aunque quien te sirve, en vano
por mejor suerte suspira.

D. Garc. Deja lisonjas, y mira
el marfil de aquella mano,
el divino resplandor
de aquellos ojos, que juntas
despiden entre las puntas
flechas de muerte y amor.

Tristan. ¿Dices aquella señora
que va en el coche?

D. Garc. ¿Pues cuál
merece alabanza igual?

Tristan. ¿Qué bien encajaba agora
eso del coche del sol,
con todos sus adherentes

de rayos de fuego ardientes
y deslumbrante arreboll!

D. Garc. La primer dama que ví
en la corte me agradó.

Tristan. ¿La primera en tierra?

D. Garc. No,
la primera en cielo, sí;
que es divina esta mujer.

Tristan. Por puntos las topará
tan bellas, que no podrás
ser firme en un parecer.
Yo nunca he tenido aquí
constante amor ni deseo;
que siempre por la que veo
me olvido de la que ví.

D. Garc. ¿Dónde ha de haber resplandores
que borren los destos ojos?

Tristan. Míraslos ya con antojos,
que hacen las cosas mayores.

D. Garc. ¿Conoces, Tristan?.....

Tristan. No humanes
lo que por divino adoras;
porque tan altas señoras
no tocan á los Tristanes.

D. Garc. Pues yo al fin, quien fuere sea,
la quiero, y he de servilla.
Tú puedes, Tristan seguilla.

Tristan. Detente: que ella se apea
en la tienda.

D. Garc. Llegar quiero.
¿Usase en la corte?

Tristan. Sí,
con la regla que te dí,
de que es el polo el dinero.

D. Garc. Oro traigo.

Tristan. Cierra, España;
que á César llevas contigo.—
Mas mira si en lo que digo
mi pensamiento se engaña.
Advierte, señor, si aquella
que tras ella sale agora,
puede ser sol de su aurora,
ser aurora de su estrella.

D. Garc. Hermosa es tambien.

Tristan. Pues mira
Si la criada es peor.

D. Garc. El coche es arco de amor,
Y son flechas cuantas tira.
—Yo llevo.

Tristan. A lo dicho advierte.

D. Garc. ¿Y es?

Tristan. Que á la mujer rogando,
y con el dinero dando.
D. Garc. ¿Consista en eso mi suerte!
Tristan. Pues yo, mientras hablas, quiero
Que me haga relacion
El cochero, de quién son.
D. Garc. ¿Dirálo?
Tristan. Sí, que es cochero.

ESCENA IV.

Jacinta. Lucrecia é Isabel, con mantos; cae *Jacinta*, y llega *D. García* y dale la mano

Jacinta. ¡Válgame Dios!

D. Garc. Esta mano
os servid de que os levante,
si merezco ser atlante
de un cielo tan soberano.

Jacinta. Atlante debéis de ser,
pues le llegais á tocar.

D. Garc. Una cosa es alcanzar
y otra cosa merecer.
¿Qué vitoria es la beldad
alcanzar, por quien me abraso,
si es favor que debo al caso,
y no á vuestra voluntad
Con mi propia mano así
el cielo? mas, ¿qué importó,
si ha sido porque él cayó,
y no porque yo subí?

Jacinta. ¿Para qué fin se procura
Merecer?

D. Garc. Para alcanzar.

Jacinta. Llegar al fin sin pasar
por los medios, ¿no es ventura?

D. Garc. Sí.

Jacinta. Pues ¿cómo estais quejoso
del bien que os ha sucedido,
si el no haberlo merecido
os hace mas venturoso?

D. Garc. Porque como las acciones
del agravio y el favor
reciben todo el valor
solo de las intenciones,
por la mano que os toqué
no estoy yo favorecido,
si haberlo vos consentido
con esa intencion no fué.
Y así, sentir me dejad
que cuando tal dicha gano,

venga sin alma la mano,
y el favor sin voluntad.

Jacinta. Si la vuestra no sabia,
de que agora me informais,
injustamente culpais
los defectos de la mia.

ESCENA V.

TRISTAN.—DICHOS.

Tristan. [Ap.] El cochero hizo su oficio.
Nuevas tengo de quién son.

D. Garc. ¿Qué? ¿hasta aquí de mi aficion
nunca tuvistes indicio?

Jacinta. ¿Cómo, si jamás os ví?

D. Garc. ¿Tan poco ha valido ¡ay Dios!
mas de un año que por vos
he andado fuera de mí?

Tristan. [Ap.] ¿Un año, y ayer llegó
á la corte!

Jacinta. ¿Bueno á fé!

¿Mas de un año? Juraré
que no os ví en mi vida yo.

D. Garc. Cuando del indiano suelo
por mi dicha llegué aquí,
la primer cosa que ví
fué la gloria de ese cielo;
y aunque os entregué al momento
el alma, habéislo ignorado,
porque ocasion me ha faltado
de deciros lo que siento.

Jacinta. ¿Sois indiano?

D. Garc. Y tales son
mis riquezas, pues os ví,
que al minado Potosí
le quito la presuncion.

Tristan. [Ap.] ¡Indiano!

Jacinta. ¿Y sois tan guardoso
como la fama los hace?

D. Garc. Al que mas avaro nace
hace el amor dadivoso.

Jacinta. ¿Luego, si decis verdad,
preciosas ferias espero?

D. Garc. Si es que ha de dar el dinero
crédito á la voluntad,
serán pequeños empleos
para mostrar lo que adoro
daros tantos mundos de oro
como vos me dais deseos.
Mas ya que ni al merecer

de esa divina beldad,
ni á mi inmensa voluntad
ha de igualar el poder,
por lo menos os servid
que esta tienda que os franqueo
dé señal de mi deseo.

Jacinta. [Ap.] No ví tal hombre en Madrid.
Lucrecia, ¿qué te parece [Ap. á ella.]
del indiano liberal?

Lucrecia. Que no te parece mal,
Jacinta, y que lo merece.

D. Garc. Las joyas que gusto os dan,
tomad deste aparador.

Tristan. [Ap. á su amo.] Mucho te arrojas, señor.

D. Garc. Estoy perdido, Tristan.

Isabel. [Ap. á las damas.] D. Juan viene.

Jacinta. Yo agradezco,
señor, lo que me ofrecéis.

D. Garc. Mirad que me agraviaréis
si no lograis lo que ofrezco.

Jacinta. Yerran vuestros pensamientos,
caballero, en presumir
que puedo yo recibir
más que los ofrecimientos.

D. Garc. Pues ¿qué ha alcanzado de vos
el corazon que os he dado?

Jacinta. El haberos escuchado.

D. Garc. Yo lo estimo.

Jacinta. Adios.

D. Garc. Adios,
y para amaros me dad
licencia.

Jacinta. Para querer
no pienso que ha menester
licencia la voluntad.

(Vánse las mujeres).

ESCENA VI.

D. GARCIA, TRISTAN.

D. Garc. [A *Tristan*]. Síguelas.

Tristan. Si te fatigas,
señor, por saber la casa
de la que en amor te abrasa,
ya la sé.

D. Garc. Pues no las sigas;
que suele ser enfadosa
la diligencia importuna.

Tristan. “Doña Lucrecia de Luna
se llama la mas hermosa,

qué es mi dueño; y la otra dama
que acompañándole viene,
sé donde la casa tiene;
mas no sé cómo se llama.”
Esto respondió al cochero.

D. Garc. Si es Lucrecia la mas bella;
no hay más que saber, pues ella
es la que habló, y la que quiero;
que como el autor del dia
las estrellas deja atras,
de esa suerte á las demas
la que me cegó vencia.

Tristan. Pues á mí la que calló
me pareció mas hermosa.

D. Garc. ¿Qué buen gusto!

Tristan. Es cierta cosa

que no tengo voto yo;
mas soy tan aficionado
á cualquier mujer que calla,
que bastó para juzgalla
más hermosa, haber callado.
Mas dado, señor, que estés
errado tú, presto espero,
preguntándole al cochero
la casa, saber quién es.

D. Garc. Y Lucrecia, ¿dónde tiene
la suya?

Tristan. Que á la Vitoria
dijo, si tengo memoria.

D. Garc. Siempre ese nombre conviene
á la esfera venturosa
que da eclíptica á tal luna.

ESCENA VII.

D. JUAN Y D. FELIX.—DICHOS.

D. Juan. [A *D. Félix*]. ¿Música y cena? ¡Ah
(fortuna!

D. Garc. ¿No es este *D. Juan* de Sosa?

Tristan. El mismo.

D. Juan. ¿Quién puede ser
el amante venturoso
que me tiene tan celoso?

D. Félix. Que lo vendréis á saber
á pocos lances, confío.

D. Juan. ¿Qué otro amante le haya dado
á quien mia se ha nombrado,
música y cena en el rio!

D. Garc. ¡*D. Juan* de Sosa!

D. Juan. ¿Quién es?

D. Garc. ¿Ya olvidais á D. García?

D. Juan. Veros en Madrid lo hacia,
y el nuevo traje.

D. Garc. Despues
que en Salamanca me vistes,
muy otro debo de estar.

D. Juan. Más galan sois de seglar,
que de estudiante lo fuistes.
¿Venís á Madrid de asiento?

D. Garc. Sí.

D. Juan. Bien venido seáis.

D. Garc. Vos, D. Félix, ¿cómo estais?

D. Félix. De veros, por Dios, contento.
Vengais bueno enhorabuena.

D. Garc. Para serviros. ¿Qué haceis?
¿De qué hablais? ¿En qué

D. Juan. De cierta música y cena
que en el rio dió un galan
esta noche á una señora,
era la plática agora.

D. Garc. ¿Música y cena, D. Juan?
¿Y anoche?

D. Juan. Sí.

D. Garc. ¿Mucha caga?
¿Grande fiesta?

D. Juan. Así es la fama.

D. Garc. ¿Y muy hermosa la dama?

D. Juan. Dícenme que es muy hermosa.

D. Garc. ¿Bien!

D. Juan. ¿Qué misterios haceis?

D. Garc. De que alabeis por tan buena
esa dama y esa cena,
si no es que alabando esteis
mi fiesta y mi dama así.

D. Juan. ¿Pues tuvistes tambien boda
anoche en el rio?

D. Garc. Toda
en eso la consumí.

Tristan. [Ap.] ¿Qué fiesta ó qué dama es esta,
si á la corte llegó ayer?

D. Juan. ¿Ya teneis á quien hacer,
tan recién venido, fiesta?
Presto el amor dió con vos.

D. Garc. No há tan poco que he llegado,
que un mes no haya descansado.

Tristan. [Ap.] Ayer llegó, voto á Dios.
El lleva alguna intencion.

D. Juan. No lo he sabido á fé mia,
que al punto acudido habria
á cumplir mi obligacion.

D. Garc. He estado hasta aqui secreto.

D. Juan. Esa la causa habrá sido
de no haberlo yo sabido.
Pero ¿la fiesta en efeto
fué famosa?

D. Garc. Por ventura
no la vió mejor el rio.

D. Juan. [Ap.] Ya de celos desvario.
¿Quién duda que la espesura
del Sotillo el sitio os dió?

D. Garc. Tales señas me vais dando,
D. Juan, que voy sospechando
que la sabeis como yo.

D. Juan. No estoy del todo ignorante,
aunque todo no lo sé.
Dijéronme no sé qué
confusamente, bastante
á tenerme deseoso
de escucharos la verdad:
forzosa curiosidad
en un cortesano ocioso.....

[Ap.] O en un amante con celos.

D. Félix. [Ap. á D. Juan.] Advertir cuán sin
os han venido á mostrar (pensar.)
vuestro contrario los cielos.

D. Garc. Pues á la fiesta atended;
contaréla, ya que veo
que os fatiga ese deseo.

D. Juan. Haréisnos mucha merced.

D. Garc. Entre las opacas sombras
y opacidades espesas
que el soto formaba de olmos
y la noche de tinieblas,
se ocultaba una cuadrada,

limpia y olorosa mesa,
á lo italiano curiosa,
á lo español opulenta.
En mil figuras prensados
manteles y servilletas,
solo invidiaban las almas
á las aves y á las fieras.

Cuatro aparadores, puestos
en cuadra correspondencia,
la plata blanca y dorada,
vidrios y barros ostentan.
Quedó con ramas un olmo
en todo el Sotillo apenas;
que dellas se edificaron
en varias partes seis tiendas.
Cuatro coros diferentes

ocultan las cuatro dellas;
otra principios y postres,
y las viandas la sesta.

Llegó en su coche mi dueño,
dando invidia á las estrellas,
á los aires suavidad,
y alegría á la ribera.

Apenas el pié que adoro
hizo esmeraldas la yerva,
hizo cristal la corriente,
las arenas hizo perlas;
cuando en copia disparados
cohetes, bombas y ruedas,
toda la region del fuego
bajó en un punto á la tierra.
Aun no las sulfúreas luces
se acabaron, cuando empiezan
las de veinticuatro antorchas
á oscurecer las estrellas.

Empezó primero el coro
de chirimías, tras ellas
el de las bihuelas de arco
sonó en la segunda tienda,
salieron con suavidad
las flautas de la tercera,
y en la cuarta cuatro voces
con guitarras y harpas suenan.

Entre tanto se sirvieron
treinta y dos platos de cena,
sin los principios y postres,
que casi otros tantos eran.
Las frutas y las bebidas
en fuentes y tazas, hechas
del cristal que da el invierno
y el artificio conserva,

de tanta nieve se cubren,
que Manzanares sospecha,
cuando por el soto pasa,
que camina por la sierra.
El olfato no está ocioso
cuando el gusto se recrea;
que de espíritus suaves
de pomos y cazoletas,
y destilados sudores
de aromas, flores y yerbas,
en el soto de Madrid
se vió la region sabea.

En un hombre de diamantes,
delicadas de oro flechas,
que mostrasen á mi dueño

su crueldad y mi firmeza,
al sauce, al juneo y al mimbre
quitaron su preminencia;
que han de ser oro las pajas
cuando los dientes son perlas.
En esto juntos en folla
los cuatro coros comienzan
desde conformes distancias
á suspender las esferas;
tanto, que invidioso Apolo,
apresuró su carrera,
porque el principio del día
pusiese fin á la fiesta.

D. Juan. Por Dios, que la habeis pintado
de colores tan perfetas,
que no trocará el oírla
por haberme hallado en ella.

Tristan. (Ap.) ¡Válgate el diablo por hombre!
¿Que tan de repente pueda
pintar un convite tal
que á la verdad misma venza!

D. Juan. [Ap. á D. Félix.] ¡Rabio de celos!

D. Félix. No os dieron
del convite tales señas.

D. Juan. ¿Qué importa, si en la sustancia,
el tiempo y lugar concuerdan?

D. Garc. ¿Qué deéis?

D. Juan. Que fué el festin
mas célebre que pudiera
hacer Alejandro Magno.

D. Garc. ¡Oh! son niñerías estas,
ordenadas de repente.
Dadme vos que yo tuviera
para prevenirme un día;
que á las romanas y griegas
fiestas que al mundo admiraron,
nueva admiracion pusiera.

(Mira adentro.)
D. Félix. [Ap. á D. Juan.] Jacinta es la del
en el coche de Lucrecia. (estribo)

D. Juan. [Ap. á D. Félix.] Los ojos á D. Gar-
se le van, por Dios, tras ella. (cia)

D. Félix. Inquieto está y divertido.

D. Juan. Ciertas son ya mis sospechas.

D. Juan y D. Garc. Adios.

D. Félix. Entrambos á un punto
fuistes á una cosa mesma.

[Vase D. Juan y D. Félix.]

ESCENA VIII.

D. GARCÍA, TRISTAN.

Tristan. No ví jamas despedida
tan conforme y tan resuelta.

D. Garc. Aquel cielo, primer móvil
de mis acciones, me lleva
arreatado tras sí.

Tristan. Disimula y ten paciencia;
que el mostrarse muy amante
antes daña que aprovecha;
y siempre he visto que son
venturosas las tibiezas.
Las mujeres y los diablos
caminan por una senda;
que á las almas rematadas
ni las siguen ni las tientan;
que el tenellas ya seguras
les hace olvidarse de ellas,
y solo de las que pueden
escapárseles, se acuerdan.

D. Garc. Es verdad; mas no soy dueño
de mí mismo.

Tristan. Hasta que sepas
estensamente su estado,
no te entregues tan de veras;
que suele dar quien se arroja
creyendo las apariencias,
en un pantano cubierto
de verde, engañosa yerba.

D. Garc. Pues hoy te informas de todo.

Tristan. Eso queda por mi cuenta.
Y agora, antes que reviente,
dime por Dios, ¿qué fin llevas
en las ficciones que he oído,
siquiera para que pueda
ayudarte? Que cogernos
en mentira será airenta.
Perulero te fingiste
con las damas.

D. Garc. Cosa es cierta,
Tristan, que los forasteros
tienen mas dicha con ellas;
y mas si son de las Indias,
informacion de riqueza.

Tristan. Ese fin está entendido;
mas pienso que el medio yerras,
pues han de saber al fin
quiéu eres.

D. Garc. Cuando lo sepan
habré ganado en su casa

ó en su pecho ya las puertas
con este medio, y despues
yo me entenderé con ellas.

Tristan. Digo que me has convencido,
señor. Mas agora venga
lo de haber un mes que estás
en la corte. ¿Qué fin llevas,
habiendo llegado ayer?

D. Garc. Ya sabes tú que es grandeza
esto de estar encubierto,
ó retirado en su aldea,
ó en su casa descansando.

Tristan. Vaya muy enhorabuena.
Lo del convite éntre agora.

D. Garc. Fingilo porque me pesa
que piense nadie que hay cosa
que mover mi pecho pueda
á invidia ó admiracion,
pasiones que al hombre afrentan;
que admirarse es ignorancia,
como invidiar es bajeza.
Tú no sabes á qué sabe,
cuando llega un portanuevas
muy orgulloso á contar
una hazaña ó una fiesta,
taparle la boca yo
con otra tal, que se vuelva
con sus nuevas en el cuerpo,
y que reviente con ellas.

Tristan. ¡Caprichosa prevencion,
si bien peligrosa treta!
La fábula de la corte
serás si la flor te entrevan.

D. Garc. Quien vive sin ser sentido,
quien solo el número aumenta,
y hace lo que todos hacen,
¿en qué difiere de bestia?
Ser famosos es gran cosa;
el medio cual fuere sea.
Nómbrenme á mí en todas partes
y murmurénme siquiera,
pues uno por ganar nombre
abrasó el templo de Efesia;
y al fin, es este mi gusto,
que es la razon de mas fuerza.

Tristan. Juveniles opiniones
sigue tu ambiciosa idea,
y cerrar has menester
en la corte la mollera. (Vánse.)

Sala en casa de D. Sancho.

ESCENA IX.

JACINTA E ISABEL, con mantos, D. BELTRAN,
D. SANCHO.

Jacinta. ¡Tan grande merced!

D. Beltr. No ha sido
amistad de solo un día
la que esta casa y la mia,
si os acordais, se han tenido:
y así, no es bien que estrañeis
mi visita.

Jacinta. Si me espanto
es, señor, por haber tanto
que merced no nos haceis.
Perdonadme; que ignorando
el bien que en casa tenia,
me tardé en la Platería,
ciértas joyas concertando.

D. Beltr. Feliz pronósticó dais
al pensamiento que tengo,
pues cuando á casaros vengo
comprando joyas estais.
Con D. Sancho, vuestro tío,
tengo tratado, señora,
hacer parentesco agora
nuestra amistad; y confio
(puesto que como discreto
dice D. Sancho que es justo
remitirse á vuestro gusto)
que esto ha de tener efecto.

Que pues es la hacienda mia
y calidad tan patente,
solo falta que os contente
la persona de García;
y aunque ayer á Madrid vino
de Salamanca el mancebo,
y de envidia el rubio Febo
le ha abrazado en el camino,
bien me atreveré á ponello
ante vuestros ojos claros,
fiando que ha de agradaos,
desde la punta al cabello,
si liceucia le otorgais
para que os bese la mano.

Jacinta. Enarecer lo que gano
en la mano que me dais,
si es notorio, es vano intento;
que estimo de tal manera
las prendas vuestras, que diera
luego mi consentimiento,

á no haber de parecer
(por mucho que en ello gano)
arrojamiento liviano
en una honrada mujer;
que el breve determinarse
en cosas de tanto peso,
ó es tener muy poco seso
ó gran gana de casarse.
Y en cuanto á que yo lo vea,
me parece, si os agrada,
que para no arriesgar nada,
pasando la calle sea.
Que si como puede ser,
y sucede á cada paso,
despues de tratarlo, acaso
se viniese á deshacer.
¿De qué me hubiera servido,
ó qué opinion me darán
las visitas de un galan
con licencias de marido?

D. Beltr. Ya por vuestra gran cordura,
si es mi hijo vuestro esposo,
le tendré por tan dichoso
como por vuestra hermosura.

D. Sanc. De prudencia puede ser
un espejo la que ois.

D. Beltr. No sin causa os remitis,
D. Sancho, á su parecer.
Esta tarde con García
á caballo pasaré
vuestra calle.

Jacinta. Yo estaré
detras de esa celosía.

D. Beltr. Que le mireis bien os pido
que esta noche he de volver,
Jacinta hermosa, á saber
cómo os haya parecido.

Jacinta. ¿Tan apriesa?

D. Beltr. Este cuidado
no admireis; que ya es forzoso,
pues si vine deseoso,
vuelvo agora enamorado.
Y adios.

Jacinta. Adios.

D. Beltr. ¿Dónde vais?

D. Sanc. A serviros.

D. Beltr. No saldrá.

D. Sanc. Al corredor llegaré
con vos, si licencia dais.

[Vanse D. Sancho y D. Beltran.]

ESCENA X.

JACINTA, ISABEL.

Isabel. Mucha prisa te da el viejo.*Jacinta.* Yo se la diera mayor, pues tambien le está á mi honor si á diferente consejo no me obligara el amor; que aunque los impedimentos del hábito de D. Juan, dueño de mis pensamientos, forzosa causa me dan de admitir otros intentos; como su amor no despidió, por mucho que lo desee, que vive en el alma asido; tiemblo, Isabel, cuando creo que otro ha de ser mi marido.*Isabel.* Yo pensé que ya olvidabas á D. Juan, viendo que dabas lugar á otras pretensiones.*Jacinta.* Causando estas ocasiones, Isabel: no te engañabas; que como há tanto que está el hábito detenido, y no ha de ser mi marido si no sale, tengo ya este intento por perdido. Y así para no morir me quiero hablar y divertirme, pues en vano me atormento; que en un imposible intento no apruebo el morir de firme. Por ventura encontraré alguno tal, que merezca que mano y alma le dé.*Isabel.* No dudo que el tiempo ofrezca sugeto digno á tu fe; y si no me engaño yo, hoy no te desagrado el galan indiano.*Jacinta.* Amiga, ¿quieres que verdad te diga? pues muy bien me pareció, y tanto, que te prometo que si fuera tan discreto, tan gentil hombre y galan el hijo de D. Beltran, tuviera la boda efeto.*Isabel.* Esta tarde le verás con su padre por la calle.*Jacinta.* Veré solo el rostro y talle; el alma, que importa más, quisiera ver con hablalle.*Isabel.* Háblale.*Jacinta.* Hase de ofender D. Juan si llega á sabello, y no quiero, hasta saber que de otro dueño he de ser, determinarme á perdello.*Isabel.* Pues dá algun medio, y advierte que siglos pasas en vano, y conviene resolverte; que D. Juan es de esta suerte el perro del hortelano. Sin que lo sepa D. Juan podrás hablar, si tú quieres, al hijo de D. Beltran; que, como en su centro, están las trazas en las mujeres.*Jacinta.* Una pienso que podría en este caso importar. Lucrecia es amiga mia; ella puede hacer llamar de su parte á D. García; que como secreta esté yo con ella en su ventana, este fin conseguiré.*Isabel.* Industria tan soberana solo de tu ingenio fué.*Jacinta.* Pues parte al punto, y mi intento le dí á Lucrecia, Isabel.*Isabel.* Sus alas tomaré al viento.*Jacinta.* La dilacion de un momento le dí que es un siglo en él.

ESCENA XI.

DON JUAN, que encuentra á ISABEL al salir.—

JACINTA.

D. Juan. ¿Puedo hablar á tu señora?*Isabel.* Solo un momento ha de ser; que de salir á comer mi señor D. Sancho es hora. [Vase.]*D. Juan.* Ya, Jacinta, que te pierdo, ya que yo me pierdo, ya.....*Jacinta.* ¿Estás loco?*D. Juan.* ¿Quién podrá estar con tus cosas cuerdo?*Jacinta.* Repórtate y habla paso, que está en la cuadra mi tío.*D. Juan.* Cuando á cenar vas al rio, ¿cómo haces d'él poco caso?*Jacinta.* ¿Qué dices? ¿Estás en tí?*D. Juan.* Cuando para trasnochar con otro tienes lugar, ¿tienes tío para mí?*Jacinta.* ¿Trasnochar con otro? Advierte que aunque eso fuese verdad, era mucha libertad hablarme á mí desa suerte; cuánto más que es desvario de tu loca fantasía.*D. Juan.* Ya sé que fué D. García el de la fiesta del rio; ya los fuegos que á tu coche, Jacinta, la salva hicieron; ya las antorchas que dieron sol al soto á media noche; ya los cuatro aparadores con vajillas variadas, las cuatro tiendas pobladas de instrumentos y cantores. Todo lo sé, y sé que el dia te halló, enemiga, en el rio. Dí agora que es desvario de mi loca fantasía. Dí agora que es libertad el tratarte desta suerte, cuando obligan á ofenderte mi agravio y tu liviandad.....*Jacinta.* ¡Plega á Dios!.....*D. Juan.* Deja invenciones:

calla, no me digas nada; que en ofensa averiguada no sirven satisfacciones.

Ya, falsa, ya sé mi daño; no niegues que te he perdido; tu mudanza me ha ofendido, no me ofende el desengaño.

Y aunque niegues lo que oí, lo que ví confesarás; que hoy lo que negando estás, en sus mismos ojos ví.

¿Y su padre? ¿Qué queria agora aquí? ¿Qué te dijo?

¿De noche estás con el hijo, y con el padre de dia?

yo lo ví; ya mi esperanza en vano engañar dispones; ya sé que tus dilaciones

son hijas de tu mudanza. Mas, cruel, ¡viven los cielos, que no has de vivir contenta! Abrásete, pues revienta este volcan de mis celos. El que me hace desdichado, te pierda, pues yo te pierdo.

Jacinta. ¿Tú eres cuerdo?*D. Juan.* ¿Cómo cuerdo, amante y desesperado?*Jacinta.* Vuelve, escucha; que si vale la verdad, presto verás cuán mal informado estás.*D. Juan.* Voyme, que tu tío sale.*Jacinta.* No sale. Escucha, que fio satisfacerte.*D. Juan.* Es en vano, si aquí no me das la mano.*Jacinta.* ¿La mano? Sale mi tío.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de D. Beltran.

ESCENA PRIMERA.

D. GARCIA, en cuerpo, leyendo un papel; TRISTAN Y CAMINO.

D. Garc. [Lee.] "La fuerza de una ocasion me hace esceder del órden de mi estado. Sa-brála vuestra merced esta noche por un balcon que le enseñará el portador, con lo demas que no es para escrito; y guar-de de nuestro Señor, ect."

¿Quién este papel me escribe?

Camino. Doña Lucrecia de Luna.*D. Garc.* El alma sin duda alguna que dentro en mi pecho vive. ¿No es esta una dama hermosa, que hoy antes de mediodía estaba en la Platería?*Camino.* Sí, señor.*D. Garc.* ¿Suerte dichosa! Informadme, por mi vida, de las partes desta dama.*Camino.* Mucho admiro que su fama esté de vos escondida.

Porque la habeis visto, de jo de encarecer que es hermosa;

ESCENA X.

JACINTA, ISABEL.

Isabel. Mucha prisa te da el viejo.*Jacinta.* Yo se la diera mayor, pues tambien le está á mi honor si á diferente consejo no me obligara el amor; que aunque los impedimentos del hábito de D. Juan, dueño de mis pensamientos, forzosa causa me dan de admitir otros intentos; como su amor no despidió, por mucho que lo desee, que vive en el alma asido; tiemblo, Isabel, cuando creo que otro ha de ser mi marido.*Isabel.* Yo pensé que ya olvidabas á D. Juan, viendo que dabas lugar á otras pretensiones.*Jacinta.* Causando estas ocasiones, Isabel: no te engañabas; que como há tanto que está el hábito detenido, y no ha de ser mi marido si no sale, tengo ya este intento por perdido. Y así para no morir me quiero hablar y divertirme, pues en vano me atormento; que en un imposible intento no apruebo el morir de firme. Por ventura encontraré alguno tal, que merezca que mano y alma le dé.*Isabel.* No dudo que el tiempo ofrezca sugeto digno á tu fe; y si no me engaño yo, hoy no te desagrado el galan indiano.*Jacinta.* Amiga, ¿quieres que verdad te diga? pues muy bien me pareció, y tanto, que te prometo que si fuera tan discreto, tan gentil hombre y galan el hijo de D. Beltran, tuviera la boda efeto.*Isabel.* Esta tarde le verás con su padre por la calle.*Jacinta.* Veré solo el rostro y talle; el alma, que importa más, quisiera ver con hablalle.*Isabel.* Háblale.*Jacinta.* Hase de ofender D. Juan si llega á sabello, y no quiero, hasta saber que de otro dueño he de ser, determinarme á perdello.*Isabel.* Pues dá algun medio, y advierte que siglos pasas en vano, y conviene resolverte; que D. Juan es de esta suerte el perro del hortelano. Sin que lo sepa D. Juan podrás hablar, si tú quieres, al hijo de D. Beltran; que, como en su centro, están las trazas en las mujeres.*Jacinta.* Una pienso que podría en este caso importar. Lucrecia es amiga mia; ella puede hacer llamar de su parte á D. García; que como secreta esté yo con ella en su ventana, este fin conseguiré.*Isabel.* Industria tan soberana solo de tu ingenio fué.*Jacinta.* Pues parte al punto, y mi intento le dí á Lucrecia, Isabel.*Isabel.* Sus alas tomaré al viento.*Jacinta.* La dilacion de un momento le dí que es un siglo en él.

ESCENA XI.

DON JUAN, que encuentra á ISABEL al salir.—

JACINTA.

D. Juan. ¿Puedo hablar á tu señora?*Isabel.* Solo un momento ha de ser; que de salir á comer mi señor D. Sancho es hora. [Vase.]*D. Juan.* Ya, Jacinta, que te pierdo, ya que yo me pierdo, ya.....*Jacinta.* ¿Estás loco?*D. Juan.* ¿Quién podrá estar con tus cosas cuerdo?*Jacinta.* Repórtate y habla paso, que está en la cuadra mi tio.*D. Juan.* Cuando á cenar vas al rio, ¿cómo haces d'él poco caso?*Jacinta.* ¿Qué dices? ¿Estás en tí?*D. Juan.* Cuando para trasnochar con otro tienes lugar, ¿tienes tio para mí?*Jacinta.* ¿Trasnochar con otro? Advierte que aunque eso fuese verdad, era mucha libertad hablarme á mí desa suerte; cuánto más que es desvario de tu loca fantasía.*D. Juan.* Ya sé que fué D. García el de la fiesta del rio; ya los fuegos que á tu coche, Jacinta, la salva hicieron; ya las antorchas que dieron sol al soto á media noche; ya los cuatro aparadores con vajillas variadas, las cuatro tiendas pobladas de instrumentos y cantores. Todo lo sé, y sé que el dia te halló, enemiga, en el rio. Dí agora que es desvario de mi loca fantasía. Dí agora que es libertad el tratarte desta suerte, cuando obligan á ofenderte mi agravio y tu liviandad.....*Jacinta.* ¡Plega á Dios!.....*D. Juan.* Deja invenciones:

calla, no me digas nada; que en ofensa averiguada no sirven satisfacciones.

Ya, falsa, ya sé mi daño; no niegues que te he perdido; tu mudanza me ha ofendido, no me ofende el desengaño.

Y aunque niegues lo que oí, lo que ví confesarás; que hoy lo que negando estás, en sus mismos ojos ví.

¿Y su padre? ¿Qué queria agora aquí? ¿Qué te dijo? ¿De noche estás con el hijo, y con el padre de dia?

yo lo ví; ya mi esperanza en vano engañar dispones; ya sé que tus dilaciones

son hijas de tu mudanza. Mas, cruel, ¡viven los cielos, que no has de vivir contenta! Abrásete, pues revienta este volcan de mis celos. El que me hace desdichado, te pierda, pues yo te pierdo.

Jacinta. ¿Tú eres cuerdo?*D. Juan.* ¿Cómo cuerdo, amante y desesperado?*Jacinta.* Vuelve, escucha; que si vale la verdad, presto verás cuán mal informado estás.*D. Juan.* Voyme, que tu tio sale.*Jacinta.* No sale. Escucha, que fio satisfacerte.*D. Juan.* Es en vano, si aquí no me das la mano.*Jacinta.* ¿La mano? Sale mi tio.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de D. Beltran.

ESCENA PRIMERA.

D. GARCIA, en cuerpo, leyendo un papel; TRISTAN Y CAMINO.

D. Garc. [Lee.] "La fuerza de una ocasion me hace esceder del órden de mi estado. Sa-brála vuestra merced esta noche por un balcon que le enseñará el portador, con lo demas que no es para escrito; y guar-de de nuestro Señor, ect."

¿Quién este papel me escribe?

Camino. Doña Lucrecia de Luna.*D. Garc.* El alma sin duda alguna que dentro en mi pecho vive. ¿No es esta una dama hermosa, que hoy antes de mediodía estaba en la Platería?*Camino.* Sí, señor.*D. Garc.* ¿Suerte dichosa! Informadme, por mi vida, de las partes desta dama.*Camino.* Mucho admiro que su fama esté de vos escondida.

Porque la habeis visto, deo de encarecer que es hermosa;

ESCENA VII.

TRISTAN, D. BELTRAN.

Tristan. Ya los caballos están,
viendo que salir procuras,
probando las herraduras
en las guijas del zaguan;
porque con las esperanzas
de tan gran fiesta, el oviero
á solas está primero
ensayando sus mudanzas,
y el bayo, que ser procura
émulo al dueño que lleva,
estudia con alma nueva
movimiento y compostura.

D. Beltr. Avisa, pues, á Garcia.

Tristan. Ya te espera tan galan,
que en la corte pensarán
que á estas horas sale el día. (Vanse.)

Sala en casa de D. Sancho.

ESCENA VIII.

ISABEL, JACINTA.

Isabel. La pluma tomó al momento
Lucrecia, en ejecucion
de tu agudo pensamiento,
y esta noche en su balcon
para tratar cierto intento
le escribió que aguardaria,
para que puedas en él
platicar con Don Garcia.
Camino llevó el papel,
persona de quien se fia.

Jacinta. Mucho Lucrecia me obliga.

Isabel. Muestra en cualquiera ocasion
ser tu verdadera amiga.

Jacinta. ¿Es tarde?

Isabel. Las cinco son.

Jacinta. Aun durmiendo me fatiga
la memoria de Don Juan;
que esta siesta le he soñado
celoso de otro galan. (Miran adentro.)

Isabel. ¡Ay señora! Don Beltran
¡y el perulero á su lado!

Jacinta. ¿Qué dices?

Isabel. Digo que aquel
que hoy te habló en la Platería
viene á caballo con él.
Mírale.

Jacinta. Por vida mia,

que dices verdad, que es él.
¡Hay tal! ¿Cómo el embustero
se nos fingió perulero,
si es hijo de Don Beltran?

Isabel. Los que intentan, siempre dan
gran presuncion al dinero,
y con ese medio hallar
entrada en tu pecho quiso;
que debió de imaginar
que aquí le ha de aprovechar
más ser Mídas que Narciso.

Jacinta. En decir que há que me vió
un año, tambien mintió;
porque Don Beltran me dijo
que ayer á Madrid su hijo
de Salamanca llegó.

Isabel. Si bien lo miras, señora,
todo verdad puede ser;
que entonces te pudo ver,
irse de Madrid, y agora
de Salamanca volver.
Y cuando no, ¿qué te admira
que quien á obligar aspira
prendas de tanto valor,
para acreditar su amor
se valga de una mentira?
Demás, que tengo por llano,
si no miente mi sospecha,
que no lo encarece envano,
que hablarte hoy su padre es flecha
que ha salido de su mano.
No ha sido, señora mia,
acaso que el mismo día
que él te vió y mostró quererte,
venga su padre á ofrecerte
por esposo á Don Garcia.

Jacinta. Dices bien: mas imagino
que el término que pasó
desde que el hijo me habló
hasta que su padre vino,
fué muy breve.

Isabel. Él conoció
quien eres, encontraria
su padre en la Platería,
hablóle, y él, que no ignora
tus calidades, y adora
justamente á Don Garcia,
vino á tratarlo al momento.

Jacinta. Al fin, como fuere sea:
De sus partes me contento,

quiere el padre, él me desea:
dá por hecho el casamiento. (Vanse.)

Paseo de Atocha.

ESCENA IX.

D. BELTRAN, DON GARCIA.

D. Beltr. ¿Qué os parece?

D. Garc. Que animal
No vi mejor en mi vida.

D. Beltr. ¡Linda bestia!

D. Garc. Corregida,
de espíritu racional.
¿Qué contento y bizarría!

D. Beltr. Vuestro hermano Don Gabriel,
que perdone Dios, en él
todo su gusto tenia,

D. Garc. Ya que convida, señor,
de Atocha la soledad,
declara tu voluntad.

D. Beltr. Mi pena diréis mejor.

¿Sois caballero, Garcia?

D. Garc. Téngome por hijo vuestro.

D. Beltr. ¿Y basta ser hijo mio
para ser vos caballero?

D. Garc. Yo pienso, señor, que sí.

D. Beltr. ¿Qué engañado pensamiento!

Solo consiste en obrar

como caballero, el serlo.

¿Quién dió principio á las cosas

nobles? Los ilustres hechos

de sus primeros autores.

Sin mirar sus nacimientos

hazañas de hombres humildes

honraron sus herederos.

Luego en obrar mal ó bien

está el ser malo ó ser bueno.

¿Es así?

D. Garc. Que las hazañas

den nobleza, no lo niego;

mas no negueis que sin ellas

tambien la dá el nacimiento,

D. Beltr. Pues si honor puede ganar

quien nació sin él, ¿no es cierto

que por el contrario puede,

quien con él nació, perdello?

D. Garc. Es verdad.

D. Beltr. Luego si vos

obrais afrentosos hechos,

aunque seais hijo mio,

dejais de ser caballero;

luego si vuestras costumbres
os infaman on el pueblo,

no importan paternas armas,

no sirven altos abuelos.

¿Qué cosa es que la fama

diga á mis oídos mesmos

que á Salamanca admiraron

vuestras mentiras y enredos?

¿Qué caballero y qué nada!

Si afrenta al noble y plebeyo

solo el decirle que miente,

decid, ¿qué será el hacerlo,

si vivo sin honra yo,

segun los humanos fueros,

mientras de aquel que me dijo

que mentia no me vengo?

¿Tan larga teneis la espada

tan duro teneis el pecho,

que pensais poder vengaros,

diciéndolo todo el pueblo?

¿Posible es que tenga un hombre

tan humildes pensamientos,

que viva sujeto al vicio

más sin gusto y sin provecho?

El deleite natural

tiene á los lascivos presos,

obliga á los codiciosos

el poder que dá el dinero,

el gusto de los manjares

al gloton, el pasatiempo

y el sebo de la ganancia

á los que cursan el juego,

su venganza al homicida,

al robador su remedio,

la fama y la presuncion

al que es por la espada inquieto:

todos los vicios, al fin,

ó dan gusto ó dan provecho;

mas de mentir, ¿qué se saca

sino infamia y menosprecio?

D. Garc. Quien dice que miento yo
ha mentido. (R)

D. Beltr. Tambien eso
es mentir; que aun desmentir
no sabeis sino mintiendo.

D. Garc. Pues si dais en no creerme.....

D. Beltr. ¿No seré necio si creo
que vos decis verdad solo,
y miente el lugar entero?
Lo que importa es desmentir

esta fama con los hechos,
pensar que este es otro mundo,
hablar poco y verdadero.
Mirad que estais á la vista
de un rey tan santo y perfecto,
que vuestros yerros no pueden
hallar disculpa en sus yerros;
que tratais aquí con grandes,
títulos y caballeros,
que si os saben la flaqueza,
os perderán el respeto;

que teneis barba en el rostro,
que al lado cañis acero,
que nacistes noble, al fin,
y que yo soy padre vuestro:
y no he de deciros más,
que esta sofrenada espero
que baste para quien tiene
calidad y entendimiento,
y agora, porque entendais
que en vuestro bien me desvelo,
sabad que os tengo, García,
tratado un gran casamiento.

D. Garc. (Ap.) ¡Ay mi Lucrecia!

D. Beltr. Jamas
pusieron, hijo, los cielos
tantas, tan divinas partes
en un humano sugeto,
como en Jacinta, la hija
de Don Fernando Pacheco,
de quien mi vejez pretende
tener regalados nietos.

D. Garc. (Ap.) ¡Ay Lucrecia! Si es posible,
Tú sola has de ser mi dueño.

D. Beltr. ¿Qué es esto? ¿No respondeis?

D. Garc. (Ap.) Tuyo he de ser, vive el cielo.

D. Beltr. ¿Qué os entristeceis? Hablad;
no me tengais más suspenso.

D. Garc. Entristézcome, porque es
imposible obedeceros.

D. Beltr. ¿Por qué?

D. Garc. Porque soy casado.

D. Beltr. ¡Casado! ¡Cielos! ¿Qué es esto?
¿Cómo sin saberlo yo?

D. Garc. Fné fuerza, y está secreto.

D. Beltr. ¡Hay padre más desdichado!

D. Garc. No os afijais; que en sabiendo
la causa, señor, tendréis
por venturoso el efeto.

D. Beltr. Acabad pues; que mi vida

pende solo de un cabello.

D. Garc. (Ap.) Agora os he menester,
sutilezas de mi ingenio.

En Salamanca, señor,
hay un caballero noble
de quien es la alcuña Herrera,
y Don Pedro el propio nombre.
A este dió el cielo otro cielo
por hija, pues con dos soles
sus dos púrpuras mejillas
hace claros horizontes.

Abrevio, por ir al caso,
con decir que cuantas dotes
pudo dar naturaleza
en tierna edad, la componen.
Mas la enemiga fortuna,
observante en su desórden,
á sus méritos opuesta,
de sus bienes la hizo pobre;
que demas de que su casa
no es tan rica como noble,
al mayorazgo nacieron
antes que ella dos varones.

A esta, pues, saliendo al rio
la ví una tarde en su coche,
que juzgara el de Faeton
si fuese Eridano el Tórmes.

No sé quién los atributos
del fuego en Cupido pone;
que yo de un súbito hielo
me sentí ocupar entónces.
¿Qué tiene que ver del fuego
las inquietudes y ardores,
con quedar absorta una alma,
con quedar un cuerpo inmóvil?

Caso fué verla forzoso;
viéndola, cegar de amores;
pues abrasado, seguirla
júzguelo un pecho de bronce.

Pasé su calle de dia,
rondé su calle de noche,
con terceros y papeles
le encarecí mis pasiones,
hasta que al fin condolidada
ó enamorada, responde,
porque tambien tiene amor
jurisdiccion en los dioses.

Fuí acrecentando finezas
y ella aumentando favores,
hasta ponerme en el cielo

de su aposento una noche.
Y cuando solicitaban
el fin de mi pena enorme,
conquistando honestidades,
mis ardientes pretensiones,
siento que su padre viene
á su aposento: llámole,
porque jamas tal hacia,
mi fortuna aquella noche.

Ella turbada, animosa,
(mujer al fin,) á empellones
mi casi difunto cuerpo
detras de su lecho esconde.
Llegó D. Pedro, y su hija,
fingiendo gusto, abrazóle
por negarle el rostro, en tanto
que cobraba sus colores.
Asentáronse los dos,
y él con prudentes razones
le propuso un casamiento
con uno de los Monroyes.
Ella, honesta como cauta,
de tal suerte le responde,
que ni á su padre resista,
ni á mí, que la escucho, enoje.
Despidiéronse con esto;
y cuando ya casi pone
en el umbral de la puerta
el viejo los piés, entónces.....

¡Mal haya, amén, el primero
que fué inventor de relojes!

Uno que llevaba yo
á dar comenzó las doce.

Oyólo Don Pedro, y vuelto
hácia su hija, "¿De dónde
vino ese reloj?" le dijo.
Ella respondió: "Envióle,
para que se le aderecen,
mi primo Don Diego Ponce,
por no haber en su lugar
relojero ni relojes."

"Dádmele, dijo su padre,
porque yo ese cargo tome."
Pues entonces Doña Sancha,
quo este es de la dama el nombre,
á quitármele del pecho
cauta y prevenida corre,
antes que llegar él mismo
á su padre se le antoje.
Quitémelo yo, y al darle,

quiso la suerte que toquen
á una pistola que tengo
en la mano, los cordones.
Cayó el gatillo, dió fuego,
al tronado desmayóse
doña Sancha, alborotado
el viejo, empezó á dar voces.
Yo, viendo el cielo en el suelo
y eclipsados sus dos soles,
júzgué sin duda por muerta
la vida de mis acciones,
pensando que cometieron
sacrilegio tan enorme
del plomo de mi pistola
los breves volantes orbes.

Con esto pues, despechado,
saqué rabioso el estoque:
fueran pocos para mí
en tal ocasion mil hombres.
A impedirme la salida
como dos bravos leones,
con sus armas, sus hermanos
y sus criados se oponen;
mas, aunque fácil, por todos
mi espada y mi furia rompen,
no hay fuerza humana que impida
fatales disposiciones;
pues al salir por la puerta,
como iba arrimado, asíóme
la alcayata de la aldaba
por los tiros del estoque.
Aquí para desasirme
fué fuerza que atras me torne,
y entre tanto mis contrarios
muros de espadas me oponen.

En esto cobró su acuerdo
Sancha; y para que se estorbe
el triste fin que prometen
estos sucesos atroces,
la puerta cerró animosa
del aposento, y dejóme
á mí con ella encerrado,
y fuera á mis agresores.
Arrimamos á la puerta
baules, arcas y cofres;
que al fin son de ardientes iras
remedio las dilaciones.

Quisimos hacernos fuertes;
mas mis contrarios feroces
ya la pared me derriban,

y ya la puerta me rompen.
Yo, viendo que aunque dilate,
no es posible que revoque
la sentencia de enemigos
tan agraviados y nobles;
viendo á mi lado la hermosa
de mis desdichas consorte,
y que hurtaba á sus mejillas
el temor sus arreboles;
viendo cuán sin culpa suya
conmigo fortuna corre,
pues con industria deshace
cuanto los hados disponen;
por dar premio á sus lealtades
por dar fin á sus temores,
por dar remedio á mi muerte,
y dar muerte á mis pasiones,
hube de darme partido,
y pedirles que conformen
con la union de nuestras sangres
tan sangrientas disensiones.
Ellos que ven el peligro
y mi calidad conocen,
lo acetan, despues de estar
un rato entre sí discordes.
Partió á dar cuenta al Obispo
su padre, y volvió con orden
de que el desposorio pueda
hacer cualquier sacerdote.
Hízose, y en dulce paz
la mortal guerra trocóse,
dándote la mejor nuera
que nació del sur al norte.
Mas en que tú no lo sepas
quedamos todos conformes,
por no ser con gusto tuyo
y por ser mi esposa pobre;
pero ya que fué forzoso
saberlo, mira si escoges
por mejor tenerme muerto
que vivo y con mujer noble.

D. Beltr. Las circunstancias del caso
son tales, que se conoce
que la fuerza de la suerte
te destinó esa consorte:
y así no te culpo en más
que en callármelo.

D. Garc. Temores
de darte pesar, señor,
me obligaron.

D. Beltr. Si es tan noble,

¿qué importa que pobre sea?
¿Cuánto es peor que lo ignore,
para que habiendo empeñado
mi palabra, agora torne
con eso á doña Jacinta!
¿Mira en qué lance me pones!
Toma el caballo, y temprano
por mi vida te recoge,
porque despacio tratemos
de tus cosas esta noche.

D. Garc. Iré á obedecerte al punto
que toquen las oraciones.

[Vase *D. Beltran.*]

ESCENA X.

D. GARCÍA.

Dichosamente se ha hecho;
persuadido el viejo va:
ya del mentir no dirá
que es sin gusto y sin provecho,
pues es tan notorio gusto
el ver que me haya creído,
y provecho haber huido
de casarme á mi disgusto.
¿Bueno fué reñir conmigo
porque en cuanto digo miento,
y dar crédito al momento
á cuantas mentiras digo!
¿Qué fácil de persuadir
quien tiene amor suele ser!
y ¿qué fácil en creer
el que no sabe mentir!
Mas ya me aguarda Don Juan.

[A uno que está dentro]

¡Hola! llevad el caballo.
Tan terribles cosas hallo
que sucediéndome van,
que pienso que desvarío:
vine ayer, y en un momento
tengo amor y casamiento,
y causa de desafío.

ESCENA XI.

DON JUAN.—DON GARCÍA.

D. Juan. Como quien sois lo habeis hecho,
Don García.

D. Garc. ¿Quién podía,
sabiendo la sangre mía,
pensar menos de mi pecho?

Mas vamos, Don Juan, al caso
porque llamado me habeis.
Decid, ¿que causa teneis
que por sabella me abraso
de hacer este desafío?

D. Juan. Esta dama á quien hicistes,
conforme vos me dijistes,
anoche fiesta en el rio,
es causa de mi tormento,
y es con quien dos años há
que, aunque se dilata, está
tratado mi casamiento.
Vos ha un mes que estais aquí,
y deseo, como de estar
encubierto en el lugar
todo ese tiempo de mí,
colijo que habiendo sido
tan público mi cuidado,
vos no lo habeis ignorado,
y así me habeis ofendido.
Con esto que he dicho digo
cuanto tengo que decir;
y es que ó no habeis de seguir
el bien que há tanto que sigo,
ó si acaso os pareciere
mi peticion mal fundada,
se remita aquí á la espada,
y la sirva el que venciere.

D. Garc. Pésame que sin estar
del caso bien informado,
os hayais determinado
á sacarme á este lugar.
La dama, Don Juan de Sosa,
de mi fiesta, vive Dios,
que ni la habeis visto vos,
ni puede ser vuestra esposa;
que es casada esta mujer,
y há tan poco que llegó
á Madrid, que solo yo
sé que la he podido ver.
Y cuando esa hubiera sido,
de no verla más os doy
palabra como quien soy,
ó quedar por fementido.

D. Juan. Con eso se aseguró
la sospecha de mi pecho,
y he quedado satisfecho.

D. Garc. Falta que lo quede yo;
que haberme desafiado
no se ha de quedar así.

Libre fué el sacarme aquí;
mas habiéndome sacado,
me obligastes, y es forzoso,
puesto que tengo de hacer
como quien soy, no volver
sino muerto ó vitorioso.

D. Juan. Pensad, aunque mis desvelos
háys satisfecho así,
que aun deja cólera en mí
la memoria de mis celos.

(*Sacan las espadas y acuchillanse.*)

ESCENA XII.

DON FÉLIX.—DICHOS.

D. Félix. Deténganse, caballeros;
que estoy aquí yo.

D. Garc. ¿Que venga
Agora quien me detenga!

D. Félix. Vestid los fuertes aceros;
que fué falsa la ocasion
Desta pendencia.

D. Juan. Ya habia
Dícholo así Don García;
pero por la obligacion
en que pone el desafío
desnudó el valiente acero.

D. Félix. Hizo como caballero
de tanto valor y brío;
y pues bien quedado habeis
con esto merezca yo
que á quien de celoso erró,
perdon y la mano deis.

[Dánse las manos.]

D. Garc. Ello es justo, y lo mandais.
Mas mirad de aquí adelante,
en caso tan importante,
don Juan, cómo os arrojaís.
Todo lo habeis de intentar
primero que el desafío;
que empezar es desvarío
por donde se ha de acabar. [Vase.]

ESCENA XIII.

DON JUAN, DON FÉLIX.

D. Félix. Estraña ventura ha sido
haber yo á tiempo llegado.

D. Juan. ¿Qué en efeto me he engañado?

D. Félix. Sí.

D. Juan. ¿De quién lo habeis sabido?

D. Félix. Súpelo de un escudero de Lucrecia.

D. Juan. Decid, pues, cómo fué.

D. Félix. La verdad es que fué el coche y el cochero de Doña Jacinta anoche al Sotillo, y que tuvieron gran fiesta las que en él fueron; pero fué prestado el coche. Y el caso fué que á las horas que fué á ver Jacinta bella á Lucrecia, ya con ella estaban las matadoras, las dos primas de la quinta.

D. Juan. ¿Las que en el Cármen vivieron?

D. Félix. Sí, pues ellas le pidieron el coche á Doña Jacinta, y en él con la oscura noche fueron al río las dos. Pues vuestro paje, á quien vos dejastes siguiendo el coche, como en él dos damas vió entrar cuando anocheaba, y noticia no tenia de otra visita, creyó ser Jacinta la que entraba y Lucrecia.

D. Juan. Justamente.

D. Félix. Siguió el coche diligente, y cuando en el Soto estaba, entre la música y cena lo dejó, y volvió á buscaros á Madrid, y fué el no hallaros ocasion de tanta pena; porque yendo vos allá se deshiciere el engaño.

D. Juan. En eso estuvo mi daño; mas tanto gusto me dá el saber que me engañé, que doy por bien empleado el disgusto que he pasado.

D. Félix. Otra cosa averigüé, que es bien graciosa.

D. Juan. Decid.

D. Félix. Es que el dicho Don García llegó ayer en aquel día de Salamanca á Madrid, y en llegando se acostó, y durmió la noche toda, y fué embeleco la boda

y festin que nos contó.

D. Juan. ¿Qué decís!

D. Félix. Esto es verdad.

D. Juan. ¿Embustero es Don García?

D. Félix. Eso un ciego lo veria;

porque tanta variedad de tiendas, aparadores, vajillas de plata y oro, tanto plato, tanto coro de instrumentos y cantores, ¿no era mentira patente?

D. Juan. Lo que me tiene dudoso

es que sea mentiroso un hombre que es tan valiente, que de su espada el furor diera á Alcides pesadumbre.

D. Félix. Tendrá el mentir por costumbre, y por herencia el valor.

D. Juan. Vamos, que á Jacinta quiero pedille, Félix, perdon, y decille la ocasion con que esforzó este embustero mi sospecha.

D. Félix. Desde aquí nada le creo, Don Juan.

D. Juan. Y sus verdades serán ya consejas para mí.

(Vanse.)

Calle.

ESCENA XIV.

TRISTAN, DON GARCÍA Y CAMINO, de noche.

D. Garc. Mi padre me dé perdon, que forzado le engañé.

Tristan. Ingeniosa escusa fué; pero dime, ¿qué invencion agora piensas hacer con que no sepa que ha sido el casamiento fingido?

D. Garc. Las cartas le he de coger que á Salamanca escribiere, y las respuestas fingiendo yo mismo, iré entreteniendo la ficcion quanto pudiere.

ESCENA XV.

JACINTA, LUCRECIA É ISABEL, á la ventana.—

D. GARCÍA, TRISTAN Y CAMINO, en la calle.

Jacinta. Con esta nueva volvió don Beltran bien descontento,

cuando ya del casamiento estaba contenta yo.

Lucrecia. ¿Qué? ¿el hijo de Don Beltran es el indiano fingido?

Jacinta. Sí, amiga.

Lucrecia. ¿A quién has oido lo del banquete?

Jacinta. A Don Juan.

Lucrecia. Pues ¿cuándo estuvo contigo?

Jacinta. Al anochecer me vió, y en contármelo gastó lo que pudo estar conmigo.

Lucrecia. ¿Grandes sus enredos son! ¿Buen castigo te merece!

Jacinta. Estos tres hombres parece que se acercan al balcon.

Lucrecia. Vendrá al puesto Don García, que ya es hora.

Jacinta. Tú, Isabel, mientras hablamos con él, á nuestros viejos espía.

Lucrecia. Mi padre está refiriendo bien despacio un cuento largo á tu tio.

Isabel. Yo me encargo de avisaros en viniendo.

[Vase.]

Camino. (A D. García.) Este es el balcon os espera tanta gloria.

[Vase.]

ESCENA XVI.

D. GARCÍA Y TRISTAN, en la calle; JACINTA Y LUCRECIA, á la ventana.

Lucrecia. Tú eres dueño de la historia, tú en mi nombre le responde.

D. Garc. ¿Es Lucrecia?

Jacinta. ¿Es Don García?

D. Garc. Es quien hoy la joya halló más preciosa que labró el cielo, en la Platería; es quien en llegando á vella, tanto estimó su valor, que dió, abrasado de amor, la vida y alma por ella. Soy, al fin, el que se precia de ser vuestro, y soy quien hoy comienzo á ser, porque soy el esclavo de Lucrecia.

Jacinta. (Ap. á Lucrecia.) Amiga, este caballero para todas tiene amor.

(ro)

Lucrecia. El hombre es embarrador.

Jacinta. Él es un gran embustero.

D. Garc. Ya espero, señora mia, lo que me quereis mandar.

Jacinta. Ya no puede haber lugar lo que trataros queria.....

Tristan. (Al oido á su amo.) ¿Es ella?

D. Garc. Sí.

Jacinta. Que trataros

un casamiento intenté bien importante, y ya sé que es imposible casaros.

D. Garc. ¿Por qué?

Jacinta. Porque sois casado.

D. Garc. ¿Que yo soy casado?

Jacinta. Vos.

D. Garc. Soltero soy, vive Dios.

Quien lo ha dicho os ha engañado.

Jacinta. (Ap. á Lucrecia.) ¿Viste mayor em bustero?

Lucrecia. No sabe sino mentir.

Jacinta. ¿Tal me quereis persuadir?

D. Garc. Vive Dios, que soy soltero.

Jacinta. (Ap. á Lucrecia.) Y lo jura.

Lucrecia. Siempre ha sido

costumbre del mentiroso, de su crédito dudoso jurar para ser creido.

D. Garc. Si era vuestra blanca mano con la que el cielo queria colmar la ventura mia, no pierda el bien soberano, pudiendo esa falsedad probarse tan fácilmente.

Jacinta. [Ap.] ¿Con qué confianza miente! ¿No parece que es verdad?

D. Garc. La mano os daré, señora, y con eso me creeréis.

Jacinta. Vos sois tal, que la daréis á trescientas en una hora.

D. Garc. Mal acreditado estoy con vos.

Jacinta. Es justo castigo, porque mal puede conmigo tener crédito quien hoy dijo que era perulero, siendo en la corte nacido, y siendo de ayer venido, afirmó que há un año entero que está en la corte; y habiend

esta tarde confesado
que en Salamanca es casado
se está agora desdiciendo;
y quien pasando en su cama
toda la noche, contó
que en el rio la pasó
haciendo fiesta á una dama.

Tristan. [Ap.] Todo se sabe.

D. Garc. ¡Mi gloria!

escuchadme, y os diré
verdad pura; que ya sé
en qué se yerra la historia.
Por las demas cosas paso
que son de poco momento,
por tratar del casamiento,
que es lo importante del caso.
Si vos hubiérades sido
causa de haber yo afirmado,
Lucrecia, que soy casado,
¿Será culpa haber mentido?

Jacinta. ¿Yo la causa?

D. Garc. Sí, señora.

Jacinta. ¿Cómo?

D. Garc. Decíroslo quiero.

Jacinta. (Ap. á Lucrecia.) Oye; que hará el
lindos enredos agora. (embustero)

D. Garc. Mi padre llegó á tratarme
de darme otra mujer hoy;
pero yo, que vuestro soy,
quise con eso escusarme;
que mientras hacer espero
con vuestra mano mis bodas,
soy casado para todas,
solo para vos soltero.

Y como vuestro papel
llegó esforzando mi intento,
al tratarme el casamiento,
puse impedimento en él.
Este es el caso: mirad
si esta mentira os admira,
cuando ha dicho esta mentira
de mi afición la verdad.

Lucrecia. [Ap.] Mas ¿si lo fuese?

Jacinta. [Ap.] ¡Qué buena
la trazó, y qué de repente!
Pues ¿cómo tan brevemente
os pudo dar tanta pena?
¿Casi aun no visto me habeis,
y ya os mostrais tan perdido!
¿Aun no me habeis conocido,
y por mujer me quereis?

D. Garc. Hoy ví vuestra gran beldad
la vez primera, señora;
que el amor me obliga agora
á deciros la verdad.
Mas si la causa es divina,
milagro el efeto es,
que el Dios niño, no con piés,
sino con alas, camina.

Decir que habeis menester
tiempo vos para matar,
fuera, Lucrecia, negar
vuestro divino poder.
Decis que sin conoceros
estoy perdido. ¡Pluguiera
á Dios que no os conociera,
por hacer más en quereros!
Bien os conozeo: las partes
sé bien que os dió la fortuna,
que sin eclipse sois Luna,
que sois Mendoza sin mártes,
que es difunta vuestra madre,
que sois sola en vuestra casa,
que de mil doblones pasa
la renta de vuestro padre:
ved si estoy mal informado:
¡ojála, mi bien, que así
lo estuviérades de mí!

Lucrecia. (Ap.) Casi me pone en cuidado.

Jacinta. Pues Jacinta ¿no es hermosa,
no es discreta, rica, y tal,
que puede el mas principal
desealla para esposa?

D. Garc. Es discreta, rica y bella,
mas á mí no me conviene.

Jacinta. Pues decid, ¿qué falta tiene?

D. Garc. La mayor, que es no querella.

Jacinta. Pues yo con ella os queria
casar; que esa sola fué
la intencion con que os llamé.

D. Garc. Pues será vana porfia;
que por haber intentado
mi padre, Don Beltran, hoy
lo mismo, he dicho que estoy
en otra parte casado.
Y si vos, señora mia,
intentais hablarme en ello,
perdonad: que por no hacello,
seré casado en Turquía.
Esto es verdad, vive Dios,
porque mi amor es de modo,

que aborrezco aquello todo,
mi Lucrecia, que no es vos.

Lucrecia. [Ap.] ¡Ojalá!

Jacinta. ¡Que me trateis
con falsedad tan notorial!
Decid, ¿no teneis memoria
ó vergüenza no teneis?
¿Cómo, si hoy dijistes vos
á Jacinta que la amais,
agora me lo negais?

D. Garc. ¡Yo á Jacinta! Vive Dios,
que solo con vos he hablado
desde que entré en el lugar.

Jacinta. Hasta aquí pudo llegar
el mentir desvergonzado.
Si en lo mismo que yo ví
os atreveis á mentirme,
¿qué verdad podréis decirme?
Idos con Dios, y de mí
podeis desde aquí pensar,
si otra vez os diere oído:
que por divertirme ha sido;
como quien para quitar
el enfadoso fastidio
de los negocios pesados,
gasta los ratos sobrados
en las fábulas de Ovidio. [Vase.]

D. Garc. Escuchad, Lucrecia hermosa.

Lucrecia. (Ap.) Confusa quedo. (Vase.)

D. Garc. Estoy loco.

¡Verdades valen tan poco!

Tristan. En la boca mentirosa.

D. Garc. ¿Qué haya dado en no creer
cuanto digo!

Tristan. ¿Qué te admiras,
si en cuatro ó cinco mentiras
te ha acabado de coger?

De aquí, si lo consideras,
conocerás claramente,
que quien en las burlas miente,
pierde el crédito en las veras.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de D. Sancho.

ESCENA PRIMERA.

CAMINO, con un papel.—LUCRECIA.

Camino. Este me dió para tí
Tristan, de quien Don García

con justa causa confía
lo mismo que tú de mí;
que aunque su dicha es tan corta,
que sirve, es muy bien nacido:
y de suerte ha encarecido
lo que tu respuesta importa,
que jura que Don García
está loco.

Lucrecia. ¡Cosa estraña!

¿Es posible que me engaña
quien desta suerte porfia?
El mas firme enamorado
se causa si no es querido,
¡y éste puede ser fingido,
tan constante y desdeñado!

Camino. Yo al menos, si en las señales
se conoce el corazon,
ciertos juraré que son,
por las que he visto, sus males:
que quien tu calle pasea
tan constante noche y dia,
quien tu espesa celosía
tan atento brujulea,
quien ve que de tu balcon,
cuando él viene, te retiras,
y ni te ve ni le miras,
y está firme en tu afición;
quien llora, quien desespera,
quien porque contigo estoy
me da dineros, que es hoy
la señal mas verdadera,
yo me afirmo en que decir
que miente, es gran desatino.

Lucrecia. Bien se echa de ver, Camino,
que no le has visto mentir.
¡Pluguiera á Dios fuera cierto
su amor! que á decir verdad,
no tarde en mi voluntad
hallarán sus ansias puerto.
Que sus encarecimientos,
aunque no los he creído,
por lo menos han podido
despertar mis pensamientos;
que dado que es necesidad
dar crédito al mentiroso,
como el mentir no es forzoso,
y puede decir verdad,
obligame la esperanza
y el propio amor á creer,
que conmigo puede hacer

esta tarde confesado
que en Salamanca es casado
se está agora desdiciendo;
y quien pasando en su cama
toda la noche, contó
que en el rio la pasó
haciendo fiesta á una dama.

Tristan. [Ap.] Todo se sabe.

D. Garc. ¡Mi gloria!

escuchadme, y os diré
verdad pura; que ya sé
en qué se yerra la historia.
Por las demas cosas paso
que son de poco momento,
por tratar del casamiento,
que es lo importante del caso.
Si vos hubiérades sido
causa de haber yo afirmado,
Lucrecia, que soy casado,
¿Será culpa haber mentido?

Jacinta. ¿Yo la causa?

D. Garc. Sí, señora.

Jacinta. ¿Cómo?

D. Garc. Decíroslo quiero.

Jacinta. (Ap. á Lucrecia.) Oye; que hará el
lindos enredos agora. (embustero)

D. Garc. Mi padre llegó á tratarme
de darme otra mujer hoy;
pero yo, que vuestro soy,
quise con eso escusarme;
que mientras hacer espero
con vuestra mano mis bodas,
soy casado para todas,
solo para vos soltero.

Y como vuestro papel
llegó esforzando mi intento,
al tratarme el casamiento,
puse impedimento en él.
Este es el caso: mirad
si esta mentira os admira,
cuando ha dicho esta mentira
de mi afición la verdad.

Lucrecia. [Ap.] Mas ¿si lo fuese?

Jacinta. [Ap.] ¡Qué buena
la trazó, y qué de repente!
Pues ¿cómo tan brevemente
os pudo dar tanta pena?
¿Casi aun no visto me habeis,
y ya os mostrais tan perdido!
¿Aun no me habeis conocido,
y por mujer me quereis?

D. Garc. Hoy ví vuestra gran beldad
la vez primera, señora;
que el amor me obliga agora
á deciros la verdad.
Mas si la causa es divina,
milagro el efeto es,
que el Dios niño, no con piés,
sino con alas, camina.

Decir que habeis menester
tiempo vos para matar,
fuera, Lucrecia, negar
vuestro divino poder.

Decis que sin conoceros
estoy perdido. ¡Pluguiera
á Dios que no os conociera,
por hacer más en quereros!
Bien os conozeo: las partes
sé bien que os dió la fortuna,
que sin eclipse sois Luna,
que sois Mendoza sin mártes,
que es difunta vuestra madre,
que sois sola en vuestra casa,
que de mil doblones pasa
la renta de vuestro padre:
ved si estoy mal informado:
¡ojála, mi bien, que así
lo estuviérades de mí!

Lucrecia. (Ap.) Casi me pone en cuidado.

Jacinta. Pues Jacinta ¿no es hermosa,
no es discreta, rica, y tal,
que puede el mas principal
desealla para esposa?

D. Garc. Es discreta, rica y bella,
mas á mí no me conviene.

Jacinta. Pues decid, ¿qué falta tiene?

D. Garc. La mayor, que es no querella.

Jacinta. Pues yo con ella os queria
casar; que esa sola fué
la intencion con que os llamé.

D. Garc. Pues será vana porfia;
que por haber intentado
mi padre, Don Beltran, hoy
lo mismo, he dicho que estoy
en otra parte casado.
Y si vos, señora mia,
intentais hablarme en ello,
perdonad: que por no hacello,
seré casado en Turquía.
Esto es verdad, vive Dios,
porque mi amor es de modo,

que aborrezco aquello todo,
mi Lucrecia, que no es vos.

Lucrecia. [Ap.] ¡Ojalá!

Jacinta. ¡Que me trateis
con falsedad tan notorial!
Decid, ¿no teneis memoria
ó vergüenza no teneis?
¿Cómo, si hoy dijistes vos
á Jacinta que la amais,
agora me lo negais?

D. Garc. ¡Yo á Jacinta! Vive Dios,
que solo con vos he hablado
desde que entré en el lugar.

Jacinta. Hasta aquí pudo llegar
el mentir desvergonzado.
Si en lo mismo que yo ví
os atreveis á mentirme,
¿qué verdad podréis decirme?
Idos con Dios, y de mí
podeis desde aquí pensar,
si otra vez os diere oído:

que por divertirme ha sido;
como quien para quitar
el enfadoso fastidio
de los negocios pesados,
gasta los ratos sobrados
en las fábulas de Ovidio. [Vase.]

D. Garc. Escuchad, Lucrecia hermosa.

Lucrecia. (Ap.) Confusa quedo. (Vase.)

D. Garc. Estoy loco.

¡Verdades valen tan poco!

Tristan. En la boca mentirosa.

D. Garc. ¿Qué haya dado en no creer
cuanto digo!

Tristan. ¿Qué te admiras,
si en cuatro ó cinco mentiras
te ha acabado de coger?

De aquí, si lo consideras,
conocerás claramente,
que quien en las burlas miente,
pierde el crédito en las veras.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de D. Sancho.

ESCENA PRIMERA.

CAMINO, con un papel.—LUCRECIA.

Camino. Este me dió para tí
Tristan, de quien Don García

con justa causa confía
lo mismo que tú de mí;
que aunque su dicha es tan corta,
que sirve, es muy bien nacido:
y de suerte ha encarecido
lo que tu respuesta importa,
que jura que Don García
está loco.

Lucrecia. ¡Cosa estraña!

¿Es posible que me engaña
quien desta suerte porfia?
El mas firme enamorado
se causa si no es querido,
¡y éste puede ser fingido,
tan constante y desdeñado!

Camino. Yo al menos, si en las señales
se conoce el corazon,
ciertos juraré que son,
por las que he visto, sus males:
que quien tu calle pasea
tan constante noche y dia,
quien tu espesa celosía
tan atento brujulea,
quien ve que de tu balcon,
cuando él viene, te retiras,
y ni te ve ni le miras,
y está firme en tu afición;
quien llora, quien desespera,
quien porque contigo estoy
me da dineros, que es hoy
la señal mas verdadera,
yo me afirmo en que decir
que miente, es gran desatino.

Lucrecia. Bien se echa de ver, Camino,
que no le has visto mentir.
¡Pluguiera á Dios fuera cierto
su amor! que á decir verdad,
no tarde en mi voluntad
hallarán sus ansias puerto.
Que sus encarecimientos,
aunque no los he creído,
por lo menos han podido
despertar mis pensamientos;
que dado que es necesidad
dar crédito al mentiroso,
como el mentir no es forzoso,
y puede decir verdad,
obligame la esperanza
y el propio amor á creer,
que conmigo puede hacer

en sus costumbres mudanza.
Y así, por guardar mi honor
si me engaña lisonjero,
y si es su amor verdadero,
porque es digno de mi amor,
quiero andar tan advertida
á los bienes y á los daños,
que ni admita sus engaños,
ni sus verdades despida.

Camino. Dese parecer estoy.

Lucrecia. Pues dirásle que cruel
rompí sin vello el papel:
que esta respuesta le doy.
Y luego tú de tu aljaba
le dí que no desespere,
y que si verme quisiere,
vaya esta tarde á la otava
de la Madalena.

Camino. Voy.

Lucrecia. Mi esperanza fundo en tí.

Camino. No se perderá por mí,
pues ves que Camino soy. [Vanse.]

Sala en casa de D. Beltran.

ESCENA II.

DON BELTRAN, DON GARCÍA, TRISTAN.

(*D. Beltran saca una carta abierta y se la da á Don García.*)

D. Beltr. ¿Habeis escrito, García?

D. Garc. Esta noche escribiré.

D. Beltr. Pues abierta os la daré,
porque leyendo la mia,
conforme á mi parecer
á vuestro suegro escribais;
que determino que vais
vos en persona á traer
vuestra esposa, que es razon;
porque pudiendo traella
vos mismo, enviar por ella
fuera poca estimacion.

D. Garc. Es verdad; mas sin efeto
será agora mi jornada.

D. Beltr. ¿Por qué?

D. Garc. Porque está preñada;
y hasta que un dichoso nieto
te dé, no es bien arriesgar
su persona en el camino.

D. Beltr. ¡Jesus! fuera desatino,
estando así, caminar.

Mas dime, ¿cómo hasta aquí
no me lo has dicho, García?

D. Garc. Porque yo no lo sabia;
y en la que ayer recibí
de Doña Sancha, me dice
que es cierto el preñado yá.

D. Beltr. Si un nieto baron me da,
hará mi vejez felice.

Muestra; que añadir es bien

[Tómale la carta que le habia dado.]

cuánto con esto me alegre.

Mas dí, ¿cuál es de tu suegro
el propio nombre?

D. Garc. ¿De quién?

D. Beltr. De tu suegro.

D. Garc. (Ap.) Aquí me pierdo.
Don Diego.

D. Beltr. O yo me he engañado,
ú otras veces le has nombrado
Don Pedro.

D. Garc. También me acuerdo
deso mismo; pero son
suyos, señor, ambos nombres.

D. Beltr. ¿Diego y Pedro!

D. Garc. No te asombres;

que por una condicion

Don Diego se ha de llamar
de su casa el sucesor.

Llamábase mi señor

Don Pedro antes de heredar;

y como se puso luego

Don Diego, porque heredó,

despues acá se llamó

ya *Don Pedro*, ya *D. Diego*.

D. Beltr. No es nueva esa condicion
en muchas casas de España.

A escribirle voy. (Vase.)

ESCENA III.

DON GARCÍA, TRISTAN.

Tristan. Estraña
fué esta vez tu confusion.

D. Garc. ¿Has entendido la historia?

Tristan. Y hubo bien en qué entender,
el que miente ha menester
gran ingenio y gran memoria.

D. Garc. Perdido me ví.

Tristan. Y en eso
pararás al fin, señor.

D. Garc. Entre tanto de mi amor
veré el bueno ó mal suceso.

¿Qué hay de Lucrecia?

Tristan. Imagino,
aunque de dura se precia,
que has de vencer á Lucrecia
sin la fuerza de Tarquino.

D. Garc. ¿Recibió el billete?

Tristan. Si,
aunque á Camino mandó
que diga que lo rompió;
que él lo ha fiado de mí.

Y pues lo admitió, no mal

se negocia tu deseo, si

si aquel epigrama creo

que á Nevia escribió Marcial:

“Escribí, no respondió

Nevia; luego dura está;

mas ella se hablará,

pues lo que escribí leyó.”

D. Garc. Que dice verdad sospecho.

Tristan. Camino está de tu parte,

y promete revelarte

los secretos de su pecho;

y que ha de cumplillo espero,

si andas tú cumplido en dar;

que para hacer confesar

no hay cordel como el dinero.

y, aun fuera bueno, señor,

que conquistaras tu ingrata

con dádivas, pues que mata

con flechas de oro el amor.

D. Garc. Nunca te he visto grosero,

sino aquí, en tus pareceres.

¿Es ésta de las mujeres,

que se rinden por dinero?

Tristan. Virgilio dice que Dido

fué del troyano abrasada,

á sus dones obligada

tanto como de Cupido.

¡Y era reina! No te espantes

de mis pareceres rudos;

que escudos vencen escudos,

diamantes labran diamantes.

D. Garc. ¿No viste que la ofendió

mi oferta en la Plateria?

Tristan. Tu oferta la ofenderia,

señor, que tus joyas no.

Por el uso te gobierna;

que á nadie en este lugar

por desvergonzado en dar
le quebraron brazo ó pierna.

D. Garc. Dame tú que ella lo quiera,
que darle un mundo imagino.

Tristan. Camino dará camino,
que es el polo desta esfera.

Y porque sepas que está

en buen estado tu amor,

ella le mandó, señor,

que te dijese que hoy va

Lucrecia á la Madalena

á la fiesta de la otava,

como que él te lo avisaba.

D. Garc. ¡Dulce alivio de mi pena!

¿Con ese espacio me das

nuevas que me vuelven loco?

Tristan. Dóytelas tan poco á poco

porque dure el gusto más. [Vanse.]

Claustro del convento de la Madalena, con puerta á la
Iglesia.

ESCENA IV.

JACINTA Y LUCRECIA con mantos.

Jacinta. ¿Qué prosigue Don García?

Lucrecia. De modo que con saber

su engañoso proceder,

como tan firme porfia

casi me tiene dudosa.

Jacinta. Quizá no eres engañada,

que la verdad no es vedada

á la boca mentirosa.

Quizá es verdad que te quiere,

y más donde tu beldad

asegura esa verdad

en cualquiera que te viere.

Lucrecia. Siempre tú me favoreces;

mas yo lo creyera así,

á no haberte visto á tí,

que al mismo sol oscureces.

Jacinta. Bien sabes tú lo que vales,

y que en esta competencia

nunca ha salido sentencia,

por tener votos iguales.

Y no es sola la hermosa

quien causa amoroso ardor;

que tambien tiene el amor

su pedazo de ventura.

Yo me holgaré que por tí,

amiga, me haya trocado,

y que tú hayas alcanzado

lo que yo no merecí,
 porque ni tú tienes culpa
 ni él me tiene obligacion.
 Pero vé con prevencion;
 que no te queda disculpa
 si te arrojas en amar,
 y al fin quedas engañada
 de quien estás ya avisada
 que solo sabe engañar.

Lucrecia. Gracias, Jacinta, te doy,
 mas tu sospecha corrige;
 que estoy por creerle, dije;
 nó que por quererle estoy.

Jacinta. Obligárate el creer,
 y querrás, siendo obligada;
 y así es corta la jornada
 que hay de creer á querer.

Lucrecia. Pues ¿qué dirás si supieres
 que un papel he recibido?

Jacinta. Erráste; y considera
 que tal vez la voluntad
 hace por curiosidad
 lo que por amor no hiciera.
 ¿Tú no le hablaste gustosa
 en la Platería?

Jacinta. Sí.

Lucrecia. ¿Y fuiste en ofrle allí
 enamorada ó curiosa?

Jacinta. Curiosa.

Lucrecia. Pues yo con él
 curiosa tambien he sido,
 como tú en haberle ofdo,
 y en recibir su papel.

Jacinta. Notorio verás tu error,
 si adviertes que es el oír
 cortesía; y admitir
 un papel claro favor.

Lucrecia. Eso fuera á saber él
 que su papel recibí;
 mas él piensa que rompí,
 sin leello, su papel.

Jacinta. Pues con eso es cierta cosa
 que curiosidad ha sido.

Lucrecia. En mi vida me ha valido
 tanto gusto el ser curiosa.
 Y porque su falsedad
 conozcas, escucha y mira
 si es mentira la mentira
 que más parece verdad.

(Saca un papel y le abre).

ESCENA V.

CAMINO, DON GARCÍA Y TRISTAN.—DICHAS.

Camino. [Ap. á D. García.] ¿Veis la que tiene
 un papel? (en la mano)

D. Garc. Sí.

Camino. Pues aquella
 es Lucrecia.

D. Garc. [Ap.] ¡Oh causa bella
 de dolor tan inhumano!

Ya me abraso de celoso.

¡Oh Camino, cuánto os debo!

Tristan. [A Camino.] Mañana os vestis de nue-
 (vo.)

Camino. Por vos he de ser dichoso.

D. Garc. Llegarme, Tristan, pretendo

adonde, sin que me vea,

si posible fuere, lea

el papel que está leyendo.

Tristan. No es difícil, que si vas

á esta capilla arrimado,

saliendo por aquel lado,

de espaldas la cogerás.

D. Garc. Bien dices. Vén por aquí.

(Vanse D. García, Tristan y Camino).

Jacinta. Lee bajo, que darás

mal ejemplo.

Lucrecia. No me oirás.

toma y lee para tí.

(Da el papel á Jacinta).

Jacinta. Ese es mejor parecer.

ESCENA VI.

DON GARCÍA Y TRISTAN, por otra puerta eogen
 de espaldas á JACINTA Y LUCRECIA.

Tristan. Bien el fin se consiguió.

D. Garc. Tú, si ves mejor que yo,
 procura, Tristan, leer.

Jacinta. [Lee.] “Ya que mal crédito cobras

“de mis palabras sentidas,

“dime si serán creidas,

“pues nunca mienten, las obras,

“Que si consiste el creerme,

“señora, en ser tu marido,

“y ha de dar el ser creido

“materia al favorecerme,

“por este, Lucrecia mía,

“que de mi mano te doy

“firmado, digo que soy

“ya tu esposo Don García.”

D. Garc. (Ap. á Tristan.) ¡Vive Dios que es mi
 (papel.)

Tristan. ¿Pues qué! ¿no lo vió en su casa?

D. Garc. Por ventura lo repasa,
 regalándose con él.

Tristan. Como quiera, te está bien.

D. Garc. Como quiera, soy dichoso.

Jacinta. Él es breve y compendioso.

O bien siente, ó miente bien.

D. Garc. (A Jacinta.) Volved los ojos, señora,
 cuyos rayos no resisto.

Jacinta. (Ap. á Lucrecia.) Cúbrete, pues no te
 y desengañaate agora. (ha visto.)

(Tápanse Lucrecia y Jacinta.)

Lucrecia. (Ap. á Jacinta.) Disimula y no me
 (nombres.)

D. Garc. Corred los delgados velos

á ese asombro de los cielos,

á ese cielo de los hombres.

¿Posible es que os llego á ver,
 homicida de mi vida?

Mas como sois mi homicida,

en la Iglesia hubo de ser.

Si os obliga á retraer

mi muerte, no hayais temor;

que de las leyes de amor

es tan grande el desconcierto,

que dejan preso al que es muerto,

y libre al que es matador.

Ya espero que de mi pena

estais, mi bien, condolidas,

si el estar arrepentida

os trajo á la Madalena.

Ved cómo el amor ordena

recompensa al mal que siento,

pues si yo llevé el tormento

de vuestra crueldad, señora,

la gloria me llevo agora

de vuestro arrepentimiento.

¿No me hablais, dueño querido?

¿No os obliga el mal que paso?

¿Arrepentíos acaso

de haberos arrepentido?

Que advertiais, señora, os pido

que otra vez me mataréis:

si porque en la Iglesia os veis

probaís en mí los aceros,

mirad que no ha de valeros

si en ello el delito haceis.

Jacinta. ¿Conoceis?

D. Garc. ¡Y bien, por Dios!

tanto, que desde aquel dia

que os hablé en la Platería,

no me conozco por vos:

de suerte, que de los dos

vivo más en vos que en mí;

que tanto, desde que os ví,

en vos trasformado estoy,

que ni conozco el que soy,

ni me acuerdo del que fui.

Jacinta. Bien se echa de ver que estais

del que fuistes olvidado,

pues sin ver que sois casado

nuevo amor solicitais.

D. Garc. ¿Yo casado! ¿En eso dais?

Jacinta. ¿Pues no?

D. Garc. ¿Qué vana porfia!

fué, por Dios, invencion mia,

por ser vuestro.

Jacinta. O por no sello;

y si os vuelven á hablar dello,

seréis casado en Turquía.

D. Garc. Y vuelvo á jurar, por Dios,

que en este amoroso estado

para todas soy casado,

y soltero para vos.

Jacinta. (Ap. á Lucrecia.) ¿Ves tu desengaño?

Lucrecia. (Ap.) ¡Ah cielos!

Apenas una centella

siento de amor, y ya della

nacen volcanes de celos.

D. Garc. Aquella noche, señora,

que en el balcon os hablé,

¿todo el caso no os conté?

Jacinta. ¡A mí en balcon!

Lucrecia. (Ap.) ¡Ah traidora!

Jacinta. Advertir que os engañais.

¿Vos me hablastes?

D. Garc. ¡Bien por Dios!

Lucrecia. (Ap.) ¡Hablaisle de noche vos,

y á mí consejos me dais!

D. Garc. Y el papel que recibistes,

¿negaréislo?

Jacinta. ¡Yo papel!

Lucrecia. (Ap.) ¡Ved qué amiga tan fiel!

D. Garc. Y sé yo que lo leistes.

Jacinta. Pasar por donaire puede,

cuando no daña, el mentir;

mas no se puede sufrir

cuando ese límite excede.

D. Garc. ¿No os hablé en vuestro balcon,

Lucrecia, tres noches há?

Jacinta. (Ap.) ¡Yo Lucrecia! Bueno va. Toro nuevo, otra invencion. A Lucrecia ha conocido, y es muy cierto el adoralla; pues finge, por no enojalla, que por ella me ha tenido.

Lucrecia. (Ap.) Todo lo entiendo. ¡Ah traidora! sin duda que le avisó que la tapada fuf yo, y quiere enmendallo agora con fingir que fue el tenella por mí, la causa de hablalla.

Tristan. (A D. Garcia.) Negar debe de importor la que está junto della (talla, ser Lucrecia.

D. Garc. Así lo entiendo; que si por mí lo negara, encubriera ya la cara. Pero no se conociendo, ¿Se hablaran las dos?

Tristan. Por puntos suele en las Iglesias verse que parlan sin conocerse los que aciertan á estar juntos.

D. Garc. Dices bien.

Tristan. Fingiendo agora que se engañaron tus ojos, lo enmendarás.

D. Garc. Los antojos de un ardiente amor, señora, me tienen tan deslumbrado, que por otra os he tenido. Perdonad; que yerro ha sido de esa cortina causado; que como á la fantasía fácil engaña el deseo, cualquiera dama que veo se me figura la mia.

Jacinta. [Ap.] Entendíle la intencion.

Lucrecia. [Ap.] Avisóle la taimada.

Jacinta. Segun eso, la adorada es Lucrecia.

D. Garc. El corazon, desde el punto que la ví, la hizo dueño de mi fé.

Jacinta. (Ap.) ¡Bueno es esto!

Lucrecia. [Ap.] ¡Que ésta esté haciendo burla de mí! No me doy por entendida, por no hacer aquí un exceso.

Jacinta. Pues yo pienso que á estar de eso cierta, os fuera agradecida Lucrecia.

D. Garc. ¿Tratais con ella?

Jacinta. Trato y es amiga mia, tanto, que me atreveria á afirmar que en mí y en ella vive solo un corazon.

D. Garc. (Ap.) Si eres tú, bien claro está. ¡Qué bien á entender me dá su recato y su intencion! Pues ya que mi dicha ordena tan buena ocasion, señora, pues sois ángel, sed agora mensajera de mi pena. Mi firmeza le decid, y perdonadme si os doy este oficio.

Tristan. [Ap.] Oficio es hoy de las mozas de Madrid.

D. Garc. Persnadidla que á tan grande amor ingrata no sea.

Tristan. Hacedle vos que lo crea, que yo le haré que se ablande.

D. Garc. ¿Por qué no creará que muero, pues he visto su beldad?

Jacinta. Porque, si os digo verdad, no os tiene por verdadero.

D. Garc. Esta es verdad, vive Dios: hacedle vos que lo crea.

Jacinta. ¿Qué importa que verdad sea, si el que la dice sois vos? Que la boca mentirosa, incurre en tan torpe mengua, que solamente en su lengua es la verdad sospechosa.

D. Garc. Señora.....

Jacinta. Basta: mirad que dais nota.

D. Garc. Yo obedezco.

Jacinta. ¿Vas contenta?

Lucrecia. Yo agradezco, Jacinta, tu voluntad.

[Vanse los dos.]

ESCENA VII.

DON GARCIA, TRISTAN.

D. Garc. ¿No ha estado aguda Lucrecia?
¿Con qué astucia dió á entender

que le importaba no ser Lucrecia!

Tristan. A fé que no es necia.

D. Garc. Sin duda que no querria que la conociese aquella que estaba hablando con ella.

Tristan. Claro está que no podia obligalla otra ocasion á negar cosa tan clara: porque á ti no te negara que te habló por su balcon, pues ella misma tocó los puntos de que tratastes cuando por él os hablastes.

D. Garc. En eso bien me mostró que de mí no se encubria.

Tristan. Y por eso dijo aquello: "y si os vuelven hablar dello, seréis casado en Turquía." Y esta conjetura abona más claramente el negar que era Lucrecia, y tratar luego en tercera persona de sus propios pensamientos, diciéndote que sabia que Lucrecia pagaria tus amorosos intentos, con que tú hiciste, señor, que los llegase á creer.

D. Garc. ¡Ay Tristan! ¿Qué puedo hacer para acreditar mi amor?

Tristan. ¿Tú quieres casarte?

D. Garc. Sí.

Tristan. Pues pídele.

D. Garc. ¿Y si resiste?

Tristan. Parece que no la oíste

lo que dijo agora aquí: "hacedle vos que lo crea, que yo la haré que se ablande." ¿Qué indioio quieres mas grande, de que ser tuya desea? Quien tus papeles recibe, quien te habla en sus ventanas, muestras ha dado bien llanas de la aficion con que vive.

El pensar que eres casado la sofrena solamente, y queda ese inconveniente con casarte remediado; pues es el mismo casarte,

siendo tan gran caballero, informacion de soltero; y cuando quiera obligarte á que des informacion, por el temor con que va de tus engaños, no está Salamanca en el Japon.

D. Garc. Si está para quien desea; que son ya siglos en mí los instantes.

Tristan. Pues aquí ¿no habrá quien testigo sea?

D. Garc. Puede ser.

Tristan. Es fácil cosa.

D. Garc. Al punto los buscaré.

Tristan. Uno ya te le daré.

D. Garc. Y ¿quién es?

Tristan. D. Juan de Sosa.

D. Garc. ¿Quién? ¿Don Juan de Sosa?

Tristan. Sí.

D. Garc. Bien lo sabe.

Tristan. Desde el dia

que te habló en la Platería no le he visto, ni él á tí. Y aunque siempre he deseado saber qué pesar te dió el papel que te escribí, nunca te lo he preguntado; viendo que entonces severo negaste y descolorido; mas agora, que ha venido tan á proposito, quiero pensad que puedo, señor, pues secretario me has hecho del archivo de tu pecho, y se pasó aquel furor.

D. Garc. Yo te lo quiero contar; que pues sé por experiencia tu secreto y tu prudencia, bien te lo puedo fiar. A las siete de la tarde me escribió que me aguardaba en San Blas D. Juan de Sosa para un caso de importancia. Callé, por ser desafio; que quiere el que no lo calla que le estorben ó le ayuden: cobardes acciones ambas. Llegué al aplazado sitio, donde Don Juan me aguardaba

con su espada y con sus celos,
que son armas de ventaja.
Su sentimiento propuso;
satisface á su demanda;
y por quedar bien, al fin,
desnudamos las espadas.

Elegí mi medio al punto,
y haciéndole una ganancia
por los grados del perfil,
le dí una fuerte estocada,
Sagrado fué de su vida
un *Agnus Dei* que llevaba;
que topando en él la punta,
hizo dos partes mi espada.
Él sacó piés del gran golpe;
pero con ardiente rabia
vino tirando una punta;
mas yo por la parte flaca
cogí su espada, formando
un atajo. Él presto saca
(como la respiracion
tan corta línea le tapa,
por faltarle los dos tercios
á mi poco fiel espada)
la suya, corriendo filos,
y como cerca me halla
(porque yo busqué el estrecho,
por la falta de mis armas),
á la cabeza furioso
me tiró una cuchillada.
Recibíla en el principio
de su formacion y baja,
matándole el movimiento
sobre la suya mi espada.

¡Aquí fué troya! Saqué
un revez con tal pujanza,
que la falta de mi acero
hizo allí muy poca falta;
que abriéndole en la cabeza
un palmo de cuchillada,
vino sin sentido al suelo,
y aun sospecho que sin alma.
Dejele así, y con secreto
me vine. Esto es lo que pasa,
y de no verle estos dias,
Tristan, es esta la causa.

Tristan. ¿Qué suceso tan extraño:
¿y si murió?

D. Garc. Cosa es clara,
porque hasta los mismos secos

esparció por la campaña.

Tristan. ¡Pobre Don Juan!.....

ESCENA VIII.

DON JUAN Y DON BELTRAN.—DICHOS.

Tristan. Mas ¿no es este
que viene aquí?

D. Garc. ¿Cosa extraña!

Tristan. ¿Tambien á mí me la pegas?

¿Al secretario del alma?

[Ap.] Por Dios, que se lo creí,
con conocelle las mañas.

Mas ¿á quién no engañarán
mentiras tan bien trovadas?

D. Garc. Sin duda que le han curado
por ensalmo.

Tristan. Cuchillada
que rompió los mismos sesos,
¿en tan breve tiempo sana?

D. Garc. ¿Es mucho? Ensalmo sé yo
con que un hombre en Salamanca,
á quien cercen cortaron
un brazo con media espalda,
volviéndosela á pegar,
en menos de una semana
quedó tan sano y tan bueno
como primero.

Tristan. ¡Ya escampa!

D. Garc. Esto no me lo contaron
yo mismo lo ví.

Tristan. Eso basta.

D. Garc. De la verdad, por la vida,
no quitaré una palabra.

Tristan. (Ap.) ¿Que ninguno se conozca!

Señor, mis servicios paga

con enseñarme ese ensalmo.

D. Garc. Está en dicciones hebraicas,

y si no sabes la lengua,

no has de saber pronunciarlas.

Tristan. Y tú ¿sábesla?

D. Garc. ¿Qué bueno!

mejor que la castellana:

hablo diez lenguas.

Tristan. (Ap.) Y todas

para mentir no te bastan.

Cuerpo de verdades lleno

con razon el tuyo llaman,

pues ninguna sale d' él.

(Ap.) Ni hay mentira que no salga.

D. Beltr. [A D. Juan.] ¿Qué decís?

D. Juan. Esto es verdad:

ni caballero ni dama
tiene, si mal no me acuerdo,
desos nombres Salamanca.

D. Beltr. (Ap.) Sin duda que fué invencion
de García, cosa es clara.
Disimular me conviene.
Gocéis por edades largas
con una rica encomienda
de la Cruz de Calatrava.

D. Juan. Creed que siempre he de ser
más vuestro cuanto mas valga.
Y perdonadme, que ahora
por andar dando las gracias
á esos señores, no os voy
sirviendo hasta vuestra casa, [Vase.]

ESCENA IX.

DON BELTRAN, DON GARCÍA, TRISTAN.

D. Beltr. (Ap.) ¡Válgame Dios! ¿Es posible
que á mí no me perdonaran
las costumbres de este mozo?

¿Que aun á mí en mis propias canas
me mintiese, al mismo tiempo
que riñéndoselo estaba?

¿Y que le creyese yo
en cosa tan de importancia
tan presto, habiendo ya oído
de sus engaños la fama?

Mas ¿quién creyera que á mí
me mintiera, cuando estaba
reprendiéndole eso mismo?

Y ¿qué juez se recelara
que el mismo ladron le robe,
de cuyo castigo trata?

Tristan. ¿Determinaste á llegar?

D. Garc. Sí, Tristan.

Tristan. Pues Dios te valga.

D. Garc. Padre.....

D. Beltr. No me llames padre,

vil; enemigo me llama;

quien no tiene sangre mia,

quien no me parece en nada.

Quítate de ante mis ojos;

que por Dios, si no mirara.....

Tristan. (Ap. á D. Garc.) El mar está por el
Mejor ocasion aguarda. (cielo.)

D. Beltr. ¡Cielos! ¿Qué castigo es este?

¿Es posible que á quien ama

la verdad como yo, un hijo
de condicion tan contraria
le diédeses? ¿Es posible
que quien tanto su honor guarda
como yo, engendrarse un hijo
de inclinaciones tan bajas;
y á Gabriel, que honor y vida
daba á mi sangre y mis canas,
llevádeses tan en flor?
Cosas son que á no mirarlas
como cristiano.....

D. Garc. (Ap.) ¿Qué es esto?

Tristan. [Ap. á su amo.] Quítate de aquí. ¿Qué

D. Beltr. Déjanos solos, Tristan. (aguardas?)

pero vuelve, no te vayas;

por ventura la vergüenza

de que sepas tú su infamia

podrá en él lo que no pudo

el respeto de mis canas.

Y cuando ni esta vergüenza

le obligue á enmiendar sus faltas,

servírale por lo menos

de castigo el publicallas.

Dí, liviano, ¿qué fin llevas;

loco, dí, ¿qué gusto sacas

de mentir tan sin recato?

Y cuando con todos vayas

tras tu inclinacion, ¿conmigo

siquiera no te enfrenaras?

¿Con qué intento el matrimonio

figiste de Salamanca,

para quitarles tambien

el crédito á mis palabras?

¿Con qué cara hablaré yo

á los que dije que estabas

con Doña Sancha de Herrera

desposado? ¿Con qué cara,

cuando, sabiendo que fué

fingida esta Doña Sancha,

por cómplices del embuste

infamen mis nobles canas?

¿Qué medio tomaré yo

que saque bien esta mancha,

pues á mejor negociar,

si de mí quiero quitarla,

he de ponerla en mi hijo,

y diciendo que la causa

fuiste tú, he de ser yo

pregonero de tu infamia?

Si algun cuidado amoroso

te obligó á que me engañaras,
¿qué enemigo te oprimía?
¿qué puñal te amenazaba?
Sino un padre, padre al fin;
que este nombre solo basta
para saber de qué modo
le enternecieran tus ansias.
Un viejo que fué mancebo,
y sabe bien la pujanza
con que en pechos juveniles
prenden amorosas llamas.

D. Garc. Pues si lo sabes, y entónces

para escusarme bastara;
para que mi error perdones
ahora, padre, me vulga.
Parecerme que sería
respetar poco tus canas
no obedecerte pudiendo,
me obligó á que te engañara.

Error fué, no fué delito;
no fué culpa, fué ignorancia;
la causa amor, tú, mi padre,
pues tú dices que esto basta.

Y ya que el daño supiste,
escucha la hermosa causa,
porque el mismo dañador
el daño te satisfaga.

Doña Lucrecia, la hija
de Don Juan de Luna, es alma
desta vida; es principal
y heredera de su casa;

y para hacerme dichoso
con su hermosa mano, falta
solo que tú lo consentas,
y declares que la fama

de ser yo casado tuvo
ese principio, y es falsa.

D. Beltr. No, no, ¡Jesus! Calla. ¿En otra
habías de meterme? Basta
ya, si dices que esta es luz,
he de pensar que me engañas.

D. Garc. No, señor; lo que á las obras
se remite es verdad clara,
y Tristan, de quien te fías,
es testigo de mis ansias.

Dílo, Tristan.

Tristan. Sí, señor:
lo que dice es lo que pasa.

D. Beltr. ¿No te corres desto? Dí,
¿no te avergüenza que hayas
menester que tu criado

acredite lo que hablas?

Ahora bien, yo quiero hablar
á Don Juan, y el cielo haga
que te dé á Lucrecia; que eres
tal, que ella es la engañada.

Mas primero he de informarme
en esto de Salamanca;

que ya temo que en decirme
que me engañaste, me engañas.

que aunque la verdad sabia
antes que á hablarte llegara,

la has hecho ya sospechosa
tú con solo confesarla. [Vase.]

D. Garc. Bien se ha hecho.

Tristan. ¿Y cómo bien!

que yo pensé que hoy probabas
en tí aquel ensalmo hebreo
que brazos cortados sana. (Vanse.)

Sala con vistas á un jardín, en casa de D. Juan de Luna.

ESCENA X.

DON JUAN DE LUNA, DON SANCHO.

D. J. Luna. Parece que la noche ha refrescado.

D. Sancho. Señor D. Juan de Luna, para el rio
este fresco en mi edad es demasiado.

D. J. Luna. Mejor será que en ese jardín mio
se nos ponga la mesa, y que gocemos
la cena con sazón, templado el frío.

D. Sancho. Discreto parecer. Noche tendremos
que dar á Manzanares mas templada;
que ofenden la salud estos extremos.

D. J. Luna. (Dirigiéndose adentro.) Gozad de
(vuestra hermosa convidada,
por esta noche en el jardín Lucrecia.

D. Sancho. Veáisla, quiera Dios, bien empleada,
que es un ángel.

D. J. Luna. Demas de que no es necia,
y ser cual veis, D. Sancho, tan hermosa,
ménos que la virtud la vida precia.

ESCENA XI.

UN CRIADO.—DICHOS.

Criado. (A D. Sancho.) Preguntando por vos D.

(Juan de Sosa

á la puerta llegó, y pide licencia,

D. Sancho. ¿A tal hora!

D. J. Luna. Será ocasion forzosa.

D. Sancho. Entre el señor D. Juan.

(Vase el criado á avisar).

ESCENA XII.

DON JUAN, con un papel.—DON JUAN DE LUNA,
DON SANCHO.

D. Juan. (A D. Sancho.) A esa presencia
sin el papel que veis nunca llegara;
mas ya con él faltaba la paciencia;
que no quiso el amor que dilatara
la nueva un punto: si alcanzar la gloria
consiste en eso, de mi prenda cara,
ya el hábito salió: si en la memoria
la palabra tenéis que me habeis dado,
colmaréis con cumplirla mi vitoria.

D. Sancho. Mi fé, señor D. Juan, habeis premia-
con no haber esta nueva tan dichosa (do,
por un momento solo dilatado.

Á darla voy á mi Jacinta hermosa:

y perdonad, que por estar desnuda
no la mando salir. [Vase.]

D. J. Luna. Por cierta cosa
tuve siempre el vencer, que el cielo ayuda
la verdad mas oculta: en ser premiada
dilacion pudo haber, pero no duda.

ESCENA XIII.

DON GARCÍA, DON BELTRAN, TRISTAN.—DON
JUAN DE LUNA, DON JUAN.

D. Beltr. Esta no es ocasion acomodada
de hablarle; que hay visita, y una cosa
tan grave á solas ha de ser tratada.

D. García. Antes nos servirá D. Juan de Sosa
en lo de Salamanca por testigo.

D. Beltran. ¿Que lo háyais menester! ¿Qué infa-
[me cosa!

En tanto que á D. Juan de Luna digo
nuestra intencion, podeis entretenerlo.

D. J. Luna. ¿Amigo D. Beltran!.....

D. Beltran. ¿D. Juan, amigo!.....

D. J. Luna. ¿Á tales horas tal exceso?

D. Beltran. En ello
conoceréis que estoy enamorado.

D. J. Luna. Dichosa la que pudo merecello.

D. Beltran. Perdon me habeis de dar; que ha-
(ber hallado
la puerta abierta y la amistad que os tengo,
para entrar sin licencia me la han dado.

D. J. Luna. Cumplimientos dejad, cuando pre-
(vengo

el pecho á la ocasion desta venida.

D. Beltran. Quiero deciros, pues, á lo que vengo.

D. García. (A D. Juan de Sosa.) Pudo, señor

Don Juan, ser oprimida
de algun pecho de envidia emponzoñado,
verdad tan clara, però no vencida.

Podeis por Dios creer que me ha alegrado
vuestra vitoria.

D. Juan. De quien sois lo creo.

D. García. Del hábito gozeis encomendado
como vos mereceis y yo deseo.

D. J. Luna. Es en eso Lucrecia tan dichosa,
que pienso que es soñado el bien que veo.
Con perdon del señor D. Juan de Sosa,
ofid una palabra, Don García.

Que á Lucrecia quereis por vuestra esposa
me ha dicho Don Beltran.

D. García. El alma mia,
mi dicha, honor y vida está en su mano.

D. J. Luna. Yo desde aquí por ella os doy la mia;
[Se dan las manos.]

que como yo sé en eso lo que gano,
lo sabe ella tambien, segun la he oído
hablar de vos.

D. Garc. Por bien tan soberano
los piés, señor D. Juan de Luna, os pido.

ESCENA XIV.

DON SANCHO, JACINTA, LUCRECIA.—DICHOS.

Lucrecia. Al fin tras tantos contrastes,
tu dulce esperanza logras.

Jacinta. Con que tú logres la tuya
seré del todo dichosa.

D. J. Luna. Ella sale con Jacinta,
ajena de tanta gloria,
más de calor descompuesta
que aderezada de boda.

Dejad que albricias le pida
de una nueva tan dichosa.

D. Beltr. [Ap. á D. García.] Acá está D. San-
en qué vengo á verme agora! (cho. ¡Mira

D. Garc. Yerros causados de amor
quien es cuerdo los perdona.

Lucrecia. ¿No es casado en Salamanca?

D. J. Luna. Fué invencion suya engañosa,
procurando que su padre
no le casase con otra.

Lucrecia. Siendo así, mi voluntad
es la tuya, y soy dichosa.

D. Sanc. Llegad, ilustres mancebos,
á vuestras alegres novias,
que dichosas se confiesan.

y os aguardan amorosas.
 D. Garc. Agora de mis verdades
 darán probanza las obras.
 [Vanse D. García y D. Juan á Jacinta.]
 D. Juan. ¿Adónde vais Don García?
 Veis allí á Lucrecia hermosa.
 D. Garc. ¿Cómo Lucrecia!
 D. Beltr. ¿Qué es esto!
 D. Garc. (A Jacinta.) Vos sois mi dueño, seño.
 D. Beltr. ¿Otra tenemos? (ra.
 D. Garc. Si el nombre
 erré, no erré la persona.
 Vos sois á quien yo he pedido,
 y vos la que el alma adora.
 Lucrecia. Y este papel, engañoso,
 (Saca un papel)
 que es de vuestra mano propia,
 ¿lo que decis no desdice?
 D. Beltr. ¿Que en tal afrenta me pongas!
 D. Juan. Dadme, Jacinta, la mano,
 y daréis fin á estas cosas.
 D. Sanc. Dale la mano á Don Juan.
 Jacinta. (A Don Juan.) Vuestra soy.

D. Garc. [Ap.] Perdí mi gloria.
 D. Beltr. ¡Vive Dios, si nõ recibes
 á Lucrecia por esposa,
 que te he de quitar la vida!
 D. J. Luna. La mano os he dado agora
 por Lucrecia, y me la distes;
 si vuestra inconstancia loca
 os ha mudado tan presto,
 yo lavaré mi deshonra
 con sangre de vuestras venas.
 Tristan. Tú tienes la culpa toda;
 que si al principio dijeras
 la verdad, esta es la hora
 que de Jacinta gozabas.
 Ya nõ hay remedio; perdona,
 y da la mano á Lucrecia,
 que tambien es buena moza.
 D. Garc. La mano doy, pues es fuerza.
 Tristan. Y aquí verás cuán dañosa
 es la mentira; y verá
 el senado que en la boca
 del que mentir acostumbra,
 es la verdad sospechosa. ✕

LAS PAREDES OYEN.

PERSONAS.

DON MENDO, <i>galan.</i>	LEONARDO, <i>criado.</i>	CELIA, <i>criada.</i>	FABIO, <i>criado del duque.</i>
DON JUAN, <i>galan.</i>	D. BELTRAN, <i>gracioso.</i>	ORTIZ, <i>escudero.</i>	UN ESCUDERO.
EL DUQUE, <i>galan.</i>	D ^a ANA, <i>dama viuda.</i>	MARELO, <i>criado del du.</i>	UNA MUJER.
EL CONDE, <i>galan.</i>	D ^a LUCRECIA, <i>dama.</i>	que.	ARRIEROS.

La escena es en Madrid, en Alcalá de Henáres, y á un cuarto de legua de Alcalá.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Doña Ana, en Madrid.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN, *vestido llanamente*, y BELTRAN.

D. Juan. Tiéneme desesperado:
 Beltran, la desigualdad,
 si no de mi calidad,
 de mis partes y mi estado.
 La hermosura de doña Ana,
 el cuerpo airoso y gentil,
 bella emulacion de abril,
 dulce envidia de Diana,
 mira tú, ¿cómo podrán
 dar esperanza al deseo
 de un hombre tan pobre y feo
 y de mal talle, Beltran!

Beltran. A un Narciso cortesano
 un humano serafín
 resistió un siglo, y al fin
 la halló en brazos de un enano.
 Y si las historias creo
 y ejemplos de autores graves
 (pues, aunque sirviente, sabes
 que á ratos escribo y leo),
 me dicen que es ciego amor,
 y sin consejo se inclina;
 que la emperatriz Faustina
 quiso un feo esgrimidor;
 que mil injustos deseos,
 puestos locamente en ella,

cumplió Hippiá, noble y bella,
 de hombres humildes y feos.
 D. Juan. Beltran, ¿para qué refieres
 comparaciones tan vanas?

¿No ves que eran mas livianas
 que bellas esas mujeres;
 y que en doña Ana es locura
 esperar igual error,
 en quien excede el honor
 al milagro de hermosura?

Beltran. ¿No eres don Juan de Mendoza?
 pues doña Ana ¿qué perdiera
 cuando la mano te diera?

D. Juan. Tan alta fortuna goza,
 que nos hace desiguales
 la humilde en que yo me veo.

Beltran. Que diste en el punto, creo,
 de que proceden tus males.
 Si fortuna en tu humildad
 con un soplo te ayudara,
 á fé que te aprovechara
 la misma desigualdad.
 Fortuna acompaña al dios
 que amorosas flechas tira;
 que en un templo los de Egipta
 adoraban á los dos.
 Sin riqueza ni hermosura
 pudieras lograr tu intento:
 siglos de merecimiento
 trueco á puntos de ventura.

D. Juan. Eso mismo me acobarda.
 Soy desdichado, Beltran.

Beltran. Trocar las manos podrán

y os aguardan amorosas.

D. Garc. Agora de mis verdades
darán probanza las obras.

[Vanse D. García y D. Juan á Jacinta.]

D. Juan. ¿Adónde vais Don García?
Veis allí á Lucrecia hermosa.

D. Garc. ¡Cómo Lucrecia!

D. Beltr. ¡Qué es esto!

D. Garc. (A Jacinta.) Vos sois mi dueño, seño-

D. Beltr. ¿Otra tenemos? (ra.)

D. Garc. Si el nombre

erré, no erré la persona.

Vos sois á quien yo he pedido,

y vos la que el alma adora.

Lucrecia. Y este papel, engañoso,

(Saca un papel)

que es de vuestra mano propia,

¿lo que decis no desdice?

D. Beltr. ¡Que en tal afrenta me pongas!

D. Juan. Dadme, Jacinta, la mano,

y daréis fin á estas cosas.

D. Sanc. Dale la mano á Don Juan.

Jacinta. (A Don Juan.) Vuestra soy.

D. Garc. [Ap.] Perdí mi gloria.

D. Beltr. ¡Vive Dios, si nõ recibes

á Lucrecia por esposa,

que te he de quitar la vida!

D. J. Luna. La mano os he dado agora

por Lucrecia, y me la distes;

si vuestra inconstancia loca

os ha mudado tan presto,

yo lavaré mi deshonra

con sangre de vuestras venas.

Tristan. Tú tienes la culpa toda;

que si al principio dijeras

la verdad, esta es la hora

que de Jacinta gozabas.

Ya nõ hay remedio; perdona,

y da la mano á Lucrecia,

que tambien es buena moza.

D. Garc. La mano doy, pues es fuerza.

Tristan. Y aquí verás cuán dañosa

es la mentira; y verá

el senado que en la boca

del que mentir acostumbra,

es la verdad sospechosa. ✕

LAS PAREDES OYEN.

PERSONAS.

DON MENDO, galan.

DON JUAN, galan.

EL DUQUE, galan.

EL CONDE, galan.

LEONARDO, criado.

D. BELTRAN, gracioso.

D^a ANA, dama viuda.

D^a LUCRECIA, dama.

CELIA, criada.

ORTIZ, escudero.

MARELO, criado del du.

que.

FABIO, criado del duque.

UN ESCUDERO.

UNA MUJER.

ARRIEROS.

La escena es en Madrid, en Alcalá de Henáres, y á un cuarto de legua de Alcalá.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Doña Ana, en Madrid.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN, vestido llanamente, y BELTRAN.

D. Juan. Tiéneme desesperado.

Beltran, la desigualdad,

si no de mi calidad,

de mis partes y mi estado.

La hermosura de doña Ana,

el cuerpo airoso y gentil,

bella emulacion de abril,

dulce envidia de Diana,

mira tú, ¿cómo podrán

dar esperanza al deseo

de un hombre tan pobre y feo

y de mal talle, Beltran!

Beltran. A un Narciso cortesano

un humano serafin

resistió un siglo, y al fin

la halló en brazos de un enano.

Y si las historias creo

y ejemplos de autores graves

(pues, aunque sirviente, sabes

que á ratos escribo y leo),

me dicen que es ciego amor,

y sin consejo se inclina;

que la emperatriz Faustina

quiso un feo esgrimidor;

que mil injustos deseos,

puestos locamente en ella,

cumplió Hippiá, noble y bella,
de hombres humildes y feos.

D. Juan. Beltran, ¿para qué refieres
comparaciones tan vanas?

¿No ves que eran mas livianas
que bellas esas mujeres;

y que en doña Ana es locura
esperar igual error,

en quien excede el honor

al milagro de hermosura?

Beltran. ¿No eres don Juan de Mendoza?
pues doña Ana ¿qué perdiera
cuando la mano te diera?

D. Juan. Tan alta fortuna goza,
que nos hace desiguales

la humilde en que yo me veo.

Beltran. Que diste en el punto, creo,
de que proceden tus males.

Si fortuna en tu humildad

con un soplo te ayudara,

á fé que te aprovechara

la misma desigualdad.

Fortuna acompaña al dios

que amorosas flechas tira;

que en un templo los de Egipta

adoraban á los dos.

Sin riqueza ni hermosura

pudieras lograr tu intento:

siglos de merecimiento

trueco á puntos de ventura.

D. Juan. Eso mismo me acobarda.

Soy desdichado, Beltran.

Beltran. Trocar las manos podrán

Fortuna y amor: aguarda.
D. Juan. Si á don Mendo hace favor,
¿qué esperanza he de tener?

Beltran. En ese echarás de ver
que es todo fortuna, amor,
á competencia lo quieren
doña Ana y doña Teodora;
doña Lucrecia lo adora:
todas al fin por él mueren:
jamás el desdén gustó.

D. Juan. Es bello, rico y mancebo.

Beltran. ¿Cuánto mejor era Febo,
y Dafne lo desdénó?
Y cuando no conociera
otro en perfeccion igual,
aquesto de decir mal
¿es defecto como quiera?

D. Juan. ¿Y no es eso murmurar?

Beltran. Esto es decir lo que siento.

D. Juan. Lo que siente el pensamiento
no siempre se ha de explicar.

Beltran. Decir.....

D. Juan. Que calles te digo

y ten por cosa segura
que tiene aquel que murmura,
en su lengua su enemigo.

Beltran. Entre tus desconfianzas
en su casa entrar te veo:
sin duda que el gran deseo
engaña tus esperanzas.
Veste en desierto lugar,
y no cesas de dar voces,
y aunque tu muerte conoces,
nadas en medio del mar.

D. Juan. Lo que en gran tiempo no ha hecho,
hace amor en solo un día,
venciendo en fin la porfia.

Beltran. Que te sucede, sospecho,
lo que al tahir, que en perdiendo,
solamente con decir
"que no sepa yo gruñir!"
está sin cesar gruñendo.

Tú dices que desesperas;
y entre el mismo no esperar
nunca dejas de intentar:
¿qué más haces cuando esperas?
¿Tú piensas que el esperar
es alguna confeccion
venida allá del Japon?
El esperar es pensar

que puede al fin suceder
aquello que se desea:
y quien hace porque sea,
bien piensa que puede ser.

D. Juan. Pues si con esta invencion
(Saca una carta.)

en su desden no hay mudanza,
aunque viva mi esperanza
morirá mi pretension.

Beltran. El mercader mariner
con la codicia avarienta,
cada viaje que intenta,
dice que será el postrero.
Así tú, cuando imagino
que desengañado estás,
ya con nuevo intento vas
en la mitad del camino.

Mas dime, ¿qué te ha obligado
á trazar esta invencion
para mostrar tu aficion,
pudiendo con un criado
de su casa negociar
lo que tú vienes á hacer?

D. Juan. No he de arresgarme á ofender
á quien pretendo obligar;
que como es tan delicada
la honra, suele perderse
solamente con saberse
que ha sido solicitada.
Y así del murmurador
pretendo que esté segura
mi desdicha ó mi ventura,
su flaqueza ó su valor;
que aun á tí mismo callado
estos intentos hubiera,
si en tí, Beltran, no tuviera
mas amigo que criado.

Beltran. ¿Toda esta casa, don Juan,
á una mujer aposenta?

D. Juan. Seis mil ducados de renta,
¿qué alcázar no ocuparán?

Beltran. Celia es esta.

ESCENA II.

CELIA.—D. JUAN Y BELTRAN.

Celia. ¿Qué mandais,
señor don Juan?

D. Juan. Celia mia, ¿has oído
besar las manos querria,

ESCENA IV.

DOÑA ANA Y CELIA.—D. JUAN Y BELTRAN.

D^a Ana. [Ap. á Celia.] ¡Ay, Celia, y qué mala
y mal tallo de don Juan! (cara)

D. Juan. Aunque me dijo, señora,
Celia vuestra ocupacion,
con que fuera mas razon
el no estorbaros agora,
la importancia contenida
en esta carta que os doy,
me disculpa. [Dáscela.]

D^a Ana. Nunca estoy,
señor don Juan, impedida
para recibir merced
de tan noble caballero.

D. Juan. Vuestro soy: respuesta espero.
Si sois servida, leed.

D^a Ana. Ser descortés me mandais.

D. Juan. Leed; qué importa una vida,
que cerea está de perdida,
si remedio no le dais.

D^a Ana. Si está su defensa en mí,
la pena y temor dejad.

D. Juan. El caso es grave: mandad
que estemos solos aquí;
que tenemos que tratar,
y el secreto es importante.

D^a Ana. Dejados solos.

Beltran. [Ap.] Amante
fué el inventor de engañar.

[Vanse Beltran y Celia.]

ESCENA V.

DOÑA ANA Y D. JUAN.

D. Juan. Pues contigo solo estoy,
porque mi recato veas,
[Va á leer doña Ana, y detiéndola].
oye, señora: no leas;
que la carta viva soy.
Que me atreva no te altere,
pues estoy solo contigo,
y un agravio sin testigo
al punto que nace muere.
Desde que la vez primera
ví la luz de tu arrebolo,
dos veces la ha dado el sol
á los signos de su esfera.
Como al que el rayo tocó
de Júpiter vengativo;

por gran tiempo muerto, vivo
en un instante quedó;
como aquel que la cabeza
de la Górgona miraba,
por un peñaseo trocaba
la humana naturaleza;
tal en viéndote me veo,
tan absorto y admirado,
que en admirarte ocupado,
no doy lugar al deseo;
que esos divinos despojos
tanta gloria me mostraron,
que al punto me arrebataron
toda el alma por los ojos.

Dª Ana. Tened, don Juan. Esto para
todo en que amor me tenéis?

D. Juan. No, porque ya lo sabeis,
y en vano el tiempo gastara.

Dª Ana. ¿En que os morís?

D. Juan. No, señora,
pues ni en morir parará,
que en el alma vivirá
el amor que os tengo agora.

Dª Ana. ¿Para en pedirme que os quiera?

D. Juan. Ni llega, señora, ahí:
que no hay méritos en mí
para que á tal me atreviera.

Dª Ana. Pues decid lo que quereis.

D. Juan. Quiero..... Solo sé que os quiero,
y que remedio no espero,
viendo lo que mereceis.
Como el misero doliente
qué en el lecho fatigado,
á cualquier parte inclinado,
los mismos dolores siente,
y por huir del tormento

que en cada lado es mayor,
busca alivio á su dolor

en el mismo movimiento;
así yo, con mi cuidado

vengo á vos, dueño querido,
no de esperanza inducido,
sino de dolor forzado:

por no morir con callallo,
no por sanar con decillo;

que es imposible el sufrillo
como lo es el remediallo.

Y así no os ha de ofender
que me atreva á declarar,

pues va junto el confesar
que no os puedo merecer.

Dª Ana. ¿Quereis mas?

D. Juan. ¿Qué mas que vos?
Si entender quereis mi estado,
en que os quiero está cifrado.

Dª Ana. Pues, señor don Juan, adios.

D. Juan. Tened: ¿no me respondeis?
¿Desta suerte me dejais?

Dª Ana. ¿No habeis dicho que me amais?

D. Juan. Yo lo he dicho; y vos lo veis.

Dª Ana. ¿No decís que vuestro intento
no es pedirme que yo os quiera,
porque atrevimiento fuera?

D. Juan. Así lo he dicho y lo siento.

Dª Ana. ¿No decís que no tenéis
esperanzas de hablarme?

D. Juan. Yo lo he dicho.

Dª Ana. ¿Y que igualarme
en méritos no podeis,
vuestra lengua no afirmó?

D. Juan. Yo lo he dicho de ese modo.

Dª Ana. Pues si vos lo decís todo,
¿qué quereis que os diga yo? (Vase).

D. Juan. ¡Oh! venga la muerte, acaba
con vida tan desdichada,
que solo puede su espada
remediar pena tan grave.

¿Qué delito cometí
en quererte, ingrata, fiero?

¿Quiera Dios!..... Pero no quiera:
que te quiero mas que á mí.

ESCENA VI.

CELIA Y BELTRAN.—D. JUAN.

Celia. ¡Ah desdichado don Juan!

Beltran. (A Celia.) Ayúdale.

Celia. ¡A Dios pluguiera
que mi voluntad valiera! (Vase).

Beltran. Pues, ¿qué tenemos?

D. Juan. Beltran,
la verdad huyo: á la esperanza pido
engaños que alimenten mi deseo;
eternos contra mí imposibles veo;
nado en un golfo, ni de un leño asido.

Con el vuelo de amor mas atrevido
no subo un paso; y aunque mas peleo,
al fin vencido soy de lo que creo,
vencedor solo en lo que soy vencido.

Así desesperado, vitorioso
niego al deseo engaños, y á la gloria
mas vivo anhelo, si su muerte sigo.

Triste, donde és el no esperar forzoso,
donde el desesperar es la vitoria,
donde el vencer dá fuerza al enemigo!

Beltran. Triste, donde és forzoso andar contigo,
donde hallar que comer es gran vitoria,
donde el cenar es siempre de memoria!
(Vase).

Sala en casa del Conde, en Madrid.

ESCENA VII.

EL CONDE, D. MENDO Y ORTIZ.

D. Mend. A mi señora Lucrecia
dad, Ortiz, ese papel. (Dale un papel).

Ortiz. ¡Guardeos Dios. (Vase).

D. Mend. Cosa cruel,

Conde, es una mujer necia.

Conde. ¿Cómo?

D. Mend. Con celos y amor

sale Lucrecia de sí.

Conde. ¿Con causa, don Mendo?

D. Mend. Sí;

mas tanto el yerro es mayor.

Si por doña Ana estoy ciego,

ella ¿qué ha de remediar

con reñir y con celar,

sino añadir fuerza al fuego?

Conde. (Ap.) ¿Quieran, Lucrecia, los cielos

que te mude esta mudanza,

y á mi perdida esperanza

abran la puerta tus celos!

Y vos ¿qué le respondeis?

D. Mend. Nunca el negar hizo daño.

Conde. Mejor fuera el desengaño,

si en otra parte quereis.

D. Mend. Dañarme, Conde, podria,

que su amor causó en mi pecho

terrible incendio, y sospecho

que hay centellas todavía.

Y quien antiguo cuidado

arraigado el alma tiene,

ha de obligar el que viene,

sin despedir el pasado;

que mil veces se agradó

de la novedad Cupido,

y vuelve á buscar rendido

lo que arrogante dejó.

Conde. Avariento sois de amor.

D. Mend. Más el de doña Ana estimo.

Conde. Y ella ¿os quiere?

D. Mend. Pienso, primo,
que merezco su favor.

Conde. ¿Qué hay de Teodora?

D. Mend. Quería

que yo fuese su marido,

como si hubieran nacido

mis abuelos en Turquía.

Conde. Sin ser loca, yo no creo

que ninguna mujer pida

la esclavitud de una vida

por la muerte de un deseo.

D. Mend. Pues ya, despues que mi amor

sacó piés amedrentado,

en ella creece el cuidado,

y al paso d'él mi rigor.

Ya sin esa condicion

estimara mis favores.

Conde. Dichoso sois en amores.

D. Mend. En el signo del Leon

Marte y Venus concurrieron

de mi nacimiento el dia;

y si hay cierta astrología,

ellos amable me hicieron.....

—Mas adios, primo, que es tarde,

y á doña Ana quiero ver;

que hoy su sol se va á poner

en Alcalá.

Conde. Dios os guarde. (Vase).

ESCENA VIII.

LEONARDO.—D. MENDO.

Leonardo. El coche á la puerta está:
que ya se parte imagino.

D. Mend. Tenme el coche de camino
á la puerta de Alcalá.

Parta al punto el repostero,
y encárgale, por mi vida,

que esté á punto la comida
en la venta de Vivero.

Haz como doña Ana vea
en mi prevencion mi amor.

Leonardo. Toda tu gente, señor,
su vida en tu gusto emplea. (Vase)

Sala en casa de Doña Ana, en Madrid.

ESCENA IX.

DOÑA ANA, de camino, y CELIA.

Dª Ana. ¿De qué vas triste? ¿De qué
lo van todas mis doncellas?

Habla, dime sus querellas.

Celia. Señora, verdad diré,
pues obligacion me pones.

Tienen tus criadas todas
en la esperanza sus bodas
y en la corte sus pasiones;
y como de aquí á seis dias
es la noche de San Juan,
cuando los amantes dan
indicios de sus porfias,
sienten el ver que esa noche
en la corte no han de estar.

D^a Ana. Pues pierdan, Celia, el pesar;
que por la posta en un coche
conmigo entonces vendrán.

Porque se alegre mi gente,
gozaré secretamente
de la noche de San Juan,
y volveréme á la aurora
á proseguir mis novenas.

Celia. Alivie el cielo tus penas.
Mas, ¿no era mejor, señora,
dilatarse esta partida?

D^a Ana. Si sabes que estoy muriendo
por dar la mano á don Mendo,
y no hay cosa que lo impida
sino el cumplir las novenas
que á San Diego prometí,
¿dilataré, estando así,
el remedio de mis penas?
Con esta traza que doy,
ninguna queda quejosa.

Celia. Hágate el cielo dichosa.
A dalles la nueva voy.

D^a Ana. Encárgales por mi vida
el secreto.

Celia. Así lo haré.
Don Mendo viene.

D^a Ana. Tendré
buen agüero en la partida.

ESCENA X.

D. MENDO.—DOÑA ANA.

D. Mend. Los campos de Alcalá, bella señora,
desdeñan los favores del verano,
y de la fértil Flora
no solicitan yá la diestra mano,
después que primaveras les reparte
la dichosa esperanza de mirarte.
Los arroyos, que esperan ser espejos
en quien de esos dos soles celestiales
se miren los reflejos,
transforman sus corrientes en cristales,

y el agua, en cambio de besallos, grata
hace á tus blancos piés puente de plata.

Al nuevo sol que nace, agradecidas
en verdes ramos las cantoras aves,
á coros divididas,
dando á los vientos músicas suaves,
para esplicar la gloria deste dia
articular intentan su armonía.

Parte ¡oh feliz! que el zéfiro suave
lisonjear pretende codicioso
la rodadora nave,

de nueva Europa Júpiter dichoso.
por quien en Indias vuelto Manzanares,
España de sus glorias hace á Henáres.

Parte ¡oh primero móvil adorado!
de quien siguiendo voy el movimiento,
si bien arrebatado,

pues tras mi centro corro no violento;
que yo, si lo merezco, gloria mia,
voy á ser el lucero de ese dia.

D^a Ana. Los campos de esperanzas matizados,
la consonancia dulce de las aves,
los cristales cuajados,
las lisonjas del céfiro suaves,
en nada estimo; y estimara solo
llevar por mi lucero al mismo Apolo.
Mas cuando el corazon lo solicita,
forzosa accion de amor correspondiente,
ni el honor acredita,
ni el estado que tengo lo consiente.

D. Mend. Es iman de mis ojos tu presencia.

D^a Ana. Justo efecto de amor es la obediencia.

D. Mend. ¿Sin tí quieres dejarme?

D^a Ana. Yo, don Mendo,
parto sin tí.

D. Mend. ¿Qué mucho? Vas helada,
cuando yo quedo ardiendo.

D^a Ana. Segura fuese yo, como abrasada.

D. Mend. No me apartes de tí si desconfias.

D^a Ana. Vive el recato entre las ansias mias.

D. Mend. ¿No me llamas tu dueño?

D^a Ana. Y de mis ojos,
cierta lengua del alma, lo has sabido.

D. Mend. ¿De quien temes enojos,
cuando te adoro yo, de tí querido?

D^a Ana. Hasta el sí conyugal temo mudanza;
que no hay dentro del mar cierta bonanza.
En tanto que á mis deudos comunico
la dichosa eleccion de vuestra mano,
y devota suplico

en Alcalá á su dueño soberano
que lleve á fin feliz mi intento nuevo,
y las novenas pago que le debo,
puede mudarse vuestro amor ardiente,
y quedar mi opinion en opiniones
del vulgo maldiciente,
que á lo peor aplica las acciones.

D. Mend. ¡Mudarme yo!

D^a Ana. Temores son de amante.

D. Mend. Más parecen cautelas de inconstante.

Si ya nuevo cuidado te fatiga,
el fingido recato ¿qué pretende?

Declárate enemigo:

no el desengaño la mudanza ofende.

Véte segura: ocuparé entre tanto
el alma en celos y la vida en llanto.

D^a Ana. Ofendes mi lealtad si desconfias;
mas porque de tu error te desengañes,
pon secretas espías,
prueba mi fé, como mi honor no dañes.

D. Mend. Confianza tendré, mas no paciencia,
contra el rigor, señora, de tu ausencia.

ESCENA XI.

CELIA.—DICHOS.

Celia. Doña Lucrecia, señora,
viene á visitarte.

D^a Ana. ¿Quién?

Celia. Tu prima.

D. Mend. (Ap.) A impedir mi bien
la trae mi desdicha agora.

ESCENA XII.

DOÑA LUCRECIA con marido, y ORTIZ.—DICHOS.

D^a Luc. No quise, prima, dejar
de verte en esta partida.

D^a Ana. Ni yo, Lucrecia querida,
me partiera sin pasar
por tu casa, porque el ver
al pasar, tu rostro hermoso,
fuése presagio dichoso
del viaje que he de hacer.

D^a Luc. [Ap. á D. Mendo.] Niégame agora
las verdades que estoy viendo. (traidor,

D^a Ana. ¿Qué le dices á don Mendo?

D^a Luc. Del vestido de color
le pregunto la ocasion,
porque de irte á acompañar

lo indicia el tiempo y lugar,
y fuera galante accion.

D^a Ana. Tan alto merecimiento
con mi humildad no conviene,
y mas que lisonja, tiene
malicia ese pensamiento.
Mas si conmigo partiera,
de parecer, prima, soy,
que pues yo de negro voy,
de color no se vistiera.

Celia. Ya bien te puedes partir,
que los coches han venido.

D^a Ana. Que no me olvides te pido.

D^a Luc. Por puntos te he de escribir.

D^a Ana. Adios, don Mendo.

D. Mend. Señora,
en el coche os dejaré.

D^a Ana. Si alguno en la calle os vé,
sospechará lo que ahora
ha sospechado mi prima.
Quedaos y salid despues.

D. Mend. Yo obedezco... (Ap. á ella.) Y vuestro
signe el alma que os estima. (tros piés
(Vanse doña Ana y Celia.)

ESCENA XIII.

DOÑA LUCRECIA, DON MENDO Y ORTIZ.

D^a Luc. (Saca un papel y muéstraselo á don
Mendo.) ¿Conoces este papel?

D. Mend. Yo, Lucrecia, lo escribí.

D^a Luc. Junta lo que has hecho aquí
con lo que dices en él.

Traidor, fingido, embustero,
engañoso, ¿á tí te dan
apellido de Guzman
y nombre de caballero?

¿Qué sangre puede tener
quien tiene pecho traidor?
¿Es hazaña de valor
engañar una mujer?

D. Mend. Oye, señora.....

D^a Luc. No muevas
esos fementidos labios;
que intentas nuevos agravios
con satisfacciones nuevas.

D. Mend. Pues ¿qué! ¿quieres condenarme
sin oír satisfaccion,
por solo una presuncion?

D^a Luc. ¿Qué disculpa puedes darme?
¿Presuncion llamas, traidor

ésta tan clara probanza
de mi agravio y tu mudanza!

D. Mend. En lo que fundas mi error,
fundo la satisfacción.
¿No te dijo de mi parte
tu escudero, que de hablarte
deseaba una ocasion,
donde el descargo sabrias
del recelo que te abrasa?
Tuve aviso de tu casa
que á ver tu prima salias,
y vine á esperarte aquí,
y adelantéme en llegar,
por no dar que sospechar,
viéndome venir tras tí.
¡Mira por qué me condenas!

D^a Luc. ¿De modo que te disculpas,
multiplicando tus culpas
y acrecentando mis penas?
Causa doña Ana mi daño,
¡y con hallarte con ella
das remedio á mi querrela!

D. Mend. Porque fuese el desengaño
en su presencia mas fuerte.

D^a Luc. ¿Qué desengaño me diste?

D. Mend. Como tu pena encubriste,
no quise hablando ofenderte;
mas ten cierta confianza,
para asegurar tus celos,
que en el órden de los cielos,
antes que en mí, habrá mudanza.
Tuyo soy.

D^a Luc. Las obras creo.

D. Mend. Presto, con la voluntad
de tu padre, su verdad
Te mostraré mi deseo.

ESCENA XIV.

EL CONDE.—DICHOS.

Conde. [Ap.] ¿Donde hay con celos cordura?
¡Lucrecia hermosa! ¡Don Mendo!

D. Mend. Conde, que venis entiendo
traído de mi ventura;
que Lucrecia ha de saber
de vos lo que hablamos hoy
de su amor.

Conde. Testigo soy.

D. Mend. Eso á solas ha de ser;
que pensará que os obligo
con mi presencia á abonarme. [Vase.]

ESCENA XV.

EL CONDE, DOÑA LUCRECIA, ORTIZ.

D^a Luc. [Ap.] ¡Tú dejas para informarme
en tu favor buen testigo!

Conde. ¿He de decir la verdad?

D^a Luc. Para eso quedas aquí.

Conde. Pues escúchala de mí,
pagues ó no mi lealtad:
y por prevenir el daño,
si acaso no me creyeres,
ten secreto lo que oyeres,
y averigua si es engaño.
Que pues me dijo don Mendo
que cuente lo que hoy pasó,
cumpliendo lo que él mandó,
nadie dirá que le ofendo;
que aunque su intento haya sido
que use contigo de engaño,
no debo para mi daño
darme yo por entendido.
—Dando hoy para tí un papel
don Mendo, á Ortiz tu criado,
desdeñoso y enfadado
me dijo: “¡Cosa cruel,
conde, es una mujer nécia!
Después que á doña Ana dí
en servir, sale de sí
de amor y celos Lucrecia.”
Yo le dije: “¿No es mejor
no engañarla?” Y respondió:
“Mil veces lo que dejó
volvió á desear amor;
y este caso previniendo,
nada pierdo en conservalla.”

D^a Luc. ¿Qué enredos inventas? Calla.
¡Tal pudo decir don Mendo!
que tu aficion agradescas
quieres así disponer.
¿Piensas que te he de querer,
aunque á don Mendo aborrezca?

Conde. Oye.

D^a Luc. No me digas nada.

Conde. Averígualo advertida,
y dame pena ofendida,
ó premio desengañada.
Y si por amarte yo,
duda en mi verdad has puesto,
sírdate de indicio aquesto,
ya que de probanza no.
Él va tras ella á Alcalá;

y no es este mal testigo
del desengaño que digo:
despacha tú quien allá
con cuidado y sin pasion
secretamente lo siga;
y si mi verdad te obliga,
premia un leal corazon;
que será culpable error
que prefiera en tu cuidado
un engaño averiguado
á un averiguado amor.

D^a Luc. La verdad diciendo estás;
que si negándola estoy,
no es que capullo no doy,
sino que pena me das.
¡Ah falso! ¡Ah mal caballero!
¡Plegue á Dios que en igual grado
amante y desengañado
pruebes el mal de que muero!
¡Pluguiera Dios, Conde mio,
pudiera en esta ocasion
mudarse la inclinacion
al paso que el albedrío!
Mas vive cierto, señor,
que si me has dicho verdad,
te dará mi voluntad
lo que te niega mi amor.

Conde. Yo lo estimo de esa suerte.

D^a Luc. Tanto mas me deberás
cuanto me forzare mas
conde, por corresponderte. (Vase.)

La calle Mayor de Madrid, y en ella la casa de D^a Ana.

ESCENA XVI.

D. JUAN Y BELTRAN, de noche.

Beltran. El duque Urbino esta noche
bien pudiera perdonarte.

D. Juan. ¿Qué puede querer?

Beltran. Llévarte
querrá consigo en el coche,
amarrado al duro banco,
sin poderte entretener
cuando el decir y el hacer
anda por las calles franco.
Que, noche de San Juan, hallo,
si un peon sabe embestir,
que suele solo rendir
mas que treinta de á caballo;
que hay mujer que en el engaño
que en esta noche previene,

librados los gustos tiene
de los deseos de un año.
Cuál llega al poblado coche
de angélica gerarquía,
y siendo paje de dia,
pasa por marqués de noche.
Cuál sin pensar se acomoda
con la viuda disfrazada,
que entre galas de casada
hurta los gustos de boda.
Cuál encuentra y desbarata
una sarta de doncellas,
de quién son las manos bellas
engazaduras de plata.
Cuál se llega á las que van
brindando los retozones,
y trueca á mil refregones
un pellizco que le dan.

D. Juan. Quien los encuentros enseña,
encuentre con un azar.

Beltran. ¿Es el azar encontrar
una mujer pediguéña?
Si ese temes, en tu vida
en poblado vivirás,
porque ¿dónde encontrarás
hombre ó mujer que no pida?
Cuando dar gritos oyeres
diciendo: “¡Lienzo!” á un lencero,
te dice: “Dame dinero,
si de mi lienzo quisieres.”
El mercader claramente
diciendo está, sin hablar:
“dame dinero, y llevar
podrás lo que te contente.”
Todos, según imagino,
piden; que para vivir
es fuerza dar y pedir
cada uno por su camino:
con la cruz el sacristan,
con los responsos el cura,
el monstruo con su figura,
con su cuerpo el ganapan,
el alguacil con la vara,
con la pluma el escribano,
el oficial con la mano,
y la mujer con la cara.
Y ésta, que á todos excede,
con mas razon pedirá,
pues que mas que todos dá,
y menos que todos puede.
Y el miserable que el dar

tuviere por pesadumbre.....
ellas piden por costumbre:
haga costumbre el negar;
que tanto, desde que nacen,
el pedir usado está,
que pienso que piden ya
sin saber lo que se hacen:
y así es fácil el negar,
porque se puede inferir
que quien pide sin sentir,
no sentirá no alcanzar.

D. Juan. Aunque mas razones halles,
no has de quitarme el temor,
Beltran; que el azar mayor
es el no tener que dalles:
y más si la que he adorado
se dignase de mis dones.

Beltran. ¿Aún te duran tus pasiones?

D. Juan. Ardo más, mas desdenado.

Beltran. Este es el Duque.

ESCENA XVII.

EL DUQUE Y DON MENDO, *de noche*, DON JUAN
Y BELTRAN.

Duque. ¿D. Juan!

D. Juan. Déme los pies vueselencia.

Duque. Ya acusaba vuestra ausencia.

D. Juan. Si don Mendo de Guzman,
Apolo de discrecion,
acompañando os está,
señor, ¿qué falta os hará
el que en su comparacion
luz de una estrella no envía?

D. Mend. Merced recibo de vos.

Duque. La amistad entre los dos
estraña la cortesía.

D. Juan. Decidme, pues, el intento
con que hemos sido llamados.

D. Mend. Aquí tienes dos criados.

Duque. Dadme pues oído atento.
Hombre que á la corte viene
recien heredado y mozo,
pájaro que estrena el viento,
nave que se arroja al golfo,
que á los ojos de su rey
y á los populares ojos
ni debe mostrar flaqueza,
ni puede esconder el rostro,
ha de regir sus acciones
por los expertos pilotos,

obligados por parientes,
por amigos, cuidadosos.
Con esta ley os obligo,
y con esta fé os escojo
capitanes veteranos
deste soldado bisoño.

Acompañadme los dos,
advertidme lo que ignoro,
decidme el nombre, el estado
y la calidad de todos;
y en lo de las cortesías
principal cuidado os pongo,
advirtiendome que con nadie
pretendo pecar de cobd;
que el señor siempre es señor,
como Apolo siempre Apolo,
aunque en lugares indignos
entren sus rayos hermosos.
Lengua honrosa, noble pecho,
fácil gorra, humano rostro,
son voluntarios Arjeles
de la libertad de todos.

Enseñadme los bajíos
en que tocar suelen otros,
cuál es Acátes fiel,
y cuál Sinon cauteloso;
ya del dulce lisonjero
el veneno en vaso de oro,
ya la canora sirena,
porque me defienda sordo.
Al fin los dos sois el hilo,
la corte el cretense monstro:
por mí corren mis aciertos,
y mis yerros por vosotros.

D. Mend. Yo confieso que es muy débil
para ese cielo este polo;
mas suplirán mis deseos
el defecto de mis hombros.

D. Juan. De no ser un Quinto Fabio
hoy con mi suerte me enojo;
mas el que soy, obediente
á serviros me dispongo.

Duque. Con eso en nombre de Dios,
seguro á la mar me arrojo.
Vamos andando las calles
mientras pregunto y me informo.

D. Mend. Esta es la calle Mayor.

D. Juan. Las Indias de nuestro polo.

D. Mend. Si hay Indias de empobrecer,
yo tambien Indias la nombro.

D. Juan. Es gran tercera de gustos.

D. Mend. Y gran cosaría de tontos.

D. Juan. Aquí compran las mujeres.

D. Mend. Y nos venden á nosotros.

Duque. ¿Quién habita en estas casas?

D. Juan. D. Lope de Lara, un mozo
muy rico, pero mas noble.

D. Mend. Y ménos noble que tonto.

(*Hacen dentro ruido de baile*).

Duque. Tened, que bailan allí.

D. Juan. San Juan es fiesta de todos.

D. Mend. Yo aseguro que van estos
más alegres que devotos.

Duque. ¿Quién vive aquí?

D. Juan. Una viuda,
muy honrada y de buen rostro.

D. Mend. Casta es la que no es rogada:
alegres tiene los ojos.

Beltran. [*Ap.*] ¡Bien haya tan buena lengua!
¡Vive Cristo, que es un Momo!

D. Juan. Esta imágen puso aquí
un extranjero devoto.

D. Mend. Y entre aquestas devociones
no le sabe mal un logro.

D. Juan. Un regidor desta villa
hizo este hospital famoso.

D. Mend. Y primero hizo los pobres.

Beltran. [*Ap.*] Por Dios que lo arrasa todo.

ESCENA XVIII.

DOÑA ANA Y CELIA, *á la ventana*.—DICHOS, *en
la calle*.

D^a Ana. Hoy hace, Celia, tres años
que mi esposo con sus días
dió fin á mis alegrías
y dió principio á mis daños.

Celia. Si de Alcalá te viniste
solo á gozar la alegría
que Madrid hace este día,
¿por qué quereis estar triste?
¿Por qué con esta memoria
tan injusta guerra mueves
contra el contento que debes
á noche de tanta gloria?

Ya que tu luto funesto
te impide el salir de casa
hoy, que los límites pasa
el estado mas honesto,
y estar quereis encerrada
noche que el uso permite
que los altares visite

la doncella mas honrada;
con quien pasa, tus enojos
divierte, señora mía,
y niegue esta celosía
lo que conceden tus ojos.
Las doce han dado, señora:
oye del segundo esposo
el pronóstico dichoso.

D^a Ana. Á don Mendo el alma adora.

D. Mend. Don Juan de Mendoza.....

D^a Ana. ¿Ay Dios!
don Mendo ¿no es el que habló?

Celia. Sí: mas á don Juan nombró.

Celia. ¿Quién duda que de los dos
es don Mendo de Guzman
pronóstico para mí,
pues ántes su voz oí
que no el nombre de don Juan?

Celia. Mas ¿qué fuera que ordenara
el destino soberano
que tu blanca hermosa mano
para don Juan se guardara?

D^a Ana. Calla, nécia, ¿quién pensó
tan notable desatino?

¿Qué importará que el destino
quiera, si no quiero yo?
Del cielo es la inclinacion;
el sí ó el nó todo es mio;
que el hado en el albedrío
no tiene jurisdiccion.

¿Cómo puedo yo querer
hombre cuya cara y talle
me enfada solo en miralle?

Celia. El amor lo puede hacer.

D^a Ana. Solo quitará el morirme
Celia, á don Mendo mi mano;
que está el plazo muy cercano
y mi voluntad muy firme.

Duque. ¿Túyos son estos balcones?

D. Juan. De doña Ana de Contreras:
el sol por sus vidrieras
suele abrazar corazones.

D^a Ana. Escucha, que hablan de mí.

Duque. ¿Es la viuda de Siqueo?

D. Juan. La misma.

Duque. Verla deseo.

D. Mend. Pues agora no está aquí.

(*Ap.*) Ni yo en mí, que estoy sin ella.

Duque. ¿Dónde fué?

D. Mend. Velando está
á San Diego en Alcalá.

Duque. La fama dice que es bella.

D. Juan. Pues por imposible siento que en algo la haya igualado el dibujo que ha formado la fama en tu pensamiento; que en belleza y bizarría, en virtud y discrecion, vence á la imaginacion, si vence á la noche el dia.

D. Mend. *(Ap.)* ¡Plegue á Dios que esta alabanza engendre en el Duque amor! *(za)* que con tal competidor mal vivirá mi esperanza.

Yo quiero decir mal della por quitar la fuerza al fuego. Ciego sois ó yo soy ciego, ó la viuda no es tan bella. Ella tiene el cerca feo, si el léjos os ha agradao; que yo estoy desengañado, porque en su casa la veo.

Duque. ¿Visitaisla?

D. Mend. Por pariente alguna vez la visito; que si nó, fuera delito, segun es de impertinente.

D^a Ana. ¡Ah traidor!

D. Mend. Si el labio mueve su mediano entendimiento, helado queda su aliento entre palabras de nieve.

Beltran. *[Ap.]* Ya escampa.

D. Juan. *[Ap. á Beltran.]* ¿Que trate así un caballero á quien ama?

Beltran. Esto dice de su dama: mira ¿qué dirá de tí!

D. Mend. Pues la edad no sufre engaños, aunque la tez resplandece.

D^a Ana. ¡Ah falso! ¿Qué te parece? *(A Celia.)* aun no perdona mis años.

D. Mend. Mil botes son el Jordan con que se remoza y lava.

Duque. *[Ap. los dos.]* ¿Pues cómo don Juan

D. Mend. Para entre los dos, don Juan *(la alaba)* es un buen hombre; y si digo que tiené poco de sabio, puedo sin hacerle agravio. Vuestro deudo es y mi amigo; mas esto no es murmurar.

D. Juan. ¿Que querais poner defecto en tan hermoso sugeto!

D. Mend. En la rosa suele estar oculta la aguda espina.

D. Juan. Ellos son gustos, y al mio, ó del todo desvario, ó esta mujer es divina.

D. Mend. Poco sabeis de mujeres.

D. Juan. Veréisla, duque, algun dia, y acabará esta porfia de encontrados pareceres.

D. Mend. *(Ap.)* Don Juan me quiere matar, y aquello mismo que he hecho para sosegar el pecho del Duque, me ha de dañar.

Celia. *[A su ama.]* ¿Qué te parece?

D^a Ana. Estoy loca.

Celia. Á éste hombre tienes amor.

D^a Ana. El pecho abraza el furor.

Fuego arrojo por la boca.

¿Posible es que tal oi?

Vil, ¡á quien te quiere infamas!

¿Así tratas á quien amas!

Celia. No ama quien habla así.

Él te engaña.

D^a Ana. Claro está.

Dí que me traigan un coche:

volvamos, Celia, esta noche

á amanecer á Alcalá;

que lo que ahora escuché

castigo del cielo ha sido,

por haber interrumpido

las novenas que empecé.

Celia. Antes este desengaño

le debes á esta venida.

D^a Ana. Si con él pierdo la vida,

mejor me estaba el engaño.

[Quitáanse de la ventana].

ESCENA XIX.

DON JUAN Y BELTRAN, EL DUQUE Y D. MENDO.

(Hacen dentro ruido de cuchilladas.)

D. Mend. Allí suenan cuchilladas.

Duque. Estas damas, de mi voto,

sigamos.

D. Mend. *(Ap. con don Juan.)* Es mas devoto

de mujeres que de espadas.

D. Juan. *(Ap. á su criado.)* Y así al mas amigo

para que advertido estés. *(abona,*

Beltran. *[Ap. á don Juan.]* Su lengua en efec-

la que á nadie no perdona *(to es*

ACTO SEGUNDO.

Habitacion del Duque en Alcalá de Henárez.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE, D. JUAN Y BELTRAN, todos de color.

Duque. ¿Cómo los toros dejais?

D. Juan. Viéndome sin vos en ellos, estaba de los cabellos.

Del juego ¿cómo quedais?

que era robado el partido.

Duque. Cogiéronme de picado.

He perdido y me he cansado.

D. Juan. Mil cosas habeis perdido,

el descanso, y el dinero,

y los toros.

Beltran. ¿Que haya juicio

que del cansancio haga vicio,

y tras un hinchado cuero,

que el mundo llama pelota,

corra ansioso y afanado!

¿Cuánto mejor es sentado

buscar los piés á una sota

que moler piernas y brazos?

Si el cuero fuera de vino,

aun no fuera desatino

sacarle el alma á porrazos.

Pero ¿perder el aliento

con una y otra mudanza,

y alcanzar, cuando se alcanza,

un cuero lleno de viento;

y cuando, una pierna rota,

brama un pobre jugador,

ver al compas del dolor

ir brincando la pelota!

D. Juan. El brazo queda gustoso

si bien la pelota dió.

Beltran. Séneca la comparó

al vano presuntuoso,

y esa semejanza ha dado

sin duda al juego sabor,

porque no hay gusto mayor

que apalear un hinchado.

Mas si miras el contento

de un jugador de pelota,

y un cazador que alborota

con halcon la cuerva al viento,

¿por dicha tendrás la risa

viendo que á presa tan corta

que vencida nada importa,

corre un hombre tan de prisa, que apenas tocan la yerba los caballos voladores?

¿Válgaos Dios por cazadores!

¿qué os hizo esa pobre cuerva?

Duque. De la guerra has de pensar que es la caza semejanza, y así el ardid, la asechanza, el seguir y el alcanzar es gustoso pasatiempo.

Beltran. ¿Mil contra una cuerva? Sí, bien dices; que son así las pendencias de este tiempo.

D. Juan. Beltran, satírico estás.

Beltran. ¿En qué discreto, señor, no predomina ese humor?

D. Juan. Como matas morirás.

Beltran. En Madrid estuve yo en corro de tal tijera, que la pegaba cualquiera al padre que lo engendró; y si alguno se partia del corro, los que quedaban, mucho peor d' él hablaban que él de otros hablado habia. Yo, que conocí sus modos, á sus lenguas tuve miedo.

Y ¿qué hago? estoyme quedo hasta que se fueron todos.

Pero no me valió el arte;

que, ausentándose de allí,

solo á murmurar de mí

hicieron un corro aparte.—

Si el maldiciente mirara

este solo inconveniente

¿hallárase un maldiciente

por un ojo de la cara?

D. Juan. ¿Fuera por eso peor?

Beltran. Espántome que eso ignores.

Más que cien predicadores

importa un murmurador.

Yo sé quién ni con sermones,

ni cuaresmas, ni consejos

de amigos sabios y viejos,

puso freno á sus pasiones,

ni sus costumbres redujo

en gran tiempo; y solamente

de temor de un maldiciente,

vive ya como un cartujo.

Duque. Digo que teneis, don Juan,

entretenido criado.

Duque. La fama dice que es bella.

D. Juan. Pues por imposible siento que en algo la haya igualado el dibujo que ha formado la fama en tu pensamiento; que en belleza y bizarría, en virtud y discrecion, vence á la imaginacion, si vence á la noche el dia.

D. Mend. (Ap.) ¡Plegue á Dios que esta alabanza engendre en el Duque amor! (za que con tal competidor mal vivirá mi esperanza.

Yo quiero decir mal della por quitar la fuerza al fuego. Ciego sois ó yo soy ciego, ó la viuda no es tan bella. Ella tiene el cerca feo, si el léjos os ha agradao; que yo estoy desengañado, porque en su casa la veo.

Duque. ¿Visitaisla?

D. Mend. Por pariente alguna vez la visito; que si nó, fuera delito, segun es de impertinente.

D^a Ana. ¡Ah traidor!

D. Mend. Si el labio mueve su mediano entendimiento, helado queda su aliento entre palabras de nieve.

Beltran. [Ap.] Ya escampa.

D. Juan. [Ap. á Beltran.] ¿Que trate así un caballero á quien ama?

Beltran. Esto dice de su dama: mira ¿qué dirá de tí!

D. Mend. Pues la edad no sufre engaños, aunque la tez resplandece.

D^a Ana. ¡Ah falso! ¿Qué te parece? (A Celia.) aun no perdona mis años.

D. Mend. Mil botes son el Jordan con que se remoza y lava.

Duque. [Ap. los dos.] ¿Pues cómo don Juan

D. Mend. Para entre los dos, don Juan (la alaba? es un buen hombre; y si digo que tiené poco de sabio, puedo sin hacerle agravio. Vuestro deudo es y mi amigo; mas esto no es murmurar.

D. Juan. ¿Que querais poner defecto en tan hermoso sugeto!

D. Mend. En la rosa suele estar oculta la aguda espina.

D. Juan. Ellos son gustos, y al mio, ó del todo desvario, ó esta mujer es divina.

D. Mend. Poco sabeis de mujeres.

D. Juan. Veréisla, duque, algun dia, y acabará esta porfia de encontrados pareceres.

D. Mend. (Ap.) Don Juan me quiere matar, y aquello mismo que he hecho para sosegar el pecho del Duque, me ha de dañar.

Celia. [A su ama.] ¿Qué te parece?

D^a Ana. Estoy loca.

Celia. Á éste hombre tienes amor.

D^a Ana. El pecho abraza el furor.

Fuego arrojo por la boca.

¿Posible es que tal oi?

Vil, ¿á quien te quiere infamas!

¿Así tratas á quien amas!

Celia. No ama quien habla así.

Él te engaña.

D^a Ana. Claro está.

Dí que me traigan un coche:

volvamos, Celia, esta noche

á amanecer á Alcalá;

que lo que ahora escuché

castigo del cielo ha sido,

por haber interrumpido

las novenas que empecé.

Celia. Antes este desengaño

le debes á esta venida.

D^a Ana. Si con él pierdo la vida,

mejor me estaba el engaño.

[Quitáanse de la ventana].

ESCENA XIX.

DON JUAN Y BELTRAN, EL DUQUE Y D. MENDO.

(Hacen dentro ruido de cuchilladas.)

D. Mend. Allí suenan cuchilladas.

Duque. Estas damas, de mi voto,

sigamos.

D. Mend. (Ap. con don Juan.) Es mas devoto

de mujeres que de espadas.

D. Juan. (Ap. á su criado.) Y así al mas amigo

para que advertido estés. (abona,

Beltran. [Ap. á don Juan.] Su lengua en efec-

la que á nadie no perdona (to es

ACTO SEGUNDO.

Habitacion del Duque en Alcalá de Henáres.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE, D. JUAN Y BELTRAN, todos de color.

Duque. ¿Cómo los toros dejais?

D. Juan. Viéndome sin vos en ellos, estaba de los cabellos.

Del juego ¿cómo quedais?

que era robado el partido.

Duque. Cogiéronme de picado.

He perdido y me he cansado.

D. Juan. Mil cosas habeis perdido,

el descanso, y el dinero,

y los toros.

Beltran. ¿Que haya juicio

que del cansancio haga vicio,

y tras un hinchado cuero,

que el mundo llama pelota,

corra ansioso y afanado!

¿Cuánto mejor es sentado

buscar los piés á una sota

que moler piernas y brazos?

Si el cuero fuera de vino,

aun no fuera desatino

sacarle el alma á porrazos.

Pero ¿perder el aliento

con una y otra mudanza,

y alcanzar, cuando se alcanza,

un cuero lleno de viento;

y cuando, una pierna rota,

brama un pobre jugador,

ver al compas del dolor

ir brincando la pelota!

D. Juan. El brazo queda gustoso

si bien la pelota dió.

Beltran. Séneca la comparó

al vano presuntuoso,

y esa semejanza ha dado

sin duda al juego sabor,

porque no hay gusto mayor

que apalear un hinchado.

Mas si miras el contento

de un jugador de pelota,

y un cazador que alborota

con halcon la cuerva al viento,

¿por dicha tendrás la risa

viendo que á presa tan corta

que vencida nada importa,

corre un hombre tan de prisa, que apenas tocan la yerba los caballos voladores?

¿Válgaos Dios por cazadores!

¿qué os hizo esa pobre cuerva?

Duque. De la guerra has de pensar que es la caza semejanza, y así el ardid, la asechanza, el seguir y el alcanzar es gustoso pasatiempo.

Beltran. ¿Mil contra una cuerva? Sí, bien dices; que son así las pendencias de este tiempo.

D. Juan. Beltran, satírico estás.

Beltran. ¿En qué discreto, señor, no predomina ese humor?

D. Juan. Como matas morirás.

Beltran. En Madrid estuve yo en corro de tal tijera, que la pegaba cualquiera al padre que lo engendró; y si alguno se partía del corro, los que quedaban, mucho peor d' él hablaban que él de otros hablado habia. Yo, que conocí sus modos, á sus lenguas tuve miedo.

Y ¿qué hago? estoyme quedo hasta que se fueron todos. Pero no me valió el arte;

que, ausentándose de allí,

solo á murmurar de mí

hicieron un corro aparte.—

Si el maldiciente mirara

este solo inconveniente

¿hallárase un maldiciente

por un ojo de la cara?

D. Juan. ¿Fuera por eso peor?

Beltran. Espántome que eso ignores.

Más que cien predicadores

importa un murmurador.

Yo sé quién ni con sermones,

ni cuaresmas, ni consejos

de amigos sabios y viejos,

puso freno á sus pasiones,

ni sus costumbres redujo

en gran tiempo; y solamente

de temor de un maldiciente,

vive ya como un cartujo.

Duque. Digo que teneis, don Juan,

entretenido criado.

D. Juan. Es agudo y ha estudiado algunos años Beltran.

Duque. ¿Qué hay de doña Ana?

D. Juan. Esta noche parte sin duda á Madrid.

Duque. Nuestra invencion prevenid.

D. Juan. Ella, Duque, va en su coche, su gente en uno alquilado.

Duque. Bien nos viene.

D. Juan. Así lo espero.

Duque. ¿Apercibióse el cochero?

D. Juan. Ya, señor, lo he concertado.

Duque. ¿Y está en los toros doña Ana?

D. Juan. No la he visto; pero sé que cuando en ellos esté ni en andamio, ni en ventana de suerte estará, que pueda ser de nadie conocida; que no por fiestas olvida obligaciones que hereda.

Duque. ¿Cuántos toros vistes?

D. Juan. Tres,

y entró don Mendo al tercero, despreciando en un oviero al amor y al interés. Salió con verde librea, robando así corazones, que aun el toro á sus regiones con su muerte lisonjea.

Duque. ¿Tan bueno anduvo el Guzman?

D. Juan. En todo es hombre excelente don Mendo.

Duque. (Ap.) ¿Cuán diferente suele hablar él de don Juan! Cansado estoy.

D. Juan. Reposar podeis, señor, entre tanto que dá Diéti con su manto á nuestra invencion lugar.

Duque. Que á su tiempo me despiertes, te encargo.

D. Juan. Tendré cuidado.

(Vase el Duque.)

ESCENA II.

DON JUAN Y BELTRAN.

Beltran. ¿Por qué, señor, no has pintado caballos, toros y suertes? Que con eso, y con tratar mal á los calvos, hicieras

comedias con que pudieras tu pobreza remediar.

Á que te cuenten, me obligo, seiscientos por cada una.

D. Juan. Pues supongamos que en una eso que me adviertes digo; en otra, ¿qué he de decir? que á un poeta le está mal no variar; que el caudal se muestra en no repetir.

Beltran. Para dar desconocidos estos platos duplicados, dar aquí calvos asados y acullá calvos cocidos. Pero, señor, á las véras vuelva la conversacion.

¿No me dirás la intencion que llevan estas quimeras?

¿Para qué se han prevenido los dos capotes groseros?

¿Qué es esto de los cocheros?

D. Juan. Escucha: irás advertido.

Desde aquella alegre noche que el gran Precursor el suelo celebra por alba hermosa del sol de Justicia eterno; de la encontrada porfia en que me opuso don Mendo, á mil gracias que conté de doña Ana, mil defetos; en el corazon del Duque nació un curioso deseo de cometer á sus ojos la definicion del pleito. Á don Mendo le esplicó el Duque este pensamiento, y para ver á doña Ana quiso que él fuese el tercero.

El se escusó, procurando divertirle deste intento, ó temiendo mi vitoria, ó anticipando sus celos.

Creció en el mancebo duque el apetito con esto;

que sospechando su amor, hizo tema del deseo.

Declaróme su intencion,

y yo en su ayuda me ofrezco, dándome esperanza á mí

lo que temor á don Mendo.

Y como doña Ana estaba

aquí velando á San Diego, vinimos hoy á los toros más por verla que por verlos.

Y sabiendo que esta noche se parte mi dulce dueño, por quien ya comienza Henáres el lloroso sentimiento;

por poder gozar mejor de su cara y de su ingenio,

porque las gracias del alma son alma de las del cuerpo,

trazamos acompañarla sirviéndole de cocheros,

nuevos factontes del sol, si atrevidos, no soberbios.

Con los cocheros ha sido para este fin el concierto,

para esto la prevencion de los capotes groseros;

que á tales trazas obliga en ella el recato honesto,

en el Duque sus antojos, y en mí, Beltran, mis deseos.

Beltran. Todo lo demas alcanzo, y eso postrero no entiendo.

¿Cómo en el amor del Duque funda el tuyo su remedio?

D. Juan. Mientras sin contrario fuerte ame doña Ana á don Mendo,

ella está en su amor muy firme, y á mudalla no me atrevo:

y como el Duque es persona á cuyas fuerzas y ruegos

puede mudarse doña Ana, que la conquiste pretendo,

para que andando mudable entre los fuertes opuestos,

no estando firme en su amor, esté flaca á mi deseo.

Beltran. Esa es cautela que enseña el diestro don Luis Pacheco,

que dice que está la espada mas flaca en el movimiento.

D. Juan. Mejor se sujeta entónces: de esa lición me aprovecho.

Beltran. Y dime, por vida tuya, ¿agora sales con esto?

¿No eres tú quien me dijiste:

“si desta vez no la muevo, morirá mi pretension,

aunque vivan mis deseos?”

D. Juan. Imita mi amor al hijo de la tierra, aquel Anteo, que derribado cobraba

nueva fuerza y valor nuevo,

Beltran. Pensé que desesperado lo curabas como á muerto;

que aunque la traza es aguda, pongo gran duda en su efeto;

que el Duque es muy poderoso: llevarala.

D. Juan. Por lo menos, si vence, alivio será

que por un duque la pierdo; y si no, consolarame

ver que lo que yo no puedo, tampoco ha podido un duque.

Beltran. En fé de aquesos consuelos has cortado la cabeza

totalmente á tus intentos, y estando tu mal dudoso,

has querido hacerlo cierto. Quieres que el Duque la lleve

por quitársela á don Mendo, y del daño, el daño mismo

has tomado por remedio. El epigrama que á Fanio

hizo Marcial, viene á pelo.

D. Juan. ¿Cómo dice?

Beltran. Traducido, dice así en lenguaje nuestro:

“Queriendo Fanio huir sus contrarios, se mató.”

¿No es furor, pregunto yo, para no morir, morir?

D. Juan. El epigrama es agudo; mas la aplicacion te niego;

que no es, como tú imaginas, que venza el Duque, tan cierto;

que si él es grande de España, es el querido don Mendo,

y esto es ser grande tambien en la presencia de Vénus.

Beltran. Grandes son los dos contrarios, y tú, señor, muy pequeño;

mas si fortuna te ayuda, juzgo posible tu intento.

Dos valientes salteadores por un hurto que habian hecho

riñeron; que cada cual lo quiso llevar entero: y mientras ellos reñian,

un ladroncillo ratero
cogió la presa.

D. Juan. Dios quiera
que me suceda lo mesmo. [Vase.]

Sala de paso en la casa donde se hospeda D^a Ana,
en Alcalá.

ESCENA III.

DOÑA ANA Y DOÑA LUCRECIA, de camino.

D^a Ana. ¿Cómo en los toros te ha ido?

D^a Luc. Jamas hicieron provecho
en las dolencias del pecho
los remedios del sentido;
que en un rabioso cuidado
tanto con el alma asisto,
que aunque los toros he visto,
prima, no los he mirado.

D^a Ana. Yo apostaré que hay amor.

D^a Luc. Forzoso es ya que te cuente,
porque el daño no se aumente,
la causa de mi dolor.

—Doce veces ha vestido
Febo de luz á su hermana,
despues, hermosa doña Ana,
que me sujetó Cupido.

Mas no fácil en mi amor
llevó el que adoro la palma;
que al postrer precio del alma
le rendí el primer favor.

Hasta aquí te lo he callado,
porque muestra liviandad

la que sin necesidad
manifiesta su cuidado;

mas ya que teme el amor,
si callo, un agravio injusto;

viendo que se anega el gusto,
se arroja á nado el honor.

Don Mendo, es pues, el sugeto
por quien quiso amor que muera;
que menor causa no hiciera
en mí tan tirano efeto.

Supe que daba en mirar
tu belleza soberana;

que solo por tí, doña Ana,
me pudiera á mí olvidar.

Á mi celosa querella
satisfacer intentó;

mas aunque el fuego aplacó,
quedó viva la centella.

Supe que á Henáres venia

hoy con galas y librea:

¿Por quién quieres tú que sea,
si á mí en Madrid me tenia?

Pedí á mi padre licencia
para venir á Alcalá,
y porque estabas tú acá,
me ha permitido esta ausencia.

No vine á los toros, no;
mas á impedir nuestro daño,
con que sepas tú tu engaño
y mi desengaño yo.

Y porque probar pretendo
mi verdad, este papel
mira, y confirma con él
las traiciones de don Mendo.

A los celos satisface
de que yo cargo le hice:
mira de tí lo que dice,
y contigo lo que hace.

[Da un papel á doña Ana.]

D^a Ana. (Lee.) "Tu sentimiento encareces,

"sin escuchar mis disculpas:

"cuanto sin razon me culpas,

"tanto con razon padeces.

"Si miras lo que mereces,

"verás como la pasion

"te obliga á que sin razon

"agravies en tu locura

"con las dudas la hermosura,

"con los celos la eleccion.

"Lucrecia, de tí á doña Ana

"ventaja hay mas conocida,

"que de la muerte á la vida,

"de la noche á la mañana.

"¿Quién á la hermosa Diana

"trocará por una estrella?

"Deja la injusta querella,

"desengaña tus enojos;

"que tengo una alma y dos ojos

"para escojer la mas bella."

D^a Luc. ¿Qué dices de ese papel?

D^a Ana. Si estás viendo, prima, aquí

lo que él ha dicho de mí,

¿Qué quieres que diga d' él?

Pierde el cuidado cruel

que te obliga á recelar

cuando así me ves tratar,

si es cosa cierta el nacer

la injuria de aborrecer,

y la alabanza de amar.

Mas cansada te imagino:

entra á reposar un rato;
que para hablar de tu ingrato,
será tercero el camino.

D^a Luc. Mi celoso desatino
el sueño me ha de impedir.

D^a Ana. A las doce es el partir
forzoso.

D^a Luc. Y tú ¿no reposas?

D^a Ana. No, Lucrecia; que mil cosas
me faltan por prevenir.

D^a Luc. ¿Puedo ayudarte?

D^a Ana. Ayudarme
dejarme sola será.

D^a Luc. El obedecerte es ya
forzoso. (Vase.)

D^a Ana. (Ap.) Como el matarme.

¡Celia! [Llamando.]

ESCENA IV.

CELIA.—DOÑA ANA.

D^a Ana. Ven, ven á ayudarme

á lamentar mi tormento:

presta tu voz á mi aliento;

que en desventura tan grave,

por una boca no cabe

á salir el sentimiento.

Celia. ¿Qué ha sido?

D^a Ana. Nuevos agravios

del vil don Mendo; que en suma

firma tambien con la pluma

lo que afirmó con los labios.

Celia. Mudar consejo es de sabios;

hasta aquí nada has perdido;

tu misma vista y oído

te han avisado tu daño:

agradece el desengaño

que á tan buen tiempo ha venido.

Quien así te injuria ausente,

y presente lisonjea,

ó engañoso te desea,

ó deseoso te miente:

y cuando cumplir intente

lo que ofrece, y ser tu esposo;

si ordinario, y aun forzoso

es el cansarse un marido,

¿cómo hablará arrepentido

quien habla así deseoso?

D^a Ana. No es, Celia, mi corazon

ángel en el aprender,

que nunca pueda perder

la primera aprehension:

no es bronce mi corazon,

en quien viven inmortales

las esculpidas señales;

mudarse puede mi amor:

si puede ¿cuándo mejor

que con ocasiones tales?

No pienses que está ya en mí

tan poderoso y entero

el gigante amor primero

á quien tanto me rendí;

desde la noche que oí

mis agravios, la memoria

en tan afrentosa historia

tan rabiosamente piensa,

que entre el amor y la ofensa

dudaba ya la vitoria;

pero con tan gran pujanza

la nueva injuria ha venido,

que del todo se ha rendido

el amor á la venganza.

Celia. ¿Serás firme en la mudanza?

D^a Ana. O el cielo mi mal aumente.

Celia. Tus venturas acreciente,

como contento me ha dado

tu pensamiento, mudado

de un hombre tan maldiciente:

que desde que estando un dia

viéndote por una reja,

la cerré y me llamó vieja,

sin pensar que yo lo oía;

tal cual soy, no lo querría,

si él fuese del mundo Adán.

D^a Ana. Que eran botes mi Jordan

dijo de mí: ¿qué te altera

que á tus años se atreviera?

Celia. ¿Cuán diferente es don Juan!

Ofendido y despreciado,

es honrar su condicion,

cuando el lengua de escorpion

ofende siendo estimado.

Una vez desesperado

don Juan se quejaba así:

"¿Qué delito cometí

en quererte, ingrata fiera?

¡Quiera Dios!..... Pero no quiera;

que te quiero mas que á mí."

¡Si vieras la cortesía

y humildad con que me habló,

cuando licencia pidió

para verte el otro dia!

¿Si vieras lo que decia
en mi defensa á un criado,
que porfiaba arrojado
que si yo dificultaba
la visita, lo causaba
ser el pobre y desdichado!
¿Si vieras!..... Pero ¿qué vieras
que igualase á lo que viste,
cuando del traidor le oiste
defenderte tan de veras?
Ya te ablandaras, si fueras
formada de pedernal.

D^a Ana. ¿Qué te obliga á que tan mal
te parezca mi desden?

Celia. Tener á quien habla bien
inclinacion natural;
y sin ella, me obligara
la razon á que lo hiciera.

D^a Ana. Celia, ¿si don Juan tuviera
mejor talle y mejor cara!.....

Celia. Pues ¿cómo! ¿en eso repara
una tan cuerda mujer?
En el hombre no has de ver
la hermosura ó gentileza:
su hermosura es la nobleza,
su gentileza el saber.
Lo visible es el tesoro
de mozas faltas de seso,
y las mas veces por eso
topan con un asno de oro.
Por eso no tiene el moro
ventanas: y es cosa clara
que, aunque al principio repara
la vista, con la costumbre
pierde el gusto ó pesadumbre
de la buena ó mala cara.

D^a Ana. No niego que desde el dia
que defenderme le oí,
tiene ya don Juan en mí
mejor lugar que solia,
porque el beneficio cria
obligacion natural:
y pues el rigor mortal
aplacó ya mi desden,
principio es de querer bien
el dejar de querer mal.
Pero no fácil se olvida
amor que costumbre ha hecho,
por mas que se valga el pecho
de la ofensa recibida;
y una forma corrompida

á otra forma hace lugar.
Mas bien puedes confiar
que el tiempo irá introduciendo
á don Juan, pues á don Mendo
he comenzado á olvidar.

Celia. ¿Podré yo ver el papel?

D^a Ana. Pide luces; que la oscura
noche impedirte procura
ver mis agravios en él.

(Celia se entra por un momento á dar el recado,
y vuelve.)

ESCENA V.

UN ESCUDERO, con luces; CELIA.—Después EL
DUQUE Y DON JUAN; DOÑA ANA.

Celia. Ya están las luces aquí.

D^a Ana. Ten el papel. (Dale el papel á Celia.)

Escudero. (A doña Ana.) Dos cocheros
piden licencia de veros.

D^a Ana. Entren.

Escudero. Entrad.

(Vase el escudero, y salen el Duque y don Juan de
cocheros.)

D. Juan. (Ap. al Duque.) Pues á tí
nunca te ha visto, seguro
habla de ser conocido,
mientras yo callo, escondido
en manto de sombra oscuro.

Duque. El cielo os guarde, señora.

D^a Ana. Bien venido.

Duque. Acá me envia
el cochero que os servia,
y no puede hacerlo agora,
rendido á un dolor cruel.
¿A qué hora habeis de partir?

que os tengo yo de servir
esta jornada por él.

D^a Ana. ¿Tanto es su mal?

D. Juan. Por lo menos
no podrá serviros hoy.

D^a Ana. Pésame.

Duque. Persona soy
con quien no lo hecharéis menos.

D^a Ana. Á media noche esté el coche
prevenido á la carrera.

Duque. Y será la vez primera
que el sol sale á media noche.

D^a Ana. ¿Cómo es eso?

Duque. Como es eso.

D^a Ana. ¿Tierno sois?

Duque. ¿Es contra ley?

Alma tengo como el Rey:
aunque este oficio profeso,
no huyo de amor los males;
que si por ellos no fuera,
yo os juro que no estuviera
cubierto de estos sayales.

D^a Ana. ¿Pues qué! ¿son disfraz de amor
por infanta pretendida?

Duque. Puede ser.

D^a Ana. ¿Bien por mi vida!

[Ap.] El cochero tiene humor.

Celia. Don Mendo viene.

D^a Ana. Id con Dios,
y á media noche os espero.

Duque. Tengo, por mí compañero,
tambien que tratar con vos;
que es suyo el coche en que va
vuestra gente; y esta noche
ya veis cuánto vale un coche,
y concertado no está.

La visita recibid

que los dos esperaremos.

D^a Ana. Por eso no reñiremos.
si con bien llego á Madrid.

Duque. Señora, entre padres y hijos
parece bien el concierto.

[Retiranse el Duque y don Juan, pero quédanse
acechando tras una puerta.]

ESCENA VI.

DON MENDO Y LEONARDO.—DICHOS.

D. Mend. ¡Gloria á Dios, que llego al puerto
de combates tan prolijos!

Duque. (Ap. á don Juan.) Escuchar pretendo
si á don Mendo favorece (así
doña Ana.

D. Juan. Pues ¿qué os parece?

Duque. Que por mi daño la ví.

ESCENA VII.

DOÑA LUCRECIA Y ORTIZ, quedándose á una
puerta en acecho.—DICHOS.

D^a Luc. (Medio para sí.) ¿Don Mendo con ella,
(cielos!

Ortiz. (Ap. á su ama.) ¿Si sabe que estás

D^a Luc. Cerca el desengaño está. (acá?

Ortiz. Hoy averiguas tus celos.

D. Mend. ¿Qué es esto, doña Ana hermosa?

¿No me respondes? ¿Qué es esto?
¿Quién ha mudado tan presto
mi fortuna venturosa?
¿Tú, señora, estás así
grave y callada conmigo!
¿Quién me ha puesto mal contigo?
¿Quién te ha dicho mal de mí?
Habla: dime tu querella.

D^a Ana. ¿Tú puedes causarme enojos,
teniendo una alma y dos ojos,
para escoger la mas bella?

D. Mend. (Ap.) Palabras son que escribí
á la engañada Lucrecia.
Esperado habrá la necia
Lucrecia tener de mí
favor con hacerme daño;
mas no pienso que le importe,
vamos, señora, á la corte:
verás si la desengaño.....

D^a Ana. [Ap.] ¡Ah falso!

D. Mend. Que su favor
no estimo, porque concluya
lo que una palabra tuya
aunque la engendre el rigor.

D^a Ana. ¿Cómo, pues si el labio mueve
mi mediano entendimiento,
helado queda mi aliento
entre palabras de nieve?

D. Mend. [Ap.] Don Juan le debió de dar
cuenta de nuestra porfia;
mas aquí la industria mia
las suertes ha de trocar;
que si la verdad confieso,
y que el amor y el poder
temí del Duque, es mujer,
y despertará con eso.)
Vuelve ese rostro, en que veo
cifrado el cielo de amor.

D^a Ana. Don Mendo, así está mejor
quien tiene el cerca tan feo.

D. Mend. Ya colijo que don Juan
de Mendoza, mal mirado,
la contienda te ha contado
de la noche de San Juan;
que conozco esas razones
que el necio dijo de tí,
porque yo le defendí
tus divinas perfecciones.

D. Juan. (Medio para sí.) ¡Ah traidor!

Duque. (Ap. á don Juan.) Disimulad.

D. Mend. Pero don Juan bien podia callar, pues que yo queria perdonar su necedad. mas ya que estás desafortunado de mí, señora, ofendida porque le dejé la vida á quien se atrevió á ofenderte, no me culpes; que el estar el duque Urbino presente pudo de mi furia ardiente el ímpetu refrenar.

Celia. (Ap. á su ama.) ¡Qué embustero!

D^a Ana. [Ap.] ¡Qué engañoso!

Celia. (Ap. á su ama.) ¡Mira con quien te

D. Mend. Si por eso me privabas (casabas!

de ver ese cielo hermoso, vuelve; que presto por mí cortada verás la lengua que en tus gracias puso mengua.

D^a Ana. Pues guárdate tú de tí.

D. Mend. ¡Yo de mí! ¡Luego yo he sido quien te ofendió?

D^a Ana. Claro está ¿quien sino tú?

D. Mend. ¡Cuánto va que ese falso, fementido, lisonjero universal con capa de bien hablado, por adularme ha contado que él dijo bien y yo mal? Mas brevemente verán esos ojos, dueño hermoso, castigado al malicioso.

D^a Ana. Para entre los dos, don Juan es un buen hombre; y si digo que tiene poco de sabio puedo sin hacerle agravio; vuestro deudo es y mi amigo; mas esto no es murmurar.

D. Mend. Eso dije á solas yo al Duque, que se admiró de verle vituperar lo que yo tanto alabé.

D^a Ana. Dilo al revés.

D. Mend. Segun esto, quien contigo mal me ha puesto, el duque sin duda fué. ¡Aun no ha llegado á la corte, y ya en enredos se emplea!

¿O piensa que está en su aldea, para que nada le importe su grandeza ó calidad al necio rapaz conmigo, para no darle el castigo?

Duque. [Medio para sí.] ¡Ah traidor!

D. Juan. [Ap. al Duque.] Disimulad.

D^a Ana. ¿Qué sirven falsas excusas, qué quimeras, qué invenciones, donde la misma verdad acusa tu lengua torpe?

Hablas tú tan mal de mí,

sin que contigo te enojas, ¡y enojaste con quien pudo contarme tus sinrazones!

Quien te daña es la verdad de las culpas que te ponen:

si pecaste y yo lo supe, ¿qué importa saber de dónde? pues nadie me ha referido lo que hablaste aquella noche:

verdad te digo, ó la muerte en agraz mis años corte.

Y siendo así, sabes tú que son las mismas razones las que aquí me has escuchado, que las que dijiste entonces.

Y pues las sé, bien te puedes despedir de mis favores, y á toda ley hablar bien, porque *Las paredes oyen.* (Vase.)

ESCENA VIII.

DON MENDO, CELIA Y LEONARDO; EL DUQUE Y DON JUAN, acechando desde una puerta; DOÑA LUCRECIA Y ORTIZ, acechando desde otra.

D. Mend. Vuelve, escucha, dueño hermoso, lo que mi fé te responde; y pues oyen las paredes, oye tú mis tristes voces.

D^a Luc. [Ap.] Más que de tristeza mueras. [Vanse doña Lucrecia y Ortiz.]

Celia. [Ap.] Más que eternamente llores. (Sale.)

Duque. (Ap. á don Juan.) ¿De dónde pudo saber lo que aquella noche (doña Ana) hablamos?

D. Juan. Yo no lo he dicho.

Duque. Ni yo.

D. Juan. Las paredes oyen. (Vanse el Duque y don Juan.)

D. Mend. Oyeme tú, Celia: así tus floridos años logres.

Celia. Las que ya llamaste canas, ¿cómo agora llamas flores?

D. Mend. ¿Quién te ha dicho tal de mí, Celia?

Celia. Las paredes oyen. (Vase.)

ESCENA IX.

DON MENDO Y LEONARDO.

D. Mend. ¿Qué es esto, suerte enemiga?

¡Por tan falsas ocasiones, tan verdadera mudanza en voluntad tan conforme!

¡Que pueda ser quien me ha dado los mas estrechos favores,

á mi acusacion de cera

y á mi descargo de bronce!

¿Á mis contrarios escuchas?

¿Á malos terceros oyes?

¿Á mí el oído me niegas?

¿Á mí la cara me escondes?

Leonardo. Con la pasion no discurre.

¿Posible es que no conoces

que tan estraños efectos

á mayor causa responden?

No por las culpas que dice,

hay mudanza en sus amores;

antes por haber mudanza,

aquestas culpas te pone;

que si el enojo que ves

causaran tus sinrazones,

no tan resuelta negara

los oídos á tus voces;

que á quien obligan ofensas

de quien ama á que se enoje,

la satisfaccion desea

cuando la culpa propone.

Doña Ana no quiso oírte:

y así me espanta que ignores,

que culpas ha menester,

pues huye satisfacciones;

y el que anda á caza de culpas,

intencion resuelta esconde,

y pretende dar color

de castigo á sus errores.

D. Mend. Bien imaginas.

Leonardo. Señor, ciego estás, pues no conoces su desamor en su ausencia,

su engaño en sus dilaciones.

Dilató por las novenas

el matrimonio: engañóte;

que no hay mujer que al amor

prefiera las devociones.

Con secreto caminaba

á otro fin su trato doble;

y por si no lo alcanzase,

entretuvo tus amores.

Ya lo alcanzó, y te despidió

sin que en descargo le informes;

que ha menester que tus culpas

su injusta mudanza abonem.

D. Mend. Agudamente discurre;

mas por los celestes orbes

juro que me he de vengar

de su rigor esta noche.

Leonardo. Poderoso eres, señor.

D. Mend. De allá han salido dos hombres.

Leonardo. Cocheros son de doña Ana.

D. Mend. La fortuna me socorre.

ESCENA X.

EL DUQUE Y DON JUAN, de cocheros.—DON MENDO Y LEONARDO.

Duque. (Ap. con don Juan.) No ví hermosura ni tal discrecion oí. (mayor,

D. Juan. ¿Luego á don Mendo venes?

Duque. Pregúntaselo á mi amor.

¡Vive el cielo, que estoy loco!

D. Juan. (Ap.) Mi invencion es ya dichosa.

Duque. Será mi esposa.

D. Juan. ¡Tu esposa!

Duque. Sí.

D. Juan. (Ap.) Ni tanto ni tan poco.

D. Mend. Dios os guarde, buena gente.

Duque. ¿Quién va allá?

D. Mend. Don Mendo soy

de Guzman.

Duque. [Ap. á don Juan.] Por darle estoy el castigo aquí.

D. Juan. Detente:

que es de doña Ana esta puerta. *

Duque. ¿Qué mandais?

D. Mend. Que me digais,

* Suponemos que don Juan señala una puerta que dá paso á una pieza interior; para que designara la puerta de la calle, será preciso que al concluir la escena VIII se hubiesen retirado todos los actores y mudárase la decoracion. Nada de esto indica la edicion príncipe.

pues á doña Ana llevais,
já qué hora se concierta
la partida?

Duque. Á media noche.
D. Mend. Una cosa habeis de hacer,
que me obligo á agradecer.

Duque. Decidla.
D. Mend. Apartar el coche
en que fuere vuestro dueño,
del camino un trecho largo,
haciendo del yerro cargo
á la oscuridad ó al sueño.

Duque. ¿Para qué fin?
D. Mend. Solamente
hablarla pretendo, amigos,
con espacio y sin testigos.
Duque. ¿Cosa que algun hecho intente
que nos cueste?.....
D. Mend. No os dé pena,
cuando yo os amparo, el miedo.
La obligacion en que os quedo
publique aquesta cadena,
que podeis los dos partir.

Duque. No, señor.
D. Mend. Esto ha de ser.
(Dale una cadena y tómalala el Duque.)

Duque. Una cosa habeis de hacer,
si os habemos de servir.

D. Mend. Hablad pues.
Duque. Que á la ocasion
no vais mas de dos amigos;
porque cuantos son testigos,
tantos enemigos son.

D. Mend. Solos iremos los dos:
desto la palabra os doy.

Duque. Con eso á serviros voy.
D. Mend. Y yo á seguiros.

Duque. Adios,
que es hora ya de partir.

D. Juan. (Ap. al Duque.) ¿Dónde con tu in-
Duque. Presto, don Juan, lo verás. (tento vas?
(Vase, y síguele don Juan.)

ESCENA XI.

DON MENDO Y LEONARDO.

D. Mend. Manda luego apercibir,
Leonardo, los dos rocines
de campo, para alcanzar
esta fiera. Hoy he de dar
á esta caza dulces fines.

Leonardo. No lo dudes, pues está
tan de tu parte el cochero.

D. Mend. Como eso puede el dinero.

Leonardo. Contra su dueño será
si de su favor te ayudas.

D. Mend. El primer cochero agora
no será que á su señora
haya servido de Judas. (Vanse.)

Campo inmediato al camino real de Alcalá á Madrid, á
un cuarto de legua de aquella ciudad.

ESCENA XII.

ARRIEROS Y UNA MUJER; despues DON MENDO
Y DOÑA ANA, todos dentro. *

Un Arr. [Dentro, cantando.] Venta de Vive-
¡Dichoso sitio, (ros,

si el ventero es cristiano,
y es moro el vino!
¡Sitio dichoso,
si el ventero es cristiano,
y el vino es moro!

Arr. 2º Con mi albarda y mi burro
no envidio nada;
que son coches de pobres
burros y albardas.

Una muj. Tan gustosa vengo
de ver los toros
que nunca se me quitan
de entre los ojos.

Arr. 3º Unos ojos que adoro.
llevo á las ancas:
¿quién ha visto los ojos
á las espaldas?

Arr. 4º ¿Gruñes, ó gritas ó cantas?

Arr. 3º Mis males espanto así.

Arr. 4º ¿Somos tus males aquí?
porque tambien nos espantas.
Calla y toma mi consejo,
que no es la miel para tí.

Arr. 3º ¿Fuiste á ver los toros?

Arr. 4º Sí.

Arr. 3º Pues ¿no hay en tu casa espejos?

Arr. 2º ¡Ah del coche! ¿Dónde bueno?
del camino se han salido.

Arr. 1º O el cochero se ha dormido,
ó han de hacer noche al sereno.

Arr. 2º ¡Ah, Faeton de los cocheros,
que te pierdes! Por acá.

* Es decir, lejos; donde no se ve á los que hablan ó
cantan.

Arr. 1º Por esos trigos se vá.

Arr. 2º Y tras él dos caballeros.

Arr. 1º De malas lenguas se quita
quien va al desierto á morar.

Arr. 2º No van ellos á rezar;
que por allí no hay ermita.

Arr. 1º Arre, mula de Mahoma:
ella hace burla de mí.

Dale, Francisco.

Arr. 2º Echa aquí.

Arr. 1º Arre: ¿qué diablo te toma?

D. Mend. [Dentro.] Pára, cochero.

Dª Ana. (Dentro.) ¿Quién es?

D. Mend. (Dentro.) Don Mendo soy.

Dª Ana. (Dentro.) ¡Anda!

D. Mend. (Dentro.) ¡Pára!

ESCENA XIII.

DON MENDO, DOÑA ANA, DOÑA LUCRECIA Y
LEONARDO.

Dª Ana. ¿Quién sino tú se mostrara
conmigo tan descortés?

D. Mend. Mi exceso y atrevimiento
disculpo con tu mudanza.

Dª Ana. Llámalas justa venganza
y cuerdo arrepentimiento.

D. Mend. ¿Quién lo causó?

Dª Ana. Tus traiciones.

D. Mend. ¡Ah falsa! ¿Engañarme piensas?

¡Acreditas mis ofensas
por abonar tus acciones!
Pues no lograrás tu intento.

(Llega don Mendo á pelear con doña Ana, doña
Lucrecia á ayudarla, y Leonardo á tener á
doña Lucrecia.)

Dª Ana. ¿Qué es esto?

D. Mend. Justo castigo
de tu mudanza.

Dª Ana. ¿Conmigo
tan grosero atrevimiento!

Dª Luc. ¡Justicia de Dios!

Leonardo. Tenéos.

Dª Ana. ¡Hay excesos mas estraños!

D. Mend. Á pesar de tus engaños
he de lograr mis deseos.

ESCENA XIV.

EL DUQUE Y DON JUAN, de cocheros, que sacan
las espadas y dan sobre DON MENDO Y LEO-
NARDO, que dejan luego á DOÑA ANA Y DOÑA
LUCRECIA.

Duque. (Ap. á don Juan.) La venganza nos con-

Dª Ana. ¿Dónde están mis escuderos? (vida?

Vendido me han los cocheros.

Duque. Por vos, señora, la vida
vuestros cocheros darán.

D. Mend. ¡Á don Mendo os atreveis,
viles!

[Descen van las espadas don Mendo y Leonardo.]

Leonardo. Cocheros, ¿qué haceis?

¿que es don Mendo de Guzman!

Á vuestro coche os volved.

D. Mend. (Ap.) Furias del infierno son.

Dª Luc. ¿Qué pena!

Dª Ana. ¿Qué confusion!

(Retranse don Mendo y Leonardo, y el Duque y
don Juan van tras ellos.)

Cocheros, ¡tened, tened!

ACTO TERCERO.

Sala en casa de doña Ana, en Madrid.—Está amanecien-
do: la pieza tiene poca luz.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANA Y CELIA; EL DUQUE Y DON JUAN,
de cocheros: este último retirado detras del
Duque.

Dª Ana. ¿No advertís lo que habeis hecho?
¿Cómo tan despacio estais?

Duque. Por nosotros no temais:
quietad el hermoso pecho,
pues con probar la violencia
que intentó aquel caballero,
en nuestro favor espero
que tendrémos la sentencia.

Y por su reputacion
le estará mas bien callar:

no penseis que ha de tratar
de tomar satisfaccion
por justicia un caballero.

¿No veis lo mal que sonara
que herido se confesara

del brazo vil de un cochero
un tan ilustre señor,
dueño de tantos vasallos?

Destos casos el callallos
es el remedio mejor.

Dª Ana. Siéntome tan obligada
de vuestro valor estraño,

que el temor de vuestro daño
toda me tiene turbada.

pues á doña Ana llevais,
já qué hora se concierta
la partida?

Duque. Á media noche.
D. Mend. Una cosa habeis de hacer,
que me obligo á agradecer.

Duque. Decidla.
D. Mend. Apartar el coche
en que fuere vuestro dueño,
del camino un trecho largo,
haciendo del yerro cargo
á la oscuridad ó al sueño.

Duque. ¿Para qué fin?
D. Mend. Solamente
hablarla pretendo, amigos,
con espacio y sin testigos.
Duque. ¿Cosa que algun hecho intente
que nos cueste?.....
D. Mend. No os dé pena,
cuando yo os amparo, el miedo.
La obligacion en que os quedo
publique aquesta cadena,
que podeis los dos partir.

Duque. No, señor.
D. Mend. Esto ha de ser.
(Dale una cadena y tómalala el Duque.)

Duque. Una cosa habeis de hacer,
si os habemos de servir.

D. Mend. Hablad pues.
Duque. Que á la ocasion
no vais mas de dos amigos;
porque cuantos son testigos,
tantos enemigos son.

D. Mend. Solos iremos los dos:
desto la palabra os doy.

Duque. Con eso á serviros voy.
D. Mend. Y yo á seguiros.

Duque. Adios,
que es hora ya de partir.

D. Juan. (Ap. al Duque.) ¿Dónde con tu in-
Duque. Presto, don Juan, lo verás. (tento vas?
(Vase, y síguele don Juan.)

ESCENA XI.

DON MENDO Y LEONARDO.

D. Mend. Manda luego apercibir,
Leonardo, los dos rocines
de campo, para alcanzar
esta fiera. Hoy he de dar
á esta caza dulces fines.

Leonardo. No lo dudes, pues está
tan de tu parte el cochero.

D. Mend. Como eso puede el dinero.

Leonardo. Contra su dueño será
si de su favor te ayudas.

D. Mend. El primer cochero agora
no será que á su señora
haya servido de Judas. (Vanse.)

Campo inmediato al camino real de Alcalá á Madrid, á
un cuarto de legua de aquella ciudad.

ESCENA XII.

ARRIEROS Y UNA MUJER; despues DON MENDO
Y DOÑA ANA, todos dentro. *

Un Arr. [Dentro, cantando.] Venta de Vive-
¡Dichoso sitio, (ros,

si el ventero es cristiano,
y es moro el vino!
¡Sitio dichoso,
si el ventero es cristiano,
y el vino es moro!

Arr. 2º Con mi albarda y mi burro
no envidio nada;
que son coches de pobres
burros y albardas.

Una muj. Tan gustosa vengo
de ver los toros
que nunca se me quitan
de entre los ojos.

Arr. 3º Unos ojos que adoro.
llevo á las ancas:
¿quién ha visto los ojos
á las espaldas?

Arr. 4º ¿Gruñes, ó gritas ó cantas?

Arr. 3º Mis males espanto así.

Arr. 4º ¿Somos tus males aquí?
porque tambien nos espantas.
Calla y toma mi consejo,
que no es la miel para tí.

Arr. 3º ¿Fuiste á ver los toros?

Arr. 4º Sí.

Arr. 3º Pues ¿no hay en tu casa espejos?

Arr. 2º ¡Ah del coche! ¿Dónde bueno?
del camino se han salido.

Arr. 1º O el cochero se ha dormido,
ó han de hacer noche al sereno.

Arr. 2º ¡Ah, Faeton de los cocheros,
que te pierdes! Por acá.

* Es decir, lejos; donde no se ve á los que hablan ó
cantan.

Arr. 1º Por esos trigos se vá.

Arr. 2º Y tras él dos caballeros.

Arr. 1º De malas lenguas se quita
quien va al desierto á morar.

Arr. 2º No van ellos á rezar;
que por allí no hay ermita.

Arr. 1º Arre, mula de Mahoma:
ella hace burla de mí.

Dale, Francisco.

Arr. 2º Echa aquí.

Arr. 1º Arre: ¿qué diablo te toma?

D. Mend. [Dentro.] Pára, cochero.

Dª Ana. (Dentro.) ¿Quién es?

D. Mend. (Dentro.) Don Mendo soy.

Dª Ana. (Dentro.) ¡Anda!

D. Mend. (Dentro.) ¿Pára!

ESCENA XIII.

DON MENDO, DOÑA ANA, DOÑA LUCRECIA Y
LEONARDO.

Dª Ana. ¿Quién sino tú se mostrara
conmigo tan descortés?

D. Mend. Mi exceso y atrevimiento
disculpo con tu mudanza.

Dª Ana. Llámalas justa venganza
y cuerdo arrepentimiento.

D. Mend. ¿Quién lo causó?

Dª Ana. Tus traiciones.

D. Mend. ¡Ah falsa! ¿Engañarme piensas?

¡Acreditas mis ofensas

por abonar tus acciones!

Pues no lograrás tu intento.

(Llega don Mendo á pelear con doña Ana, doña
Lucrecia á ayudarla, y Leonardo á tener á
doña Lucrecia.)

Dª Ana. ¿Qué es esto?

D. Mend. Justo castigo

de tu mudanza.

Dª Ana. ¡Conmigo

tan grosero atrevimiento!

Dª Luc. ¡Justicia de Dios!

Leonardo. Tenéos.

Dª Ana. ¡Hay excesos mas estraños!

D. Mend. Á pesar de tus engaños
he de lograr mis deseos.

ESCENA XIV.

EL DUQUE Y DON JUAN, de cocheros, que sacan
las espadas y dan sobre DON MENDO Y LEO-
NARDO, que dejan luego á DOÑA ANA Y DOÑA
LUCRECIA.

Duque. (Ap. á don Juan.) La venganza nos con-

Dª Ana. ¿Dónde están mis escuderos? (vida?

Vendido me han los cocheros.

Duque. Por vos, señora, la vida
vuestros cocheros darán.

D. Mend. ¡Á don Mendo os atreveis,
viles!

[Descorren las espadas don Mendo y Leonardo.]

Leonardo. Cocheros, ¿qué haceis?

¿que es don Mendo de Guzman!

Á vuestro coche os volved.

D. Mend. (Ap.) Furias del infierno son.

Dª Luc. ¿Qué pena!

Dª Ana. ¿Qué confusion!

(Retranse don Mendo y Leonardo, y el Duque y
don Juan van tras ellos.)

Cocheros, ¡tened, tened!

ACTO TERCERO.

Sala en casa de doña Ana, en Madrid.—Está amanecien-
do: la pieza tiene poca luz.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANA Y CELIA; EL DUQUE Y DON JUAN,
de cocheros: este último retirado detras del
Duque.

Dª Ana. ¿No advertís lo que habeis hecho?
¿Cómo tan despacio estais?

Duque. Por nosotros no temais:
quietad el hermoso pecho,

pues con probar la violencia

que intentó aquel caballero,

en nuestro favor espero

que tendrémós la sentencia.

Y por su reputacion

le estará mas bien callar:

no penseis que ha de tratar

de tomar satisfaccion

por justicia un caballero.

¿No veis lo mal que sonara

que herido se confesara

del brazo vil de un cochero

un tan ilustre señor,

dueño de tantos vasallos?

Destos casos el callallos

es el remedio mejor.

Dª Ana. Siéntome tan obligada

de vuestro valor estraño,

que el temor de vuestro daño

toda me tiene turbada.

Duque. No temais
 D^a Ana. El pecho fiel
 el daño está previniendo.
 Duque. Quien pudo herir á don Mendo,
 podrá defenderse d' él.
 Celia. (*A doña Ana al oído.*) En hablar tan
 tan valientes en obrar, (cortesanos,
 mucho dan que sospechar
 estos cocheros.
 D^a Ana. (*A Celia al oído.*) Las manos
 les mira, que la verdad
 nos dirán.
 Celia. Es gran razon
 pagalles la obligacion
 que tienes á su lealtad,
 [*Toma las manos al Duque.*]
 pues por estas manos queda
 tu honestidad defendida.—
 (*Vuelvase á hablar aparte á doña Ana.*)
 ¡Ay señora de mi vida!
 blandas son como una seda,
 y en llegando cerca, son
 sus olores soberanos.
 D^a Ana. (*Ap. á Celia.*) ¡Buen olor y buenas
 Clara está la informacion. (manos!
 Disimulad.
 Celia. (*Ap.*) El otro está
 siempre cubierto y callado:
 cogélo descuidado,
 pues la aurora alumbró ya,
 lo que basta á conocelelo.
 (*Va Celia por detras de todos á coger de cara á
 don Juan.*)
 D^a Ana. Amigos, puesto que así
 os arriesgastes por mí
 sin obligacion de hacello,
 desta casa y de mi hacienda
 os valed.
 Duque. Los piés os beso;
 mas yo no paso por eso;
 que no es razon que se entienda
 que fué sin obligacion
 el serviros; pues de un modo
 se la pone al mundo todo
 vuestra rara perfeccion:
 porque á quien os llega á ver
 dais gloria tan sin medida,
 que aunque os pague con la vida,
 os queda mucho á deber.
 Celia. (*A don Juan.*) Y vos, ¿sois mudo, co-
 ¿De qué estais triste? Volved, (chero?

alzad el rostro, aprended,
 ánimo del compañero.
 El que riñó sin temer
 ¿teme sin reñir agora?
 Duque. En vano os cansais, señora;
 que es mudo.
 Celia. Bien puede ser.
 [*Ap.*] Mas yo don Juan de Mendoza
 pienso que es..... Él es: ¿qué dudo?
 El triste se finge mudo
 por no perder lo que goza
 mientras encubierto está.
 —¿Quién dirás, señora, que es
 el callado? [*Ap. á ella.*]
 D^a Ana. Dilo pues.
 Celia. ¿Quién piensas tú que será?
 D^a Ana. No lo sé.
 Celia. ¿Quién puede ser
 quien siendo gran caballero,
 quisiese ser tu cochero
 solo por poderte ver?
 ¿Quién, el que con tal valor
 en un lance tan estrecho,
 pusiése á la espada el pecho
 por asegurar tu honor?
 ¿Quién, el que en penar se goza
 por tu amor, y tu desden
 sigue enamorado? ¿Quién
 sino don Juan de Mendoza?
 D^a Ana. Bien dices: solo él haria
 finezas tan estremadas.
 Celia. Bien merecen ser premiadas.
 D^a Ana. Que no las pierde confía.
 Duque. El sol sale: porque vos,
 que sol al mundo habeis sido
 en tanto que él ha dormido,
 reposeis agora, adios.
 Y así los cielos, que os dan
 belleza, os den larga vida,
 que no os inquiete la herida
 de don Mendo de Guzman.
 (*Vase retirando.*)
 D^a Ana. Tras la ofensa que ha intentado,
 no hay porque inquietarme pueda;
 que ni aun la ceniza queda
 en mí del amor pasado.
 —Deten á don Juan, que quiero
 hablalle. (*Ap. á Celia.*)
 Celia. Á servirte voy.
 D^a Ana. Y mientras con él estoy,
 entretén al compañero.

Celia. [*A don Juan, que se retiraba, siguiendo
 do al Duque.*] Señor cochero fingido
 mi dueño os llama: esperad.
 D. Juan. Hum.....
 Celia. No hay hum: volved y hablad.....
 (*Ap. á él.*) que ya os hemos conocido.
 D. Juan. ¡Eso debo á mi ventura!
 [*Vase Celia, hablando bajo con el Duque.*]

ESCENA II.

DOÑA ANA Y DON JUAN.

D^a Ana. ¿Qué es esto, don Juan?
 D. Juan. Amor.
 D^a Ana. Locura, dirás mejor.
 D. Juan. ¿Cuándo amor no fué locura?
 D^a Ana. Sí; mas los fines ignoro
 destos disfraces que veo.
 D. Juan. Así miro á quien deseo,
 así sirvo á quien adoro.
 D^a Ana. No; traidoras intenciones
 encubren estos disfraces.
 D. Juan. Falsas conjeturas haces
 por negar obligaciones.
 D^a Ana. El probarte lo que digo,
 no es difícil.
 D. Juan. Ya lo espero.
 D^a Ana. ¿Quién es ese caballero,
 y á qué fin viene contigo?
 Traer quien me diga amores,
 y escuchallos escondido,
 ¿podrás decir que no ha sido
 con pensamientos traidores?
 D. Juan. ¿Cuán lejos del blanco das,
 pues si traidores los llamas,
 la mayor fineza infamas
 que ha hecho el amor jamas!
 D^a Ana. Dila pues; que agradecella,
 si no á pagalla, me obligo.
 D. Juan. Por obedecer la digo,
 no por obligar con ella.
 Como mi mucha aficion
 y poco merecimiento
 engendró en mi pensamiento
 justa desesperacion,
 vino amor á dar un medio
 en desventura tan fiera,
 que á mi mal consuelo fuera,
 ya que no fuera remedio;
 y fué que te alcance quien
 te merezca: tu bien quiero;

que el efecto verdadero
 es éste de querer bien.
 Á este fin tus partes bellas
 al duque Urbino conté,
 si contar posible fué,
 en el cielo las estrellas.
 Él, de tu fama movido,
 de tu recato obligado,
 este disfraz ha ordenado,
 con que te ha visto y oído.
 Y, ¡ójala que conociendo
 tu sugeto soberano,
 dé con pretender tu mano
 efecto á lo que pretendo;
 que yo, con verte en estado
 igual al merecimiento,
 al fin quedaré contento,
 ya que no quede pagado.
 Esta ha sido mi intencion;
 y si escuchaba escondido,
 fué porque el ser conocido
 no estorbaba la invencion.
 Que juzgues agora quiero
 si he merecido ó pecado,
 pues de puro enamorado
 vengo á servir de tercero.
 D^a Ana. Tu voluntad agradezco;
 pero condeno tu engaño;
 que presumes por mi daño
 más de mí que yo merezco,
 porque no es á la excelencia
 del Duque igual mi valor;
 que no engaña el propio amor
 donde hay tanta diferencia.
 Fué mi padre un caballero
 ilustre; mas yo imagino
 que pensara honrarle Urbino
 si lo hiciera su escudero.
 Y así á tan locos intentos
 tus lisonjas no me incitan;
 que afrentosos precipitan
 los soberbios pensamientos.
 D. Juan. Mucho, señora, te ofendes,
 porque sin tu calidad,
 digna es por sí tu beldad
 de mas bien que en esto emprendes.
 No te merece gozar
 el Duque, ni el Rey, ni.....
 D^a Ana. Tenter: ¿de qué?
 la fiebre de amor ardiente
 te obliga á desatinar.

Tu amoroso pensamiento
encarece tu valor:
¿dírasle al Duque tu amor,
que yo le diera tu intento!

D. Juan. ¿Quién podrá quererte menos
en viendo tu perfeccion?

D^a Ana. Al fin, por tu corazon
quieres juzgar los agenos:
y es engaño conocido;
que si el tuyo por mí muere,
no con una flecha hiere
todos los pechos Cupido;
y aunque el Duque tenga amor,
galan querrá ser, don Juan:
y honra más que un rey galan,
un marido labrador.
Y aunque en el Duque es forzosa
la ventaja que le doy,
grande para dama soy,
si pequeña para esposa.

D. Juan. Nadie con tal pensamiento
ofende tu calidad.

D^a Ana. De mi consejo, dejad
de terciar en ese intento;
porque mayor esperanza
puede al fin tener de mí
quien pretende para sí,
que quien para otro alcanza. (Vase.)

ESCENA III.

DON JUAN; y despues, BELTRAN.

D. Juan. ¿Posible es que tal favor
merecieron mis oídos?
¡Dichosos males sufridos!
¡Dulces victorias de amor!
Que tendrá mas esperanza,
dijo, si bien lo entendí,
quien pretende para sí,
que quien para otro alcanza.
Que la pretenda mi amor,
me aconseja claramente:
y la mujer que consiente
ser amada, hace favor. (Sale Beltran.)

Beltran. Mira que el Duque te espera,
y no el padre de Faeton,
que á publicar tu invencion
apresura su carrera.

D. Juan. En cas de mi amada bella
son los años puntos breves.

Beltran. En la taberna no bebes;

pero te huelgas en ella.

D. Juan. Bien lo entiendes.

Beltran. Alegría
vierten tus ojos, señor.

D. Juan. Hacen fiestas á un favor.

Beltran. Mucho alcanza la porfia.

ESCENA IV.

CELIA.—DON JUAN Y BELTRAN.

D. Juan. Celia amiga, Dios te guarde.

Celia. Y te dé el bien que desees.

D. Juan. Como de mi parte seas,
no hay ventura que no aguarde.

Celia. Si en mi mano hubiera sido,
tu dicha fuera la mia;
mas, don Juan, sirve y porfia,
que no va tu amor perdido.

(Vase don Juan.)

ESCENA V.

CELIA Y BELTRAN; despues DOÑA ANA.

Beltran. Y á mí ¿me aprovecharia
el servir como á mi amo?

Celia. Pues ¿amas tambien?

Beltran. Yo amo
por solo hacer compañía.

(Sale doña Ana.)

D^a Ana. (Ap.) Celia está con el criado
de don Juan, y no sosiego
hasta hablalle: ya está el fuego
en mi pecho declarado.

Celia. [Ap. á Beltran.] Mi señora.

Beltran. Voyme.

D^a Ana. Hidalgo,
volved. ¿Quién sois?

Beltran. Soy Beltran,
un criado de don Juan
de Mendoza.

D^a Ana. ¿Quereis algo?

Beltran. Servirte solo quisiera.

Aquí á Celia le decia
que amo por compañía.

D^a Ana. No es conclusion verdadera.
¿Satirizas?

Beltran. No conviene;
que eso puede solo hacer
quien no tiene que perder,
ó que le digan no tiene.
Pero yo, ¿cómo querias
que predique sin ser santo?

¿Qué faltas diré, si hay tanto
que remediar en las mias?

D^a Ana. Tu gusto desacreditas
con esa cuerda intencion,
porque á la conversacion
la mejor salsa le quitas.

Beltran. Si ella es salsa, es muy costosa,
señora; que bien mirado,
ni hay mas inútil pecado
ni salsa mas peligrosa.
Despues que uno ha dicho mal,
¿saca de hacerlo algun bien?
Los que le escuchan mas bien,
esos lo quieren mas mal;
que cada cual entre sí
dice, oyendo al maldiciente:
"Éste, cuando yo me ausente,
lo mismo dirá de mí."
Pues si aquel de quien murmura
lo sabe, que es cosa fácil,
¿qué mesa tiene gustosa?

¿qué cama tiene segura?
Viciosos hay de mil modos
que no aborrece la gente,
y solo del maldiciente
huyen con cuidado todos.
Del malo mas pertinaz
lastima la desventura;
solamente al que murmura
lleva el diablo en haz y en paz.
En la corte hay un señor,
que muchas veces oí,
[Ap. esto encaja bien aquí
para quitarle el amor],
que está mal quisto de modo
por vicioso en murmurar,
que si lo vieran quemar
diera leña el pueblo todo.
¿No conoces á don Mendo
de Guzman?

D^a Ana. Beltran, detente.

El vicio del maldiciente
has estado maldiciendo,
y con tal desenvoltura
de don Mendo has murmurado!

Beltran. Pienso que es esceptuado
murmurar del que murmura.
Dicen que el que hurta al ladron
gana perdones, señora.

D^a Ana. Dicen mal.—Véte en buena hora.

Beltran. Dá á mi ignorancia perdon,
si acaso te he disgustado.
(Ap.) Mal disimula quien ama. (Vase.)

ESCENA VI.

DOÑA ANA Y CELIA.

Celia. [Ap.] Apagado se ha la llama;
mas mucha brasa ha quedado.
Pues su ofensa te ofendió,
sin duda que en tu memoria
ha borrado amor la historia
que esta noche te pasó.

D^a Ana. Celia, ten: cierra los labios,
mira que mi honor ofendes,
cuando de mi pecho entiendes
que olvida así sus agravios.
No los males he olvidado
que ha dicho de mí don Mendo:
que hoy en el campo ha intentado,
en que claramente veo,
pues tan poco me estimaba,
que engañoso procuraba
solo cumplir su deseo:
con que ya en mi pensamiento
no solo el fuego apagué,
pero cuanto el amor fué
es el aborrecimiento.
Mas esto no da licencia
para que un bajo criado,
de hombre tan calificado
hable mal en mi presencia;
que no por la enemistad
que entre dos nobles empieza,
pierden ellos la nobleza,
ni el villano la humildad.
Esto, Celia, me ha obligado
á indignarme con Beltran;
que no porque ya don Juan
no esté solo en mi cuidado.

Celia. ¿Al fin su fé te ha vencido?

D^a Ana. Con lo que anoche pasó,
cuanto don Mendo bajó,
él en mi rueda ha subido.

Celia. ¿Declarástele tu amor?

D^a Ana. ¿Tan liviana me has hallado?
¿No basta haberle mostrado
resplandores de favor?

Celia. ¿Liviana dices, despues
de dos años que por tí

ha andado fuera de sí!
Bien parece que no ves
lo que en las comedias hacen
las infantas de Leon.

D^a Ana. ¿Cómo?

Celia. Con tal condicion
ó con tal desdicha nacen,
que en viendo un hombre, al momento
le ruegan, y mudan traje,
y sirviéndole de paje,
van con las piernas al viento.
Pues tú, que obligada estás
de tanto tiempo y fé tanta,
(si bien señora, no infanta)
honestamente podrás
decirle tu voluntad
con prevenciones discretas,
sin temer que á los poetas
les parezca impropiedad.

D^a Ana. Poco á poco ¿no es mejor?

Celia. ¿Tú quiéreslo?

D^a Ana. Celia, sí.

Celia. ¿Sabes que él muere por tí?

D^a Ana. Bien cierta estoy de su amor.

Celia. Pues cuando de esa verdad
hay certidumbre, yo hallo
más crueldad en dilatallo
que en decirlo liviandad;
que el tiempo sirve de dar
del amor informacion,
y es necia la dilacion
si no queda que probar.

D^a Ana. El sujetarme es forzoso,
Celia, á tu agudeza estraña.

Celia. Es verdad que es poca hazaña
persuadir á un deseoso. (Vanse.)

Sala en casa de don Mendo, en Madrid.

ESCENA VII.

DON MENDO, *vendado y sin espada*, y EL CONDE.

D. Mend. Mis cocheros me han vendido,
dijo mi enemiga apenas,
cuando en espadas y dagas
truecan azotes y riendas;
y como animosos mudos,
indicio de su fiereza
(que dá el valor á los pechos
lo que les quita á las lenguas),
embistieron dos á dos
con tal impetu y violencia,

que pensé, viendo el exceso
de su valor y sus fuerzas
que trasformado en cochero
Jove por mi ingrata bella,
vibraba rayos ardientes
para vengar sus ofensas;
porque sus valientes golpes
eran tantos, que no suenan
en la fragua de Vulcano
los martillos tan aprieta.
Al fin, primo (que á vos solo
puedo confesar mi afrenta),
la espada de un hombre humilde
pudo herirme en la cabeza;
y tanta sangre corria,
con ser la herida pequeña,
que cegándome los ojos
puso fin á la pendencia.
Volví á curarme á Alcalá,
que estaba un cuarto de legua,
más con rabia de la causa,
que del efecto con pena.
Esto ha podido en doña Ana
una mal fundada queja,
y este es el premio que traigo
de celebrarla en las fiestas.

Conde. ¡Hay suceso mas estraño!
¿Y habeis sabido quién eran
cocheros tan valerosos?

D. Mend. Como se va con cautela
procurando, por mi honor,
que el suceso no se sepa,
no es averiguarlo fácil;
mas yo tengo una sospecha,
que siempre estas viudas mozas,
hipócritas y santeras,
tienen galanes humildes
para que nadie lo entienda.
Tal valor en un cochero
los celos no mas lo engendran;
que nunca así por leales
los hombres bajos se arriesgan.
Esto se viene rodado;
que si no, no lo dijera;
que ya sabeis que no suelo
meterme en vidas ajenas.

Conde. (Ap.) ¡Así tengas la salud!
No vengo en esa sospecha.
El enojo os precipita
contra tan honradas prendas;

Sala en casa del Duque, en Madrid.

ESCENA IX.

DON JUAN Y BELTRAN.

Beltran. ¿Qué llegó el tiempo?

D. Juan. Llegó
el fin de las ansias mias.

Beltran. ¡Gracias á Dios, que en mis dias
un milagro sucedió!
¿Qué á doña Ana le das pena?
¿Qué olvida al Guzman Narciso?
Este es el tiempo que quiso
ver el marqués de Villena.
Es verdad que de cada año
lo mismo decir he oido;
pero viene aquí nacido
con suceso tan estraño.
¿Qué te quiere bien?

D. Juan. Sin duda:
ya lo dijo claramente,
y un ángel, Beltran, no miente.

Beltran. Todo en efeto se muda,
pues algun tiempo, averiguo
que fué ya la calva hermosa.
Jamás el tiempo reposa;
¿no dice un romance antiguo:
"Por mayo era, por mayo,
cuando los grandes calores,
cuando los enamorados
á sus damas llevan flores?"
Pues ves aquí se ha pasado
á setiembre ya el calor.
Pero sospecho, señor,
que tú tambien te has mudado.
¿De qué tal melancolia
te ha cargado en un instante?
Tahur parece el amante
pues no dura su alegría.
Pero advierte que es flaqueza.....

D. Juan. Déjame con mi afliccion.

Beltran. ¿Ello importa á la invencion,
señor? Pues va de tristeza.

D. Juan. Beltran, la mudanza mia
en mudarse todo está;
que tambien se mudará
la causa de mi alegría.
Que adora así su beldad
el duque Urbino, que creo
que por lograr su deseo,
perderá la libertad.

Beltran. ¿Que se case temes?

D. Juan. Sí.

y no es justo hablar así
de quien puede ser que sea
vuestra esposa.

D. Mend. Ya he perdido
la esperanza y la paciencia.

Conde. ¿Tan presto?

D. Mend. Volverme quiero
á mi constante Lucrecia.

Conde. (Ap.) ¡Malas nuevas te dé Dios!
Indicios dais de flaqueza.
Si doña Ana está engañada
procurad satisfacerla.

D. Mend. Niega á mi voz los oídos.

Conde. Entrad y hablada por fuerza;
porque quien el dueño ha sido,
siempre tiene esa licencia.
Mientras no se satisfice
de que es la mudanza cierta,
quizá enojada os castiga,
y no os despide resuelta.
O decid vuestras disculpas
en un papel.

D. Mend. Yo lo hiciera
si hubiera de recibillo.

Conde. Yo me obligo á que lo lea.

D. Mend. ¿Cómo?

Conde. Dádmele, que yo
lo pondré en sus manos mismas.

D. Mend. Al punto voy á escribir. [Vase.]

ESCENA VIII.

EL CONDE.

Y yo á pedir á Lucrecia
que me cumpla su palabra,
pues ha visto sus ofensas;
que pues con doña Ana vino
de Alcalá en un coche, es fuerza
que viera lo que ha contado,
y su desengaño viera:
y este papel ha de ver,
para que negar no pueda;
que modo habrá de escusarme
cuando don Mendo lo sepa.
Y consiga yo mi intento,
suceda lo que suceda;
que no mira inconvenientes
el que ciega amor de veras. (Vase.)

Beltran. Pues si tu querida alcanza de vista aquea esperanza, bien pueden doblar por tí; que por llamarse excelencia, ¿qué no hará una mujer?

D. Juan. Eso me obliga á perder la esperanza y la paciencia.

Beltran. Pues al remedio, señor.

D. Juan. Dilo tú, si alguno ves.

Beltran. Si él ama así, no lo es el declaralle tu amor. Mas pues que tu amada bella contigo está declarada, antes que él la perstada, cástate, señor, con ella.

D. Juan. ¿Cómo la podrá obligar tan brevemente?

Beltran. Fingiendo que la herida de don Mendo se ha sabido en el lugar, y con esto el vulgo toca en la opinion de doña Ana; que tengo por cosa llana que por taparle la boca, si se ha de determinar tarde, que quiera temprano darte de esposa la mano. Con esto puedes mostrar un desconfiado pecho con recelos de su fé, porque la mano te dé para verte satisfecho. Que pues dice claramente que te quiere, y tú la quieres, ó ha de hacer lo que quisieres, ó ha de confesar que miente.

D. Juan. Al jardin irá esta tarde: allí la tengo de ver, y seguir tu parecer.

Beltran. Nunca ha vencido el cobarde. El Duque es este.

ESCENA X.

EL DUQUE Y FABIO.—DICHOS.

D. Juan. Señor.....

Duque. Don Juan, amigo, yo muero.....

D. Juan. ¿Cómo?

Duque. En un combate fiero de celos, desden y amor. Al ingrato como bello

angel que adoro escribí hoy un papel.....

D. Juan. (Ap.) ¡Ay de mí!

Duque. Y no ha querido leerlo.

D. Juan. (Ap.) El alma al cuerpo me ha vuelto. ¿Pues cómo tanto rigor?

Duque. Nacido es de ajeno amor un disfavor tan resuelto.

D. Juan. Yo á ser amada atribuyo el mostrarse tan ingrata.

Duque. Cuando el efeto me mata, sobre la causa no arguyo.

Lo que es cierto es que yo muero: vos, don Juan, me aconsejad.

D. Juan. De tan resuelta crueldad la mudanza desespero. Dejallo es mi parecer, antes que crezca el amor.

Duque. Ya no puede ser mayor.

D. Juan. Pues amar y padecer.

ESCENA XI.

MARCELO.—DICHOS.

Marcelo. ¿Puedo hablarte?

Duque. Sí, Marcelo.

Marcelo. Dame albricias.

Duque. Tu tardanza me mata.

Marcelo. Ya tu esperanza ha hallado puerta en tu cielo. Hoy va tu dueño cruel al jardin, y un escudero (que esto ha podido el dinero) quiere darte entrada en él.

Duque. Abrázame.

Beltran. (Ap.) ¡Qué doblones!

Duque. ¿No iréis conmigo, don Juan?

D. Juan. Señor, los que solos van gozan bien las ocasiones.

Duque. Bien decís: vedme despues que se esconda el sol dorado, sabréis lo que me ha pasado. (Vase el Duque y los dos criados con él.)

D. Juan. ¡Mal haya el vil interés, por quien ni honor ni opinion podemos asegurar!

Beltran. Lo que importa es madrugar y hurtalle la bendicion. (Vanse.)

Jardin en Madrid.

ESCENA XII.

EL CONDE Y DOÑA LUCRECIA.

Conde. ¿Negarás, señora mia, la palabra que me diste.....

D^a Luc. Yo no la niego.

Conde. ¿Y que viste, cuando doña Ana venía de Alcalá, tu desengaño?

D^a Luc. Eso tampoco te niego; mas aunque se apagó el fuego, quedan reliquias del daño.....

Conde. Pues porque arrojes del pecho las cenizas que han quedado, mira el papel que me ha dado don Mendo, de amor deshecho, para aplacar el rigor de doña Ana de Contreras. Si mas agravios esperas, será baja y no amor. [Dale un papel.]

D^a Luc. (Lee.) "El que sin oír condena, oyendo ha de condenar; "y esto me obliga á pensar "que es sin remedio mi pena. "Ya que el cielo así lo ordena, "dadme solo un rato oído; "que si culpado lo pido, "para mas pena ha de ser, "sino que os dañe saber "que jamas os he ofendido."

Conde. ¿Conoces la letra?

D^a Luc. Sí.

Conde. ¿Ves tu engaño?

D^a Luc. Ya lo veo, conde; y pagarte deseo lo que padeces por mí; que demas de que premiarte es justo tan firme fé, gusto á mi padre daré, que es en esto de tu parte. Hazme gusto de esconderte por el jardin: no te vea mi prima.

Conde. El alma desea por gloria el obedecerte. (Vase.)

ESCENA XIII.

DOÑA ANA Y CELIA.—DOÑA LUCRECIA.

Celia. (Hablando con su ama al salir.) ¿Qué de esa manera estás?

D^a Ana. Despues que estoy declarada, cuanto mas resistí helada, tanto voy ardiendo mas. ¿Quién detras deste arrayan súbitamente lo hallára!

Celia. ¡Ay, Celia, y qué mala cara y mal tallo de don Juan! ¿Ves lo que en un hombre vale el buen trato y condicion?

D^a Ana. Tanto, que ya en mi opinion no hay Narciso que le iguale. (Acércase á doña Lucrecia.) Prima, ¿qué es eso que lees?

D^a Luc. Un billete de don Mendo, y mostrártelo pretendo, por si sus promesas crees.

D^a Ana. Ni le escucho ni le creo. Bien puedes vivir segura.

D^a Luc. ¿No le dé Dios más ventura. (Dá un papel á doña Ana, y ella se pone á leerlo.) de la que yo le deseo! Solo pretendo que d' él entiendas lo que te quiere. (Ap.) Haréle el mal que pudiere, pues da ocasion el papel.

ESCENA XIV.

DON JUAN.—DICHOS.

Celia. (Ap. á don Juan, que se llega por un lado á doña Ana.) Llega atrevido y dicho.

D. Juan. (Ap. Un papel está leyendo, (so. y la letra es de don Mendo.) ¿Tendrá licencia un celoso, á quien tu dueño has llamado, para ver ese papel?

D^a Ana. Don Juan, si ha nacido d' él ese celoso cuidado, pide licencia primero á mi prima, y lo verás.

D. Juan. ¿Luego licencia me das de decille que te quiero?

D^a Ana. Sí; que este es lance forzoso, puesto que el alma te adora.

D. Juan. [A doña Lucrecia.] Dadme licencia, por amante ó por celoso, (señora, para ver este papel.

D^a Luc. Mi gusto en doña Ana, vive.

D^a Ana. Agora sabe que escribe don Mendo á Lucrecia en él.

D. Juan. ¿Don Mendo á Lucrecia?

D^a Ana. Sí:
decirlo puede mi prima.

D. Juan. Si tanto tu gusto estima,
más que eso dirá por tí.
Pero aquí el mismo papel
es bien que el testigo sea.

D^a Luc. Satisfacerme desea,
y audiencia me pide en él.

(Toma el papel don Juan.)

D. Juan. (Lee.) "El que sin oír condena,
oyendo ha de condenar;
"y esto me obliga á pensar
"que es sin remedio mi pena.
"Ya que el cielo así lo ordena,
"dadme solo un rato oído;
"que si culpado lo pido,
"para mas pena ha de ser,
"sino que os dañe saber
"que jamas os he ofendido."

Doña Ana, ¿qué te ha obligado
á pretenderme engañar?

¿Qué te puedo yo importar,
no querido y engañado?
Á tí vienen dirigidas
las razones que he leído;
que sobre lo sucedido
son palabras conocidas.

D^a Ana. Cuando á mí venga el papel,
¿dá gracias de algun favor
ó quejas de mi rigor?
Luego te obligo con él.

D. Juan. Mejor modo de obligar
fuera no haberlo leído;
que quien escucha ofendido,
no huye de perdonar.
¿Ajeno papel recibes
cuando mia te has nombrado?
ó poco me has estimado,
ó livianamente vives:
de donde he ya conocido
que vivir me está mas bien
desdichado en tu desden,
que en tu favor ofendido.
Yo me iré donde jamas
pueda otra vez engañarme
tu favor.

D^a Ana. ¿Quieres matarme,
señor?

D. Juan. Suelta

D^a Ana. No te irás

sin oírme.—Prima mia,
Ayúdamele á tener.

D. Juan. Soltad.

D^a Luc. Ya es esto perder
la debida cortesía.

Celia. Don Mendo está en el jardín.

D^a Ana. ¿Don Mendo?

Celia. Por fuerza ha entrado.

D^a Ana. Á coyuntura ha llegado,
que daré á tus celos fin.

Los dos tras ese arrayan
os entrad, donde escondidos,
los ojos y los oídos
satisfacción os darán.

D. Juan. Sola tu mano ha de ser
quien me tenga satisfecho.

D^a Ana. Señor eres ya del pecho:
poco te queda que hacer.

(Escóndense don Juan y doña Lucrecia, y retí-
rase Celia junto á ellos.)

ESCENA XV.

DON MENDO.—DOÑA ANA; DOÑA LUCRECIA Y
DON JUAN, escondidos; CELIA, retirada,
cerca de ellos.

D. Mend. Ni quiero que me perdones,
ni volver quiero á tu gracia;
y si tal pidiere, eierra
el oído á mis palabras.
Mis descargos solamente
quiero que escuches, doña Ana,
por volver por mi opinion,
no por culpar tu mudanza.
Si al duque Urbino de tí
dije una noche mil faltas,
fué temor de que en su pecho
engendrarse amor tu fama,
porque don Juan de Mendoza
contaba tus alabanzas,
y á la pólvora de un mozo
la menor centella basta.
Á tu prima le escribí
mil agravios por tu causa,
desengañando su amor
y encareciendo tus gracias:
si ella te ha dicho otra cosa,
presto verás que te engaña;
que el traslado traigo aquí:
oye sus mismas palabras.

[Lee.] "Tu sentimiento encareces

"sin escuchar mis disculpas:

"cuanto sin razon me culpas,
"tanto con razon padeces.

"Si miras lo que mereces,

"verás como la pasión

"te obliga á que sin razon

"agravies en tu locura

"con las dudas la herposura,

"con los celos la eleccion.

"Lucrecia, de tí á doña Ana

"ventaja hay mas conocida

"que de la muerte á la vida,

"de la noche á la mañana.

"¿Quién á la hermosa Diana

"trocará por una estrella?

"Deja la injusta querella,

"desengaña tus enojos;

"que tengo una alma y dos ojos

"para escoger la mas bella."

Mira si más claramente

pude yo desengañarla:

si ella lo entendió al revés,

en mí no estubo la falta.

Que quise en el campo usar

de fuerza, dirás. ¡Ah ingrata!

Como á esposa lo intenté,

si te ofendí como á estraña;

y delinquir en el campo

no fué mucho, si llevaba

anticipado el castigo

con mil flechas en el alma.

Tus quejas y mis disculpas

estas son: la furia amansa;

huya de tu hermoso cielo

la nube de mi desgracia;

que el cielo, el aire, la tierra

son testigos de mis ansias:

no hay quien dude mis verdades

sino tú, que eres la causa.

Esta es mi mano de esposo;

y con disculpa tan clara,

ó no niegues mi firmeza,

ó confiesa tu mudanza.

D^a Luc. (Ap.) Aquí se casan sin duda.

D. Juan. [Ap.] Aquí sin duda se casan.

(Ap. á ella.) ¿Saldré, Celia?

Celia. No la enojos

cuando te importa obligalla.

ESCENA XVI.

EL DUQUE con UN ESCUDERO, quedándose al
pañó.—DICHOS.

Escudero. (Ap. al Duque.) Aquí podeis aguar-
á que don Mendo se vaya. (dar

(Vase.)

D^a Ana. Don Mendo, yo te confieso
que tu descargo es muy llano,
y que con darme la mano
puede cerrarse el proceso;
pero tu intento no tiene
remedio: ya me has perdido,
y resuelto el ofendido,
tarde la disculpa viene.
Digo que fué la intencion
con que hablaste mal de mí
al Duque, querer así
librarme de su aficion;
mas fué público el hablar;
la intencion oculta fué.
Si por lo escrito juzgué,
no te me puedes quejar:
y agora te desengaña
de cuán malo es hablar mal,
pues con ser la causa tal
y el fin tan bueno, te daña.
Por el mal medio, condeno
el buen fin: todo lo igualo,
en que verás que lo malo,
aun para buen fin, no es bueno.
Tu lengua te condenó
sin remedio á mi desden:
á toda ley, hablar bien;
que á nadie jamas dañó.
Con esto, si eres discreto,
mudar intento podrás.

D. Mend. ¿Resuelta en efeto estás?

D^a Ana. Resuelta estoy en efeto.

D. Mend. Mira lo que dices

D^a Ana. Digo

que es vana tu presuncion,

porque ésta, resolucion

es, don Mendo, no castigo.

D. Mend. Ya lo que dice de tí

la fama creer es justo;

que informa de tu mal gusto

el aborrecerme á mí.

Del cochero que me hirió

se habla mal, y mal sospecho,

que tal brío en bajo pecho,
de tus favores nació.

D^a Ana. Tente, no me digas mas.
Yo estorbaré mis afrentas:
por donde obligarme intentas,
del todo me perderás.
El cochero que te hirió,
don Mendo, mostrarte quiero.—
Bien podeis salir, cochero.

ESCENA XVII.

DON JUAN Y DOÑA LUCRECIA por un lado, y por otro EL DUQUE; despues, BELTRAN Y EL CONDE.—DOÑA ANA, DON MENDO, CELIA.

D. Juan. Yo soy el cochero.

Duque. Y yo.

[Sacan las espadas los cuatro caballeros.]

D^a Ana. Caballeros, deteneos;
que á mí ese daño me haceis.

Duque. Basta que vos lo mandéis.

D. Juan. Serviros son mis deseos.

D^a Ana. Estos los cocheros son
por quien mi opinion se infama;
y por quitar á la fama
de mi afrenta la ocasion,
le doy la mano de esposa
á don Juan.

D. Juan. Y yo os la doy.

(Danse las manos.)

Celia. ¡Buena paseña!

Beltran. ¡Loco estoy!

Duque. (Empuñando contra don Juan.) Vues-
castigaré. (tra amistad engañosa)

D. Juan. Deteneos;
que yo nunca os engañé.
Recato y no engaño fué
encubriros mis deseos;
que si os quereis acordar,
solo os tercié para vella,
y en empezando á querella,
os dejé de acompañar.

D^a Ana. Y en fin, si bien lo mirais,
el dueño fuf de mi mano;
y sobre mi gusto, en vano
sin mi gusto disputais.
Á don Juan la mano dí,
porque me obligó diciendo

bien de mí, lo que don Mendo
perdió hablando mal de mí.
Este es mi gusto, si bien
misterio del cielo ha sido,
con que mostrar ha querido
cuánto vale el hablar bien.

D. Mend. Antes sospeho que fué
pena del loco rigor,
con que por tí el firme amor
de tu prima desprecié.
Mas con llorar mi mudanza
y gozar su mano bella,
estorbaré su querella
y mi engaño y tu venganza.

D^a Luc. ¿Quién os dijo que sustenta
hasta agora el alma mia
vuestra memoria.

Beltran. (Ap.) Él hacia
sin la huésped la cuenta.

D^a Luc. Vos hablastes, pretendiendo
á doña Ana, mal de mí.

D. Mend. ¡Yo á doña Ana mal de tí!

D^a Luc. Las paredes oyen, Mendo.

Mas puesto que en vos es tal
la imprudencia, que quereis
ser mi esposo, cuando habeis
hablado de mí tan mal,
yo no pienso ser tan necia
que esposa pretenda ser
de quien quiere por mujer
á la misma que desprecia;
y porque con la esperanza
el castigo no alivieis,
lo que por falso perdeis,
el Conde por firme alcanza.—

Vuestra soy. [Da la mano al Conde.]

D. Mend. ¡Todo lo pierdo!
¿Para qué quiero la vida?

Conde. Júzgala tambien perdida
si en hablar no eres mas cuerdo.

Beltran. Y pues este ejemplo ven,
suplico á vuestras mercedes
miren que oyen las paredes,
y á toda ley hablar bien.

MUDARSE POR MEJORARSE.

PERSONAS.

D. GARCIA, galan.	FIGUEROA, escudero.	RICARDO, gracioso.
EL MARQUES, galan.	CLARA, viuda.	REDONDO, gracioso.
D. FELIX, galan.	LEONOR, dama.	UN CRIADO.
OTAVIO, galan.	MENCIA, criada.	DOS MOZOS DE SILLA.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON GARCÍA Y DON FÉLIX.

D. Félix. ¿Llegó la sobrina en fin?

D. Garc. En fin llegó la sobrina,
llegó una mujer divina,
un humano serafin.

D. Félix. ¿Mas qué hay nuevos sentimientos?

D. Garc. Apenas, Félix, la ví,
cuando posesion le dí
de todos mis pensamientos.

D. Félix. ¿Y la tia? ¿Qué! ¿Hay mudanza?

D. Garc. Su justo castigo tiene:
quien el daño no previene,
acuse su confianza.

De sí mismo esté quejoso,
cuando vierta sangre herido,
quien la espada inadvertido
puso en manos del furioso.

Si ser amada procura

Clara, si por mí se abrasa,

¿para qué trajo á su casa

tan soberana hermosura?

Si en la noche tenebrosa

sola en el cielo Diana

sus cabellos tiende ufana,

parece su luz hermosa;

mas luego que resplandece

del sol el claro arrebol,

entre los rayos del sol
sepultada se oscurece.
Antes de ver á Leonor,
confieso que de su tia
daba luz al alma mia
el divino resplandor;
mas, Félix, despues de vella,
Clara me ha de perdonar;
que era locura dejar
tanto sol por una estrella.

D. Félix. ¿No es hermosa doña Clara?

D. Garc. ¿Nunca la vistes?

D. Félix. Jamás.

D. Garc. Á no serlo Leonor más,
el cetro sola gozara.

D. Félix. ¡Infamaremos despues
de mudables las mujeres!

D. Garc. El mudar los pareceres
con causa, de sabios es.

La mudanza es liviandad
cuando, sin nuevo accidente,
le dá causa solamente
la propia facilidad.

D. Félix. Y al fin, ¿en qué estado está
el recién nacido amor?

D. Garc. Aun no le he dicho á Leonor
el cuidado que me da;
aunque si bastó el hablalla
con las lenguas de los ojos,
bien le dije mis enojos
con el modo de miralla.
Y si no es que me engañó
la fuerza de mi deseo,

D^a Ana. Tente, no me digas mas.
Yo estorbaré mis afrentas:
por donde obligarme intentas,
del todo me perderás.
El cochero que te hirió,
don Mendo, mostrarte quiero.—
Bien podeis salir, cochero.

ESCENA XVII.

DON JUAN Y DOÑA LUCRECIA por un lado, y por otro EL DUQUE; despues, BELTRAN Y EL CONDE.—DOÑA ANA, DON MENDO, CELIA.

D. Juan. Yo soy el cochero.

Duque. Y yo.

[Sacan las espadas los cuatro caballeros.]

D^a Ana. Caballeros, deteneos;
que á mí ese daño me haceis.

Duque. Basta que vos lo mandéis.

D. Juan. Serviros son mis deseos.

D^a Ana. Estos los cocheros son
por quien mi opinion se infama;
y por quitar á la fama
de mi afrenta la ocasion,
le doy la mano de esposa
á don Juan.

D. Juan. Y yo os la doy.

[Danse las manos.]

Celia. ¡Buena paseña!

Beltran. ¡Loco estoy!

Duque. [Empuñando contra don Juan.] Vues-
castigaré. [tra amistad engañosa]

D. Juan. Deteneos;
que yo nunca os engañé.
Recato y no engaño fué
encubriros mis deseos;
que si os quereis acordar,
solo os tercié para vella,
y en empezando á querella,
os dejé de acompañar.

D^a Ana. Y en fin, si bien lo mirais,
el dueño fuf de mi mano;
y sobre mi gusto, en vano
sin mi gusto disputais.
Á don Juan la mano dí,
porque me obligó diciendo

bien de mí, lo que don Mendo
perdió hablando mal de mí.
Este es mi gusto, si bien
misterio del cielo ha sido,
con que mostrar ha querido
cuánto vale el hablar bien.

D. Mend. Antes sospeho que fué
pena del loco rigor,
con que por tí el firme amor
de tu prima desprecié.
Mas con llorar mi mudanza
y gozar su mano bella,
estorbaré su querella
y mi engaño y tu venganza.

D^a Luc. ¿Quién os dijo que sustenta
hasta agora el alma mia
vuestra memoria.

Beltran. [Ap.] Él hacia
sin la huésped la cuenta.

D^a Luc. Vos hablastes, pretendiendo
á doña Ana, mal de mí.

D. Mend. ¡Yo á doña Ana mal de tí!

D^a Luc. Las paredes oyen, Mendo.

Mas puesto que en vos es tal
la imprudencia, que quereis
ser mi esposo, cuando habeis
hablado de mí tan mal,
yo no pienso ser tan necia
que esposa pretenda ser
de quien quiere por mujer
á la misma que desprecia;
y porque con la esperanza
el castigo no alivieis,
lo que por falso perdeis,
el Conde por firme alcanza.—

Vuestra soy. [Da la mano al Conde.]

D. Mend. ¡Todo lo pierdo!
¿Para qué quiero la vida?

Conde. Júzgala tambien perdida
si en hablar no eres mas cuerdo.

Beltran. Y pues este ejemplo ven,
suplico á vuestras mercedes
miren que oyen las paredes,
y á toda ley hablar bien.

MUDARSE POR MEJORARSE.

PERSONAS.

D. GARCIA, galan.	FIGUEROA, escudero.	RICARDO, gracioso.
EL MARQUES, galan.	CLARA, viuda.	REDONDO, gracioso.
D. FELIX, galan.	LEONOR, dama.	UN CRIADO.
OTAVIO, galan.	MENCIA, criada.	DOS MOZOS DE SILLA.

[La escena es en Madrid.]

ACTO PRIMERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON GARCÍA Y DON FÉLIX.

D. Félix. ¿Llegó la sobrina en fin?

D. Garc. En fin llegó la sobrina,
llegó una mujer divina,
un humano serafín.

D. Félix. ¿Mas qué hay nuevos sentimientos?

D. Garc. Apenas, Félix, la ví,
cuando posesion le dí
de todos mis pensamientos.

D. Félix. ¿Y la tia? ¿Qué! ¿Hay mudanza?

D. Garc. Su justo castigo tiene:
quien el daño no previene,
acuse su confianza.

De sí mismo esté quejoso,
cuando vierta sangre herido,
quien la espada inadvertido
puso en manos del furioso.

Si ser amada procura

Clara, si por mí se abrasa,

¿para qué trajo á su casa

tan soberana hermosura?

Si en la noche tenebrosa

sola en el cielo Diana

sus cabellos tiende ufana,

parece su luz hermosa;

mas luego que resplandece

del sol el claro arrebol,

entre los rayos del sol
sepultada se oscurece.
Antes de ver á Leonor,
confieso que de su tia
daba luz al alma mia
el divino resplandor;
mas, Félix, despues de vella,
Clara me ha de perdonar;
que era locura dejar
tanto sol por una estrella.

D. Félix. ¿No es hermosa doña Clara?

D. Garc. ¿Nunca la vistes?

D. Félix. Jamás.

D. Garc. Á no serlo Leonor más,
el cetro sola gozara.

D. Félix. ¡Infamaremos despues
de mudables las mujeres!

D. Garc. El mudar los pareceres
con causa, de sabios es.

La mudanza es liviandad
cuando, sin nuevo accidente,
le dá causa solamente
la propia facilidad.

D. Félix. Y al fin, ¿en qué estado está
el recién nacido amor?

D. Garc. Aun no le he dicho á Leonor
el cuidado que me da;
aunque si bastó el hablalla
con las lenguas de los ojos,
bien le dije mis enojos
con el modo de miralla.
Y si no es que me engañó
la fuerza de mi deseo,

segun me miró, yo creo
que mi cuidado entendió.
D. Félix. Tarde remediar podréis
ese fuego que os abrasa,
puesto que dentro de casa
el enemigo teneis;
que habiendo de estar al lado
de doña Clara, Leonor,
¿cuándo podrá vuestro amor
dalle á entender su cuidado?

Y ya que para decir
vuestra pena halleis lugar,
¿cómo la habeis de obligar?
¿Cuándo la habeis de servir?
¿No os ha de entender su tía
la mas oculta cautela
si enamorada recela,
y si recelosa espía?

D. Garc. El ánimo no me quita
la dificultad mayor
que un determinado amor
imposibles facilita.

¡Ojala Leonor me quiera!
Que si mi afición la obliga,
la misma nuestra enemiga
ha de ser nuestra tercera;
que si Clara con su amor
me da licencia de vella,
será el visitarla á ella
medio de ver á Leonor.
Y es forzoso que suceda,
ó por arte ó por fortuna,
que de mil veces, alguna
á solas hablarla pueda:
y vos me habeis de ayudar
en una traza que intento.

D. Félix. Ley és vuestro pensamiento,
que me obligo á ejecutar.

D. Garc. Á Clara habeis de servir.

D. Félix. ¿Para qué fin?

D. García. De mi amor
con tan gran competidor
la pretendo divertir;
que repartida y atenta
á diversas aficiones,
me dará mas ocasiones
de hablar á quien me atormenta;
que son ardides de Marte
divertir y enflaquecer
al contrario, con hacer
darle guerra de otra parte.

D. Félix. Sutil imaginacion;
mas poco importante agora,
porque si Clara os adora,
¿qué sirve mi pretension?

D. Garc. Félix, cuando no mudeis
su pensamiento amoroso,
por lo menos ¿no es forzoso,
que á resistir la obligueis?

D. Félix. Sí.

D. Garc. Pues mi intento consigo;
porque puesta entre los dos,
mientras riñere con vos,
dejará de hablar conmigo,
y yo entre tanto podré
hablar á mi prenda cara.
Demas de que viendo Clara
que me guardais poca fé,
á truco de que no advierta
Yo á lo que los dos hablais,
mientras de amor la tratais,
se holgará que me divierta,
hablando á doña Leonor.

D. Félix. Trocaré un daño á otro daño.

D. Garc. Y para dar á este engaño
mayor fuerza y mas valor,
fingiréis..... (Hablan en secreto.)

ESCENA II.

REDONDO.—DICHOS.

Redondo. (A don García.) Si la ocasion
nunca vuelve que se pasa,
señor, sola queda en casa
el dueño de tu afición;
que en este punto su tía
en su coche sola fué.

D. Garc. Félix, despues os veré.

D. Félix. Yo os buscaré, don García. (Vanse.)

Sala en casa de Doña Clara.

ESCENA III.

LEONOR Y MENCIA.

Leonor. Dime lo que te ha pasado
con el criado, Mencía.

Mencia. Memorias de don García
pienso que te dan cuidado.

Leonor. Si he de decirte verdad,
este cuidado que ves,
aun no determino si es
amor ó curiosidad;

que es cuidado solo sé.

Dí, ¿que te ha dicho, Mencía?

Mencia. De su dueño y de tu tía
toda la plática fué.

Contóme que su señor,
de tu tía enamorado.....

Leonor. Detente; que mi cuidado
ya conozeo que es amor.

Mencia. Pues ¿en qué?

Leonor. Apenas de tí
escuché que de mi tía
es amante don García,
cuando en el alma sentí
un invidioso dolor
y una celosa fatiga:
y los celos son, amiga,
humo del fuego de amor.

Mencia. De esa suerte, el desengaño
será provechoso agora,
porque al principio, señora,
mejor se remedia el daño.

Leonor. Prosigue pues.

Mencia. Todo pára,
porque abrevie tu dolor,
en que se tienen amor
don García y doña Clara.

Leonor. ¡Mal haya!.....

Mencia. Señora mia,
¿es ésta tu condicion?
Tu indomable corazon
¿es el mismo que solia?

Leonor. Déjame.

Mencia. Todo se muda.
En un punto te agradó,
y otro en muchos años nó:
mas vale á quien Dios ayuda.
Mas, señora, don García.

ESCENA IV.

DON GARCÍA Y REDONDO.—DICHAS.

D. Garc. (Ap. á Redondo.) La criada me entre-

Redondo. ¡Ojalá escribe tu bien (ten.)
en deslumbrar á Mencía!

D. Garc. Si es cierto que el mal ó el bien
al rostro sale, señora,
escusado será agora,
cuando en vos mis ojos ven
tanta hermosura, pediros
que de decirme os sirvais

¿cómo en la corte os hallais?

Leonor. Buena estoy para serviros.

Mas, señor..... (Hablan secreto.)

Redondo. Oye, Mencía:
¿qué te parece Madrid?

Leonor. Perdonadme, y advertid
que no está en casa mi tía.

D. Garc. Eso os debiera advertir
la ocasion con que ha venido
quien ha buscado advertido
esta ocasion de venir.
No ha sido, señora, acaso;
que á buscar viene mi amor
remedio en vuestro favor
del volcan en que me abraso.

Leonor. (Ap. ¡Qué desdicha! Con mi tía
quiere que tercie por él).
Si doña Clara es cruel,
yérralo por vida mia.
Mas para seros tercera,
ni soy vieja ni soy sabia.

D. Garc. La mayor belleza agravia
quien no os ama por primera.
¿Luego pudistes, Leonor,
pensar de mí tal locura,
que viendo vuestra hermosura,
solicitase otro amor?

No, señora; no me dió
sangre tan bárbaro pecho,
ni el sol, tan lejos del techo
en que yo nací, pasó.
Vuestro es el favor que pido,
en vos vive mi cuidado,
tan dulcemente abrasado,
cuan justamente rendido;
que naturaleza os hizo.....

Leonor. Tened; que os vais atreviendo:
y si tercera me ofendo,
primera me escandalizo.

¿Por ventura, don García,
es uso en Madrid corriente
enamorar juntamente
á la sobrina y la tía?

D. Garc. Al menos, si tan divina
sobrina viene al lugar
como vos, uso es dejar
la tía por la sobrina.

Leonor. Mal uso.

D. Garc. No ha de llamarse
malo, si es tal la ocasion.

Leonor. ¿Cómo puede ser razon mudarse?

D. Garc. Por mejorarse.

Leonor. Pues la ley de la firmeza ¿á qué obliga ó cuándo alcanza, si hace justa la mudanza el mejorar la belleza?

Que ser firme, no es querer firme el mas hermoso amor; que para amar lo mejor, ¿qué firmeza es menester?

Firme es quien hace desprecio de otra ocasion mas dichosa.

D. Garc. Confieso, Leonor hermosa, que ese es firme, pero es necio.

Leonor. ¿Luego en quien fuere discreto no hay que poner confianza, si disculpa la mudanza el mejorar el sugeto?

D. Garc. Claro está.

Leonor. Pues siendo así, y que os tengo, don García, por cuerdo, y dejais mi tia por mejoraros en mí, perdoneme vuestro amor; que á resistir me prevengo, hasta que sepa si tengo otra sobrina mejor.
(*Vanse Leonor y Mencía.*)

ESCENA V.

DON GARCIA Y REDONDO.

D. Garc. ¿Cómo puede otra belleza á la que adoro esceder, si en la vuestra su poder escedió naturaleza? Decid que es mi desventura y no temer mi mudanza; que siempre la confianza es mayor que la hermosura.

Redondo. ¿A solas estás hablando?

Mal te ha tratado Leonor, porque el picado, señor, siempre queda barajando.

D. Garc. No sé si perdí ó gané; solo sé que en su agudeza, tambien como en su belleza, prisiones del alma hallé; que es por un mismo nivel bella y sabia.

Redondo. ¿Linda cosa!

porque si es boba la hermosa, es de tejido papel una bien formada flor, que de lejos vista agrada, y cerca no vale nada porque le falta el olor. [*Vanse.*]

Paseo de Atocha.

ESCENA VI.

EL MARQUÉS, OTAVIO Y UN CRIADO.

Marqués. ¿Es posible? ¡Vos, Otavio, en Madrid sin avisarme! No sé cómo podreis darme satisfaccion de este agravio.

Otavio. Prometo á vuesañoría, señor marqués, que he venido tan intratable, que ha sido no avisarle, cortesía.

Marqués. ¿Teneis algunos disgustos?

Otavio. Y tales, que la pasion me enloquece.

Marqués. Agora son mis sentimientos mas justos. Penas, Otavio, pasais, ¡y no las partís conmigo! O vos no sois ya mi amigo, ó que yo lo soy dudais.

Otavio. ¿Qué me faltaba, á poder aliviar mis penas vos? ¿Hemos de partir los dos el rigor de una mujer?

Marqués. Pensé que vuestro cuidado causaban cosas de honor. ¿En Madrid os tiene amor tan triste y desesperado? ¿Qué bien se vé que venis al uso de Andalucía, donde viven todavía las finezas de Amadis!

Acá se ha visto mejor; más aprovecho se quiere; no solo nadie no muero, pero ni enferma de amor.

Aquí las fuentes hermosas vierten licor, que bebido, es el agua del olvido contra fiebres amorosas; y como hallan los dolientes de amor tan gran mejoría en ellas, va cada dia

Madrid haciendo más fuentes.

No, Otavio, no quiera Dios que siendo un amigo vuestro en esta ciencia maestro, esteis ignorante vos.— Haz, Leonardo, aderezar aposento para Otavio.

Otavio. Señor.....

Marqués. El mayor agravio que me haceis es replicar.

Otavio. Besaros quiero los piés.

Marqués. No penseis que me he olvidado, por años que hayan pasado y varios casos despues, de que en Sevilla los dos fuimos un alma y un sér. Demas desto, quiero ver si puedo, Otavio, con vos que os divertais, con traeros á mi lado entretenido; que alguna vez han podido más que amor los consejeros.

Otavio. Segun servirós deseo, no lo dudo.—Mas ¿quién es esta señora, marqués, que sale de Atocha?

Marqués. Creo que es doña Clara de Luna. Sí.

Otavio. ¿Buen talle y buena cara!

Marqués. Pues puede hacer doña Clara dichosa cualquier fortuna: que, ademas de lo que veis de hermosura y gallardía, es rica y parienta mia.

Otavio. Con eso la encareceis.

Marqués. ¿Estais soltero?

Otavio. Señor,

libre hasta agora viví, si puede decirlo así quien vive esclavo de amor.

Marqués. Pues advertid lo que os quiero: mirad bien á mi parienta; que si la viuda os contenta, yo seré el casamentero.

ESCENA VII.

DOÑA CLARA, en hábito de viuda, con manto; acompaña FIGUEROA, y siguela DON FÉLIX.—DICHOS.

D. Félix. ¿Saber quién sois no merece quien sin saberlo, señora,

lo que en vos conoce adora, y por lo que vé padece?

D^a Clara. ¡Tanto amor tan brevemente!

D. Félix. Brevedad ó dilacion, señora, accidentes son segun es la causa agente. Con sus templados ardores ¿hace el sol en un instante lo que Júpiter Tonante con sus rayos vengadores? ¿Acaba tan brevemente su largo curso la nave llevada de aura suave como de cierzo valiente? Del cielo precipitada, ¿llega en término tan breve al suelo una pluma leve como una piedra pesada? Pues si entre humanos sugetos sois vos milagro, mi bien, ¿por qué no han de ser tambien milagros vuestros efectos?

D^a Clara. ¿Que en fin es cierto, señor, tanto amor?

D. Félix. No es más verdad tener el sol claridad que ser inmenso mi amor.

D^a Clara. Segun eso, ¿por mí haréis, caballero, lo que os pida?

D. Félix. Aunque me pidais la vida.

D^a Clara. Pues yo os pido que os quedeis.

(*Vase con Figueroa.*)

D. Félix. Cogióme, ¿qué puedo hacer? Inhumana ley me ha puesto. Seguiréla: que es en esto fineza no obedecer. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS, OTAVIO, EL CRIADO.

Marqués. ¿Qué decís?

Otavio. De cerca mata, marqués, si de lejos hiere. Olvidaré, si pudiere, con su hermosura mi ingrata.

Marqués. Siendo así, yo quiero ser destas bodas el tercero.

Otavio. Visitémosla primero, si os parece, para ver de las cosas el estado, porque el fin no me avergüence;

que el que acomete y no vence
queda feo y desairado.

Marqués. Bien decís: quiero serviros.
Conmigo á su casa iréis;
que cuando no os concertéis,
servirá de divertiros. (Vase.)

Sala en casa de doña Clara.

ESCENA IX.

LEONOR Y MENCIA.

Mencia. Si el mismo vino á rogarte,
cuando es tu mal tan cruel
que tú has de buscarlo á él
en dejando él de buscarte,
¿para qué es la dilacion?
¿De qué sirve resistir
á lo antiguo, sino asir
del copete la ocasion?

Leonor. Pues dime tú: ¿hay diferencia
de rogar una mujer
con su favor, á no hacer
al que ruega resistencia?
La que su favor no niega
al primer atrevimiento,
muestra su liviano intento
tan bien como la que ruega,
y más cuando no ignorar
que há tanto que don García
trata amores con mi tia,
más me obliga á recatar.

ESCENA X.

DOÑA CLARA Y FIGUEROA.—DICHAS.

D^a Clara. (Hablando con Figueroa á la puerta.)
¿Al fin me perdió?

Figueroa. De suerte,
cuando en San Felipe entraste,
en la gente te ocultaste,
que fué forzoso perderte.
Volvió á buscar el cochero;
mas poco remedio halló;
que tambien se le escapó.

D^a Clara. Libréme de un majadero.

(Vase Figueroa.)

Mencia. (A Leonor.) Doña Clara.

D^a Clara. Mi Leonor,
¿Cómo te sientes? ¿Estás
descansada ya? ¿Querrás
ver hoy la calle Mayor?

Leonor. Cuando quieras; que el viaje
solo me pudo cansar
lo que tardaba en llegar
á tan dichoso hospedaje.
Hoy verá la maravilla
que celebras por otava.

D^a Clara. Hoy en tu memoria acaba
la Alameda de Sevilla.

Leonor. ¿Calle Mayor! ¿Tan grande es
que iguala á su nombre y fama?

D^a Clara. Diréte por qué se llama
la calle Mayor.

Leonor. Dí pues.

D^a Clara. Filipo es el rey mayor,
Madrid su corte, y en ella
la mayor y la mas bella
calle, la calle Mayor:
luego ha sido justa ley
la calle Mayor llamar
á la mayor del lugar
que aposenta al mayor Rey.

Leonor. Bien probaste tu intencion.

ESCENA XI.

REDONDO.—DOÑA CLARA, LEONOR Y MENCIA.

Redondo. Ya que á tal tiempo llegué,
con tu licencia diré
tambien mi interpretacion.

D^a Clara. Dña.

Redondo. La calle Mayor
pienso que se ha de llamar,
porque en ella ha de callar
del mas pequeño al mayor;
porque hay arpias rapantes,
que apenas un hombre ha hablado,
caundo ya lo han condenado
á tocas, cintas y guantes;
y un testo antiguo se halla
que dijo por esta calle:
"Calle en que es bien que se calle;
que no medra quien no calla."

D^a Clara. ¿Buen disparate!

Redondo. Por tal
lo he dicho yo: no lo ignora,
ni quiero pasar por oro
lo que es humilde metal.
Mas tu lenguaje condono
y es justo que se retrate,
porque si fué disparate,
¿cómo lo llamaste bueno?

mas llegué delante yo,
porque esta nueva te diese;
que pues que yo siempre voy
delante d' él, quise que hoy
deste provecho me fuese.

ESCENA XII.

DON GARCÍA Y DON FÉLIX.—DICHOS.

D. Garc. (Ap. á don Félix.) Está el engaño
en fingir que me engañais. (mejor)

D. Félix. Dificil cargo me dais.

D. Garc. ¿Y cuál es?

D. Félix. Fingir amor.

(Ap. Mas ¿no es esta por quien muero?

¿Vive Dios que me ha traido

á ser amante fingido

de quien lo soy verdadero!)

D^a Clara. (Ap. por don Félix.) Este necio ¿qué
¿Tampoco me ha aprovechado (porfia?)
el haberme hoy escapado
de sus ojos?

D. Garc. Clara mia.....

D. Félix. (Ap.) Mia dijo.

D. Garc. No estrañeis

que no me recate aquí;

que la mitad es de mi

el caballero que veis.

D. Félix, mi caro amigo

(que así con razon le llamo.)

ha sido desde que os amo,

de mis secretos testigo;

y una precisa ocasion

que él mismo os dirá, señora,

es causa de hacer agora

lo que siempre fué razon:

escuchadle, y estimad

los intentos que sabreis

que para que lo estimeis,

es lo menos mi amistad;

porque en diciendo quién es,

no ha menester su opinion

otra recomendacion.

D. Félix. Nada me queda, despues
de decir que vuestro soy,
con que pueda honrarme más.

D^a Clara. Por las nuevas que me das,
mil gracias, señor, te doy;
que es gran dicha una amistad
de un tan noble caballero.
(Ap. Con esto obligalle quiero
á que le guarde lealtad.)

La mayor dicha consigo
que algun quejoso ha alcanzado,
pues llevo á ver celebrado
el disparate que digo.
Desdichados y dichosos,
no los hace el merecer,
pues hemos venido á ver
disparates venturosos.
Oye el ejemplo que pinto:
comedia ví yo, llamada
de los sabios estremada,
y rendir la vida al quinto;
y ví en otra, que á millares
los disparates tenia,
reñir al quinceno dia
con Jarava por lugares;
y sus parciales, vencidos
de la fuerza de razon,
decir: "Disparates son;
pero son entretenidos."
Representante afamado
has visto, por solo errar
una sílaba, quedar
á silbos mosqueteados;
y luego acudir verias
esta cuaresma pasada
contenta y alborotada
al corral, cuarenta dias
toda la corte, y estar
muy quedos papando muecas,
viendo bailar dos muñecas
y oyendo un viejo graznar.
Y esto tuvo tal hechizo
de ventura, que dió fin
el cuitado volatin,
que en vano milagros hizo.
Y así el mas cuerdo no trate
por merecer, de alcanzar,
pues nombre le ha visto dar
de bueno á mi disparate.
No lo dije por sutil;
mas porque gloria me dieses,
cuando á la risa rompíes
las prisiones de marfil;
que esta es la paga mayor
que quiero, por avisarte
de que viene á visitarte
don García mi señor.

D^a Clara. ¿De cuándo acá me envió

á prevenir don García?

Redondo. No envió, señora mia;

D. Garc. En secreto, pues, le oíd,
mientras yo, Clara divina,
pregunto á vuestra sobrina
cómo se halla en Madrid.

D^a Clara. (Ap. á don García.) No me priveis de
de que vos presente estéis. (la gloria)

D. Garc. Del mismo caso veréis
que así conviene á la historia.

D^a Clara. Si él es engaño, es discreto.—
Dejadnos solos. (A los criados.)

Redondo. Mencía,
Redondo te desafia

para el corredor.

Mencía. Aceto.
(Vanse Redondo y Mencía.)

ESCENA XIII.

DON GARCÍA, hablando con LEONOR; Y FÉLIX
con DOÑA CLARA.

D. Garc. (A Leonor.) Escuchad lo que ha sa-
amor trazar y fingir. (bido)

D. Félix. (A doña Clara.) Hasta el fin me ha
solo esta merced os pido. (beis de oír;

La casa de los Manriques,
tan principal como antigua,
me dió el nombre que me ilustra
y la sangre que me anima.

Tres mil ducados de renta
en juro de buena finca,
si no me dan altas pompas,
me dan descansada vida.

Hoy don García de Lara,
mi amigo, me dió noticia
de las soberanas partes
de vuestra hermosa sobrina.

Pedfle, pues que con vos
él tan justamente priva,
me trajese á visitarla
y de tercero me sirva

para que en dulce himeneo
gozándola yo, dé envidia,
si á la damas su hermosura,
á los galanes mi dicha.

Con vos me ha dejado solo
para que esto solo os diga;
y él se ha apartado á decir
lo mismo á vuestra sobrina.
Mas advertid, Clara hermosa,
á lo que el amor obliga;
todo este intento es engaño,

y este deseo mentira.

La verdad es..... ¡Ay señora!

no os enojeis de que os diga
que vos sois el blanco solo
adonde mis ojos miran;

que aunque os escondistes hoy,
vuestras partes peregrinas,
como sus rayos al sol,

os descubren y publican:
y así he trazado por veros
cómo el mismo don García,

sin entender sus ofensas,
encaminase mis dichas.

D^a Clara. Callad.

D. Félix. Señora.....

D^a Clara. Callad.

¿Vos sois Manrique? Es mentira;
que no cometen bajezas
los que tienen sangre alta.

¿Á mí me teneis amor,
y amistad á don García?
¿Qué traidor!

D. Félix. ¿Qué enamorado!

D^a Clara. ¿Qué locura!

D. Félix. ¿Qué desdicha!

D^a Clara. Mudad, Félix, pensamiento
de tan injusta conquista:
pase esta vez por locura
vuestra intencion atrevida.
Y para disimularla..... (Dale un papel.)

las partes de mi sobrina
contiene ese memorial.
Pasad por ellas la vista;
porque yo, mientras leéis,
me sosiegue, y las mejillas
cobren la color que tienen
con el enojo perdida.

Y vos, por ventura hagais
cierta la intencion fingida;
que si os agrada, os prometo
seros tercera en albricias.

(Lee don Félix el papel.)

Leonor. (A don García.) ¿Qué decís?

D. Garc. Esto es verdad.

Solo para divertirla
de mi amor, hago á don Félix
que la enamore y le diga
que para engañarme á mí
me finge que solicita
ser tu esposo, y me ha pedido
que de intercesor le sirva.

Tanto puede tu hermosura,
tanto mi amor imagina,
por poder hablarte á solas
sin que sus celos lo impidan.

D^a Clara. (Ap.) ¡Bueno es esto! ¡Con qué veras,
con qué entrañas tan sencillas
está por quien mas le ofende,
terciando con mi sobrina!

D. Garc. ¿Qué ingrata sois! ¿No merece
un favor tan firme amor?

Leonor. Luego, ¿quien no dá favor,
es cierto que no merece?

D. Garc. ¿No es claro?

Leonor. No; que es indicio

de amar el favorecer,
y se puede agradecer
sin amar, el beneficio.

Yo agradezco vuestro amor:
obligáisme, no lo niego;
mas al agua pedis fuego,
si á mí me pedis favor.

D. Garc. ¿Ni esperanza?

Leonor. La esperanza
no os la puedo yo quitar.

D. Garc. No; mas podéismela dar.

Leonor. El que no espera no alcanza.
No os la doy; mas ¿qué perdecis
en tenella?

D. Garc. Mucho gano.

Mas ya, dueño soberano,
que ni esperanza me deis,
solo una cosa, Leonor,
os pido que por mí hagais,
y porque la prometais,
advierdo que no es favor.

Leonor. Pues con esa condieion
hablad.

D. Garc. Temiendo, señora,
que no siempre como agora
de hablaros tendré ocasion;
y mas si dá en sospechar
Clara mi nuevo dolor
(que este es discreto temor,
pues no sabe amor callar),
quiero asentar, Leonor bella,
una seña entre los dos,
para entenderme con vos,
hablando siempre con ella.

Leonor. ¿Y eso no es pedir favor?

D. Garc. Esto es pedir un medio,

ya que no me dais remedio
para aliviar mi dolor.

Leonor. Pues decidme, don García,
¿qué mas favor que escuchar?

D. Garc. Favor, señora, es amar;
y escuchar es cortesía.
El nombre de ingrata os doy,
si esta merced me negais.

Leonor. Ahora, porque no digais
que en todo tirana soy,
va de seña, don García.

D. Garc. Cuando hablare sin sombrero

[Quítase el sombrero.]

es que á ti decirte quiero
lo que le digo á tu tia.

[Pónese el sombrero.]

Y cubierto hablo con ella.

Y porque tú, si gustares,
me respondas; lo que hablares
cubriendo esa boca bella
con guante, abanico ó toca,
por ella decirlo quieres;
y por tí lo que dijeres
sin poner nada en la boca.

Leonor. Ya te entiendo: descubritte
es seña que hablas conmigo;
y cuando lo que yo digo
por mí, quisiere decirte,
descubrir la boca yo.

D. Garc. Solo esta regla llevamos:
deseubiertos nos hablamos
los dos, y cubiertos no.

D^a Clara. (A don Félix.) ¿Qué os parece?

D. Félix. Que enamora
la relacion.

D^a Clara. Emplead
en ella la voluntad.

D. Félix. Lo dicho dicho, señora.

D^a Clara. No me toqueis mas en eso.—
Don García.....

D. Garc. Clara hermosa.....

D^a Clara. Basta ya; que estar celosa
de mi sobrina os confieso.

D. Garc. Bien pudiera la hermosura
daros celos de Leonor,
si ya la vuestra y mi amor
no os tuvieran tan segura.
Mi tardanza no os espante,
que no pude en tiempo breve
batir con balas de nieve
un castillo de diamante.

D^a Clara. Pues con tan justa demanda
Leonor ¿su gusto nó mide?

D. Garc. Resiste aunque no despide,
y escucha aunque no se ablanda;
mas con el tiempo, y con ver
que es firme y es verdadero
quien la pretende, yo espero
que mudará parecer.

D. Félix. Y más si interviene en ello
quien merece lo que vos.

D. Garc. Yo moriré, vive Dios,
Félix, ó saldré con ello.

D^a Clara. (A Félix.) Esta sí que es amistad.
Leonor. (Ap.) Bien con su intento conviene.

ESCENA XIV.
FIGUEROA.—DICHOS.

Figueroa. El marqués tu primo viene
á visitarte.

D^a Clara. Crueldad
es tener obligaciones,
que han de interrumpir los gustos.

D. Garc. (Ap. ¡Qué presto, celos injustos,
dais á mi amor turbaciones!)
La visita recibid;
que yo.....

D^a Clara. No os vais, don García.

D. Garc. No estorbar es cortesía
al marqués; mas advertid
á estas palabras que os digo,

(Quitase el sombrero.)
deseubierta la cabeza,
humilde á vuestra belleza.

Leonor. (Ap.) Aquesto es hablar conmigo.

D. Garc. Para que la mano os dé,
falta solo que querais;
si de pagarme dejais
por poner duda en mi fe,
ya cesa con lo que os digo.
No os pongan inconvenientes,
dueño hermoso, los parientes,
si habeis de vivir conmigo.

D^a Clara. El ser yo vuestra, García,
¿cuándo ha quedado por mí?
¿De qué nace hablarme así?

Leonor. (Poniéndose el abanico en la boca.) Yo
(sé muy bien que mi tia
solo ser vuestra concierto.

D. Garc. ¿Rebosada lo decís?
¿Mas qué no lo repetís
con la cara descubierta?

Leonor. (Ap. Ya se abraza el alma mia.)
(Quitase el abanico de la boca.)

Pues si en eso se repara,
tambien sin cubrir la cara
digo que os paga mi tia.

D. Garc. Eso sí. (Ap. Ya en mi favor
se ha declarado.)

Figueroa. El marqués
entra.

D. Garc. Adios. (Vase.)

D^a Clara. Vedme despues,
y os satisfaré, señor.

D. Félix. Clara, adios; y á mi cuidado
os mostrad menos cruel. (Vase.)

D^a Clara. Vos os mostrad mas fiel
y menos enamorado. (Vase Figueroa.)

ESCENA XV.

EL MARQUÉS Y OTAVIO.—DOÑA CLARA,
LEONOR.

Marqués. Hermosa Clara.....

D^a Clara. ¡Esos piés
honran mi casa! ¿Qué es esto?
Toquen á milagro presto,
que vino á verme el marqués.

Marqués. Que toquen podeis hacer
á milagro cuando os veo;
que quien llega á veros, creo
que un milagro llega á ver.

D^a Clara. ¿Lisonjas? Ved que me agravio.

Marqués. Verdades que mereceis
os digo, y vos lo sabeis;
pero conoced á Otavio,
mi huésped, parienta mia,
que mi estrecho amigo fué
desde que niño pisé
los campos de Andalucía.

Otavio. Un esclavo vuestro soy.

D^a Clara. Yo veré que me estimais,
Otavio, si me mandais.

Marqués. Absorto mirando estoy
este serafín humano.
¿Quién es mujer tan divina?

D^a Clara. Doña Leonor, mi sobrina,
hija de don Juan, mi hermano,
que murió en Sevilla, y soy
su albacea, y curadora
de su hacienda.

Marqués. A vos, señora,
el justo pésame doy

de su muerte; mas al cielo
mil gracias hago por ella,
pues por ella, Leonor bella,
os ve el cortesano suelo.
Mi deuda sois: bien podeis
darme segura los brazos. (Abrazale.)

Leonor. Vuestra soy.

Marqués. ¡Qué dulces lazos!

Otavio. Si por deudo mereceis
alcanzarlos, yo los pido
tambien como vos, marqués,
pues ser de una patria es
por parentesco tenido.
Vos seais muy bien venida.

Leonor. Para serviros.

Marqués. (Ap.) ¡Qué honesta!
¡qué hermosa, grave y compuesta!
Á Vénus miro vencida,
miro á la naturaleza
ufana de conocer
su no igualado poder
en tan desigual belleza.

D^a Clara. (A Otavio y Leonor.) Divertido se ha

Leonor. (Ap.) Mucho me mira. (el marqués.)

Otavio. Es exceso,
porque ni es señor en eso,
ni suele ser descortés.

Leonor. (Ap.) Algun pensamiento ha sido
quien le arrebató.

D^a Clara. ¿Es enfado,
señor marqués, ó cuidado,
el que os tiene divertido?
Ved que corriéndome voy
de que nos trateis así.

Marqués. ¿Que me he divertido?

D^a Clara. Sí.

Marqués. (Ap. Pues enamorado estoy.)
Perdonadme; que un cuidado
me asaltó con tal violencia,
que sin hallar resistencia,
toda el alma me ha ocupado.
Mas, señora, yo os prometo,
si declararos pudiera
la causa, que os pareciera
pequeño el mayor efeto.

D^a Clara. ¿Son de amor tales enojos?
(Ap. á él. Que mirais mucho á Leonor.)

Leonor. (Ap.) Amor me tiene, si amor
hace lenguas de los ojos.

Marqués. No es el amor quien cuasó

tales efetos en mí;
negocios del honor sí.

Leonor. (Ap.) Mi sospecha me engañó.

Otavio. Decid, marqués, vuestras penas,
y ved si son de provecho
el corazon de mi pecho
y la sangre de mis venas.
¿Cuidado teneis de honor
sin decírmelo?

Marqués. (Ap. á él.) ¡Ay Otavio!
Con arte disfraza el labio
los sentimientos de amor.
Leonor es quien me da enojos;
y temiendo que su tia
si entiende la pena mia
me la quite de los ojos,
y porque ignoro el estado
de las cosas, lo negué.

Otavio. Esa prevencion más fué
de cuerdo que enamorado.

Marqués. Despedirme, sin dar
indicios de mi aficion,
hasta mejor ocasion.

D^a Clara. ¿Quién pudiera remediar
marqués, vuestro sentimiento?

Marqués. Imaginacion tan fiera
los pensamientos altera
y turba el entendimiento;
que he de partirme al instante,
librando para otro dia
un negocio que venia
á trataros, importante.

D^a Clara. Siempre vos tratais de honrarme.

Marqués. Vos seais, bella Leonor,
muy bien venida.

Leonor. Señor,
á serviros.

Marqués. Á matarme,
pues voy sin alma.

Otavio. ¿Sois vos
quien del amor se reía?

Marqués. ¡Ay Otavio! No creía
hasta agora que era dios. (Vase.)

ACTO SEGUNDO.

Corredor en casa de Doña Clara.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS Y OTAVIO.

Marqués. ¿Cómo os va de sentimientos?

Otavio. Es sol vuestra compañía,

por quien la noche sombría
huye de mis pensamientos.Marqués. ¿Háos venido á la memoria
esta noche doña Clara?Otavio. Es á la luz de su cara
nube mi pasada historia:
y así me siento en estado,
que me alegrará el favor
de Clara; mas el rigor
no me dará gran cuidado.

Marqués. ¿Qué dicha!

Otavio. ¿Invidiaisme?

Marqués. Si;

que tanto llevo á pensar,
que á todos puedo invidiar,
si todos la causa á mí;
que este mi nuevo cuidado
me trata con tal rigor,
que en una noche de amor
siglos de infierno he pasado.
Encontrados pareceres
han dado á mis pensamientos
esperanza en los tormentos,
y temor en los placeres.
¡Ay, mas que el sol, ojos claros!
¡Si á lo que miro y adoro
igualase lo que ignoro!

Otavio. Lo que puedo aseguraros
es que en la virtud jamas
vió su igual Andalucía.Marqués. Pues con eso será mia.
Yo, Otavio, no quiero mas,
pues me iguala en calidad.

Otavio. Pues ¿casaréis con ella?

Marqués. Y ¡ójala que Leonor bella
pague así mi voluntad!

Otavio. Es pobre.

Marqués. ¡Al cielo pluguiera
que lo fuese con exceso,
para que mi amor con eso
más esperanza tuviera!
En mis estados poseo

de renta, desempeñados,
más de veinte mil ducados:
pues con esto, á mi deseo,
¿qué cosa darle pudiera
el cielo, que más me cuadre,
que á mis hijos noble madre,
y á mi dulce compañera?

Otavio. Pues si casaros quereis,
pedidla; que al punto creo
que logreis vuestro deseo,
pues venturosa la haceis.

Marqués. ¿Qué poco sabeis de amor!

¿Vos sois el que, enamorado,
decís que habeis conquistado
tantos años un favor?

Quien por el contrato empieza,
se priva, Otavio, del bien
de contrastar un desden,
de vencer una esquiviza.
Como en la taza penada
erece el gusto á la bebida,
es la gloria más crecida
cuanto fué más deseada.

El jugador, cuando aspira
á ver la carta, ¿no halla
más gusto en brujulealla
que si de priesa la mira?

El cazador ¿no pudiera,
á costa de precio breve,
alcanzar la garza leve,
coger la liebre ligera;
y con el perro y halcon
se fatiga por más gloria,
estimando la victoria
en más que la posesion?

Pues dejadme conquistar
por amor la hermosa fiera,
que casándome pudiera
tan fácilmente alcanzar.

Dejad que, aunque esté en mi mano
el remediar mis enojos,
en las cartas de sus ojos
brujulee el bien que gano.

Dejadme que solencie
el amor que en ella nace,
los favores que me hace,
los requiebros que me dice;
que la posesion, pensad
que no es la gloria mayor;
que el amor conquista amor,
la voluntad, voluntad.

Demas de que no es razon
que, aunque esté determinado,
muestre en caso tan pesado
liviana resoluzion.

Ni debo tan satisfecho
pensar que querrá Leonor:¿qué sé yo si ajeno amor
ocupa su hermoso pecho?Y si flo en mi grandeza,
como á mí, ¿no puede serque á otro de igual poder
haya preso su belleza?Y al fin, antes de intentar
empresas tan peligrosas,tomar el pulso á las cosas
es no querellas errar.Otavio. No os puedo negar que es esa,
marqués, cordura mayor;mas yo no pensé que amor
os daba tan poca priesa.Marqués. Otavio, no lo entendeis.
Esta cordura es locura,y porque amor me apresura,
voy con el tiento que veis;que cuanto mas la jornada
quiere el que parte abreviar,tanto más se ha de informar
del camino en la posada;que es muy necio desatiento,
con peligro de perdersepartir, por no detenerse
á preguntar un momento.

Otavio. ¿Qué es esto? ¿Entramos á vella?

Marqués. Á Clara he de visitar,
con ocasion de tratarvuestros intentos con ella,
hasta poder de los míos
dar cuenta á doña Leonor.

Otavio. Padre es de industrias amor.

Marqués. Y tambien de desvarios.

Otavio. En el corredor está
sola Leonor.*

Marqués. ¿Qué ventura!

Otavio. Yo me voy: la coyuntura
gozad, que fortuna os dá;que á solas vuestros amores
más bien podrán alcanzar,

* Sin duda Leonor se halla en un ángulo del corredor, que no se ve.

porque suelen estorbar
los testigos los favores.

Marqués. Sois discreto.—Ayuda amor,
[Vase Otavio.]
los intentos que me has dado.

ESCENA II.

LEONOR.—EL MARQUÉS.

Leonor. [Hablando con algun criado que está
dentro.] ¿Sin avisar ha llegado
el marqués al corredor?Marqués. Yo tuve, señora mia
la culpa.Leonor. Pues perdonad,
señor, y licencia dad

para que avise á mi tia.

Marqués. Dame tú, Leonor, licencia
para poderte negarla licencia de privar
mis ojos de tu presencia;y más cuando en la paciencia
no cabe tanta pasion,porque viendo la ocasion
de decirte mi tormento,revienta ya el sentimiento
la presa del corazon.No quiero decirte aquí
mi mucho amor, angel bello,pues basta para sabello
solo saber que te ví;no decirte que ya en tí
fundo todos mis intentos,mis glorias y mis tormentos,
pues sabes tú estas verdades;que no ignoran las deidades
los humanos pensamientos.No quiero, señora mia,
pedir que paga me des;que es baja el interés,
la esperanza groseria;solo merecer querria
licencia para quererte,porque estimo de tal suerte
tus altas prendas, Leonor,que se contenta mi amor
no más de con no ofenderte.Leonor. Señor marqués, solo puedo,
á lo que oyendoos estoy,responderos que yo soy
doña Leonor de Toledo;

porque ya que no os concedo la licencia para amar, deciros quien soy, es dar á vuestro amor á entender, á qué se puede estender la que vos podeis tomar.

Marqués. Ese oráculo esplicad, que sus misterios ignoro. ¿He excedido yo el decoro que debo á vuestra deidad? ¿Por qué alegais calidad á quien amor os alega, cuando no solo no os niega mi fé culto verdadero, mas tanto más os venero, cuanto más amor me ciega?

Leonor. Quien ostenta calidad á quien le trata de amor, al amor opone honor, y al deseo honestidad. Con esto licencia dad para avisar á mi tía.

Marqués. Esperad, señora mía. ¿Cómo es posible que siendo vos el fuego en que me enciendo, quien me abrasa esté tan fria?

ESCENA III.

DOÑA CLARA.—DICHOS.

D^a Clara. ¿Qué es esto?

Leonor. (Ap.) ¡Ay triste!

D^a Clara. Leonor, recógete á tu aposento. (Vase Leonor.)

Marqués. Parienta.....

D^a Clara. En el alma siento

que me lo llameis, señor; porque estuviera mejor este agravio disculpado, si hubiérades ignorado mi calidad; pero ya ¿qué disculpa me dará quien saberla ha confesado? Si parienta me llamais, ¿cómo el obrar no lo muestra? ¿Cómo si soy sangre vuestra, mi deshonor procurais? ¿Mi sobrina requebrais cuyo honor está á mi cuenta, á excusas mías? Mi afrenta bien claro desto se arguye;

que de testigos no huye quien justos hechos intenta.

Marqués. Ello está muy bien reñido; mas fuera bien haber dado, como un oído al pecado, á la disculpa otro oído. ¿Qué tanto delito ha sido, hallando sola á Leonor, solicitarla de amor, si estando á solas, sospecho que fuera el no haberlo hecho cortedad y disfavor?

D^a Clara. En vano aplicar quereis á la ocasion el suceso, cuando contra vos en eso tantos indicios teneis; si no es que ya os olvidéis de que ayer, testigo yo, Leonor os arrebató el alma toda en despojos; que confesaron los ojos lo que la lengua negó. Y así, marqués, perdonad: y pues á mi casa á honrarme no venis, el visitarme de aquí adelante escusad. Y si vuestra voluntad violentare el ciego dios, solo os quiero, entre los dos, por despedida avisar que Leonor se ha de casar, y es tan buena como vos. (Vase.)

ESCENA IV.

EL MARQUÉS.

“¡Que Leonor se ha de casar, y es tan buena como vos!” Por una senda las dos corren á un mismo lugar; que el ídolo en cuyo altar ardiente víctima quedo, dijo tambien: “Solo puedo á lo que oyendoos estoy, responderos que yo soy doña Leonor de Toledo.” Ambas con un mismo intento claro me dan á entender, que solo puedo tener remedio en el casamiento. No cupo en mi pensamiento,

Leonor, otro fin jamas; que si porque pobre estás, y yo rico, no lo esperas, ¡ojalá más pobre fueras para que yo hiciera más!

ESCENA V.

OTAVIO.—EL MARQUÉS.

Otavio. ¿Salió en favor la sentencia, marqués?

Marqués. ¡Ay amigo Otavio! gusto saco del agravio, favor de la resistencia.

Otavio. Enigmas son.

Marqués. Con prudencia, modestia y severidad, oyendo mi voluntad, solo la hermosa Leonor, negándome otro favor, me acordó su calidad, pues esto, Otavio, si creo á la esperanza, ¿no es decir que aunque soy marqués es su mano igual empleo? Y esto ¿no es lo que deseo?

Otavio. Pues ¿qué falta?

Marqués. Solamente con recato diligente examinar su opinion; que es baja y no afiecion pasar este inconveniente. Argos seré de su vida, sombra de su cuerpo hermoso: en caso tan peligroso recuerde el alma dormida. O se muestre ó se despida de su calle el sol dorado, la rondará mi cuidado; porque el noble, si es prudente, es celoso pretendiente, y cuidadoso casado. (Vase.)

Calle.

ESCENA VI.

DON GARCÍA Y DON FÉLIX.

D. Garc. Con esta resolucion va el papel.

D. Félix. Bien habeis hecho: que no puede haber provecho

en esto la dilacion, pues en llegando á entender vuestro engaño doña Clara, ver más á Leonor la cara imposible os ha de ser.

D. Garc. Por eso quiero abreviar, Félix, que tener intento acabado el casamiento cuando empiece á sospechar.

D. Félix. (Ap.) El medio de dos extremos en eso solo consiste.

ESCENA VII.

REDONDO, con un papel.—DICHOS.

D. Garc. Pues, Redondo, ¿vienes triste? ¿qué tenemos?

Redondo. No tenemos.

D. Garc. ¿Es respuesta?

Redondo. Bien pudiera responder lo que un criado á quien su dueño á un recado mandó que á caballo fuera, y el señor, tras esperallo lo bastante, preguntó: “¿vienes? ¡hola!” Y respondió: “no hallo el freno del caballo.” Mas agora es bien que huya la pieza del gracejar, porque no se ha de mezclar con el requiem la aleluja.

D. Garc. Dí pues.

Redondo. Yo estaba en espía para dar éste á Leonor..... ¡mal haya quien tiene amor á mujer que tiene tía! ¿Nunca has visto cuando yerra la vaca por monte y prado, no apartarse del lado un momento la becerra? Pues mucho menos desvíase de sí Clara á tu Leonor. ¡Dichoso Adan, que su amor gozó sin suegra ni tía.

D. Garc. Cuenta lo que ha sucedido: no me atormentes.

Redondo. Señor, cogíome en el corredor tras un pilar escondido; preguntóme lo que hacia, recelosa, á lo que ví,

pero yo le respondí,
que era amante de Mencía.

D. Garc. ¿Y aseguróse?

Redondo. ¿Quién sabe
la verdad del pensamiento?
Solo mandó que al momento
para un negocio muy grave
la veas.

D. Garc. Ya de su amor
temo que es solo un intento
dar prisa á su casamiento.

D. Félix. Yo tengo el mismo temor.

D. Garc. ¿Qué escusa podrá valerme?

D. Félix. Entrad riñendo con ella
por celos.

D. Garc. Si á mi querella
responde con ofrecermé
mano de esposa al momento,
¿cómo he de huir la ocasion?

D. Félix. No aguardéis satisfaccion.

D. Garc. Será dañoso á mi intento
enojarme, cuando quiero,
con capa de verla á ella,
ver la sevillana bella.

D. Félix. Mejor traza.

D. Garc. Ya la espero.

D. Félix. Fingid que una liviandad
della os han dicho, y quereis,
antes que la mano deis,
averiguar la verdad.

D. Garc. Pues ¿de quién podré fingir
celos que lleven color?

D. Félix. ¿Qué ocasion quereis mejor
para poderlos pedir,
que el marqués Arnesto, á quien
vimos y aun dimos lugar
para entrarla á visitar
ayer los dos?

D. Garc. Decis bien.

D. Félix. ¿He de acompañaros?

D. Garc. Vella
á solas despues podeis,
porque mejor confirméis
hablando á solas con ella,
don Félix, mis fingimientos,
deponiendo por testigo.

D. Félix. Bien deéis.

D. Garc. Adios, amigo.

D. Félix. (Ap.) Ayuda, amor, sus intentos.
(Vase.)

Redondo. ¿Qué de hacer deste papel?

D. Garc. Entra conmigo, y procura
para darlo, coyuntura;
que está mi remedio en él.

Redondo. Tú verás la industria mia.

D. Garc. Ya ves que importa al efeto
el recato y el secreto.

Redondo. De mí, señor, te confía;
que no hay del Gáuges al Istro
sirviendo de mi cuidado.

Más secreto y recatado
seré que un recién ministro.

D. Garc. ¿Estraño capricho!

Redondo. ¿Estraño?

¿Pues hay parca inexorable
mas cruel, mas intratable,
que un ministro el primer año?

D. Garc. Con silencio hemos de entrar:
por dicha hallará mi amor
en parte á doña Leonor
que á solas la pueda hablar. (Vase.)

Sala en casa de doña Clara.

ESCENA VIII.

DON GARCÍA Y REDONDO, *entrando en la sala;*
DOÑA CLARA, *en ella, sin verlos.*

Redondo. (Hablando con su amo ap.) Clara es-
(tá en la sala.

D. Garc. ¿Harálo
mi suerte un tiempo mejor?

Redondo. Siempre se topa, señor,
primero en el dedo malo.

D. Garc. Pues escucha un pensamiento,
que á Leonor puedes con él
entrar á darle el papel
hasta el último aposento.

Redondo. Dí pues. (Hablan los dos bajos.)

D. Clara. (Sin ver á los dos.) Si eres dios, amor,
piadoso á mi bien te inclina:

permite la medicina,
pues que causaste el dolor.

Haz que fin dichoso dé
don García á mi esperanza:

no me quite su mudanza
lo que me ha dado mi fe.

Redondo. (Ap. á su amo.) ¡Estremado pensa-
manos á la ejecucion; (miento!

que hoy será Griego Simon.
(Fingese enojado don García, y saca la daga
contra Redondo.)

D. Garc. ¿Hay mayor atrevimiento?
¡Pícaro, desvergonzado!.....

Redondo. ¡Ay de mí! (Entrase huyendo.)

ESCENA IX.

DON GARCÍA, DOÑA CLARA.

Dª Clara. Señor, tened.

D. Garc. Atrevido, agradeced
que os entrastes en sagrado.

Dª Clara. ¡Bien de mi pensamiento!.....

D. Garc. Cierra, engañosa, los traidores labios;
que como el fuego crece con el viento,
aumentan tus caricias mis agravios.
¿Qué falso cocodrilo,
qué sirena fingida
halaga así para quitar la vida?

Dª Clara. ¿Qué es esto?

D. Garc. ¿Qué preguntas?
en vano te dispones
á negar, enemiga, tus traiciones.
Ya sé que te he perdido,
por mas que cautamente
hayas favorecido
al marqués, que tú llamas tu pariente:
y no me has engañado;
que más es que pariente el que es amado.

Dª Clara. Escucha: ¿porqué así te precipitas,
y tus sospechas vanas y ligeras
tan fácil acreditas?
¿Por qué no consideras
que en este mismo techo
otra ocasion se esconde suficiente
á sujetar el corazon valiente
del mas armado pecho?
Si el amarme te ha hecho
pensar que sola yó de amor tirano
puedo mover la poderosa mano,
acuérdate que ha puesto
el cielo soberano
en el mirar honesto
de Leonor, mi sobrina,
más que humano poder, virtud divina.
Por ella vive preso
en aficion ardiente
el marqués mi pariente.

D. Garc. ¿Qué dices? ¿Cómo es eso?

Dª Clara. Digo que pierde por Leonor el seso,
y que la vez primera
que la vió, de repente arrebatado
en su beldad, quedó tan transformado,

que aunque negar quisiera
sus ardientes enojos,
los dijo el alma á voces por los ojos.

D. Garc. (Ap.) ¿Qué es lo que escucho, cielos?

Dª Clara. ¿Parécete invencion?

D. Garc. (Ap.) Rabio de celos.

Dª Clara. Aun hoy, para que creas
que te digo verdad, los he cogido
hablando á solas.

D. Garc. Calla.

Dª Clara. Porque veas
que en nada te he mentido,
ella misma lo diga.—
Leonor. [Llama.]

D. Garc. [Ap.] ¡Ay desdichado!

ESCENA X.

LEONOR.—DICHOS.

Leonor. ¿Llamas?

Dª Clara. ¿Qué te ha pasado
con el marques? Acaba, dilo presto;
que duda don García

por tí y por él de la firmeza mia.

Leonor. [Ap.] ¿Yo misma contra mí será tes-
Dª Clara. ¿Qué dudas? (tigo?)

Leonor. Ya lo digo.
Hoy el marques á visitarte entraba:
y encontrando conmigo,
que sola acaso el corredor pasaba,
entre tiernas razones
comenzó á encarecerme sus pasiones.

Dª Clara. ¿Estás ya satisfecho?

D. Garc. Estoy de celos abrasado el pecho;
[Quitase el sombrero hablando con doña Clara.]

que cuanto más pretendes
satisfacerme, tanto más me ofendes.

¿Qué sacas de engañarme?

Leonor. [Ap.] Á mí endereza agora sus saetas.

D. Garc. ¿Por qué, cruel, para tan gran caida
quisiste levantarme?

Quitárame la vida
antes, ingrata, que un favor me dieras.

Primero que me oyeras,
de fiero tigre hireano
muerte me diera la sangrienta mano.

Quédate, falsa.....

Dª Clara. Espera.

D. Garc. ¿Qué tiene que esperar quien desespe-
¿Qué ha de hacer á tus ojos (ra?)
quien ya les causa enojos?

No viva en tu presencia
quien murió en tu memoria.
Goce el marqués en paz de tanta gloria.

D^a Clara. Vuelve.

Leonor. Espera.

D^a Clara. Ya falta la paciencia.

Escucha. O no te entiendo ó no me en-
(tiendes.

¿De la satisfacción misma te ofendes?

(*Tiéndele Leonor.*)

Leonor. ¿Qué culpa, don García,
del amor del marqués tiene mi tía?

D. Garc. Suelta. ¿Tú me detienes, engañosa?

¿Qué presto has aprendido
el trato de Madrid, falso y fingido!
¿Quién creyera que dama tan hermosa
y de tan pocos años,
iguale á sus minutos sus engaños?

Leonor. [*Ap.*] Él nos destruye agora.

D. Garc. ¡Plega á Dios, que de flecha vengadora,
con furia disparada
de la valiente mano
del ciego amor tirano,
la nieve de tu pecho atravesada,
encuentres quien contigo
fuja, como has fingido tú conmigo!

[*Vase.*]

ESCENA XI.

REDONDO, que vuelve.—DOÑA CLARA, LEONOR.

Redondo. Á todos, vive Dios, ha emparejado,
con todos ha reñido.

D^a Clara. Tú la ocasión has sido
deste incendio, enemiga;
que el haber tú dudado
en decir la verdad, la causa ha dado
á que él sospeche que invención ha sido;
y en mí tu necia dilación castiga.

Leonor. ¡Eso sí! imita al toro embravecido;
el que la vara te tiró, se escapa:
véngate agora en mí, que soy la capa.
¿No basta que me obligues
á que excediendo el orden de mi estado,
por dar satisfacción á don García,
haya arriesgado yo la opinion mia;
sino que, ingrata, agora me castigues
porque tardé en decir lo que pluguiera
al santo cielo que callado hubiera?

D^a Clara. Pues qué opinion te quita
que el marqués te pretenda?

Leonor. ¿No me arriesgo á que entienda
quien sepa que el marqués me solicita,
que liviandades mías
han dado la ocasion á sus porffias?

D^a Clara. ¿Qué livianos temores te acobardan!

Bien se vé que mis penas,
Leonor, son para tí del todo ajenas.
No te vayas, que quiero á don García
escribir un papel.

Redondo. Por Dios, señora,
que dudo que en mi pecho haya osadía
para dárselo agora,
quando ves que contigo
se parte, de celoso, tan airado,
que arrojan sus enojos
mil volcanes de llamas por los ojos;
y viste agora que tambien conmigo
ciego y arrebatado,
me libró de su furia tu sagrado.

D^a Clara. Bien dices.

Redondo. ¿Qué procuras?
¿Satisfacerle?

D^a Clara. Sí.

Redondo. Dame licencia,
si de mí fé por dicha te aseguras,
para darte un consejo.

D^a Clara. En la dolencia
solo aspira el enfermo á verse sano,
y ama el remedio de cualquiera mano.

Redondo. Pues no le escribas tú; que femo agora
que la llama voraz de sus enojos
haga ceniza tu papel, señora,
antes que en él llegue á poner los ojos:
no le den tus solícitos amores
materia á más venganzas y rigores.
Deja que el tiempo su furor quebrante:
toma ejemplo en la fragua;
que cuando el fuego en ella está pujante,
le aumenta fuerza el agua.
Escríbale primero tu sobrina,
y sus satisfacciones poco á poco
procuren aplacar el furor loco;
que en buena medicina,
quando un humor nocivo predomina,
para purgarlo, sabes
que lo disponen antes con jarabes.

D^a Clara. Redondo dice bien. Sobrina mia,
escribe á don García;

dale satisfaccion, haz estas paces.

Leonor. De mil maneras haces

que salga de la esfera de mi estado;
mas al fin me conduce á obedecerte
la lástima que tengo á tu cuidado.
Voy á escribir.

Redondo. [*Ap.*] ¿Qué bien lo he trazado!

D^a Clara. Haz cuenta que me libras de la muerte,
Leonor, segun me veo.

Leonor. (*Ap.*) Tú me ruegas lo mismo que de-
(seo. (*Vase.*))

D^a Clara. Redondo, yo confieso que me has hecho
gran bien; que tal consejo en tal estrecho,
solo de tu agudeza nacer pudo.

Redondo. Yo me llamo Redondo, y soy agudo.
(*Vase.*)

Calle.

ESCENA XII.

EL MARQUES Y RICARDO.

Ricardo. Á la puerta se apartó
don Félix; y don García,
á fuer de medrosa espía,
con lentos pasos entró
á todas partes mirando
con un criado, de quien
fía su mal y su bien,
en puridad platicando.
Subió al fin; pero muy presto
de la visita salió,
y á lo que me pareció,
de enojado, descompuesto:
quedóse dentro el criado,
y vino á salir despues
mas de hora y media: esto és
lo que he visto y ha pasado
mientras estuve en espía.

Marques. ¿Ayer don García, y hoy
don García? Loco estoy.

¿Cada dia don García?
¡Malo! Entrar con pasos lentos,
salir presto y enojado,
quedarse dentro el criado.....

De muerte sois, pensamientos.

Ricardo. Advierte que don García,
supuesto que amante sea,
aun no sabes si desea
á la sobrina ó la tía.

¿Por qué das rienda al dolor,
y tan presto desconfías?

Marques. Ricardo, en venturas mías
siempre es cierto lo peor.

Ricardo. El prudente prevenido
espera el peor suceso;
pero, señor, no por eso
lo ha de dar por sucedido.
Preven al mal la paciencia
sin desesperar, señor;
que es el morir de temor
más flaqueza que prudencia.
Haz primero informacion
de la verdad de su intento;
no pierdas el sentimiento,
ignorando la ocasion.

Marques. ¿Qué bien dices! En efeto,
Ricardo, para un señor
el consejero mejor
es un criado discreto.

Ricardo. Por eso te considero
de tantos buenos servido.
Mas detente, que ha venido
á buen tiempo el escudero
de Clara. Por si te engañas,
comienza tu informacion
por él.

Marques. ¿Diralo?

Ricardo. Si son
las que deben ser sus mañas,
nada te podrá callar;
y más si en el corazon
le pusieres un doblon
al tiempo de preguntar.

Marques. Llámalo pues.

Ricardo. ¡Camarada!

ESCENA XIII.

FIGUEROA.—DICHOS.

Ricardo. Bien dicen que la ventura
huye de quien la procura,
y busca sin ser buscada.

Figueroa. ¿Por qué lo decís?

Ricardo. Desca
el marqués saber de vos
cierta cosa, entre los dos,
y no dudeis de que sea,
si gusto le sabeis dar,
mucho el bien que os ha de hacer.

Figueroa. El más largo prometer
no iguala al más corto dar.
Mas puesto que es el marqués
tan gran señor, será justo

que estime yo el darle gusto,
por el mayor interes.

Ricardo. Llegad pues, que ya os espera.

Figuerola. Humilde á vuestro mandado
teneis, señor, un criado;
y ¡ójala que fuerza hubiera
para servirlos, en mí!

Marques. Cúbrase, por vida mia.

Figuerola. Perdona vuesañoría;
que yo estoy muy bien así.

Marques. Por mi vida lo ha de hacer.

Figuerola. (*Cábrese.*) Ya es forzoso. (*Ap. á Ri-*
cardo.) ¿Qué honradores
son los tan grandes señores!

Ricardo. (*Ap.*) Y más cuando han menester.

Marques. Dígame agora su nombre.

Figuerola. Figuerola.

Ricardo. ¡Una miseria!
Es de la casa de Feria.

Marques. Ese es solo un sobre nombre.

Figuerola. No han de ser desvanecidos
los pobres; que es muy cansado
un hombre en humilde estado
hecho un mapa de apellidos.
Aun con solo un nombre, veo
que no me dejan vivir,
y hay quien ha dado en decir
que sin razon lo poseo;
mas procuren de mil modos
los malsines murmurar;
que por Dios que al acostar
estamos desquitos todos.

Marques. Vos, en fin, ¿sois Figuerola?

Figuerola. Por lo menos me lo llamo.

Marques. Dendos somos.

Figuerola. Ser mi amo
vos, será mi mayor loa.

Marques. Digo que sois mi pariente,
y que se os echa de ver,
porque vuestro proceder
dice quién sois claramente.

Ricardo. (*Ap.*) ¿Qué bien lo obliga!

Marques. Por Dios,

que sabello me ha alegrado;
pues con eso mi cuidado
os toca tambien á vos.

Pues si sois deudo tambien
de doña Clara, su afrenta
tomareis á vuestra cuenta,
como yo.

Figuerola. Decis muy bien.

Marques. Pues escuchad, si os agrada,
que está en riesgo nuestro honor.

Figuerola. ¿Qué cosa para mi humor!

¿En riesgo el honor? ¡No es nada!

Decid. (*Pónense á hablar bajo los tres.*)

ESCENA XIV.

DON GARCÍA Y REDONDO.—DICHOS.

Ricardo. (*Ap. al marques.*) Detener no puedo
la risa, señor.

Redondo. (*A don García.*) Salí
alborotada; mas yo,
poniendo en la boca el dedo,
la sosegué, y advertir
pudo en un punto mi intento;
que es de angel su entendimiento
y entiende sin discurrir.
Saqué el papel.....

D. Garc. ¿Lo leyó?

Redondo. Ponte un grado más atras.

D. Garc. ¿Cómo?

Redondo. ¿No preguntarás
antes, si lo recibí?

D. Garc. Eso está claro.

Redondo. Decillo
puedes; que está bien patente.
Pues te digo claramente
que no quiso recibillo.

D. Garc. ¿Que no quiso?

Redondo. Señor, no.

D. Garc. ¿Qué escuchó! ¿Y sabes por qué?

Redondo. La causa, yo no la sé;
sé que no lo recibí:
y estando en esta porfía,
sobre si es justo ó no es justo
dar á tu fé tal disgusto,
la empecé á llamar su tía.

Salí, despues que te fuiste,

y hubo entre ellas gran cuestion

sobre cuál fué la ocasion

del enojo que tuviste.

Resolvióse al fin la tía

en escribirte un papel;

yo le dije que con él

tu furor aumentaria,

y que era bien que Leonor

satisfaciendo lo hiciera;

que negocia una tercera

con un celoso mejor.

Cuadróles mi parecer;
y Leonor, tras resistir
un rato, se entró á escribir,
y doña Clara á leer
lo que Leonor escribia;
y así no tuvo ocasion
de rezar por su intencion;
que todo fué por su tía.
No me dieron el papel;
que nuestra invencion creyeron,
y á enviar se resolvieron
un escudero con él.
Salí, y apenas los pies
puse en la calle ligero,
cuando en un zaguan frontero
ví un criado del marques,
que con recato espiaaba
disimulando y temiendo;
y cuando entramos, entiendo
que el mismo puesto ocupaba.

D. Garc. No digas mas.

Redondo. ¿No diré
lo que con él me pasó?

D. Garc. ¿Qué pasó?

Redondo. Que él me miró,
y yo tambien le miré,
Pasé arrogante la calle,
capa y espada prevengo,
y como él no me habló, vengo,
y vengome sin hablalle.

D. Garc. ¿Qué gran hazaña!

Redondo. ¿Seria
cordura trabar pendencia
en tal calle?

D. Garc. Esa prudencia
la debo á tu cobardía.

¡Ay de mí! Yo soy perdido.

Efímero fué, Leonor,
en tu corazon mi amor;

hoy murió, de ayer nacido.

Fué contra el cierzo violento
flor que de nacer acaba.

¡Qué tierno tu amor estaba,
pues lo llevó el primer viento!

Al primer indicio leve
del amor del marques, luego

trocaste la nieve en fuego,
y el fuego trocaste en nieve!

¿No es este el marques? Desvía.

Redondo. Sí, señor.

D. Garc. Hablalle quiero.

Redondo. ¿He deser el Mira Nero,
ó él de nada se dolia?

D. Garc. Eres muy cuerdo.

Redondo. Respondo
que soy Redondo; y quisiera
que por mí no se dijera
esto de: "Cayó Redondo."

Marques. (*A Figuerola.*) Id con Dios.
(*Vase Figuerola.*)

ESCENA XV.

EL MARQUES, RICARDO, DON GARCÍA
Y REDONDO.

Marques. El escudero
se rindió á la vanidad.

Ricardo. Si va á decir la verdad,
yo sospacho que al dinero.

Marques. Él redimió el alma mia
de mil celosos engaños.

Ricardo. En fin, ¿dice que há dos años
que ama á Clara don García?

Marques. Sí.

Ricardo. ¿Y que su dueño gallardo,
la bella doña Leonor,
no tiene amante ni amor
hasta agora?

Marques. Sí, Ricardo.

Ricardo. Ya habrás visto de ese modo
cuán malo es anticipar
la pena y desesperar
sin informarse de todo.

Marques. Tanto, Ricardo, que espero
que en el mismo don García,
que por contrario tenia,
he de tener compañero;

que harémos, enamorados
los dos de Clara y Leonor,
para esta guerra de amor
liga de nuestros cuidados.

Ricardo. Él viene.

Marques. Yo le he de hablar.

D. Garc. Señor marques.....

Marques. Don García.....

D. Garc. En busca vuestra venia;

que tenemos que tratar
cierto caso entre los dos.

Marques. Huélgome; que tambien vengo

* Véase el romance 571 impreso en la página 393
tomo X de la Biblioteca de autores españoles.

á buscaros, porque tengo otro negocio con vos.

D. Garc. Redondo, déjanos solos;

Redondo. Harélo con mucho agrado; que temo morir birlado, ya que Dios nos hizo bolos. (Vase.)

Marques. Déjanos solos, Ricardo.

Ricardo. ¿Dónde te veré despues?

Marqués. En Palacio. (Vase Ricardo.)

ESCENA XVI.

EL MARQUES Y DON GARCÍA.

D. Garc. Ya, marques, vuestros intentos aguardo.

Marques. Yo os suplico, don García, que los vuestros me digais.

D. Garc. En esto, si no empezais, consumiremos el día.

Marques. Porque vuestro gusto intento, me determino á empezar; pues cuanto tardó en hablar, tanto os quito de contento. Sabed, noble don García, que la libertad lozana, el nunca domado orgullo, la juvenil arrogancia con que pisé tantos años del amor ciego las armas, invidia de los galanes y cuidado de las damas, rindieron ya la cerviz á la sujecion tirana de una pena que me aplace, y de un placer que me mata.

Ví los dos divinos ojos de la hermosa sevillana doña Leonor de Toledo: vílos al fin, esto basta; que, pues que vos habeis visto su belleza soberana, conoceréis los efectos por el poder de la causa. Apenas rompí mi pecho la flecha de amor dorada, cuando los celos se entraron por la misma herida al alma; que dos veces, Lara ilustre, os vi entrar á visitarla conociendo vuestras partes, su hermosura y mi desgracia;

pero los piadosos cielos, condolidos de mis ansias, con un desengaño breve serenaron la borrasca; pues con saber que há dos años que servis á doña Clara, vengo á tener por amigo al que enemigo juzgaba.

Ya sabeis que es deuda mia: pues vos entráis en su casa, y en ella están las dos prendas de nuestras dos esperanzas, ayudémonos: dé al otro cada cual lo que le falta, y démonos dos á dos esta amorosa batalla. Terciad por mí, don García, con Leonor; que mi palabra os doy de hacer cuanto pueda porque os dé la mano Clara.

D. Garc. Por la merced que me haceis os beso, marques, las plantas, y para servilla ofrezco cuanto pueda y cuanto valga; mas escuchad el intento y el fin para que os buscaba, y á la vuestra servirá de respuesta mi demanda. Cierta caballero noble, que la deidad idolatra de Leonor, y á dulces bodas anima sus esperanzas; teniendo ciertos indicios de vuestra amorosa llama, temeroso justamente de competencia tan alta, por mí os suplica, marques, que la antigüedad le valga, y la honrosa pretension, pues de ser su esposo trata; supuesto que aunque Leonor tiene calidad tan clara, por ser escudera y pobre, vos no querréis levantarla al tálamo suntuoso que mas feliz dueño aguarda, y con ilícitos fines debéis de solicitarla. Este es el caso, marques; y yo le dí la palabra de ayudarle; noble soy:

mirad si puedo quebralla.

Serviros es imposible; engañaros, vil hazaña:

esto os respondo; que vos respondais, es lo que falta.

Marques. ¿Puede saberse quién es ese amante?

D. Garc. La palabra del secreto me pidió.

Marques. Si se la distes, guardadla.

D. Garc. ¿Qué respondeis?

Marques. Desistir de intenciones declaradas

no pienso que suele dar

á los nobles alabanza,

y más cuando quien lo pide

encubre de mí la cara;

con que ni á la cortesía

ni á la amistad debo nada.

Alegarme antigüedad

para obligarme, no basta;

porque esa en la posesion

vale, mas no en la esperanza,

porque ajenas pretensiones

con razon puede estorbarlas,

no el que primero pretende,

mas el que primero alcanza.

Decir que el querer casarse

hace justa su demanda,

porque yo á ilícitos fines

debo de solicitarla,

ese es mucho adivinar:

y á doña Leonor agravia

quien piense que yo no debo

para mi esposa estimarla.

D. Garc. ¿Qué decís?

Marques. Será mi esposa;

y lo fuera, si gozara,

como un título poseo,

de la corona de España.

D. Garc. (Ap.) Perdido soy.

Marques. Don García,

de colores la mudanza

en vuestra cara, denota

turbaciones en el alma.

Parece que hacen en vos

sentimientos mis palabras,

mayores de los que suelen

obrar las ajenas causas.

D. Garc. Marques, las causas ajenas,

el que es noble, ó no se encarga dellas, ó tiene por propia su ventura ó su desgracia.

Marques. Correspondeis á quien sois; mas pues las partes contrarias haceis con doña Leonor; y son ella y doña Clara mis deudas, y sois galan, y ellas dos hermosas damas, con que pueden ofender vuestras visitas su fama; desde este momento son los humbrales de su casa vedados á vuestros piés, y á los ojos las ventanas.

D. Garc. Doña Clara es viuda, y es señora de sí, y se trata casamiento entre los dos.

Marques. Tratadlo sin visitarla.

D. Garc. No sois deudo tan cercano vos, que os obligue su guarda.

Marques. Á todos toca el remedio: que á todos toca la infamia, y son padres de sus deudos los señores de las casas. Pero cuando no, advertid que ya lo he intentado, y basta para empeñarme y correr por mi cuenta la venganza.

D. Garc. Habeis de advertir, marques, que si sois marques, soy Lara, que como yo, teneis vida, y yó como vos, espada. (Vase.)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON FÉLIX, teniendo á DON GARCÍA.

D. Garc. Soltad.

D. Félix. No ireis, vive Dios.

D. Garc. ¿He de mostrar cobardía al marques?

D. Félix. Yo, don García, tengo de morir con vos; mas si el fin de resolveros es no perder la beldad de Leonor, ¿no es necesidad perdella más con perderos?

á buscaros, porque tengo otro negocio con vos.

D. Garc. Redondo, déjanos solos;

Redondo. Harélo con mucho agrado; que temo morir birlado, ya que Dios nos hizo bolos. *(Vase.)*

Marques. Déjanos solos, Ricardo.

Ricardo. ¿Dónde te veré despues?

Marqués. En Palacio. *(Vase Ricardo.)*

ESCENA XVI.

EL MARQUES Y DON GARCÍA.

D. Garc. Ya, marques, vuestros intentos aguardo.

Marques. Yo os suplico, don García, que los vuestros me digais.

D. Garc. En esto, si no empezais, consumiremos el día.

Marques. Porque vuestro gusto intento, me determino á empezar; pues cuanto tardó en hablar, tanto os quito de contento. Sabed, noble don García, que la libertad lozana, el nunca domado orgullo, la juvenil arrogancia con que pisé tantos años del amor ciego las armas, invidia de los galanes y cuidado de las damas, rindieron ya la cerviz á la sujecion tirana de una pena que me aplace, y de un placer que me mata.

Ví los dos divinos ojos

de la hermosa sevillana

doña Leonor de Toledo:

vílos al fin, esto basta;

que, pues que vos habeis visto

su belleza soberana,

conoceréis los efectos

por el poder de la causa.

Apenas rompió mi pecho

la flecha de amor dorada,

cuando los celos se entraron

por la misma herida al alma;

que dos veces, Lara ilustre,

os vi entrar á visitarla

conociendo vuestras partes,

su hermosura y mi desgracia;

pero los piadosos cielos, condolidos de mis ansias, con un desengaño breve serenaron la borrasca; pues con saber que há dos años que servis á doña Clara, vengo á tener por amigo al que enemigo juzgaba.

Ya sabeis que es deuda mia: pues vos entráis en su casa, y en ella están las dos prendas de nuestras dos esperanzas, ayudémonos: dé al otro cada cual lo que le falta, y démonos dos á dos esta amorosa batalla.

Terciad por mí, don García, con Leonor; que mi palabra os doy de hacer cuanto pueda porque os dé la mano Clara.

D. Garc. Por la merced que me haceis

os beso, marques, las plantas,

y para servilla ofrezco

cuanto pueda y cuanto valga;

mas escuchad el intento

y el fin para que os buscaba,

y á la vuestra servirá

de respuesta mi demanda.

Cierto caballero noble,

que la deidad idolatra

de Leonor, y á dulces bodas

anima sus esperanzas;

teniendo ciertos indicios

de vuestra amorosa llama,

temeroso justamente

de competencia tan alta,

por mí os suplica, marques,

que la antigüedad le valga,

y la honrosa pretension,

pues de ser su esposo trata;

supuesto que aunque Leonor

tiene calidad tan clara,

por ser escudera y pobre,

vos no querréis levantarla

al tálamo suntuoso

que mas feliz dueño aguarda,

y con ilícitos fines

debeis de solicitarla.

Este es el caso, marques;

y yo le dí la palabra

de ayudarle; noble soy:

mirad si puedo quebralla.

Serviros es imposible;

engañaros, vil hazaña:

esto os respondo; que vos

respondais, es lo que falta.

Marques. ¿Puede saberse quién es ese amante?

D. Garc. La palabra del secreto me pidió.

Marques. Si se la distes, guardadla.

D. Garc. ¿Qué respondeis?

Marques. Desistir

de intenciones declaradas

no pienso que suele dar

á los nobles alabanza,

y más cuando quien lo pide

encubre de mí la cara;

con que ni á la cortesía

ni á la amistad debo nada.

Alegarme antigüedad

para obligarme, no basta;

porque esa en la posesion

vale, mas no en la esperanza,

porque ajenas pretensiones

con razon puede estorbarlas,

no el que primero pretende,

mas el que primero alcanza.

Decir que el querer casarse

hace justa su demanda,

porque yo á ilícitos fines

debo de solicitarla,

ese es mucho adivinar:

y á doña Leonor agravia

quien piense que yo no debo

para mi esposa estimarla.

D. Garc. ¿Qué decís?

Marques. Será mi esposa;

y lo fuera, si gozara,

como un título poseo,

de la corona de España.

D. Garc. *(Ap.)* Perdido soy.

Marques. Don García,

de colores la mudanza

en vuestra cara, denota

turbaciones en el alma.

Parece que hacen en vos

sentimientos mis palabras,

mayores de los que suelen

obrar las ajenas causas.

D. Garc. Marques, las causas ajenas,

el que es noble, ó no se encarga dellas, ó tiene por propia su ventura ó su desgracia.

Marques. Correspondeis á quien sois; mas pues las partes contrarias haceis con doña Leonor; y son ella y doña Clara mis deudas, y sois galan, y ellas dos hermosas damas, con que pueden ofender vuestras visitas su fama; desde este momento son los humbrales de su casa vedados á vuestros piés, y á los ojos las ventanas.

D. Garc. Doña Clara es viuda, y es señora de sí, y se trata casamiento entre los dos.

Marques. Tratadlo sin visitarla.

D. Garc. No sois deudo tan cercano vos, que os obligue su guarda.

Marques. Á todos toca el remedio: que á todos toca la infamia, y son padres de sus deudos los señores de las casas. Pero cuando no, advertid que ya lo he intentado, y basta para empeñarme y correr por mi cuenta la venganza.

D. Garc. Habeis de advertir, marques, que si sois marques, soy Lara, que como yo, teneis vida, y yó como vos, espada. *(Vase.)*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON FÉLIX, *teniendo á* DON GARCÍA.

D. Garc. Soltad.

D. Félix. No ireis, vive Dios.

D. Garc. ¿He de mostrar cobardía al marques?

D. Félix. Yo, don García, tengo de morir con vos; mas si el fin de resolveros es no perder la beldad de Leonor, no es necesidad perdella más con perderos?

D. Garc. ¿Indicios de cobardía,
siendo quien soy, he de dar?

D. Félix. Esto no es sino guiar
bien las cosas, don García.
Tracemos cómo Leonor
dé efecto á vuestra esperanza;
que esa es la mayor venganza
y el verdadero valor;
pues si su bien le quitais,
dos fines conseguiréis:
mostrar que no lo temeis
y gozar de quien amais.
El que llevare á Leonor
ese vence: en eso topa;
porque el que guarda la ropa,
solo es el buen nadador.

D. Garc. En vano buscáis remedios;
que el venirnos á encontrar
es fuerza, si he de pasar
á los fines por los medios.
sin visitalla, sin vella,
sin servilla y sin hablalla,
¿cómo puedo yo obligalla?
¿cómo llegar á vencella?

D. Félix. ¿No tenéis amigos fieles?
¿No hay mensajeros discretos?
¿No hay medianeros secretos?
¿No hay recados? ¿No hay papeles?
¿No hay disfraces? ¿No hay espías?
¿No hay noches? ¿No hay á deshora
hablar á vuestra señora,
sin temáticas porfías?
Buscar el inconveniente
es notorio desvarío:
en el mas pequeño río
no hay vado como la puente.
El marques es poderoso:
vos no; aunque tan caballero:
de vuestro valiente acero
confieso el valor famoso;
y era ofensa declarada
el querer impedir,
si fuera cierto el reñir
cuerpo á cuerpo en la estacada.
No digo yo que ha de hacer
el marques superchería,
ni es razon; pero podría
querer usar del poder;
que puede al fin un señor,
desvanecido en su alteza,

dar título de grandeza
á lo que ha sido temor:
y aunque es fuerza confesaros
que vuestra nobleza es
tál, que no puede el marques
con razon supeditaros;
lo que en estado os excede
y os aventaja en hacienda,
basta para que pretenda
daros á entender que puede.
Y así arrojaros es loca
intencion, mientras no es tanta
el agua, que á la garganta
pida paso por la boca.
Si no podeis de otro modo
con Leonor comunicaros,
ahí será el determinaros
y el aventurarlo todo.

D. Garc. En tanto que la honra mia
no peligré, seguiré
vuestro consejo.

D. Félix. Á mi fe
fiad vuestro honor García.

D. Garc. Trazad, pues, cómo á Leonor
pueda yo ver.

D. Félix. ¿Un papel
no os escribió?

D. Garc. Sí.

D. Félix. Y en él
¿qué estado muestra su amor?

D. Garc. Satisfacciones me envia.
(Dale un papel.)
Leedlo, con advertencia
de que lo escribió en presencia
de doña Clara su tia.

D. Félix. (Lee.) "Mucho siento verme con vues-
tra merced tan mal acreditada, que no
basten satisfacciones mias á celos mal
fundados. Asegúrole que si le engañara,
le desengañara. Mi tia es y ha de ser
de vuestra merced, y remite la prueba de
sus verdades á las obras. Y si con esto
prosigue vuestra merced su enojo, será
cierto que no se retira por celar, sino que
cela por retirarse; y me holgara de verlo,
para decirle muchas más verdades sin re-
bozo."

D. Garc. Esa palabra declara
que cuanto me escribe aquí,
lo dice Leonor por sí,

hablando de doña Clara,
conforme á la oculta seña
entre los dos concertada.

D. Félix. De esa suerte declarada,
resolucion os enseña,
pues dice que es y ha de ser
vuestra.

D. Garc. Sí.

D. Félix. Discretamente
sabe decir lo que siente.

D. Garc. Agudeza fué poner
en el billete la seña,
sin desdeñir la razon.

D. Félix. Hermosura y discrecion
ablondarán una seña.

D. Garc. Esto supuesto, ¿qué haré?

D. Félix. ¿Qué falta, si ya Leonor
ha declarado su amor,
sino que la mano os dé?

D. Garc. ¿Eso que no es nada!

D. Félix. Pues
si ella está ya declarada,
ejecutarlo no es nada.

D. Garc. ¡Ay don Félix! Lo más es,
que en cosas tan de importancia,
desde la resolucion
á la misma ejecucion,
es muy grande la distancia;
y más en una mujer
niña, doncella y honrada,
encogida y recatada,
á quien se le han de ofrecer
inmensos inconvenientes
con pensar que desafia
la enemistad de su tia
y el murmurar de las gentes.
Y aumenta el temor cruel
ver que no se resolvió,
cuando ocasion se ofreció,
á recibir un papel.

D. Félix. Yo no os lo puedo negar;
mas tambien se ha de entender
que no hay de decir á hacer
más de un grado que pasar.
Ella ha dicho ya de sí:
démos á la ejecucion
tiempo, lugar y ocasion,
y probáremos así
las veras con que se abrasa.

D. Garc. Muy bien decis

D. Félix. Yo daré

una traza, con que esté
sola con vos en su casa,
porque se ausente con vos,
si su palabra desea
cumplir, sin que el marques vea
á ninguno de los dos.

D. Garc. Ya de vos la vida espero.

D. Félix. En vuestro bien está el mio;
(Ap. Pues desá suerte confio
alcanzar á la que quiero.)
En vuestra casa esperad
hasta que os avise.

D. Garc. Voy.

D. Félix. La prueba habeis de ver hoy
de mi ingenio y mi amistad. (Vase.)

Sala en casa de doña Clara.

ESCENA II

LEONOR Y MENCIA.

Mencia. Determinarme procura,
ó ser feliz desconfía;
que nunca la cobardía
dió abrazos á la ventura.

Leonor. No sé cómo es la pasion
de que fatigar me veo,
que me animo en el deseo,
y tiemblo en la ejecucion.
Siéntome abrasa por él,
y cuando lo veo, siento
que aun no tuve atrevimiento
de recibir un papel.

Mencia. Eso me tiene admirada.
Si dijiste á don García:
"Digo que os quiere mi tia,"
con la seña concertada,
que es decirle que lo quieres
¿cómo tan cobarde estás
en lo demas, si es lo más
declararse en las mujeres?

Leonor. Como las palabras son
tan ligeras, las envía
muy fácilmente, Mencia,
á la boca el corazon;
y más cuando no el intento
pronunciaron declaradas;
que les dió, el ir rebozadas
del engaño, atrevimiento.
"Digo que os quiere mi tia,"
dije; y pienso que si fuera

menester que le dijera:
 "yo os quiero," no lo diría.
 Y no debes, siendo así,
 admirar por cosa nueva
 que á ejecutar no me atreva,
 aunque á decir me atreví.
 Mil veces ya me arrojaba
 á recibir el papel;
 y tantas la mano d' él
 casi abierta retiraba.
 Ya del mismo portador
 la vergüenza me oprimía;
 ya de que álguien lo vería
 me refrenaba el temor.
 ¿Pues qué, cuando el alma piensa
 del pueblo las opiniones,
 de los deudos los baldones,
 de doña Clara, la ofensa?
 Allí es Troya: allí el temor
 corta á la esperanza el vuelo,
 y llueven montes de hielo
 sobre las llamas de amor.

Mencía. Que lo olvides me holgaré;
 que pienso que más ventura
 guarda el cielo á tu hermosura.

Leonor. ¿Por qué lo dices?

Mencía. La fé
 con que en amarte porfía
 el marques, me hace esperar,
 señora, que has de pasar
 de merced á señoría.

Leonor. ¿Qué locura!

Mencía. La locura
 es, siendo igual la nobleza,
 entender que su grandeza
 es digna de tu hermosura.

Leonor. En el príncipe más loco,
 los impulsos de afición
 centellas de rayo son:
 arden mucho y duran poco.
 Y del marques ni yo creo,
 ni aunque él lo diga, imagines
 que á justos y honestos fines
 encamine su deseo.

Mencía. Si Figueroa porfía
 que lleva puesta la proa
 en eso.....

Leonor. ¿De Figueroa
 haces tú caso, Mencía?

Mencía. Hace libros

Leonor. El papel
 echa mal.

Mencía. Pues por mil modos
 dice en ellos mal de todos.

Leonor. Y todos dellos y d' él.

Mencía. Pues él vive confiado.....
 —Mas la que viene es tu tía.

ESCENA III.

DOÑA CLARA.—DICHAS.

D^a Clara. Déjanos solas, Mencía.

Mencía. (Ap. á Leonor.) Entra en consejo de
 (estado. (Vase.)

D^a Clara. Leonor, bien pienso que sabes
 quién eres.

Leonor. Bien sé que fueron
 Toledos y Figueroas
 blasones de mis abuelos.

D^a Clara. Las muchas obligaciones
 entenderás, según eso,
 que con la sangre heredastes
 de tus pasados.

Leonor. Sí entiendo.

D^a Clara. Bien conocerás, sobrina,
 con cuanto amor te deseo
 buena fama y buena suerte.

Leonor. Sí conozco, y agradezco.

D^a Clara. Luego bien creerás que puedes
 fiar de mí tus secretos.

Leonor. Confíada estoy que en tí
 es más la amistad que el deudo.

D^a Clara. Pues no me niegues, amiga,
 lo que preguntarte quiero,
 si es que miras por tu honor,
 y fías que haré lo mismo.

Leonor. Deja tantas prevenciones,
 y declárate. (Ap. ¿Qué es esto?
 ¿Si ha entendido sus agravios?)

D^a Clara. No me espantaré que haciendo
 siempre el amor su morada
 en los juveniles pechos,
 en tus años florecientes
 haya prendido su fuego:
 no por cierto, que también
 soy yo mujer, y amor tengo.
 Dime pues: ¿qué lugar tienen
 en tu afición los deseos
 del marques?

Leonor. (Ap.) ¡Gracias á Dios
 que hemos llegado al puerto!

D^a Clara. Dí: ¿qué esperanzas le has dado
 ó qué favores le has hecho?

y él contigo, ¿qué fin lleva?
 ¿Qué designios ó qué intentos
 significan sus palabras
 y pronostican sus hechos?
 Háblame claro, sobrina;
 que te va el honor en ello.

Leonor. Hay tan poco que decir,
 que no haré nada en hacerlo:
 él dice que me pretende
 para esposa, no lo creo;
 y ni favor ni esperanza
 le he dado: no hay más en esto.

D^a Clara. Pues, sobrina de mis ojos,
 mira por tus pensamientos;
 que se obligan esperando,
 y se cautivan creyendo.
 Dase un reino á un rey extraño
 con que le guarde sus fueros;
 después que d' él se apodera,
 ¿quién podrá obligarle á ello?
 Prometiendo matrimonio
 entra el amor en el pecho,
 y aunque después no lo cumpla,
 no hay para echallo remedio.
 Piensa que el marques te engaña,
 y no lo querrás con eso;
 que el que engaña ofende, y causa
 la ofensa aborrecimiento.
 Piensa que en sangre le igualas
 y aspira al tálamo honesto;
 que el estado y la fortuna
 no es ventaja entre los buenos.
 Si es verdadero su amor,
 si casarse es su deseo,
 tu esquivaza y tu recato
 darán mas fuerza á su fuego;
 y si engañarte pretende,
 pruebe el rigor de tu pecho:
 darás lustre á tu nobleza
 y castigo á sus intentos.

Leonor. Aunque estimo tus avisos,
 casi corrida me siento
 sospechando que imaginas
 que yo necesito dellos.
 ¿Qué indicios has visto en mí
 de livianos pensamientos,
 que nacen más que de amor
 tan cuidadosos consejos?

D^a Clara. Ver que el marques multiplica
 diligencias y paseos,

y examina tus criados
 de tus dichos y tus hechos;
 centinela de tu vida,
 árgos de tus pensamientos;
 como te tengo á mi cargo,
 en tal cuidado me ha puesto;
 y más viendo que eres ave
 tan poco esperta en el vuelo,
 y en la region de la corte
 estrenas agora el viento.
 Que como pocos señores
 se ven en los otros pueblos,
 corren las recién venidas
 á la corte, mucho riesgo
 de pensar que es calidad
 que aumenta merecimientos,
 un amante señoría.

Leonor. Discretos son tus recelos,
 mas escusados conmigo.

D^a Clara. Conozco tu entendimiento;
 pero nunca hicieron daño,
 aunque sobren, los consejos.

ESCENA IV.

REDONDO, de mujer, rebozado: después, MENCIA Y FIGUEROA.—DOÑA CLARA Y LEONOR.

D^a Clara. Mas ¿quién es esta mujer?—
 (Redondo da un papel á Leonor sin decir
 palabra.)

¿Hola! criados, ¿qué es esto?
 ¿Billete le da á mis ojos?
 ¿Hay mayor atrevimiento?

¿Hola! (Sale Mencía.)

Redondo. Tente, no des voces. (Descúbrese.)
 ¿Á na mujer tienes miedo

D^a Clara. ¿Es Redondo?

Redondo. Soy Redondo.

D^a Clara. ¿Pues que disfraces son estos?

Redondo. ¡Ah, señora! Mucho mal:
 el mundo al revés se ha vuelto.

D^a Clara. ¿Cómo, Redondo?

Redondo. ¿No ves
 que ya los hombres son hembros?

D^a Clara. Acaba, dime: ¿por qué
 en ese traje te has puesto?

Redondo. Porque el marques tu pariente
 no sepa que á hablarte vengo;
 porque sobre visitarte
 ha tenido con mi dueño

palabras harto pesadas.
 D^a Clara. Él está loco de celos.— (A Leonor.)
 Mira el daño que el marques
 con pretenderte me ha hecho,
 pues que firme don García
 en el primer pensamiento
 de que soy el blanco yo
 á quien miran sus deseos,
 vino á encontrarse con él.
 Redondo. (Ap.) ¡Bien entendedis el enredo!
 D^a Clara. ¿Y qué dice don García?
 Redondo. Al pimpollo hermoso y tierno
 de gallegos Figueros
 y castellanos Toledos
 paga en este su papel,
 y á tí te pide que luego
 tomes, señora, la silla,
 y en el lugar mas secreto
 de San Sebastian lo aguardes,
 para contarte el suceso,
 y resolver destas cosas
 el importante remedio.
 D^a Clara. ¡Hola!—Apercebid los mozos
 (Sale Figueros.)
 de silla al punto.—¿Que en esto
 (Vase Figueros.)
 por tí, sobrina, me vea!
 Leonor. Yo, tia, ¿qué culpa tengo?
 D^a Clara. En tanto que me dispongo
 para salir, ve leyendo.—
 ¡Hola! el manto. (Vase Mencía.)
 (Abre el papel Leonor.)
 Leonor. (Ap.) ¿Si traerá
 contraseña este decreto?
 (Lee.) “El papel de vuesa merced puse
 “descubierto sobre mi cabeza, y con la
 “misma reverencia respondo.....”
 (Ap. Bien está: la seña trae.)
 D^a Clara. ¿Qué te detienes?
 Leonor. No acierto;
 que escribe mal don García.
 Redondo. Es propio de caballeros.
 Leonor. [Lee.] “Respondo que pues vuesa mer-
 “ced dice, sin rebozo, que su tia es y ha
 “de ser mia, y no deseo otra cosa, he tra-
 “zado como hoy se vea en la ejecucion la
 “verdad: y advierto que si hoy falta la
 “resolucion, mañana faltará la ocasion. Y
 “guarde nuestro señor, etc.”
 D^a Clara. ¿Cómo, si está satisfecho,
 celos al marques pidió?

¿Y cómo, si siempre yo
 le di la mano y el pecho,
 duda mi resolucion,
 y amenaza y desconfía?
 Redondo. El amor temores cria
 en la misma posesion.
 (Vuelve Mencía con el manto de su ama.)
 Mencía. La silla está apercebida.
 D^a Clara. (A Redondo.) Ve á visar á tu señor
 que ya parto.—Adios, Leonor.
 Leonor. Prospere el cielo tu vida.
 Redondo. [Ap. á Leonor.] El cuerpo hurtaré á
 que te importa mucho oírme. (tu tia;
 Leonor. ¿No te vas?
 Redondo. El despedirme
 de un ángel me detenia.
 [Vanse doña Clara, Mencía y Redondo.]

ESCENA V.

LEONOR.

Tántale entre el manjar y la bebida,
 en vano sigue el fruto que cercano
 el labio toca hambriento, y sigue en vano
 el agua que á la sed huye y convida.
 Mas yo de mis deseos combatida,
 (¿quién tal creyera?) en mal tan inhumano,
 yo misma ¡ay triste! la medrosa mano
 huyo del bien, al mismo bien asida.
 Si de la vida pretendéis privarme,
 temores y recatos, no es mi intento
 sino ver declarada la vitoria.
 Acabad de acabaros ó acabarme;
 que bien sabrá morir en el tormento
 la que sabe privarse de la gloria. [Vase.]

Sala en casa del marques.

ESCENA VI.

EL MARQUES Y OTAVIO.

Marques. Desde la tierna edad, Otavio, han sido
 un alma nuestras almas, y igualmente
 la amistad con los años ha crecido
 yo pienso que sacárades, ausente
 de mí, en defensa de mi honor la espada.
 Otavio. Hasta rendir la vida el pecho ardiente.
 Marques. Pues ya es, amigo, la ocasion llegada,
 en que la fé de vuestro hidalgo pecho
 á tantas pruebas la mayor añada.

Otavio. Corrido estoy, por Dios, de que hayais
 (hecho
 para mandarme tales prevenciones.
 Marques. Yo estoy de vuestras veras satisfecho;
 mas es justo en tan grandes ocasiones
 el fuego en las cenizas sosegado
 despertar, y acordar obligaciones.
 Si hubiera de pedir os que á mi lado
 saliérades al campo á un desafio,
 Venid, solo os dijera, confiado;
 mas no sin causa agora desconfío,
 cuando duro fiscal pretendo haceros
 de ajeno honor, por conservar el mio;
 que pienso que los nobles caballeros
 solo por no tocar en honra ajena,
 pueden romper de la amistad los sacros.
 Otavio. No llame dura la más dura pena
 quien con lengua insolente y atrevida
 la ajena fama y opinion condena;
 mas si puede marques, ser ofendida
 la vuestra del recato, es bien que sea
 en mi amistad á todas preferida.
 Marques. Sabed, pues, que el amor de suerte em-
 su fuerza en mí, que ya en mi pensamiento
 no hay parte que su fuego no posea.
 Resuelto estoy á declarar mi intento
 hoy á Leonor, y con su blanca mano
 dar venturoso fin á mi tormento.
 Vos, que con ella el pueblo sevillano
 desde la cuna honrastes hasta el dia
 que partistes al suelo cortesano;
 pues está en vuestra mano la honra mia,
 debajo de la llave del secreto,
 si de mi fé vuestra amistad lo fía
 me decid si padece algun defeto
 la fama de Leonor, porque yo deba
 suspender destas bodas el efeto.
 Habladme claro, Otavio, sin que os mueva
 ni la aficion ni el deudo que le tengo,
 á que en vos menos la verdad se atreva.
 No á vos amante, sino honrado vengo:
 mi sentimiento temeréis en vano,
 pues para el desengaño me prevengo.
 Imitad al experto cirujano
 en quien para el remedio del doliente
 tiene el pecho piedad, crueldad la mano.
 Solo de vuestra lengua está pendiente
 que yo ejecute mi intencion, Otavio,
 ó que reprima la pasion ardiente.
 Moved resuelto el oficioso labio,

advirtiendo que pongo ¡oh caro amigo!
 mi honor en vuestros hombros ó mi agravio.
 Otavio. Lo que os dije otras veces, que conmigo
 comunicastes este mismo intento,
 por verdad infalible agora os digo.
 Creed que á no ser esto lo que siento,
 la centella al principio os apagara,
 antes de que os abrase el pensamiento;
 el oculto peñasco os enseñara
 sin ser de vos, marques, examinado,
 y el timon en las manos os dejara;
 que aunque solo ha de darse demandado
 el consejo, entre amigos el aviso
 se ha de dar, sin pedillo, al descuidado.
 En cuantas tierras vió de Cipariso
 el claro amante, y la púrpura Diosa
 que el viejo esposo tan en vano quiso,
 nunca opinion mas clara, ó mas honrosa
 fama alcanzó doncella, que en Sevilla
 la tuvo siempre vuestra prenda hermosa.
 Gozad felix la octava maravilla
 de virtud, de prudencia y hermosura,
 del mundo asombro y honra de Castilla.
 Marques. Mi honor con eso, Otavio, se asegura,
 y mi amor se resuelve.
 Otavio. El cielo mido
 con su merecimiento su ventura.

ESCENA VII.

RICARDO.—DICHOS.

Ricardo. Mi cuidado, señor, albricias pide.
 En la silla salió la guardadora
 vigilante del bien, que ver te impide:
 sola queda Leonor.
 Marques. Aunque, ya agora
 resuelto á ser su esposo, se holgaria
 Clara, los hurtos ama quien adora.
 Á solas quiero ver la gloria mia.
 Otavio. Bien decís; que vencer la resistencia
 aumenta á los amantes la agría,
 y minora los gustos la licencia. (Vanse.)

Sala en casa de Doña Clara.

ESCENA VIII.

LEONOR Y REDONDO.

Leonor. Presto volviste.
 Redondo. Escondíme
 en un zaguan, y en pasando

doña Clara, vino al punto
á prevenirte del caso.
Leonor. Habla pues; que estoy confusa.
Redondo. Celoso y determinado
mi dueño, al marques buscó,
que es tu amante y su contrario;
y fingiendo que en su amigo
solicitaba tu mano,
le pidió que desistiese
del intento comenzado.
No se conformó el marques;
antes juzgó por agravio
la demanda, y con disgusto
al fin los dos se apartaron.
Pues como el marques prosigue
atrevido y confiado
en publicar, tan arriesgo
de tu opinion, sus cuidados;
mi señor, por evitar
los escandalosos daños
que en tu fama sucedieran,
si por tí riñesen ambos,
para entrar secreto á verte,
él y don Félix trazaron
sacar de aquí á doña Clara.
Don Félix la está esperando
en San Sebastian; y oculto
ocupa un zaguán cercano
mi señor, para meterse,
por cohecho ó por engaño,
en la silla de tu tía,
y venir á verte, en tanto
que ella en la iglesia le está
con don Félix aguardando.
Este es el caso, y el punto
este en que viene mi amo
por la calle en la litera
de dos racionales machos.
Apercibe pues, señora,
resolucion para el caso:
no se pase la ocasion,
que tiene el cerebro calvo.
Leonor. ¡Ay de mí!
Redondo. ¿De qué te afliges?
Leonor. Á un punto me hielo y ardo.
Redondo. Pasos siento. Este es sin duda
mi señor.
Leonor. Mil sobresaltos
me cercan.

ESCENA IX.

MENCIA.—DICHOS.

Mencia. En este punto
el marques en casa ha entrado.
Redondo. ¿El marques? ¿Cuerpo de Cristo!
Leonor. Ponte presto, ponte el manto.
Redondo. Despáchalo presto: mira
que ya llegará mi amo,
y si se encuentran los dos,
es forzoso un gran fracaso.
Leonor. Véle á avisar.
Redondo. Dices bien.
Leonor. Di que se detenga un rato;
que al punto al marques despide.
Redondo. Yo voy; mas voy recelando
que intentamos detenerlo
con lo que ha de apresurarlo. (Vase.)

ESCENA X.

EL MARQUES Y RICARDO.—LEONOR, MENCIA.

Marques. Bella Leonor.....
Leonor. Razon fuera,
si supo vuesañoría
que no está en casa mi tía,
que este pesar no le diera;
y si no lo supo, ya
que lo sabe, será justo
que á mí me evite el disgusto
que ella conmigo tendrá,
pues ha de pensar que es mia
la culpa desta ocasion.
Marques. Si escuchais una razon.....
Leonor. Sírvase vuesañoría
de perdonarme, y dífera
lo que quiere hablar por hoy;
y no se espante si soy,
de recatada, grosera.
Marques. Á pedir favor he entrado,
y he de porfiar, Leonor;
que un mendigo de favor
bien puede se porfiado.
Despedirme, confesais,
señora, que es grosería;
y yo confieso la mia
de no hacer lo que mandais.
Una por otra, Leonor,
se vaya: igual es el trato;
pues si os obliga el recato,
á mí me obliga el amor.

Leonor. Amarme ¿es darme pesar?
Mencia. (Ap. á Leonor.) Déjale por Dios decir
y gasta el tiempo en oír
que gastas en porfiar.
Leonor. Decid pues, con que abrevieis.
Marques. Solo digo que os ofrezco
esta mano, si merezco
que la de esposa me deis.
Leonor. ¿Qué decís!
Marqués. No digo más;
que obedeceros deseo,
y en esto que he dicho, creo
que se encierra lo demás.—
¿Qué dudais? ¿No respondeis?
Leonor. Señor marques, no os espante
en caso tan importante
esta suspension que veis;
que no sin causa al deseo
que me proponéis resisto,
pues por los medios que he visto
dudo los fines que veo.
Porque si vuestra intencion
era levantar mi mano
al tálamo soberano
de vuestra dichosa union,
¿de qué sirvió tanta espía,
con recato y diligencia,
para tratarlo en ausencia
de mi cuidadosa tía,
siendo negocio tan llano,
que para este intento fuera
ella la mejor tercera,
viendo lo mucho que gano?
Por esta razon no creo
la dicha que me sucede,
y lo que presumo puede
más en mí que lo que veo.
Marques. Recelos fueran discretos,
justas presunciones esas,
si fuesen estas promesas
y no presentes efectos.
Si os doy mano de marido,
¿qué temeís? ¿Qué recelais
cuando la verdad tocais?
Si porque os he pretendido
como galán? os advierto
que fué por gozar favor,
alcanzado por amor
primero que por concierto;
que no porque mi deseo
no fuese, desde que os ví,

daros posesion de mí
en pacífico himeneo.
Cecen pues, ya las crueldades
que causó el recelo vano,
pues que con daros la mano
averiguo estas verdades.
Leonor. Puesto que las acredito
con agradecido pecho,
no deis á tan justo hecho
circunstancias de delito.
Con doña Clara mi tía
tratad estas intenciones,
porque las justas acciones
no huyen la luz del día.
Marques. Al punto á buscarla iré;
que demas de ser tan justo,
los delitos de tu gusto
son las leyes de mi fé.
Pero tú, señora mia,
será bien que un sí me des.
Mencia. Bien dice.
Leonor. Digo, Marques,
que lo trateis con mi tía.
Marques. Sepa yo tu voluntad.
Dí que sí, mi bien, si quieres.
Leonor. No dicen más las mujeres
de mi estado y calidad.
Y con esto, idos con Dios:
no démos que murmurar,
si algun vecino os vió entrar.
Marques. Mi honor es el de los dos;
pero, mi bien, por venir
más presto al bien soberano
de tocar tu blanca mano,
más presto quiero partir.
¿Dónde hallaré á doña Clara?
Ricardo. Que en San Sebastian quedó,
ha dicho quien la siguió.
Marques. Pues adios, mi prenda cara.
Ricardo. La silla es esta, señor,
de doña Clara.

ESCENA XI.

Dos Mozos, trayendo una de silla manos, y en
ella á DON GARCÍA, oculto.—DICHOS.
Marques. Si viene
en ella, cuidado tiene
mi fortuna de mi amor.

Leonor. (Ap. ¡La silla! ¡Ay triste!) Mencía.
(Ap. á ella)

¡qué gran mal! Perdida quedo.

Mencía. (Ap. Yo lo estorbaré si puedo.)
(Llégase Mencía á la silla, y mírala.)

La silla viene vacía,—

¡Y señora?

Un mozo. Quedó en misa
en San Sebastian.

Marques. ¿Qué aguardo?

Lleguen el coche, Ricardo,
y á San Sebastian, aprisa.

(Váanse el Marques, Ricardo, y los mozos.)

ESCENA XII.

LEONOR MENCIA; DON GARCÍA oculto en la silla
de manos.

Mencía. ¡Qué bien se ha hecho!

Leonor. Los cielos
guardaron mi honor, Mencía.

Mencía. Entre agora don García,
y haga su papel de celos.

(Sale don García de la silla.)

D. Garc. Decidme, Leonor, hermosa,
¿á qué tan aprisa van
los dos á San Sebastian?

Leonor. Á pedirme por esposa
va el marques á doña Clara.

D. Garc. ¡Qué decís!

Leonor. Que fuera justo
que un sobresalto y disgusto
tan grande se me escusara,
pues envié á suplicaros
con Redondo, que un momento
os detuviérades.

D. Garc. Siento
en el alma el disgustaros;
pero viendo, dueño hermoso,
que se tardaba el marques,
no pude más: yerro es
de enamorado y celoso.
Mas pues solo ha sucedido
el peligro y no fracaso,
de lo importante del caso
tratemos, dueño querido.
El plazo veis limitado,
y veis la ocasion forzosa:
cumplidme, Leonor hermosa,
la palabra que habeis dado.

Dadme la mano, y entrad
en esa silla, señora.—

¿Agora dudais? Agora
os deteneis?

Leonor. Perdonad;
que ya perdí de alcanzarme
la ocasion vuestro cuidado

D. Garc. ¿Cómo, cruel, te has mudado
tan presto?

Leonor. Por mejorarme.

Mencía. (Ap.) Dígle con su misma flor.

D. Garc. ¿No bastara desdeñarme,
ingrata, sino agraviarme,
haciendo al marques mejor?

Leonor. ¿Negaréis la mejoría,
aunque en sangre sois igual,
de poco á mucho caudal,
de merced á señoría?

D. Garc. No la niego: ¿mas qué efeto
á tu promesa le has dado,
tirana, si la has mudado,
en mejorando el sugeto?

¿Qué palabra me guardabas,
ó qué firmeza tenias,
si á mi solo me querias
mientras no te mejorabas?
Firme es sola quien desprecia
la ocasion de mejoría.

Leonor. Yo os confieso, don García,
que esa es firme; pero es necia.

Mencía. (Ap.) La misma flor.

D. Garc. Mi esperanza
vive y muere en tu belleza:
galardona mi fineza,
no castigues mi mudanza,
no engañes la confianza
que en ese cielo tenia.

Leonor. No imagineis, don García,
que cuando estas cosas digo,
vuestras mudanzas castigo;
antes disculpo la mia.
Dos años fuisteis amante
de doña Clara, y por mí
dos años de amor os ví
olvidar en un instante:
segun esto, no os espante
si hoy por el marques olvido
vuestro amor, de ayer nacido;
pues debeis considerar
cuán fácil es de apagar
centella que no ha prendido.

ESCENA XIII.

REDONDO.—DICHOS.

Redondo. ¿Aqui estás, señor? Repara
en que de San Sebastian
salieron, y llegarán
ya el marques y doña Clara.

Leonor. Véte por Dios.

D. Garc. Prenda cara,
nun hay plazo en que me des
la vida.

Leonor. ¿Un mundo no ves
de inconvenientes?

D. Garc. Señora,
véteelos por quien te adora.

Leonor. Tambien me adora el marques.

D. Garc. ¡Ah cruel!

Leonor. Véte por Dios.

Noble eres, ten cortesía:
no lo perdamos, García,
todo de una vez los dos.

Redondo. Coche paró; ya han venido.
Escondámonos, señor.

Leonor. ¡Ay de mí!

D. Garc. Pierda, Leonor,
la vida quien te ha perdido.

Leonor. Hacerme un mal tan extraño
ni es amor, ni es cortesía.

D. Garc. Lara soy, tirana: fía
que yo remedie tu daño.
Tú mudaste voluntad;
mas no yo naturaleza.

Leonor. Es prueba de tu nobleza.

ESCENA XIV.

DOÑA CLARA, EL MARQUES Y DON FELIX.
DICHOS.

Marques. [Alborotado]. ¿Es don García?
D. Garc. Escuchad.

A San Sebastian partia
á verme con doña Clara;
topóme antes que llegara
quien me dijo que salia
ya de la iglesia con vos;
que á dar estado dichoso
á Leonor con tal esposo
veníades juntos los dos.
Díme priesa; que el primero
quise ser al parabien,
ya que para tanto bien

no he servido de tercero;
y porque en un mismo día,
para fiesta más dichosa,
vos recibais por esposa
á Leonor, y yo á su tía.

Marques. La merced os agradezco,
y á doña Clara le doy
el parabien.

D^a Clara. Cuanto soy
á vuestro servicio ofrezco.

Marques. Dalde la mano, García,
pues yo á Leonor se la doy.

D^a Clara. (A Leonor). Dá la mano.

(Danse las manos).

Leonor. Vuestra soy.

D. Garc. [Ap. Perdí la esperanza mía:
¿qué remedio? Corazon,
á quien os ama estimad].
Vuestro soy. (A doña Clara.)
(Danse las manos).

D^a Clara. Mi voluntad
premia vuestra estimacion.

D. Felix. (Ap. Agora, tristes cuidados,
empezais cuando acabais).

Por muchos años tengais
gustos de recién casados.—

Y aquí, Senado, el autor
fin á la comedia dá,

porque si os cansa, estará
en darle fin lo mejor.

TODO ES VENTURA.

PERSONAS.

TELLO, galan.	JULIO, criado del duque.	CELIA, criada
EL DUQUE ALBERTO, galan.	SANCHO, criado del Marqués.	UN GALAN, que acaba luego.
D. ENRIQUE, galan.	CASTRO, escudero de Leonor.	TRISTAN, gracioso, criado de don Enrique.
EL MARQUES, galan.	UN ALGUACIL.	UN PAJE.
MARCELO, criado del duque.	LEONOR, dama.*	GESTE.—ALGUACILES.
FABIO, criado del duque.	BELISA, dama.	

La escena es en Madrid, en Alcalá de Henáres y en sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

Madrid.—Prado de San Gerónimo.

ESCENA I.

DON ENRIQUE, TELLO, TRISTAN.

D. Enriq. Tello.....

Tello. Señor.....

D. Enriq. Ya ha logrado

la fortuna su intencion,
pues mi larga pretension
me ha traído á tal estado,
que no puedo sustentar
los criados que solía.

Tristan. Negocio que cada día
sucede en este lugar.

D. Enriq. [A Tello.] Grande es Madrid: muchos
con quien medres hallarás; (buenos
no puedes esperar más
ya de mí que ir siempre á menos.

Obligado estoy de tí;
conmigo te has de perder:
ningun bien te puedo hacer
como apartarte de mí.

Solo ya en mi compañía
quedará agora Tristan,
y segun mis cosas van,
presto llegará su día.

Tristan. No llegará, vive Dios;
que aunque despedirme quieras
por pobre, donde tú mueras
hemos de morir los dos.

Tello. Sin razon me has despedido;
que tambien moriré yo,
si está en eso.

D. Enriq. No harás, no;
que eres tú menos sufrido.
Yo sé bien de qué manera
te fatigas, si algun día
falta el sustento.—¿Qué haria

[A Tristan.]

si en un año no lo hubiera,
como de mi pobre estado
es ya forzoso temello?
Tú te ves agora, Tello,
de ese vestido adornado:
no tienes más que esperar:
porque si roto lo ves,
no hallarás amo despues,
ni yo te lo podré dar.

Tello. Habréte de obedecer,
pues es mi fortuna escasa;
porque á "salte de mi casa"
no queda que responder.

D. Enriq. [Yéndose.] Lo que puedo asegurarte
es que si el cielo algun día
colma la esperanza mia,
tendrás en ella gran parte.

Tello. Guárdete Dios; que lo creo
de tí todo: y quiera amor
que con Belisa, señor,
logres tu justo deseo.

[Vase don Enrique.]

Tristan. Tello, adios.

Tello. Tristan, adios.

* En la comedia unas veces se la llama Leonora y otras Leonor.

no he servido de tercero;
y porque en un mismo día,
para fiesta más dichosa,
vos recibais por esposa
á Leonor, y yo á su tía.

Marques. La merced os agradezco,
y á doña Clara le doy
el parabien.

D^a Clara. Cuanto soy
á vuestro servicio ofrezco.

Marques. Dalde la mano, García,
pues yo á Leonor se la doy.

D^a Clara. (A Leonor). Dá la mano.

(Danse las manos).

Leonor. Vuestra soy.

D. Garc. [Ap. Perdí la esperanza mía:
¿qué remedio? Corazon,
á quien os ama estimad].
Vuestro soy. (A doña Clara.)
(Danse las manos).

D^a Clara. Mi voluntad
premia vuestra estimacion.

D. Felix. (Ap. Agora, tristes cuidados,
empezais cuando acabais).

Por muchos años tengais
gustos de recién casados.—

Y aquí, Senado, el autor

fin á la comedia dá,

porque si os cansa, estará
en darle fin lo mejor.

TODO ES VENTURA.

PERSONAS.

TELLO, galan.	JULIO, criado del duque.	CELIA, criada
EL DUQUE ALBERTO, galan.	SANCHO, criado del Marqués.	UN GALAN, que acaba luego.
D. ENRIQUE, galan.	CASTRO, escudero de Leonor.	TRISTAN, gracioso, criado de don Enrique.
EL MARQUES, galan.	UN ALGUACIL.	UN PAJE.
MARCELO, criado del duque.	LEONOR, dama.*	GESTE.—ALGUACILES.
FABIO, criado del duque.	BELISA, dama.	

La escena es en Madrid, en Alcalá de Henáres y en sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

Madrid.—Prado de San Gerónimo.

ESCENA I.

DON ENRIQUE, TELLO, TRISTAN.

D. Enriq. Tello.....

Tello. Señor.....

D. Enriq. Ya ha logrado

la fortuna su intencion,
pues mi larga pretension
me ha traído á tal estado,
que no puedo sustentar
los criados que sôlia.

Tristan. Negocio que cada día
sucede en este lugar.

D. Enriq. [A Tello.] Grande es Madrid: muchos
con quien medres hallarás; (buenos
no puedes esperar más
ya de mí que ir siempre á menos.

Obligado estoy de tí;
conmigo te has de perder:
ningun bien te puedo hacer
como apartarte de mí.

Solo ya en mi compañía
quedará agora Tristan,
y segun mis cosas van,
presto llegará su día.

Tristan. No llegará, vive Dios;
que aunque despedirme quieras
por pobre, donde tú mueras
hemos de morir los dos.

Tello. Sin razon me has despedido;
que tambien moriré yo,
si está en eso.

D. Enriq. No harás, no;
que eres tú menos sufrido.
Yo sé bien de qué manera
te fatigas, si algun día
falta el sustento.—¿Qué haria

[A Tristan.]

si en un año no lo hubiera,
como de mi pobre estado
es ya forzoso temello?
Tú te ves agora, Tello,
de ese vestido adornado:
no tienes más que esperar:
porque si roto lo ves,
no hallarás amo despues,
ni yo te lo podré dar.

Tello. Habréte de obedecer,
pues es mi fortuna escasa;
porque á "salte de mi casa"
no queda que responder.

D. Enriq. [Yéndose.] Lo que puedo asegurarte
es que si el cielo algun día
colma la esperanza mia,
tendrás en ella gran parte.

Tello. Guárdete Dios; que lo creo
de tí todo: y quiera amor
que con Belisa, señor,
logres tu justo deseo.

[Vase don Enrique.]

Tristan. Tello, adios.

Tello. Tristan, adios.

* En la comedia unas veces se la llama Leonora y otras Leonor.

Tristan. El sabe que voy sentido
de ver que haya dividido
la fortuna así á los dos. [Vase.]

ESCENA II.

TELLO.
¡Bueno habeis quedado, Tello,
sin amo y sin un real,
sumado todo el caudal
en un vestido y un cuello.
Amigo no lo teneis,
ni aun conocido en la corte;
pues si á dueño que os importe
entrar á servir quereis,
¿qué poderoso señor
para ello os ha de ayudar,
si en Madrid se ha de alcanzar
hasta el servir por favor?

ESCENA III.

LEONOR Y CELIA, con mantos, tapadas, y UN
GALAN.—TELLO.

Tello. [Ap.] De un coche se han apeado
dos damas solas, á quien
quizá, como á mí, también
saca su tristeza al Prado.
Con ellas quiero un momento
mis desdichas olvidar;
mas no teniendo qué dar,
me falta el atrevimiento.—
ya se ha llegado á coger
otro la ocasion.

El Galan. El velo
que niega el hermoso cielo,
señora, habeis de correr;
que ninguna cosa es bella
entre la tiniebla obscura.

Leonor. Galan, ni tengo hermosura,
ni á vos os importa vella;
y la mayor cortesía
que hacerme agora podeis,
es que solas nos dejeis.

ESCENA IV.

DON ENRIQUE, TRISTAN.—DICHOS.

D. Enriq. [Hablando ap. con Tristan.]
En el talle y bizzarria
es ella.

Tristan. Como la noche
su manto empieza á tender,
no la puedo conocer;
mas puesto que partió el coche
de cas de Belisa, es llano
que es ella.

D. Enriq. Seguir la quiero.

Leonor. [Al Galan.] Ya os vais pasando al grosero
del límite cortesano.

Galan. No os espanteis; que yo os veo
tan constante en rehusar,
que habeis venido á trocar
en tema ya mi deseo.
Que estar tan endurecida
cuando yo por veros lucho
muestra que os importa mucho
no ser de mí conocida;
y eso mismo viene á ser
causa en mí de más porfia.
Perdonad si es grosería;
que os tengo de conocer.

Leonor. ¿Atreveisos por estar
tan solas?

Galan. Lo mismo fuera
si el mundo todo viniera
á querérmelo estorbar.
[Va á destaparla por fuerza.]

Leonor. ¡Villano! ¡Desvergonzado!

D. Enriq. Aquella es ya demasía.

Tristan. ¿Adónde vas? Que podria,
señor, haberte engañado
el pensamiento; y no ser
Belisa.

D. Enriq. Aunque no lo sea,
soy noble, y basta que vea
injuriar una mujer.

Tristan. Hombre de poco dinero
no lo quisiera rijoso.

Galan. Acabad ya. ¿Qué enfadoso
resistir!

D. Enriq. [Acercándose al Galan y á Leonor.]
¡Ah caballero!

No es bien hecho descubrir
una dama á su despecho.

Galan. Cuanto yo hago es bien hecho,
y quien osare decir
lo contrario, miente.

[Sacan los dos caballeros las espadas y entráanse
riñendo.]

Leonor. ¡Ay Dios!

ESCENA VI.

LEONOR, CELIA.

Leonor. ¡Plega á Dios que á tiempo llegues
que le valga tu favor!

Celia. No hay cosa como un señor
por amante: no me niegues
que es gran gusto ser amada,
señora, de un hombre tal,
que pueda en un lance igual
hacer una señorada.

Leonor. Celia, si las voluntades
no mueve la inclinacion,
de poca importancia son
provechosas calidades.
De un hombre viviera yo
con gran gusto enamorada,
como el que ahora la espada
en mi defensa sacó.
¿Con qué bizarro ademan
y airosa resolucion
dió en un punto informacion
de valiente y de galan?

Celia. ¿Y conoceráslo?

Leonor. No;

que aunque la luz me ayudara,
para no verle la cara
la turbacion me bastó.

Celia. ¿Si alcanzase en un instante,
sin haberlo pretendido
éste, lo que no ha podido
el duque en siglos de amante?

Leonor. Calla, necia.

Celia. [Ap.] ¡Plega á Dios,
no conocido homicida,
que con una misma herida
no hayais muerto á más de dos! [Vanse.]

ESCENA VII.

UN ALGUACIL con GENTE, asido de TELLO;
luego EL DUQUE Y FABIO.

Tello. ¿No ha de valer la verdad?

Alguacil. ¡Eso es bueno!

Tello. ¡Santo cielo!

A vuestra justicia apelo.

[Salen el Duque y Fabio.]

Duque. [Al Alguacil.] Hidalgo...

Alguacil. ¿Quién es?

Duque. El duque Alberto.

Alguacil. ¿Señor?

¿qué me manda vuesa lenoia?

Celia. En esto pudo parar
un tan necio porfiar.

[Tello saca la espada.]

Tello. ¡Oh qué bien riñen los dos!

[Entrase Tello: cae dentro el Galan.]

Galan. [Dentro.] Muerto soy.

Celia. Prestó pagó

su delito el desdichado.

Tristan. ¿No hubiera aquí otro eriado

con quien me matara yo?

Leonor. Mirad por vos, caballero.

[A Tello ó á don Enrique, que vuelven á salir.]

D. Enriq. La noche me ha de ayudar.

[Vase, y Tristan con él.]

Tello. La justicia ha de llegar,

y al que topare primero

ha de ser el delincuente;

quiero quitarme de aquí. [Vase.]

Leonor. Ya la justicia ¡ay de mí!

ha acudido, y diligente

buscando va al homicida:

válgale la obscuridad.

¡Cielos! á un hombre ayudad

que me deja agradecida.

ESCENA V.

EL DUQUE.—LEONOR, CELIA.

Duque. Hermosa doña Leonor,

¿qué es esto?

Leonor. Sin duda el cielo

por fin de mi desconsuelo

os trajo agora, señor.

Un hombre aquí descortés

por fuerza verme queria

el rostro, y su demasía

otro, que no sé quién es,

con la espada castigó;

y la justicia al momento

llegó, y va en su seguimiento.

Duque, la causa soy yo:

si es verdad que me estimais,

mostraldo agora, librad

á quien vida y libertad

arriesgó por quien amais.

Duque. ¿Por donde va?

Leonor. Hacia la calle

de Alcalá.

Duque. Tu amante soy;

No te afijas; que yo voy,

bella Leonora; á librallo. [Vase.]

Duque. ¿Qué es esto?

Alguacil. De una pendencia

llevo preso al agresor,
que en este punto en el Prado
una muerte ha cometido.

Tello. Favor, gran señor, os pido;
que el alguacil se ha engañado.

Alguacil. Mirad si es causa bastante
ver que apriesa se apartaba
del lugar en que dejaba
hecho un daño semejante,
y hallar cuando le alcancé
que lleva, señor, la espada,
como veis, desenvainada.

Tello. A poner paz la saqué.

Alguacil. Pues, ¿por qué fades huyendo,
si decis verdad, de mí,
sin culpa?

Tello. Porque temí
lo que me está sucediendo.

Duque. *(Al Alguacil.)* Aunque en este caso veo
que tenéis bastante indicio
para ejercer vuestro oficio
justamente, también creo
que está sin culpa este hidalgo;
mas que esté inocente ó nó,
ya estoy de por medio yo,
y si puedo con vos algo,
le habeis de dar libertad.

Alguacil. Vueselencia manda cosa,
no solo dificultosa,
pero imposible.

Duque. Acabad;
que por mí lo habeis de hacer,
por más que imposible sea.

Alguacil. Señor, vueselencia vea
que será echarme á perder.

Duque. A ser vuestro defensor
me obligo,

Alguacil. ¡Un necio fiara
en eso, y aventurara
quietud, hacienda y honor!

Duque. Acabad pues; lo que os pido
haced ya: dejad el preso,
y advertid que vengo á eso
resuelto, si comedido;
que me lo ha mandado así
quien puede; y puesto que ya
lo intenté, fuerza será
acabar lo que emprendí.

Alguacil. En fin ¿viene vueselencia
determinado?

Duque. Si el suelo
pidiese rayos al cielo
con que hacerme resistencia,
le ha de valer mi favor.

Alguacil. Pues menor inconveniente
es librar un delincuente
que indignar á un gran señor.—
Dejadle.

[*Los que rodeaban á Tello le dan paso y se van.*]

Su espada es esta. *(Se la da.)*

Duque. Sois cortesano y discreto,
y que no os pese os prometo,
si cuanto tengo me cuesta.

Y responded si la fama,
culpare este desconcierto,
que os lo mandó el duque Alberto,
y al duque Alberto una dama.

Alguacil. Mostrais vuestro gran valor. *(Vase.)*

Duque. Tú, Fabio, volando lleva
á mi Leonora esta nueva.

Fabio. Alas me dará tu amor. *(Vase.)*

ESCENA VIII.

EL DUQUE, TELLO.

Tello. Las plantas besaros quiero.

Duque. Levantad, por vida mía;
que el valor y cortesía
dicen que sois caballero.
Dadme esos brazos, en quien
tiene el pecho aprisionado
el valor que hoy han mostrado.

Tello. Aunque me estuviera bien
ser yo el autor de la hazaña
por quien pretendéis honrarme
y á esos brazos levantarme,
por Dios, señor, que se engaña
vuestra excelencia en pensar
que yo le maté.

Duque. Eso sí,
yo quiero el valiente así,
que sepa hacer y callar.
Solos estamos: mirad
que mi amistad ofendeis,
y por más que lo negueis,
sé que es esta la verdad.
Y así pretendo saber
quién sois; que un amigo quiere
daros en mí verdadero.

Tello. *(Ap.)* ¿Al fin tengo yo de ser
valiente por fuerza? Sí,
vaya: ¿qué puedo arresgar?
Quizá me viene á buscar
la fortuna por aquí.)
Tened por cierto, señor,
que puede en mi pensamiento
más que el más grave tormento
la fé de vuestro valor;
que de un verdugo, hasta dar
el alma, pedazos hecho,
supiera callar mi pecho
lo que me haceis confesar.—
Fernán Tello de Meneses,
excelso duque, es mi nombre,
Cádiz mi patria, mis padres,
tanto como hidalgos, pobres.
Luego que la juventud
me ciñó al lado el estoque,
fui soldado de la flota
que los indios mares corre.

Tres veces de Nueva España
pisé los preñados montes,
cuyos partos enriquecen
de plata los españoles;
y nunca de sus tesoros
vi que una parte me toque;
que también van á las Indias
las desdichas con los hombres.

Con esto determiné
mudar de mi vida el orden;
que en largas enfermedades
se han de mudar las regiones.
Á Madrid vine buscando
la fortuna; conocíme

un indiano caballero
que está aquí en sus pretensiones;
y supuesto que no pierden
de su calidad los nobles
en servir, y que no tuve
otro remedio en la corte,
entré á servirle há seis meses
y él esta tarde sacóme
triste hácia el Prado, y en él
me dijo en breves razones
lo mismo que yo sabía,
y es que ya se ve tan pobre,
que es fuerza que de los gastos
lo más que pudiere acorte.
Quedé sin amo y sin gusto,

cuando al venir de la noche,
de un coche al Prado salieron
dos damas solas: llegóse
un importuno galán,
y entre promesas y amores
hizo fuerza en descubrirlas
hasta que el manto les rompe,
hasta que le llaman necio,
hasta que ríen á voces,
hasta que en efeto falta
la paciencia á quien las oye;
que el ver damas ofendidas
y descomedido un hombre
el castigo apresuró
del poco dichoso jóven
á quien, como dí la muerte
con tan justa causa entónces;
le dió la vida agora,
pues él hizo que yo goce
de haceros aquel servicio
y alcanzar estos favores.

Duque. ¿De modo que habiendo visto
que estimé aquella desorden,
lo negáades? ¿Qué bien
vuestro valor se conoce!
En vos, Tello, no han entrado
las costumbres de la corte;
que en ella los lisonjeros
que cercan á los señores,
diciendo lo que no hacen,
en obligacion los ponen;
y vos negais lo que haceis,
prueba de valiente y noble.

Tello. Vos me honrais como quien sois.

Duque. Levantad, y si en la corte
habeis de servir, haced
lo que la suerte dispone,
pues estos sucesos quieren
que á mí ese cargo me toque.

Tello. Dadme la mano por quien
soy dichoso.

Duque. Gentilhombre
sois de mi cámara, Tello.

Tello. El cielo esos años logré.

Duque. Esto es comenzar: mercedes
esperad de mí mayores. *(Vase.)*

Tello. Prosigue lo que comienzas
y acaba lo que dispones,
fortuna, pues por tu gusto
dan este giro tus orbes. *[Vase.]*

Claustro del convento de la Vitoria.

ESCENA IX.

DON ENRIQUE, TRISTAN.

Tristan. Ni ellas supieron quién eras,
ni tú quién eran supiste;
solo en el difunto triste
no fueron tus obras huéras.
¿Sabes qué me ha parecido?
que en este caso presente
lo mismo que al maldiciente
poeta te ha sucedido.

D. Enriq. Dí cómo.

Tristan. Que porque huya
de la sátira la pena,
por más que le salga buena,
no puede decir que es suya;
y despues que la memoria
y entendimiento ha cansado,
se queda con el pecado,
y no se lleva la gloria.
Pues el mismo lance echaste;
pusiste á riesgo la vida,
fuiste de un hombre homicida,
y á nadie en ello obligaste.

D. Enriq. Como el coche se partió
de cas de Belisa, fué
con razon si me engañé:
ella la causa me dió;
pero ¿qué bien por Belisa
pudo venirme?

Tristan. Esta vez
de que fueras mal juez
lo sucedido me avisa;
pues fuera sentencia aguda
que si estaba tu querella
en duda de si era ella,
á él lo matases en duda.
Mas con incierta ocasion
hacerle tan cierta injuria,
mas fué enamorada furia,
que justa resolucion.

D. Enriq. En lugar de consolar,
¿es bueno, Tristan, reñir?

Tristan. Siempre ha sido el advertir
el santelmo del errar.
Mas dime, ¿caso has sabido
quién era el muerto?

D. Enriq. Yo infiero,
Tristan, que era forastero,
de que no era conocido.

Tristan. Al punto lo vi, señor.

D. Enriq. Pues ¿en qué?

Tristan. En que fué vencido;
que á ser en Madrid nacido,
supiera reñir mejor.

D. Enriq. ¡Pobre mozo! No pensé
matarle.

Tristan. Como á la herida
no tomaste la medida,
vínole muy grande.

D. Enriq. Á fe
que estás de gracia.

Tristan. Yo vi
que no eran al pelear
tus intentos de matar,
mas tus estocadas sí.

D. Enriq. Dilo, pues lo has comenzado.

Tristan. Tomó un arcabuz cargado
y apuntóle á un su vecino.
Dijo el otro, dando un grito:
"Mira que me matarás;"
y él respondió: "Queda estás;
que yo tirarás quedito."

D. Enriq. ¿Bozal vizecaino!

Tristan. Creo,
señor, que no era bozal.

D. Enriq. ¿Sino qué?

Tristan. Que estaba mal
con su vecino; que veo
muchos desta condicion;
Mas segun lo que imagino,
nadie tendrá mal vecino
si él mismo no dá ocasion.
Vivir bien engendra amor;
el pecado se aborrece.
Pero ¿qué es esto? parece
que doy en predicador.
El marques viene.

ESCENA X.

EL MARQUÉS, SANCHO.—DICHOS.

Marques. Pariente.....

D. Enriq. Señor.....

Marques. ¿Qué habeis cometido,
que os tiene aquí retraido?

D. Enriq. La desdicha es delincuente,
y conociendo la mia,
temo sin estar culpado.

Marques. Decidme el caso.

D. Enriq. En el Prado

ina hallé, señor, aquel dia,
habrá cuatro, que á un mozuelo
dieron muerte desdichada.
Saqué en la cuestion la espada,
y así con razon recelo,
(como al punto, apresurado
huyó el agresor de allí)
que alguno me culpe á mí,
malicioso ó engañado;
que las tinieblas obseuras
á confundir comenzaban
las cosas, y no dejaban
yá discernir las figuras.
Por esto en este convento
estoy, marques, retirado;
por esto os he suplicado
que me veais, con intento
de encargaros que sepais
por medio de algun amigo
si indicio, fama ó testigo
hay contra mí.

Marques. Libre estais.

No paseis mas adelante.

D. Enriq. Pues, ¿cómo sabeis, señor,
que lo estoy?

Marques. Al matador
prendieron al mismo instante,
y al alguacil lo quitó
el duque Alberto, por ser
gustó de cierta mujer
que causa á la muerte dió.

D. Enriq. Besaros quiero los piés
por la nueva que me dais.

Marques. Pues segun eso ignorais
lo que ha pasado despues.

D. Enriq. Y me holgaré de sabello.

Marques. El caso se publicó,
y á su majestad le dió
el alguacil cuenta dello;
y el rey le dijo: "Á los dos
todos os disculparán;
que el duque anduvo galan,
y anduvisteis cuerdo vos."

D. Enriq. Tal sentencia de tal seso.

Marques. Solo averiguar mandó
quién fué la que le obligó
al duque Alberto al esceso;
y sabiéndose, no dudo
sino que lo pase mal.

D. Enriq. Mujer será principal
quien al duque obligar pudo.

Marques. ¡Plega á Dios no venga á ser
la que pienso!

D. Enriq. Pues señor,
¿os toca?

Marques. Ya en mi temor
lo podeis echar de ver.
Venid conmigo; que es bien
que me aconseje con vos;
pues sois mi deudo.

Tristan. Por Dios,
que aunque nos está tan bien,
la nueva que le ha traído
á mi amo vueseñoría,
me pesa á mí, que vivia
con gran gusto retraido.

Marques. ¿Gusto puede haber aquí
como tener libertad?

Tristan. Si va á decir la verdad
otro hay mayor para mí.

Marques. ¿Cuál?

Tristan. Comer.

D. Enriq. Necio, ¿comienza
tu desvergüenza á afrentarme?

Tristan. Comienza, por no dejarme
acabar de tu vergüenza:
Si á un marques deudo y amigo
niegas tus necesidades,
¿qué aguardas? ¿Te persuades
que habrá milagro contigo?
Señor, esta es la verdad:
despues que está retraido
en la Vitoria ha vivido,
con la mucha caridad
destos padres, en la gloria;
y sin duda que por eso
pusieron el *Buen-Suceso*
tan cerca de la *Vitoria*.
Y así es grande impertinencia
irnos de aquí; que ha de ser
forzoso para comer
mendigar otra pendencia.

Marques. Corrido, por Dios, estoy.
Don Enrique, ni mostrais
que por noble me estimais,
ni que vuestro deudo soy.

D. Enriq. Ved, señor, que ha gracejado
Tristan, que es un hablador.

Tristan. No tiene ya mi señor,
de pobre, mas que un criado,
y ese sirve de bufon;

que es lo mismo que tener un vestido solo, y ser con bordado y guarnicion.

Marques. Yo sé muy bien lo que pasa un pretendiente en Madrid; de aquí adelante os servid de mi mesa y de mi casa.

D. Enriq. Señor.....

Marques. A tan justo intento la cortedad no replique.

Adereza á don Enrique,
Sancho, en mi casa aposento.

D. Enriq. Vuestro pecho en todo muestra
El ánimo liberal.

Marques. [A Tristan.] Pasa tú la ropa.

Tristan. ¿Cuál?

¿La del huésped ó la nuestra?
Porque si la nuestra, digo
lo que aquel sabio decía.

Marques. ¿Y era?

Tristan. Que siempre traia
toda su hacienda consigo. [Vanse.]

Sala en casa de Leonor en Madrid.

ESCENA XI.

LEONOR, BELISA, TELLO.

Leonor. Aquel día desdichado
que en tu casa, amiga, estuve,
y gusto y ocasion tuve
de irme á pasear al Prado,
fué Tello el valiente autor
de la hazaña que he contado.

Belisa. Con razon ha granjeado
el del duque y tu favor.

Leonor. Al duque debo y á Tello
de dos gustos recompensa:
á Tello el vengar mi ofensa,
y al duque el favorecello:
si bien me lastima en parte
castigo tan inhumano.

Belisa. Pesada tienes la mano:
¡Dios me libre de enojarte!

Tello. Sin verla, influyó valor
en mí la hermosa Leonor.

Leonor. [Ap.] ¡Quién te le influyera agora
para merecer mi amor!
¡Oh, nunca justos efectos
del ciego autor de crueldades!

¿Por qué igualas voluntades
en desiguales sujetos?

Tello. ¿Cómo te va de rigor
con don Enrique, señora?

Belisa. Tello, no ablanda el que llora
á quien no mueve el amor.

Leonor. ¿Quién es don Enrique, amiga?

Belisa. Un honra lo caballero,
que me quiere y no le quiero.

Leonor. ¡Falso amor, que no se obliga
de una aficion verdadera!

Lo mismo que tú padezco:
á quien me quiere aborrezco.

Belisa. Querrás á quien no te quiera.

Tello. Pues el duque mi señor,
antes que parta de aquí,
ha de recibir por mí
de tu mano algun favor.

Leonor. Hasta aquí le he entretenido,
viéndole perder el seso,
por no obligarle á un exceso,
dándole favor fingido.

Digo favor en dejarme
servirme d' él con tal medida,
que ni me muestre ofendida,
ni quiera d' él obligarme.

Y si le tengo de hacer
por tan honrado tercero
algun favor verdadero,
desengañarle ha de ser.

Tello. No, señora: si su daño
no ha de remediar así,
no pierda el gusto por mí
en que le tiene su engaño.

ESCENA XII.

CASTRO.—DICHOS.

Castro. Hermosa doña Leonor,
la justicia, sin dejar
que te viniera á avisar,
la escalera y corredor
ha pasado, y llega ya
á esta cuadra.

Tello. [Ap.] Soy perdido:
sin defensa me han cogido.

Leonor. La justicia ¿qué querrá
en mi casa.

ESCENA XIII.

ALGUACILES.—DICHOS.

Un alg. Perdonad

que sin avisar entremos;
que para hacerlo traemos
orden de su Majestad:
y si no soy más cortés,
disculpa tiene el rigor;
que es mal ministro de amor
quién de justicia lo és.

Tello. [Ap.] Pagaré yerros ajenos.

Alguacil. Un coche aguarda: tomad
el manto, y perdon me dad,
Leonora.

Tello. [Ap.] Del mal lo menos.

Leonor. ¡Yo presa! ¿Qué he cometido?
Sacadme de confusion.

Alguacil. Yo pienso que es la ocasion
desto, el haberse sabido
que la distes al suceso
de aquella muerte del Prado,
y que de vos obligado
quitó el dñe Alberto el preso:
y así mandan que á Alcalá
os llevemos desterrada.

Leonor. [Ap.] ¿Hay mujer más desdichada?

¿Qué descolorido está
Tello! ¿Mas qué quiere hacer
algun desatino? Es llano;
que es demonio en cuerpo humano,
y me ha de echar á perder.]

Repórtate, por mi vida,
Fernan Tello. [Habla ap. con él.]

Tello. Pues ¿qué hago?

Leonor. Nó, nó, no me satisfago;
la color tienes perdida.
Yo te conozco: detente,
no me suceda peor.

Tello. [Ap.] De miedo estoy sin color,
y piensa que de valiente.

Leonor. Belisa, légate aquí,
ayúdamele á tener.

Tello. [Ap.] ¿Al fin yo tengo de ser
valiente por fuerza? Sí,
vaya.] No tengas temor;
mas déjame hacer siquiera
que estos dos sin escalera
bajen desde el corredor.

Leonor. ¡Mirad si le conocí
luego en el rostro el intento!

Tello. ¿Que tengan atrevimiento
para haberse entrado aquí!
Suelta.

Leonor. No te has de arresgar,
por vida del duque.

Tello. Tente;

que ese freno solamente
me pudiera reparar.

Leonor. ¡Ah! ¿qué bien sobre el valor
asienta la cortesía!

[Ap. No envalde á mi pecho envía
tantas centellas tu amor.]
Tú, si á compasion te obligo [A Belisa.]
mi desdicha.....

Belisa. No habrá cosa
para mí dificultosa
si tú la quieres, amiga.

Leonor. Porque honor y autoridad
contigo, Belisa, lleve,
pues la jornada es tan breve
y tan larga la amistad,
me acompaña, porque así
tenga consuelo mi pena.

Belisa. Leonor, á entrambas condena
quién te ha condenado á tí,
pues una alma y una vida
es la nuestra.

Leonor. Tuya soy:
con eso aliviada voy.

Alguacil. Vamos pues, si sois servida.

Leonor. Tello, adios.

Tello. Voy al momento
á dar al duque esta nueva,
si á sus ojos no me lleva
sin vida ya el sentimiento
de ver que pases por mí,
señora, tales rigores.

Leonor. Tello, tormentos mayores
pasaré alegre por tí. [Vanse.]

Sala en casa del duque en Madrid.

ESCENA XIV.

EL DUQUE, MARCELO, FABIO Y OTRO CRIADO.

Duque. Este envidioso fuego
dentro del alma encendido,
inquietud de mi sentido,
turbacion de mi sosiego,
en el mismo corazon
firmemente adelantado,

tiene el pensamiento atado,
á la rueda de Ixion:
¡tan sin piedad me fatiga
un desear importuno!—
¡Hola!

Fabio. Señor.....
Duque. Cada uno

para divertirme diga
en qué ha gastado la tarde.—
¡Que tenga mi amada prenda
honor que me la defienda,
y valor que me la guarde!
¡Vive Dios!.....—Hablad, decid:
¿qué habeis hecho?

Marcelo. Yo, señor,

salí á la calle Mayor,
Sierra-Morena en Madrid,
pues allí roban á tantos
mil damas ricos despojos,
llevando armas en los ojos
y máscaras en los llantos.
Agradóme una tapada,
y al punto desenvainó
palabras con que me dió
en la bolsa una estocada.
Hízome sangre, y vertida
gran parte del corazón
(que los dineros lo son),
me dió otra mayor herida;
pues cuando yo pienso en vano
que el demas caudal me deja,
me pidió para la vieja
que llevaba de la mano.

Aquí, señor, perdí pié,
y dije: "A vos, porque os quiero,
doy, señora, mi dinero;
pero á la vieja, ¿por qué?"
Ella dijo: "No hagais cuenta
de lo que acabais de dar;
que quien me ha de contentar
ha de tenerla contenta."
Yo dije: "De vos me aparto;
que quiero más, vive Dios,
no cobrar lo que os dí á vos,
que dar á la vieja un cuarto."

Duque. ¿Dónde estuvisteis vosotros?

Criado. Yo en el Prado, y solo ví
andar de aquí para allí
y mirarse unos á otros

Duque. ¿Tú, Fabio?

Fabio. Yo en la comedia.

Duque. ¿Pareció bien?

Fabio. No, señor,
con ser divino su autor;
porque si no se remedia
esta nueva introduccion
de los silbos, es forzoso
que pierda el más ingenioso
á los versos la aficion.

Duque. Comedias que no agradaron,
nunca alcanzaron silencio,
porque tambien á Terencio
muchas en Roma silbaron.
Cuando la comedia es buena,
nadie ofenderla podrá;
que la muchedumbre dá
al malicioso la pena:
porque al vulgo cortesano,
en sabio, recto y agudo,
abatir banderas pudo
el auditorio romano.

ESCENA XV.

EN PAJE.—DICHOS.

Paje. Ya el camarero acabó
tan prolija enfermedad.

Duque. Mucho mal y mucha edad
¿qué diamante no riudió?
Téngale en el cielo Dios.

Fabio. El gobierno que tenia,
con el oficio, seria
mi remedio.

Marcelo. Y aun los dos
viviéramos descansados;
que servido por teniente,
el gobierno solamente
vale más de mil ducados.

Fabio. Y mil el ser camarero.

Duque. ¿Que dices, Fabio?

Fabio. Señor
que si algo puede el amor
tan constante y verdadero
con que tantos años ves
que he vivido en tu servicio,
el gobierno y el oficio
de camarero me des.

Marcelo. En antigüedad y amor,
en asistencia y trabajo,
yo pienso que me aventajo
á cualquiera pretensor.

ESCENA XVI.

TELLO, triste.—DICHOS.

Duque. Vengas, Tello, enhorabuena.

Tello. Bien venida no me des,
supuesto que no lo és
el que viene á darte pena.

Duque. ¿Es de Leonora? ¿Qué ha habido?
Dí: que el cuidado me abraza.

¿Vienes, Tello, de su casa?

Tello. Sí, señor, y ha sucedido.....

Duque. ¿Qué?

Tello. Ya ves en los indicios
que te ha de pesar, señor.

Marcelo. [Ap.] ¿Mala nueva y de Leonor?
No empuñareis los oficios.

Duque. Habla, acaba; que con eso
nuevo tormento me das,
pues paso de más á más
los temores del suceso.

Tello. Pues la nueva desdichada
es forzoso darte, ha sido
que en este punto ha salido
para Alcalá desterrada
por el exceso del Prado
tu Leonora triste y bella:
y Belisa va con ella;
que su amistad la ha obligado
á que pretenda aliviar
así la pena que lleva.

Duque. ¿Y esa, Tello, es mala nueva?
Los brazos te quiero dar.
Pónganme el coche al momento,
de camino: á mi Leonora
sigamos, Tello, que agora
espero verme contento.
Este es el medio mejor
de conseguir mi esperanza,
porque con esta mudanza
pienso verla en su rigor;
que en el camino, en la venta,
en el campo, en la posada,
vivirá menos guardada;
y estando mas descontenta,
estimaré mi aficion
porque sus penas consuele;
que en las desventuras suele
mudarse la condicion.
Tendré ocasion de servirla;
y á Belisa, que pues va
con Leonora, ella podrá

Criado. Pues yo, señor, solo digo
que adviertas á quien prefieres,
pues de mis servicios eres
tú mismo el mejor testigo.

Duque. Iguales méritos veo
y servicios en los tres,
y en mí para todos és
igual tambien el deseo.
Tres sois, los oficios dos:
no quisiera, y es forzoso,
dejar al uno quejoso.
Alzad, dejadme por Dios;
que no es justo darme agora
más penas y confusiones
que me dan las dilaciones
y tibiezas de Leonora.
Pero, pues sabéis mi amor,
y decís que los oficios
dé á quien tenga más servicios,
para mí será el mayor
darme alguna nueva tal
que acreciente mi esperanza,
y me prometa mudanza
de su desden y mi mal.

Y al gentilhomme primero
que á mi pasion amorosa
haga con esto dichosa,
los oficios darle quiero.

Marcelo. Y las albricias valdrán
dos mil ducados de renta.

Fabio. [Ap. á Marcelo.] De modo, por esta cuen-
ta, que los premios no se dan
hoy, conforme fuera justo,
al que más y más fiel
ha servido, sino á quel
que ha servido más al gusto.

Marcelo. Habiendo el señor pagado
el salario y la racion,
sale de la obligacion
que le tiene á su criado.
Lo demas es equidad,
no justicia, amigo Fabio,
y no es el negar agravio,
cuando el dar es voluntad.

Criado. Lo que importa es el favor
de Leonora prevenir;
que merecer es servir
á contento del señor.

en mi favor persuadirla;
que es la mejor tercería
la de una amiga. No hubiera
suceso en que más pudiera
fundar la esperanza mía:
Y pues tú diste el primero
tan feliz nueva á mi amor,
tú eres ya gobernador
Fernan Tello, y camarero.

Fabio. ¡Bueno, por Dios!

Tello. Esos piés
me dá, señor á besar.

Duque. Alza, Tello. A caminar.

Marcelo. [A sus compañeros.] ¡Puenos queda-
(mos los tres.

Fabio. Dió Tello en la coyuntura,

Criado. Paciencia.

Tello. [Ap.] ¡En lo que entendi

dar pena, contento di!

Todo en efeto es ventura. [Vase.]

ACTO SEGUNDO.

Habitacion del duque en Alcalá de Henáres.

ESCENA I.

EL DUQUE, TELLO, MARCELO, FABIO, JULIO.

Duque. [A Fabio.] ¿Qué no harás esto por mí?

Fabio. Señor, yo soy un peon

que en la montaña nací;

tan caballerosa accion

en mi vida la emprendí.

Y pues del caballo infiero

que se dice el caballero,

Fernan Tello, que lo és,

y está ya rico, los piés

vista de dorado acero.

Duque. [Ap. Esta es invidia.] Marcelo
yo me he de valer de tí.

Marcelo. Si tú lo mandas, harélo;
mas al camarero así
causar invidia recelo,
porque siempre al mas privado
empresa igual ha tocado;
y á pensar le obligarás,
si á mí ese cargo me das,
que soy de tí mas amado.

Duque. ¡Qué poco gusto sabeis

darme, necios, enfadosos,
cuando tan triste me veis!

[Ap. Todos están invidiosos
de Tello.] Presto veréis
cuán bien empleo el favor
en quien me sirve mejor.—
Tello.....

Tello. Detente, y advierte
si puedo yo de otra suerte
festejar á tu Leonor.

Duque. ¿Has de salir?.....

Tello. No sabré.

¿Gustas de verme afrentado?

jamás gobernó mi pié

más que el estribo quebrado

de una mula de alquilé.

Yo nací en puerto de mar,

donde es solo navegar

lo que se practica y sabe.

El caballo de una nave

si me atrevo á gobernar,

que por líquida region

por piés lleva blancas velas,

riendas las escotas son,

el viento ministra espuelas

y presta freno el timon;

mas en públicos lugares

no quieras, sin que repares

en el riesgo en que me pones,

que con no espertos talones

hiera sentidos ijares,

y en racional sujecion

tonga de un bruto valiente

la ignorada condicion,

y la incierta mano intento

poner cierto el garrochon.

Duque. Agil y andaluz mancebo
eres, Tello, y yo me atrevo
á apostar que á dos liciones
que te dé solas, te pones
en los caballos de Febo.

Y el que has de llevar es tal,
tan presto, tan arriendido,
tan cierto en accion igual
que de un bruto gobernado,
obra como racional.

Haz esto, Tello, por mí
que estando Leonora aquí
desterrada y triste, es justo
que su pena y su disgusto

procure aliviar así,
ya que yo tengo de estar
encubierto, por seguir
mi pensamiento, sin dar
en Alcalá que decir
y en Madrid que remediar.

Tello. Lo mismo fuera, señor,
si le importase á tu amor,
que yo en el caso probara
solo y á pié, cara á cara
con el toro mi valor.

Como lo ordenares sea.

Duque. Por eso en tí mi aficion
tan justamente se emplea.

Tello. Mayor es la obligacion
que el alma pagar desea.
Da por cumplido tu intento,
como esta faceion le importe.

Duque. ¡Hola!

Julio. Señor.....

Duque. Al momento,

causando afrentas al viento,
parte á traer de la corte
tantos diamantes, que el velo
que de estrellas borda el cielo
á Tello pueda invidiar. [Vase Julio.]

Fabio. [Ap. á Marcelo.] Desta vez han de
los dos oficios, Marcelo. (vacar

Marcelo. [Ap. á Fabio.] Eso si, como las du-
el que come las maduras: (ras
pues tiene con que curarse,
ruede; que así han de mezclarse
con desdichas las venturas.

Duque. En el rucio celebrado,
de mi mano alicionado,
Tello, en la plaza entrarás.

Fabio. [Ap.] ¡Pobre caballo! Tú irás
rucio y volverás rodado.

ESCENA II.

CELIA, con manto.—EL DUQUE, TELLO, MAR-
CELO, FABIO.

Duque. ¡Celia, Amiga! ¿por acá?

Celia. A avisarte que Leonora
á gozar del campo va.

Duque. Dí que va á ser nueva Flora
de los prados de Alcalá.
Y ¿adonde va?

Celia. Yo sospecho

que hácia la parte que ha hecho
fértil el undoso Henáres.

Duque. Porque rinda Manzanares
desde agora humilde pecho,
parto á seguirla al momento.
¡Ah Celia, amiga fiel!
Si alcanzo el fin de mi intento;
pídemc en albricias del
cuanto pinte el pensamiento;
y hoy, pues á vella y seguilla
voy por tí, toma el diamante,

(Dale una sortija.)

que el sol en sus rayos brilla.
¡Oh Henáres, presta á un amante
feliz tálamo en tu orilla!

(Vanse el duque y los criados.)

Celia. Vencerás, si puedo; que es
un vivo despertador
del ingenio el interes,
y en diligencias de amor
han de ser de oro los piés.

Habitacion del marques en Alcalá.

ESCENA III.

EL MARQUES, DON ENRIQUE; TRISTAN, ponién-
dose un sayo y caperusa de labrador.

Marques. La vida nos va, Tristan.

Tristan. ¡Plugiése á Dios que en Turquía
tuviese el rey tal espía
al lado del Soliman!
Los gustos y los enojos,
los desdenes y aficiones
infiero por las razones,
brujuleo por los ojos.

Marques. Esto importa; que en sabiendo
que el duque Alberto es amado,
dejaré desengañado
lo que engañado pretendo;
que los indicios que veo
mucho prueban en mi daño,
y se entra ya el desengaño
por los ojos al deseo;
que haber el duque seguido
á Leonora me ha mostrado
que no está desesperado,
cuando no favorecido.

D. Enriq. No concluye ese argumento
supuesto que vos tambien,
aunque os trata con desden,
venis en su seguimiento.

en mi favor persuadirla;
que es la mejor tercera
la de una amiga. No hubiera
suceso en que más pudiera
fundar la esperanza mía:
Y pues tú diste el primero
tan feliz nueva á mi amor,
tú eres ya gobernador
Fernan Tello, y camarero.

Fabio. ¡Bueno, por Dios!

Tello. *Esos piés*
me dá, señor á besar.

Duque. Alza, Tello. A caminar.

Marcelo. [*A sus compañeros.*] ¡Puenos queda-
(mos los tres.

Fabio. Dió Tello en la coyuntura,

Criado. Paciencia.

Tello. [*Ap.*] En lo que entendi
dar pena, contento di!
Todo en efeto es ventura. [*Vase.*]

ACTO SEGUNDO.

Habitacion del duque en Alcalá de Henáres.

ESCENA I.

EL DUQUE, TELLO, MARCELO, FABIO, JULIO.

Duque. [*A Fabio.*] ¿Qué no harás esto por mí?

Fabio. Señor, yo soy un peon
que en la montaña nací;
tan caballerosa accion
en mi vida la emprendí.
Y pues del caballo infiero
que se dice el caballero,
Fernan Tello, que lo és,
y está ya rico, los piés
vista de dorado acero.

Duque. [*Ap.* Esta es invidia.] Marcelo
yo me he de valer de tí.

Marcelo. Si tú lo mandas, harélo;
mas al camarero así
causar invidia recelo,
porque siempre al mas privado
empresa igual ha tocado;
y á pensar le obligarás,
si á mí ese cargo me das,
que soy de tí mas amado.

Duque. ¡Qué poco gusto sabeis

darne, necios, enfadosos,
cuando tan triste me veis!
[*Ap.* Todos están invidiosos
de Tello.] Presto veréis
cuán bien empleo el favor
en quien me sirve mejor.—
Tello.....

Tello. Detente, y advierte
si puedo yo de otra suerte
festejar á tu Leonor.

Duque. ¿Has de salir?.....

Tello. No sabré.

¿Gustas de verme afrontado?
jamás gobernó mi pié
más que el estribo quebrado
de una mula de alquiler.
Yo nací en puerto de mar,
donde es solo navegar
lo que se practica y sabe.
El caballo de una nave
si me atrevo á gobernar,
que por líquida region
por piés lleva blancas velas,
riendas las escotas son,
el viento ministra espuelas
y presta freno el timon;
mas en públicos lugares
no quieras, sin que repares
en el riesgo en que me pones,
que con no espertos talones
hiera sentidos ijares,
y en racional sujecion
tonga de un bruto valiente
la ignorada condicion,
y la incierta mano intento
poner cierto el garrochon.

Duque. Agil y andaluz mancebo
eres, Tello, y yo me atrevo
á apostar que á dos liciones
que te dé solas, te pones
en los caballos de Febo.

Y el que has de llevar es tal,
tan presto, tan arriendido,
tan cierto en accion igual
que de un bruto gobernado,
obra como racional.

Haz esto, Tello, por mí
que estando Leonora aquí
desterrada y triste, es justo
que su pena y su disgusto

procure aliviar así,
ya que yo tengo de estar
encubierto, por seguir
mi pensamiento, sin dar
en Alcalá que decir
y en Madrid que remediar.

Tello. Lo mismo fuera, señor,
si le importase á tu amor,
que yo en el caso probara
solo y á pié, cara á cara
con el toro mi valor.

Como lo ordenares sea.

Duque. Por eso en tí mi aficion
tan justamente se emplea.

Tello. Mayor es la obligacion
que el alma pagar desea.
Da por cumplido tu intento,
como esta faceion le importe.

Duque. ¡Hola!

Julio. Señor.....

Duque. Al momento,

cáusando afrontas al viento,
parte á traer de la corte
tantos diamantes, que el velo
que de estrellas borda el cielo
á Tello pueda invidiar. [*Vase Julio.*]

Fabio. [*Ap. á Marcelo.*] Desta vez han de
los dos oficios, Marcelo. (vacar

Marcelo. [*Ap. á Fabio.*] Eso si, como las du-
el que come las maduras: (ras
pues tiene con que curarse,
ruede; que así han de mezclarse
con desdichas las venturas.

Duque. En el rucio celebrado,
de mi mano alicionado,
Tello, en la plaza entrarás.

Fabio. [*Ap.*] ¡Pobre caballo! Tú irás
rucio y volverás rodado.

ESCENA II.

CELIA, con manto.—EL DUQUE, TELLO, MAR-
CELO, FABIO.

Duque. ¡Celia, Amiga! ¿por acá?

Celia. A avisarte que Leonora
á gozar del campo va.

Duque. Dí que va á ser nueva Flora
de los prados de Alcalá.
Y ¿adonde va?

Celia. Yo sospecho

que hacía la parte que ha hecho
fértil el undoso Henáres.

Duque. Porque rinda Manzanares
desde agora humilde pecho,
parto á seguirla al momento.
¡Ah Celia, amiga fiel!
Si alcanzo el fin de mi intento;
pideme en albricias del
cuanto pinte el pensamiento;
y hoy, pues á vella y seguilla
voy por tí, toma el diamante,

(*Dale una sortija.*)

que el sol en sus rayos brilla.
¡Oh Henáres, presta á un amante
feliz tálamo en tu orilla!

(*Vanse el duque y los criados.*)

Celia. Vencerás, si puedo; que es
un vivo despertador
del ingenio el interes,
y en diligencias de amor
han de ser de oro los piés.

Habitacion del marques en Alcalá.

ESCENA III.

EL MARQUES, DON ENRIQUE; TRISTAN, ponién-
dose un sayo y caperusa de labrador.

Marques. La vida nos va, Tristan.

Tristan. ¡Plugiese á Dios que en Turquía
tuviese el rey tal espía
al lado del Soliman!
Los gustos y los enojos,
los desdenes y aficiones
infiero por las razones,
brujuleo por los ojos.

Marques. Esto importa; que en sabiendo
que el duque Alberto es amado,
dejaré desengañado
lo que engañado pretendo;
que los indicios que veo
mucho prueban en mi daño,
y se entra ya el desengaño
por los ojos al deseo;
que haber el duque seguido
á Leonora me ha mostrado
que no está desesperado,
cuando no favorecido.

D. Enriq. No concluye ese argumento
supuesto que vos tambien,
aunque os trata con desden,
venis en su seguimiento.

Marques. *(Da un billete á Tristan.)* Toma el paquete Belisa no ha de ver *(pel, advertido)* que lo das, ni ha de saber que tras Leonora he venido; porque no dudo que esté de parte del duque, y sea, si su vitoria desea, la que más guerra me dé; y mientras pretendo y sigo ocultamente á Leonor, ni aviso al competidor ni despierto al enemigo; antes si se viene acaso á sospechar y sentir mi afición, he de fingir que por Belisa me abraso; y así lo escribo á Leonor.

D. Enriq. Es cordura; que en efecto siempre el amante secreto es quien negocia mejor.

Marques. Por eso sin firma mia va el billete.

D. Enriq. De esa suerte no hay peligro.

Marques. Al dallo, advierte que le digas quien lo envía.

(Pónese una cabellera Tristan.)

D. Enriq. ¿Qué! ¿cabellera te pones?

Tristan. Ya las cabelleras bajan tanto, que se las encajan los pelados mas pelones. Es disfraz acomodado para no ser conocido; que es un remedio aprendido en la corte, de un letrado.

(Pónese un parche en un ojo.)

Marques. ¿Qué es esto?

Tristan. Un parche, y por Dios que sé yo quien en su casa, para no ver lo que pasa, tiene puestos siempre dos; que sus poltrones resabios ponen, trocando despojos, la bigotera en los ojos, los anteojos en los labios.

D. Enriq. ¿Qué bien disfrazado vas!

Tristan. Pues esto es cosa de risa.

D. Enriq. ¿Más falta?

Tristan. Porque Belisa me conoce, falta más.

(Métese un budoque ó bola en la boca.)

Desta suerte se asegura el disfraz.

Marques. Es evidente que es el habla diferente, y el rostro se desfigura.

Tristan. Más falta; que me he de hacer, para descuidallos más; del borracho.

Marques. Bien harás.

Tristan. Pues á vino importa oler; que con eso irá del todo la invencion acreditada.

Marques. Dices bien. Toma. *[Dale dinero.]*

Tristan. Animada cada invencion deste modo, haré dos mil cada dia.

D. Enriq. Ve presto, y advierte bien si tiene causa el desden con que mi ingrata porfía; que no puedo persuadirme sino que de ajeno amor procede tanto rigor y resistencia tan firme.

Tristan. De vuestros bienes y daños hoy he ser el Colon.

D. Enriq. Es cierto, porque Indias son en amor los desengaños; que no hay riqueza mayor.

Marques. Antes, don Enrique, anegue el mar mi vida, que llegue á tales Indias mi amor. *[Vase.]*

D. Enriq. Tras tí vamos.

Tristan. Y no es yerro, porque ayudeis á Tristan, si le conocen y dan lo que llaman pan de perro. *[Vanse.]*

Campe.

ESCENA IV.

EL DUQUE, acabando de leer una carta; TELLO;

MARCELO, FABIO Y OTRO CRIADO.

Duque. Dice que sin dilacion parta á Madrid; que han notado ya mi ausencia y comenzado á murmurar la ocasion.— Al punto ve á prevenir *(al criado.)* postas. ¡Hola!

Criado. Voy, señor. *(Vase.)*

Duque. En hablando á mi Leonor, quiero á la corte partir:

No haré más que parecer en los públicos lugares; que en postas parto de Henáres; y en alas pienso volver.

Tello. Bien harás.

Duque. Tú has de quedar, Tello, á asistir á Leonor; con poderes de mi amor para servir y guardar. Los engaños y traiciones la noche los ejecuta: aun no de su triste gruta salga á ocupar las regiones; cuando ocupes tú la calle de Leonor. De tí me fio: los átomos, Tello mio, á este sol has de contalle; las sospechas con que lidio me aclaran.

Tello. Déjame hacer; que un Argos tengo de ser mejor que lo pinta Ovidio.

Fabio. *[Ap. Pues si os dormis, vive el cielo que ha de ver vuestra privanza que no duerme mi venganza.]* Si tú me ayudas, Marcelo, *(á él.)* quiero en esta coyuntura este valiente probar.

Marcelo. *(Ap. á Fabio.)* Sí, bueno será quitar estorbos á la ventura.

Tello. Ya llega.

ESCENA V.

LEONOR Y BELISA, con mantos; CASTRO, escudero.—DICHOS.

Leonor. Apartad el cochle, porque sin ser conocidas aguardemos divertidas entre estos olmos la noche. *(Siéntanse.)*

Belisa. Aquí del famoso Henátes el claro cristal gocemos, porque con él olvidemos la ausencia de Manzanares.

Duque. Tello, entretén á Belisa.

Tello. Tiempo daré á tus amores.

(Lléganse á las damas.)

Duque. Ya alegre el campo sus flores, ya el agua aumenta su risa.

Leonor. El duque.

(Vase á levantar Leonor, y tíndela el duque.)

Duque. No os levantéis. *(Arrodillase.)*

si no es que al dichoso suelo que habeis convertido en cielo, dar queja de mí queréis.

Leonor. Señor, no es razon que esteis de rodillas.

Duque. ¡Ay Leonor!

Cuando ho os duele mi amor, ¿del cuerpo teneis piedad?

Esa compasion guardad para el alma, que es mejor.

El cuerpo, señora, que es de barro humilde formado,

¿preparais en que de estrado sirva á vuestros blandos piés?

Y el alma, á cuyo interes no se iguala precio humano;

¿dejais que os adore en vano, siempre á esos piés derribada,

sin ser jamas levantada de vuestra dichosa mano!

Leonor. *(Ap.)* ¿Qué le puedo responder, si en una misnia ocasion

me enfrena mi obligacion y me obliga su poder?

Si se ausenta, no he de ver al que causa mi tormento;

si favorecerle intento, su poder y mi favor

darán licencia á su amor á un injusto atrevimiento.

ESCENA VI.

TRISTAN, con el disfraz.—DICHOS.

Tristan. *(Ap.)* Hablando están dos á dos, el duque á Leonor, y Tello á Belisa: agora es ello.

Embisto en nombre de Dios.

(Llega haciendo del borracho.)

¡Ah buen señor! ¿quién sos vos? Y vos, que humilde os adora

santa, ¿quién sos, mi señora?

Castro. ¡Qué borracho tan perdido!

Aparta.

Tristan. Yo so Cupido,

que bajo del cielo agora.

Tello. ¡Graciosa transformación!

Tristan. Señora, quírale bien al señor; que á fé que tien bien abierto el camison.

Duque. Bien herido el corazón; dirás mejor.

Tristan. Cosa es crara; que es de morir en cura. ¿No os quiere?

Duque. No.

Tristan. ¿Voto á Dios, que si yo fuera que vos hiciera?

Duque. ¿Qué hicieras?

Tristan. ¿Qué? La dejara. *(Déjase caer junto á Leonor y fíngese dormido.)*

Leonor. *(Ap.)* ¡Ojalá!

Duque. ¿Qué buen consejo!

Castro. Dormióse.

Tristan. *(Ap.)* Bien lo entendéis!

Duque. Cuando el alma me teneis, ¿cómo vivirá si os dejó. Con justa causa me quejó.

Tello. ¿Que habiendo el duque servido tanto á Leonor, haya sido tan constante en su crueldad!

Belisa. á decir verdad, yo no fuera tan sufrido.

Belisa. El que no espera no alcanza, y lo que yo te aseguro es que del duque procura ver cumplida la esperanza.

Tello. El tiene en tí confianza.

ESCENA VII.

UN CRIADO.—DICHOS.

Criado. Prevenidas están ya las postas.

Leonor. Pues ¿de Alcalá os partís? *(Ap.)* Ya no lo puedo encubrir: sin alma quedo si Tello también se va.

Duque. Ahora mal negaréis afeto tan conocido. Mi partida habéis sentido; claro está que amor teneis.

Leonor. ¿Yo la siento? ¿En qué lo veis?

Duque. No es vuestra pena muy poca; pues al corazón os toca; mi bien, ¿qué color es esa?

Lo que la cara confiesa; ¿por qué lo niega la boca? A Madrid parto sin vida; Tello se queda á serviros; él podrá, Leonor, decirnos la ocasión de mi partida. No es justo que me despida de vos, ó por no creer que me aparto, ó por saber que pues sus alas me ha puesto amor, ha de ser tan presto como el partir el volver.

Leonor. No os fatiguis; llévos Dios con bien, señor; á Madrid.

Duque. Belisa, adios; y advertid que estriba mi dicha en vos.

Belisa. Yo espero que de los dos esta fuerza combatida, al fin has de ver rendida.

Duque. Tú sola puedes hacerlo. *(Vase el duque y el criado.)*

Leonor. *(Ap.)* Como me dejes á Tello, no vuelvas acá en tu vida.

ESCENA VIII.

LEONOR, BELISA, TELLO, CASTRO, TRISTAN, tendido en el suelo.

Tello. Triste quedo.

Leonor. *(Ap.)* ¿Qué grosero! Triste, quedando conmigo. ¡Mal haya!..... Mas ¿qué mal digo, si no sabe que le quiero! De esta súbita partida me dí la ocasión agora.

Tello. Escribíronle, señora, de Madrid.....

Castro. No ví en mi vida pena más inanimada que este bruto.

Belisa. ¿Quién le hiciera alguna burla que fuera más gustosa que pesada?

Tristan. *(Ap.)* ¡Bueno es esto!

Castro. Yo imagino que ninguna puede dalle tanta pena como agualle á un punto el sueño y el vino.

Belisa. Bien dices.

Castro. Por agua voy.

Belisa. Honáres la puede dar.

Castro. Un vaso quiero buscar. *(Vase.)*

Belisa. Y ven presto.

Tristan. *(Ap.)* Oyendo estoy, traidores; mas proseguir la ficción importa agora, y lo que tratan Leonor y Tello á solas oír; y que al bautizarme Belisa con su agua misma procure por dejar mi vino puro, dejar aguada su risa.

ESCENA IX.

DON ENRIQUE.—LEONOR, BELISA, TELLO, TRISTAN, tendido en el suelo.

D. Enriq. *(Ap.)* Pues el duque se ha asentado, ventura quiero probar, que Tello no ha de estorbar el remedio á mi euidado.

Belisa hermosa.....

Belisa. ¿Qué es esto?

D. Enriq. ¿Es don Enrique?

D. Enriq. Señora, es quien la dicha que adora sigue, á tu fortuna opuesto.

Belisa. Tras de tantos desengaños, ¿qué pretendes? ¿Qué porfías?

D. Enriq. Cruel, las firmezas mías se alimentan de los daños. Por eso de mí te vengas en mi honor; que en Alcalá y en Madrid, ¿qué se dirá de que siguiéndome vengas? Tú quieras verme perdida; que esto no es quererme bien.

D. Enriq. No culpes, señora, á quien viene buscando la vida.

Leonor. Vaya á Madrid; que es razón demeritir á las espías. *(Ap.)* Insufribles ansias mías, aquí teneis la ocasión; pues vuestra dicha es tan poca, acabad de reventar, ó por el pecho á matar, ó á dar vida por la boca. Ya del terrible dolor la paciencia está vencida; callar acaba la vida, hablar inflama el valor.

Mas bien es que mi cuidado por tales medios le diga, que parezca que me obliga más que amor, razón de estado. Con más decoro encaminó mis intentos de este modo.

Tristan. *(Ap.)* Por Dios, que me duerman todo: de las suyas hace el vino. *[Duérmese.]*

Leonor. De tu pecho principal, confiada Fernan Tello, si bien debajo del sello del secreto natural, comunicarte el archivo de mi corazón prevengo, y remedios que apercebo, bato pues me da esta soledad, tan desoada, ocasión tan desoada.

Tello. Hablar puedes confiada, señora, en mi voluntad.

Leonor. Don Bernardo de Tujan y doña Isabel Mejía me dieron en su nobleza la ocasión de mis desdichas. Soy única sucesora de una casa no muy rica, pero tal, que á un noble esposo puede dar dichosa vida. Vióme el duque tu señor en la Trinidad en una fiesta, que me ha dado de trabajo tantos días. Dió en mirarme, dió en seguirme, no sé si en amarme digan, que tiene á veces de amor, que apariencia la porfia. Ya mis amigas granjea, ya mis criadas obliga, que siempre alcanzó el poder de poderosas tercerías. Sus músicos, las ventanas de noche me solicitan, y sus caballos la puerta me desempiedran de día. Al principio (esto confieso) me tuvo desvanecida la grandeza del amante y la imprudencia de niña; parecióme (¡oh propio amor!) que, ciego el duque, podría

levantar á su esclencia
por mi hermosura mi dicha;
que mis locas esperanzas
ejemplares me ponian,
y disculpaban su esceso
mis presunciones altivas.
Estos engaños hicieron
que su pensamiento admita,
que su esperanza entretenga,
siempre cauta, si no esquivas;
que nunca de mí alcanzaron
sus amorosas caricias
más respuestas que escucharlas
ni más favor que admitirlas.
Mas como el tiempo y los casos
en edad mas entendida
su injusto intento descubren,
mi ciego engaño averiguan;
contra su amor y poder,
que mi perdicion codician,
defensas traza el temor,
trazas el honor fabrica.
Desdeñarle era irritar
á una violencia sus iras,
favorecerle era abrir
las puertas á su osadía;
y así entre los dos extremos
mi resistencia camina,
ni con favor que provoque,
ni con desden que despida.
Tú, pues, que su lado ocupas,
que en su pensamiento privas,
que su inclinacion gobiernas
y su voluntad inclinas;
si piadosa alma te informa,
si noble sangre te anima,
si la razon te conmueve,
y si una mujer te obliga;
dá sagrado á mis peligros,
de suerte los casos guia,
que ni al duque precipiten,
ni honrado esposo me impidan;
por tus manos quiero el bien;
en ellas me pongo: mira
cuánta obligacion te pone
quien tanto de tí confia!

A tu valor se encomienda
una mujer afligida:
ya corren por cuenta tuya
mis desgracias ó mis dichas.

Y mira que puede ser
que si con honra me libras
deste naufragio, á la tuya
venga á importar algun dia.

Tello. Señora, aunque te agradezco
que en tu defensa me elijas,
ser contra mi dueño mismo
me acobarda y desobliga;
y no sé qué pueda más
importar á la honra mia
que guardar la fé al señor,
naturalmente debida.

Leonor. (Ap. ¿Qué torpe es quien no es amañ;
Bien fácil lo entenderias (te.)
si advertieses lo que arguye,
si vieses qué significa
la que pone por tu cuenta
su ventura ó su desdicha.

Tello. Espera.

Leonor. (Al cochero, que está dentro.)
Llega ese coche.

Tello. Señora.....

Leonor. Tello, desvía.

Tello. Dime.....

Leonor. Harto he dicho por hoy;
no demos nota á Belisa.
¿No vienes, amiga? (Vase.)

Belisa. Vamos.

Tello. (Ap.) No creas lo que imaginas,
alma incapaz de tal bien;
no te mate la alegría.

(Reparando en don Enrique que habla con
Belisa.)

Mas ¿no es don Enrique? El es.
No estorbarle es cortesia,
darle tiempo es amistad:
hable á su adorada esquivas
mientras veo si Leonor
lo que he entendido confirma;
que es tanto el bien, que aunque vea
y escape clara mi dicha,
pensaré que me han mentido
los oídos y la vista. (Vase.)

ESCENA X.

DON ENRIQUE, BELISA, TRISTAN.

Belisa. Perdona, que es imposible;
que el corazon no se inclina,

D. Enriq. Pues perdona; que es forzoso
que aunque te canse te siga.

Belisa. Piensa que sigues el viento
con torpes piés, imagina
que un rayo sigues, que sigues
al sol en su esfera misiva. [Vase.]

D. Enriq. Bien sé yo que sigo el viento,
el rayo, el sol, epemiga;
porque todos tres se encierran
en tu condicion esquiviva. (Vase.)

ESCENA XI.

CASTRO, con un cántaro de agua.—TRISTAN.

Castro. ¿Don Enrique en Alcalá?
¡Bueno á fé! Todos á guisa
de caballeros andantes
tras sus infancias caminan.
Sin ver lograda la burla,
se entra en el coche Belisa;
mas pues yo pasé el trabajo,
pase el cuero la molina.

(Al revolverse Tristan durmiendo se le caen la
caperuza, cabellera y parche.
¿Qué es esto? Por Dios que trae
la cabellera postiza.
Mas ¿no es Tristanillo? El es:
la cabellera me hacia
desconocerlo. ¿Qué enredo
tales disfraces maquinan?
Un papel tiene en el pecho
(Sácale el papel.)
El me dirá estos enigmas.
¿Con esto.....
(Echale el agua en la cara.)

Labrador, despertad; que viene el dia. [Vase.]

Tristan. [Despertando y haciendo ademanes de
¿Que me ahogo, que me ahogo! (nadar.
¿San Crispin! ¿Santa Lucía!
¿Qué terrible tempestad!
Echa un cabo; arriba, arriba.

ESCENA XII.

DON ENRIQUE.—TRISTAN.

D. Enriq. ¡Buenos andan los disfraces,
Tristan!.....

Tristan. ¿Quién?..... ¿Quién es?

D. Enriq. ¿Dormías?

Tristan. Y soñaba que la mar
me zahucaba la vida;
que Belisa y su escudero
creyendo lo que fingia
trataron de remojarme;
oído yo, y mientras iba
él por agua, quiso el diablo
hacer verdad la mentira;
pues como el que duerme sueña
lo que al dormirse imagina,
y yo me dormí pensando
en la burla prevenida,
agua y mas agua soñaba,
cuando un mar se precipita
sobre mi boca y narices,
con que de aliento me priva;
y soñando que me ahogaba,
nadaba y favor pedía.

D. Enriq. ¿Por Dios, gentil centinela!
¿En la vigilancia misma
te duermes?

Tristan. Como bebí,
y estuve haciendo la espía
tendido tan grande rato,
y há tantas noches que sisay
su acostumbrada porcion
al sueño vuestras viglias;
la ocasion me persuade,
el manso viento me arrulla,
la necesidad porfia,
despacha el vino vapores
al cerebro y á la vista,
y al fin se rinde el equidado
á tan poderosa liga.

ESCENA XIII.

EL MARQUES.—DICHOS.

Marques. Tristan.....

Tristan. Señor.

Marques. ¿Qué tenemos?

Tristan. No sé, por Dios, qué te diga.
El duque encarece mucho
de Leonor las tiranias;
mas ella no le desdeña,
supuesto que le resista.
El parte agora á Madrid,
y en esta ausencia á servirla
se queda Tello, que es ya
quien más con el duque priva,

D. Enriq. Yo me luego.
 Tristan. Todo el bien
 le debe á tu despedida.
 Marques. De saber que se va el duque,
 te debo, Tristan, á ricias.
 Mas despues que él se ausentó, lo
 qué tratan? ¿Qué dician
 Tello y Leonora?
 Tristan. De ahí
 no pasó el evangelio.
 Marques. ¿Cómo?
 Tristan. Dormire á ese punto.
 D. Enriq. ¿Ved qué vigilante espiro.
 Tristan. Flaqueza humana.
 Marques. Bien dienas
 mi billete.
 Tristan. Ya verás
 que nunca tuve ocasión
 pues has estado á la vista.
 Mas por Dios que lo he perdido,
 si no es que mientras dormia
 me le sacaron del pecho.
 D. Enriq. (Amenazando á Tristan.) Hay tal
 (desquido? Por vida!.....
 Marques. Enrique, tened: qué importa,
 supuesto que va sin firma?
 Vamos á trazar el modo
 conque Leonora y Belisa
 en esta ausencia del duque
 nos oyan menos esquivas.
 D. Enriq. La diligencia conviene,
 pues que la ocasión convida,
 aunque ninguna lo es
 para quien ama sin dicha.
 (Vase don Enrique y el marques.)

Tristan. ¡Válgaos Dios, amantes trasgos!
 Yo apostaré que hasta el día
 no se acuestan, y será
 mala noche y parir hija.
 (Vase.)
 Habitación de Belisa y Leonor en Alcalá.
 ESCENA XIV.
 CASTRO, BELISA, con el papel.
 Belisa. ¿Qué era Tristan?
 Castro. Sí, señora.
 Belisa. ¿Por qué se disfrazaria?
 Castro. En el papel que traia
 lo echarás de ver agora.
 Belisa. [Lee.] "Bella Leonor, de la corte

"viese siguiendo, un perdido
 "en el mar de vuestro olvido,
 "de vuestra hermosura al norte.
 "Recelo, desconfianza,
 "recato, duda y temor.
 "tienen oculto mi amor
 "y cobardo mi esperanza;
 "que como guardada os veo
 "de otros vigilantes ojos,
 "temiendo vuestros cuojos,
 "sufro los de mi deseo,
 "hasta que el ver, Leonor mia,
 "que pagais mi voluntad,
 "y á mi amor de libertad
 "y á mi esperanza osadia.
 "Mientras no, pienso igualar
 "sin que lo estorbe el morir,
 "la fortaleza en sufrir
 "á la firmeza en auar;
 "y fingiendo otros intentos
 "aguaré vuestros despojos,
 "contento con que mis ojos
 "vos digan mis pensamientos."
 —Acabóse en lo postrero
 mi sospecha se confirma,
 porque un billete sin firma
 es Tristan el mensajero,
 haber, siguiendo á Leonor,
 venido á Alcalá, y decir
 que otro intento ha de fingir
 para proseguir su amor,
 probanza dan verdadera
 de que don Enrique ha sido
 quien lo escribe, y yo he servido
 á su intento de tercera.
 ¿Quién vio falsedad mayor?
 ¿Quién astucias más estrafalanas?
 Vos sois Enrique?
 Castro. Las mañas
 del reloj tiene su amor,
 la campana es Leonor bella,
 tú eres la hora; y así des
 apunta la mano á tí
 y da los golpes en ella.
 Belisa. [Ap.] No es bueno que me da pena?
 ¿No es bueno que estoy celosa?
 ¿Ah condicion, codiciosa
 solo de la dicha ajena!
 Huí cuando me seguia,
 desdendiando y ofendiendo,

y ya me dá pena huyendo
 quien siguiendo me ofendia.
 Sí, no hay duda, yo lo siento,
 ó causa amor el dolor,
 ó es rabia de que mi amor
 sirva al suyo de instrumento,
 pues no ha de pasar así.
 ¿Una amada, otra ofendida?
 ¿A Leonor para querida,
 y para burlada á mí?
 No es razon.] Castro, al momento
 busca á Tello, y de mi parte
 le llama.
 Castro. Para agradarle
 igualaré al pensamiento.
 Belisa. (Ap.) Don Enrique, bien podeis
 otros medios intentar,
 que impidiendo he de vengar
 lo que intentado ofendeis.
 Castro. La centella del papel
 gran incendio ha levantado,
 y no se le hubiera dado
 si tal entendiera d' él.
 Calle.—Es de noche.
 ESCENA XV.

Tello, con una capa de color guarnecida.
 Declaróse mi ventura,
 pues declarada, publica
 Leonora que sacrifico
 á mi humildad su hermosura;
 y en edad tan breve, amor
 no hay gigante ya que iguale
 tu grandeza.
 ESCENA XVI.

Castro.—Tello.
 Tello. (Ap.) Un hombre sale
 de su casa: ¿qué temor
 la empieza á culpar? ¿Será
 por dicha algún escudero
 suyo ó de Belisa? Quiero
 certificarme. ¿Quién va?
 ¿Es Herrera? ¿Es Castro?
 Castro. Es Tello?
 Tello. Sí, Tello soy.
 Castro. El vestido
 á la luna es tan lucido,
 que pude reconocerlo.

¿No es el que el duque os ha dado?
 Tello. Sí.
 Castro. Con salud lo rompais.
 Tello. Dios os guarde. ¿Dónde vais?
 Castro. Ya donde iba he llegado.
 (Habla en voz baja á Tello.)
 ESCENA XVII.

EL MARQUES, DON ENRIQUE.—DICHOS.
 D. Enriq. Sin duda es él, pues la calle
 por el duque en esta ausencia
 guarda con tanta asistencia.
 Marques. ¿Qué haremos?
 D. Enriq. Yo quiero hablarle
 á solas, y ver si puedo
 algun buen medio trazar,
 y en tanto habeis de buscar
 vos un eriado.
 Marques. ¿Qué enredo
 imagináis?
 D. Enriq. Si obligalle
 á ayudar vuestro cuidado
 no puedo, con un recado
 falso haré que de la calle
 nos le lleve; que con eso
 se consigue la intencion.
 Marques. Abreviar la ejecucion
 es acertar el suceso.
 Tello. Dí que la iré á obedecer
 en pudiendo.
 Castro. Haré así.
 ESCENA XVIII.

Tello, DON ENRIQUE.
 Tello. [Ap.] Un hombre viene, hacia mí
 se llega: ¿quién puede ser?
 D. Enriq. ¿Es Tello?
 Tello. ¿Quién es?
 D. Enriq. Amigo
 Don Enrique soy.
 Tello. Señor,
 tus pasos mueve el amor.
 D. Enriq. ¿Qué he de hacer? Mi suerte sigo:
 de la tuya me he alegrado.
 Tello. Conozco tu noble pecho.
 D. Enriq. Grande pondador te has hecho.
 Tello. No te espantes, soy mandado,
 y á gran cuidado se obliga

el que sirve á gran señor;
pues si el descuido menor
por gran delito castiga;
y más cuando recibidas
tengo d' él mercedes tales,
que no son gracias iguales
arriesgar por él mil vidas.

D. Enriq. (*Ap.* Fuerte está por esta parte;
tentemos otro castillo.)

Por eso mismo imagino
qué jamás has de olvidarte
de qué cuando pude fui
amparo tuyo.

Tello. Jamás
lo olvidaré.

D. Enriq. Pues ¿no harás
sola una cosa por mí?

Tello. Señor, en el alma siento
que así dudes de mí fe.

D. Enriq. Pues negocia que me dé
Belisa audiencia un momento.

Tello. Sabe que el duque mi dueño
partió á la corte, y á mí
me mandó velar aquí
sin dar un instante al sueño.
Pues como está mi prianza
tan tiernamente nacida,
y es fuerza ser combatida
de la invidia y la asechanza;
temo que me han de espiar
mis contrarios, con intento
de abatirme, si un momento
me aparto deste lugar;
y esta ocasion me obligó
á ponerme este vestido
tan vistoso y conocido
que el mismo duque me dió,
porque puedan conocerme
claramente las espías
con la luna.

D. Enriq. Bien podías,
si quieres, favorecernie
usando de traza.

Tello. Di.

D. Enriq. Pues dices que es el vestido
de todos tan conocido,
troquémos capas, y así
con la tuya engañaré
las espías.

Tello. Pensamiento
estremado! (*Truecan las capas.*)

D. Enriq. Si á mi intento

no puedes hacer que dé
con recatos de su honor
Belisa á solas audiencia,
haz que me escuche en presencia;
Tello amigo, de Leonor,
porque la murmuracion
así no pueda temer.

Tello. Hoy, don Enrique, has de ver
si me debes aficion. (*Vase.*)

D. Enriq. [*Solo.*] Por dicha así con Leonora
una ocasion hallaré
en (si le diga la fe
con que mi primo la adora;
que ya con Belisa doy
mi esperanza por perdida:

ESCENA XIX.

LEONOR, á la ventana.—DON ENRIQUE:

Leonor. [*Ap.* El que da vida á mi vida
es el que mirando estoy.
Sí, no pueden engañarme
las señas.—¿Qué guardas, di,
la calle? Solo de ti
tienes, Tello, que guardarme.
Quiero hablarle.] Caballero
de la capa guarnecida,
guarda fiel de una vida
que solo por vuestra quiero,
no es justo, así os guarde Dios;
que en guardarme os desveléis;
que bien guardada teneis
á quien se pierde por vos.

D. Enriq. (*Ap.*) Por la capa se ha engañado;
y ser yo el duque ha creído:
no debe de haber sabido
que el vestido á Tello ha dado;
y piensa que ó no ha partido
á Madrid ó ha vuelto ya.

Leonor. ¿No me habláis?

D. Enriq. [*Ap.*] Fuerza será;
para no ser conocido,
responder á su intencion.

ESCENA XX.

BELISA, á otra ventana.—DICHOS:

Belisa. [*Ap.*] Tello me vino á rogar
que á Enrique salga á escuchar;
pidió lo que el corazón

deseaba, y no he querido
declararle mi sospecha
hasta estar más satisfecha;
que me puede haber mentido.
Aquel, conforme á las señas
que Fernan Tello me ha dado,
es Enrique.

D. Enriq. Mi cuidado,
Leonor, escóde á las peñas
en firmeza.

Leonor. Á mi aficion
lo debes.

Belisa (*Ap.*) ¿Qué escucho cielos?
No me engañaron mis celos.

ESCENA XXI.

MARCELO Y FABIO.—DICHOS.

Marcelo. [*Hablando aparte con Fabio.*] ¡
Gocemos de la ocasion.

Fabio. En el mismo sitio está
en que le dejé.

Marcelo. El vestido
del duque es tan conocido,
que engañarnos no podrá.

D. Enriq. Gente viene
Marcelo. (*Ap. á Fabio.*) Muera aquí
este dichoso.

Fabio. Callar
conviene y ejecutar. (*Sacan las espadas.*)

D. Enriq. ¡Ah traidores!
(*Al verse acometido desentraña y hace frente,
y entranse riendo los tres.*)

Leonor. Ay de mí!
Criados, ¡traición, traición!
Salid á la calle presto.
(*Quitase de la ventana.*)

Belisa. Ved cómo la ha descompuesto
con el temor la aficion.
¿Qué rabia! No sé, traidor,
lo que pida aquí á la suerte:
mis celos aman tu muerte,
tu vida quiere mi amor.
(*Quitase de la ventana.*)

ESCENA XXII.

TELLO.—Luego D. ENRIQUE,
FABIO Y MARCELO.

Tello. (*Llamando.*) ¡D. Enrique!—La cuestion
sin duda con él ha sido.

Fabio. (*Dentro.*) ¡Muerto soy!
(*Vuelve Marcelo, retirándose de D. Enrique.*)

Marcelo. (*Ap.*) Nunca ha tenido
dicha la mala intencion.

Tello. En cuanto bajé y salí
sucedió.

Marcelo. No hay quien aguarde
su furor. (*Huye.*)

ESCENA XXIII.

D. ENRIQUE, TELLO.

D. Enriq. ¿Huyes, cobarde?

Tello. Don Enrique... (*Deteniéndole.*)

D. Enriq. ¿Es Tello?

Tello. Sí.

D. Enriq. Sospecho que me han tenido
por tí los que me intentaron
dar la muerte; mas llevaron
la pena que han merecido.
Dame esa capa, y adios,
que herido tambien estoy.

(*Destrucean capas.*)

Tello. Pues acompañarte voy.

D. Enriq. Si vamos juntos los dos
en gran riesgo nos ponemos,
Tello; que es muy conocida
tu capa: guarda tu vida,
que mañana nos veremos. (*Vase.*)

Tello. ¡Ah Dios! que á tal coyuntura
me quitase yo de aquí,
para que hiriesen por mí
á Enrique! todo es ventura.

ACTO TERCERO.

Habitacion de Leonor y Belisa.

ESCENA I.

LEONOR, poniéndose el manto, y CELIA.

Leonor. ¿Que Belisa está celosa
de D. Enrique por mí?

Celia. De sus razones así
lo colijo.

Leonor. ¡Extraña cosa!
Di, Celia, ¿qué puedo hacer
con que viva satisfecha?

Celia. Será aumentar su sospecha
quererla satisfacer.

el que sirve á gran señor;
pues si el descuido menor
por gran delito castiga;
y más cuando recibidas
tengo d' él mercedes tales,
que no son gracias iguales
arriesgar por él mil vidas.

D. Enriq. (*Ap.* Fuerte está por esta parte;
tentemos otro castillo.)

Por eso mismo imagino
qué jamás has de olvidarte
de qué cuando pude fui
amparo tuyo.

Tello. Jamás
lo olvidaré.

D. Enriq. Pues ¿no harás
sola una cosa por mí?

Tello. Señor, en el alma siento
que así dudes de mí fé.

D. Enriq. Pues negocia que me dé
Belisa audiencia un momento.

Tello. Sabe que el duque mi dueño
partió á la corte, y á mí
me mandó velar aquí
sin dar un instante al sueño.
Pues como está mi privanza
tan tiernamente nacida,
y es fuerza ser combatida
de la invidia y la asechanza;
temo que me han de espiar
mis contrarios, con intento
de abatirme, si un momento
me aparto deste lugar;
y esta ocasion me obligó
á ponerme este vestido
tan vistoso y conocido
que el mismo duque me dió,
porque puedan conocerme
claramente las espías
con la luna.

D. Enriq. Bien podías,
si quieres, favorecernie
usando de traza.

Tello. Di.

D. Enriq. Pues dices que es el vestido
de todos tan conocido,
troquémos capas, y así
con la tuya engañaré
las espías.

Tello. Pensamiento
estremado! (*Truecan las capas.*)

D. Enriq. Si á mi intento

no puedes hacer que dé
con recatos de su honor
Belisa á solas audiencia,
haz que me escuche en presencia;
Tello amigo, de Leonor,
porque la murmuracion
así no pueda temer.

Tello. Hoy, don Enrique, has de ver
si me debes aficion. (*Vase.*)

D. Enriq. [*Solo.*] Por dicha así con Leonora
una ocasion hallaré
en (si le diga la fé
con que mi primo la adora;
que ya con Belisa doy
mi esperanza por perdida.

ESCENA XIX.

LEONOR, á la ventana.—DON ENRIQUE.

Leonor. [*Ap.* El que da vida á mi vida
es el que mirando estoy.
Sí, no pueden engañarme
las señas.—¿Qué guardas, di,
la calle? Solo de tí
tienes, Tello, que guardarme.
Quiero hablarle.] Caballero
de la capa guarnecida,
guarda fiel de una vida
que solo por vuestra quiero,
no es justo, así os guarde Dios;
que en guardarme os desveléis;
que bien guardada teneis
á quien se pierde por vos.

D. Enriq. (*Ap.* Por la capa se ha engañado;
y ser yo el duque ha creído;
no debe de haber sabido
que el vestido á Tello ha dado;
y piensa que ó no ha partido
á Madrid ó ha vuelto ya.

Leonor. ¿No me habláis?

D. Enriq. [*Ap.*] Fuerza será;
para no ser conocido,
responder á su intencion.

ESCENA XX.

BELISA, á otra ventana.—DICHOS.

Belisa. [*Ap.*] Tello me vino á rogar
que á Enrique salga á escuchar;
pidió lo que el corazón

deseaba, y no he querido
declararle mi sospecha
hasta estar más satisfecha;
que me puede haber mentado.
Aquel, conforme á las señas
que Fernan Tello me ha dado,
es Enrique.

D. Enriq. Mi cuidado,
Leonor, escóde á las peñas
en firmeza.

Leonor. Á mi aficion
lo debes.

Belisa (*Ap.*) ¿Qué escucho cielos?
No me engañaron mis celos.

ESCENA XXI.

MARCELO Y FABIO.—DICHOS.

Marcelo. [*Hablando aparte con Fabio.*] ¡
Gocemos de la ocasion.

Fabio. En el mismo sitio está
en que le dejé.

Marcelo. El vestido
del duque es tan conocido,
que engañarnos no podrá.

D. Enriq. Gente viene
Marcelo. (*Ap. á Fabio.*) Muera aquí
este dichoso.

Fabio. Callar
conviene y ejecutar. (*Sacan las espadas.*)

D. Enriq. ¡Ah traidores!
(*Al verse acometido desentraña y hace frente,
y entranse riendo los tres.*)

Leonor. Ay de mí!
Criados, ¡traición, traición!
Salid á la calle presto.
(*Quitase de la ventana.*)

Belisa. Ved cómo la ha descompuesto
con el temor la aficion.
¿Qué rabia! No sé, traidor,
lo que pida aquí á la suerte:
mis celos aman tu muerte,
tu vida quiere mi amor.
(*Quitase de la ventana.*)

ESCENA XXII.

TELLO.—Luego D. ENRIQUE,
FABIO Y MARCELO.

Tello. (*Llamando.*) ¡D. Enrique!—La cuestion
sin duda con él ha sido.

Fabio. (*Dentro.*) ¡Muerto soy!
(*Vuelve Marcelo, retirándose de D. Enrique.*)

Marcelo. (*Ap.*) Nunca ha tenido
dicha la mala intencion.

Tello. En cuanto bajé y salí
sucedió.

Marcelo. No hay quien aguarde
su furor. (*Huye.*)

ESCENA XXIII.

D. ENRIQUE, TELLO.

D. Enriq. ¿Huyes, cobarde?

Tello. Don Enrique... (*Deteniéndole.*)

D. Enriq. ¿Es Tello?

Tello. Sí.

D. Enriq. Sospecho que me han tenido
por tí los que me intentaron
dar la muerte; mas llevaron
la pena que han merecido.
Dame esa capa, y adios,
que herido tambien estoy.

(*Destrucean capas.*)

Tello. Pues acompañarte voy.

D. Enriq. Si vamos juntos los dos
en gran riesgo nos ponemos,
Tello; que es muy conocida
tu capa: guarda tu vida,
que mañana nos veremos. (*Vase.*)

Tello. ¡Ah Dios! que á tal coyuntura
me quitase yo de aquí,
para que hiriesen por mí
á Enrique! todo es ventura.

ACTO TERCERO.

Habitacion de Leonor y Belisa.

ESCENA I.

LEONOR, poniéndose el manto, y CELIA.

Leonor. ¿Que Belisa está celosa
de D. Enrique por mí?

Celia. De sus razones así
lo colijo.

Leonor. ¿Extraña cosa!
Di, Celia, ¿qué puedo hacer
con que viva satisfecha?

Celia. Será aumentar su sospecha
quererla satisfacer.

y así es lo mejor hacello
sin darte por entendida.
Leonor. ¿Pues cómo?

Celia. El ser tú querida
del Marques fué causa dello,
pues dió ocasion á su engaño:
si delante della das
favor al Marques, harás
más cierto su desengaño;
que así verá, si contigo
Enrique procura hablar,
que es solo para terciar
por su pariente y amigo.
Leonor. Bien dices; que siempre ha dado
más segura informacion
aquella satisfaccion
que no se dá con cuidado.

Celia. Ella sale ya.

ESCENA II.

BELISA, con manto.—DICHOS.

Leonor. Belisa,
¿Irémos?
Belisa. Aunque me siento
no bien dispuesta, me aliento
por ir á San Diego á misa.
Leonor. De tu salud la esperanza
pon en el santo.

Belisa. (Ap.) Mis celos
la ponen, falsa, en los cielos
de alcanzar en tí venganza.

(Vanse Leonor y Belisa.)

ESCENA III.

Celia. Mi intencion he conseguido;
al Marques quiero avisar
para que vaya á gozar
de aquesto favor fingido.
Los prometidos doblones
me ofrezca, y salga despues
de su engaño; que esto es
gozar de las ocasiones.
Dama hermosa y de valor
pretendida y festejada,
enriquece á una criada,
si sabe usar del favor.
A dos manos he de hacer,
y el amor ciego pluguiera
dos mil galanes hubiera

que pescar y entretener!
Que es muy breve la fortuna
que se funda en la belleza,
y si la vejez empieza
me he de quedar á la luna. (Vase.)

Interior ó claustro de la iglesia de San Diego
de Alcalá.

ESCENA IV.

TELLO, TRISTAN.

Tello. ¿Cómo le va de la herida?
Tristan. D. Enrique, mi Señor,
se siente mucho mejor.
Tello. El cielo guarde su vida.
Dile que mire por sí,
del negocio descuidado;
que la justicia no ha hallado
indicio alguno hasta aquí,
y no hace ya diligencia.

Tristan. Gran ventura!
Tello. Grande ha sido.

Tristan. Uno muerto y otro herido,
sepultarse la pendencia,
pocas veces sucedió.
Tello. Valor en eso ha mostrado
Marcelo.

Tristan. ¿Cómo?
Tello. Ha negado

conocer á quien le hirió.
Tristan. Negaralo de corrido.
¿Quédaste en San Diego?

Tello. Sí,
que tengo un negocio aquí.

Tristan. Habrá sin duda venido
con ofrendas á obligallo,
y pedirle que te guarde
de los toros esta tarde,
que has de salir á caballo,
segun dicen.

Tello. Y ha de ser
forzoso, por gustar dello
el Duque.

Tristan. Dios quiera, Tello,
no nos des en que entender,
y envuelto en polvo y en miedo
no vengas rodando á dar
tanta risa á esté lugar
como el gracioso de Olmedo
á toda la corte, cuando
en el entremés entró

ESCENA VI.

LEONOR, BELISA, CELIA, TELLO, oculto.

Leonor. ¿Qué te parece?
Celia. Has tocado
el punto con gran primor.
Belisa. (Ap.) Si no es cautela este amor,
mis celos me han engañado.

(Sale Tello de la capilla.)

Leonor. Tello, ¿aquí estás?
Tello. Leonor, sí;
que ¿dónde sino en San Diego
hallar pudo vista un ciego,
tan ciego, falsa, por tí?
¿Dónde pudo á la verdad
reducirse un engañado?
¿Dónde un loco aprisionado
cobrar seso y libertad?

Leonor. ¿Qué dices?
Tello. Fingo inocencia
cuando he visto tus traiciones;
comiencen tus invenciones
cuando acaba mi paciencia.

Leonor. Que te están oyendo advierte:
no nos echés á perder.
Tello. ¿Qué tiene ya que temer
quien ha llegado á perderte?
No ponga freno á mis labios
quien no enfrena sus flaquezas;
sepa el mundo tus bajezas,
pues obligan tus agravios.

ESCENA VII.

El DUQUE, que se queda escuchando.—DICHOS.

Tello. Yo lo he visto y no lo creo.
¿En qué te obligó el Marques,
para que tan presto des
esperanza á su deseo?
Si por señor ¿eslo mas
que el Duque? Pues si su amor
no merecés su favor,

¿por qué al Marques se le dás?
Duque. (Ap.) Celos le pide por mí:
¿qué fé y amor de criado!

Leonor. Mira que te has engañado:
no te arrojes, vuelve en tí!

Tello. ¡Vive Dios, si no temiera
el disgusto y el rigor
con que el Duque mi señor
el castigo á entrambos diera,

á dar lauzada, y salió
sin calzas y cojeando. (Vase.)

Tello. ¿Tambien Tristan se conjura
á agüerarme mal suceso?
¿Plega á Dios, Tello, que en eso
no desconteis la ventura!

ESCENA V.

LEONOR, BELISA Y CELIA, con mantos; EL
MARQUES.—TELLO.

Tello. Ya ha llegado mi Leonor...
y el Marques con ella. ¡Cielos!
No tanto incendio de celos;
basta abrazarme de amor.
Mas sin ser visto pretendo,
por satisfacerme oílla:
la reja de la capilla
favorece lo que emprendo.

(Entrase en una capilla á escuchar.)

Marques. En mil años no escucharás
de mi boca mi aficion,
si tu gusto ó tu opinion
por oírme aventuraras.

Leonor. Despues que de vuestro primo
vuestras penas escuché,
agradezco vuestra fé,
y vuestro recato estimo;
y á permitir más licencia
la obligacion de mi estado,
en mi pecho hubiera hallado
vuestro amor correspondencia.

Marques. Por eso os beso los piés,
con ello premiado quedo.

Leonor. De que tengo lo que puedo
vivid seguro, Marques.

Tello. (Ap.) ¿Qué infierno se enciende en mí?
Leonor. Con esto, señor, me hacéd,
si es que me estimáis, merced
de no dar mas nota aquí.

Marques. Leonor, en solo serviros
funda su gloria mi amor.

Leonor. Adios.
Marques. Con solo un favor
descontastes mil suspiros.

Celia. (Ap. al Marques.) ¿Vas contento?
Marques. Celia mia,

por tí vivo, tuyo soy.

Celia. Leonor va á los toros hoy.

Marques. Será de mis ojos día. (Vase.)

que yo solo con mis manos
lo remediará de modo,
que sabiendo el mundo todo
tus pensamientos livianos,
en descuento y recompensa
del sentimiento que ves,
con la sangre del Marques
lavara tu injusta ofensa.

Duque. (Ap.) ¡Qué valor y qué lealtad!
Leonor! (Bajo á Tello.) El Duque nos oye.

Tello. (Ap.) ¡Cielos!
El ha entendido mis celos,
perdido soy.

Duque. Escuchad.
Leonor. (Ap. Disimularé
lo que he oído.)

Leonor. Vueteleencia
advierte con la indecencia
que en este lugar padre.
Para mejor ocasion
el esucharle remito. (Vase.)

Duque. ¡Ah falsa! Como el delito
huye el rostro á la razon!

Belisa. Duque, adios.

Duque. Belisa mia,
ya veis mis penas.

Belisa. Las dos
estamos, señor, por vos.

Celia. Tuya soy, sigue y confía. (Vase.)

ESCENA VIII.

DUQUE, TELLO.

Tello. (Ap.) Aquí es mi muerte.
Duque. A Leonor
quiero seguir: ven conmigo,
y cuenta mientras la sigo
qué fué esto.

Tello. Nada, señor.
(Ap. Todo lo ha oído.)

Duque. ¿No vienes?
Tello. (Ap.) Sin duda quiere sacarme
de la iglesia á castigarme.

Duque. Acaba: ¿qué te detienes?
Tello. Dijéronme que ha tenido
la justicia indicios hoy
de mi delito, y estoy,
Señor, aquí retraído
hasta asegurarirme.

Duque. Tello, ¿cuándo le

quien lo ha dicho se ha engañado;
yo lo sé bien; que he tratado
hoy con un ministro dello.

No tienes que recelar;
conmigo vienes seguro.

Tello. (Ap.) Que por más que lo procuro,
no he de poderme escapar!
Mejor será no ponerte,
Señor, en ese cuidado.

Duque. Necio, viniendo á mi lado,
¿quién ha de osar ofenderte?
Y mas cuando la razon
tan clara llevas contigo,
pues diste justo castigo
á tan infame traicion.

Tello. (Ap.) No hay remedio.

Duque. Acaba, di:
¿por qué con Leonor reñias?
Tello. ¿Yo reñir? Te engañarias
si tal pensaste de mí.

Duque. Ah buen Tello: ejemplo extraño,
de prudencia y de valor,
pues sin que sienta el dolor
quieres remediarme el daño!

Dama esos brazos. Bien vi,
que con Leonora reñias,
y enojado le pedias
celos del Marques por mí.

Tello. (Ap. De vida soy.) Sí, señor,
con él la vi, y vive el cielo,
que á no enfrenarme el recelo
de que le diera á tu amor
el saber la causa enojos,
que yo hiciera que el Marques
donde tu pones los pies
no pusiera más los ojos.

Duque. El valor es conocido
de tu brazo y de tu pecho.
Tello amigo: bien has hecho,
que sin hacermé entendido
quiero proseguir mi intento,
y el del Marques estorbar. (Véndose.)

Tello. Siempre el fin viene á alcanzar
quien ama con sufrimiento.

(Vase el Duque.)
De buena hemos escapado.
Quiero avisar á Leonor
de que el Duque mi señor
la historia no ha penetrado.
Caso extraño! Mi locura

ha aplicado á su afición;
que aun con la misma traicion
sabe obligar la ventura. (Vase.)

Habitacion de Leonor y Belisa.

ESCENA IX.

BELISA, TRISTAN.

Tristan. Si va á decir la verdad,
estar tú sola penando
cuando todo el pueblo holgando,
ó es locura ó necesidad.

Un sabio á todos tenia
la condicion tan opuesta,
que siempre entraba en la fiesta
cuando la gente salia;
y el fin desto preguntado,
era por dar á entender
que los sabios no han de hacer
lo que el vulgo, siempre errado.

Si en tales caprichos das
tú tambien por ser famosa,
no comas, Belisa hermosa,
porque comen los demas.

Cuando vienen á la fama
de las fiestas que hace Henárcas
de comareanos lugares
tanto galan, tanta dama;
cuando puebla los caminos
gente á caballo y á pié
carros, mulas de alquiler,
coches, rocines, pollinos;
cuando en la confusa plaza
la variedad es de suerte,
que la atencion se divierte
y el sentido se embaraza;
cuando el toro embravecido
entre la turbada plebe,
si como el rayo se mueve,
como el trueno da el rugido;
y del pueblo alboratado,
todo alegre y todo junto,
tantos ojos lleva un punto,
tantos pechos un cuidado;
estás tú, Belisa hermosa,
sola en casa y retirada,
en tu tristeza ocupada,
y en tu ocupacion ociosa!

Los toros los ha de ver
aquel que más se desvia

de fiestas, porque en tal día
no hay otra cosa que hacer;
y más en esta ocasion
que entra Tello á torear,
y sus lances han de dar
ó risa ó admiracion.

Belisa. Tristan, no me canses más;
que si la causa alcanzaras,
yo sé cierto que aprobaras
lo que reprobando estás;
y dime, ¿cómo no has ido
tu á los toros?

Tristan. ¡Eso es bueno!
Si tu reclusion condeno,
esa la ocasion ha sido.
Seguirte es mi ocupacion,
y como no estás en ellos,
me he quedado yo sin vellos
por gozar desta ocasion;
que como los viera yo,
soy de condicion tan buena,
que en mi vida me dió pena
que el otro se huelgue ó no.

Que no es de aquellos Tristan,
de vana fineza llenos,
que estiman su gusto en menos
que el que á sus niñas les dan.

¡Agudas impertinencias,
sutilezas insufribles,
buscar en gustos sensibles
mentales correspondencias!

Yo más á lo material
califico el mal ó el bien:
lo que me sabe está bien,
lo que me duele está mal;
y para con Dios remito
las finezas; que en mí son
católica la razon
y epicúreo el apetito.

Belisa. En poco estimas, Tristan,
la mujeres, según eso.

Tristan. Señora, aunque no profeso
ceremonias de galan,
no reina en mi corazon
otra cosa que mujer,
ni hay bien, á mi parecer
más digno de estimacion.
¿Qué adornada primavera
de fuentes, plantas y flores,
qué divinos resplandores

del sol en su cuarta esfera,
qué purpúreo amanecer,
qué cielo lleno de estrellas
igual a las partes bellas
del rostro de una mujer?
¿Qué regalo en la dolencia,
en la salud qué contento,
qué descanso en el tormento
puede haber sin su presencia?
Cercano ya de su fin
un monje santo, decía
que solo mejoraría

oyendo el son de un chapín.
¡Y era santo! Mira cual
será en mí, que soy perdido,
el delicado sonido
de un órgano de cristal!
¿Sabes lo que echo de ver?
Que el primero padre quiso
más perder el paraíso
que enojarse una mujer.
¡Y era su mujer! ¿Qué hiciera
si no lo fuese? ¡Y no había
más hombre que él! ¿Qué sería
si con otro irse pudiera?
Porque con la competencia
cobra gran fuerza Cupido.

Belisa. Triste de mí, que he tenido
de esa verdad experiencia!

Tristan. Según eso, ¿cómo quieres
que yo, que tanto las precio,
entre en el uso tan necio
de injuriar á las mujeres?
Que entre enfados infinitos
que los poetas me dan,
no es el menor ver que están
todos en esto precitos.

Belisa. ¿Qué! ¿te dan muchos enfados?

Tristan. Pues ¿á quién no ha de cansar
uno que da en gracejar
siempre á costa de casados?
Daca el sufrido, el paciente...
Hermano poeta, calla,
y mira tú si en batalla
mataste moro valiente.
La murmuración afean,
y están siempre murmurando;
siempre están enamorando,
y injurian á quien desean.
¿Qué es lo que mas condenamos

en las mujeres? ¿El ser
de inconstante parecer?
Nosotros las enseñamos;
que el hombre que llega á estar
del ciego dios mas herido,
no deja de ser perdido
por el *troppo variar*.—

¿Tener al dinero amor?
Es cosa de muy buen gusto,
ó tire una piedra el justo
que no incurre en este error.—
¿Ser fáciles? ¿qué han de hacer
si ningún hombre porfia,
y todos al cuarto día
se cansan de pretender.—

¿Ser duras? ¿Qué nos quejamos,
si todos somos extremos?
Difícil lo aborrecemos,
y fácil no lo estimamos.
Pues si los varones son
maestros de las mujeres,
y sin ellas los placeres
carecen de perfección,
¿mala pascua tenga quien
de tan hermoso animal
dice mal ni le hace mal,
y quien no dijere: Amén!

Belisa. En obligacion te están
las mujeres, y no hubiera
fiesta, si alegre estuviera,
como escucharte, Tristan.

Tristan. ¿Qué tienes? ¿No me dirás,
Señora, de tanto enojo
la ocasion?

Belisa. Es un antojo
que tú cumplirme podrás.

Tristan. Dí pues.

Belisa. ¿Haráslo?

Tristan. Sí haré.

Belisa. El disfraz de labrador
y el papel para Leonor
me has de decir cómo fué.

Tristan. (Ap.) ¡Pese á tall!

Belisa. ¿Dudas?

Tristan. Señora,

¿qué disfraz ó qué papel?

Belisa. (Ap.) Basta. ¡Ay Enrique cruel!

Tu traicion confirmo agora.)

Tristan. (Ap.) Callarlo el Marques mandó,
gran riesgo corto si hablo

contra; que me lleve el diablo
si lo descubriere yo.

Belisa. ¿Al fin niegas?

Tristan. Ni lo he hecho,
ni sé que dices, señora.

Belisa. ¿Enrique dónde está agora?

Tristan. Sin salud ocupa el lecho.

Belisa. (Ap.) ¡Ah falso! Mirad si fué
vana la experiencia mia!

Por ver si á Leonor seguía

ó á mí, no la acompañé,

y fingiéndome indispueta,

sola en casa me he quedado;

y él, tras su oculto cuidado,

secreto asiste en la fiesta,

y por no verme ha fingido

lo que yo porque me vea.

¿Qué es esto, cielos? ¿Que sea

traidor quien es bien nacido!

Con esto he probado que es,

para encubrir su traicion,

cautelosa la aficion

que á Leonor muestra el Marques.)

Vete, embustero, de aquí,

vete, y dí á tu dueño ingrato

que ya su alevoso trato,

ya mi agravio conocí.

Que siga sus pretensiones,

sin que imagine el traidor

con la capa de mi amor

encubrir otras pasiones.

¿Qué ha visto en mí? ¿Soy yo ménos,

para que sus desvarios,

á costa de agravios míos,

conquisten gustos ajenos?

Tristan. ¿Qué dices?

Belisa. ¿Hay tal cautela?

¿Fingirse enfermo por dar

á sus intentos lugar!

¿Quién le guarda? ¿Quién le vela?

Tristan. Señora, viven los cielos

que está enfermo mi señor,

y en la cama.

Belisa. Sí, de amor,

como yo lo estoy de celos.

Tristan. ¿No me crees?

Belisa. Sé que ha ido

á los toros.

Tristan. Vive Dios,

que está, para entre los dos,

pues que me aprietas.... (Ap. Herido

iba á decir, y romper

tan importante secreto.

Guarda fuera; que en efeto,

aunque es tan noble, es mujer.)

Belisa. ¿Qué! ¿Te arrepientes?

Tristan. Quería

decirte claro su mal,

y he reparado que es tal,

que oirlo te ofendería.

Belisa. ¿Que me quieras de ese modo

engañar? Vete. (Se dirige á su cuarto.)

Tristan. (Siguiéndola) Si así

me aprietas trácrélo aquí,

señora, con cama y todo. (Vase Belisa.)

ESCENA X.

Tristan. ¿Qué nueva mudanza ha habido

en Belisa! ¿Estraña cosa!

¿Cómo se queja celosa

quien nunca amor ha tenido?

(Mirando hácia la puerta de la calle)

Mas Doña Leonor es esta.

¡Tan presto á su casa viene!

Misterio sin duda tiene

no acabar de ver la fiesta.

¡Buena ocasion se ha perdido

el Marques de ver y hablar!

procuraréle avisar:

por dicha no lo ha sabido;

que este es camino real

para medrar un sirviente,

porque el gusto solamente

hace al señor liberal. (Vase.)

ESCENA XI.

LEONOR, quitándose el manto; CELIA.

Celia. Pues tan temprano, señora,

de los toros te has venido,

mucho Belisa ha podido.

Leonor. Y aun me confieso deudora

de la obligacion de haber

dejado á Madrid por mí.

Celia. Si ama á Enrique y está aquí,

¿qué le quedas á deber?

ESCENA XII.

BELISA.—DICHAS.

Belisa. Leonora....

Leonor. Belisa mía...

Belisa. ¿Cómo la fiesta has dejado?

Leonor. Tu mal me daba cuidado,

tu ausencia melancolía;

y ya que á los toros fui,

por ser tan forzoso y justo

hacer al Duque este gusto,

para agradecerle así

los excesos que su amor

tan liberal quiso hacer

en esta fiesta; (Ap. Por ver

á Tello diré mejor.)

Desta manera cumplí

contigo, amiga, y con él,

pues parte he visto por él,

y parte dejó por tí.

Dime ya, ¿cómo te sientes?

Belisa. No sé qué diga, Leonor.

Crece y mengua mi dolor

con mil varios accidentes.

Celia. El Duque ha entrado, señora,

en casa.

Leonor. ¿Qué atrevimiento!

No me dejéis un momento

sola con él.

Belisa. (Ap.) ¡Ah traidora!

Si le tratas con desdén,

y en tu inquietud y cuidado

tener amor has mostrado,

¿á quién puedes querer bien

sino á Enrique, pues mil cosas

lo prueban?

ESCENA XIII.

EL DUQUE.—DICHAS.

Duque. Como á la aurora

sigue el sol, bella señora,

siguen tus plantas mis pasos;

y como todo el lugar

está en los toros, y hallé

la calle sola, tomé

esta licencia de entrar.

Perdona excesos de amor,

cuando ya se ve rendida

al sentimiento la vida,

y la paciencia al dolor.

Leonor. De vuestra nobleza fio,

que por mas ciego que estéis,

siempre, Duque, miraréis

por la fama y honor mio.

(Ap. á la criada. Celia, ¿volviese la gente á los toros?)

Celia. Al instante.

Esta que tienes delante (Por Belisa.)

hay en casa solamente.

Sin guarda alguna has quedado:

pues la ocasion te convida.

págale al Duque....

Leonor. ¡Atrevida!

Celia. ¡Calla!

Celia. (Ap.) El diablo me ha engañado.

Leonor. (Ap. Divertir y entretener

con industria me conviene

al duque en tanto que viene

quien me pueda defender:

que ayudan las dos su intento,

y temo alguna violencia;

que suele la resistencia

despachar el sufrimiento.)

Supuesto que habéis entrado

sin ser de nadie sentido,

Duque, seáis bien venido;

que á ocasion habéis llegado

en que deseaba el pecho

agradeceros, señor,

la fiesta que vuestro amor

hoy por obligarme ha hecho,

é intentaba relatar

á Belisa lo que ví

de los toros, porque así

su dolor pueda aliviar.

Duque. Será con eso doblada

la fiesta de hoy para mí.

Belisa. Dí pues, y veréla así

en tu boca mejorada.

Leonor. El sol hermoso en movimiento leve

la tercer parte comenzaba al día,

y presurosa la alterada plebe

confusamente alegre concurría:

segun que toda se baraja y mueve,

juzgarás que la plaza se movía,

compitiendo el bullicio y el ruido

en divertir la vista y el oído;

cuando un ligero toro, que no olvida

en Henáres los pastos de Jarama,

carbon del cuerno al pié, porque despida

humo el aliento si la vista llama,
alta cerviz, cerdosa y recogida,
sale furioso, y vengativo brama,
y á un mancebo que ve, ciego arremete,
de la cola erizado hasta el copete.
Hurtose al golpe el jóven con destreza;
y aunque volver quisiera al toro airado,
obedece á su misma ligereza,
y contra sí se mueve arrebatado,
hasta que, de encontrar con la cabeza
en un mármol, cayó desatinado,
donde probó el tumulto embravecido
cuánto corta la espada en un rendido.
El segundo salió, cuya belleza
al robador de Europa dió recelo;
que lo excede en blancura, en ligereza,
al toro vence que da signo al cielo:
tres manchas en el anca, hombro y cabeza,
negros lunares son del blanco velo,
y de color bermejo rodeadas
espesas nubes de Titan bordadas.
En breve rato en una y otra vuelta
el término cercado discurría,
dando á la mal segura turba, envuelta
en temor y alboroto, la alegría;
cuando un impulso de intencion resuelta
la fiera en curso arrebatado guía
á la fuente, que está dando á la plebe
contra el toro y la sed andamio y nieve.
Arrojóse veloz, y saltó dentro
tras uno que seguro le llamaba;
á tres ó cuatro arrebató de encuentro
el ímpetu violento que llevaba:
todos visitan con el golpe el centro
y el toro entre ellos solo procuraba
salir, y el agua, de su humor teñida,
sepulcro de coral hizo á su vida.
En esto comenzó súbitamente
una cuestion de fieras cuchilladas,
y amontonado el pueblo diligente,
brillan al sol desnudas mil espadas:
crece el marcial ardor, y de la gente
dos escuadras se forman encontradas:
esta apellida al natural Henares,
aquella al forastero Manzanares.
Sueltan un toro, medio ya postrero
contra la lucha y célera encendida;
era barroso y grande, aunque ligero,
corto de cuello y cuernos, escondida
en un cerdoso remolino fiero

la frente, abierta la nariz hendida,
negro de extremos, y de hocico romo,
de negra cinta dividido el lomo.
Tello, airoso, galan, gentil mancebo,
al mismo tiempo entró por otra parte,
confianza al amor, invidia á Febo,
amor á Venus y temor á Marte:
pardo el vestido, mas con modo nuevo
de diamantes tal cópia le reparte,
que un diamante juzgaras el vestido,
y que estaba de pardo guarnecido.
Va en un rucio andaluz, pisador, bello,
de grande cuerpo, en proporcion formado,
al ancho pecho igual el corto cuello,
de alta, corva cerviz hermoceado,
riza la erin, la cola y el cabello;
el breve rostro alegre y sosegado,
anchas las ancas, de barriga lleno,
presto á la espuela y obediente al freno.
Y parece que el toro, de ofendido
de que el pueblo por él lo desampara,
parte invidioso y entra embravecido
al experto caballo cara á cara;
mas Tello, reportado y prevenido,
así el rejon á la cerviz prepara,
que se encontraron en la misma herida
á entrar el hierro y á salir la vida.

Duque. Vuestros sutiles pinceles,
Leonor, la fiesta dibujan,
de suerte, que habéis vencido
la verdad con la pintura.

Belisa. ¿Que Tello matase el toro!

Celia. ¿Que mucho? Dióle en la nuca
como le pudiera dar
en un pié: todo es ventura.

Leonor (Ap.) ¡Ay, Tello, de cuántas flechas
hieren mi pecho las puntas.

Celia. (Ap. con Belisa.) ¡Oh qué necio anda en
el Duque esta coyuntura! (perder
Sin defensa está Leonor,
nosotras de parte suya,
y la vecindad sin gente
que á impedir su intento acuda.

Belisa. Bien dices.

Celia. ¿Cómo le puedo
advertir, sin que descubra
Leonora, que desleal
doy favor á sus injurias?

Belisa. Estremada es la ocasion:
algun medio, Celia, busca;

que así de Enrique me vengo
y mis celos se aseguran.
Celia. Si por señas no me entiendo,
no hay remedio.
(Hace señas al Duque por detras de Leonor.)
¿Qué, rehusas
gozar la ocasion, cobarde?
Duque. (Ap. Celia me dice sin duda
que me atreva. Corazon,
¿Qué recelas? Qué te turbas?
Intenta; que á los osados
favorece la fortuna.)
Ya, mi bien, que esta ocasion
el fin de mi mal anuncia,
pues no hay aquí quien impida
tu favor y mi ventura,
dén principios tus alientos
á inspirar auras segundas,
y los astros de tus ojos
más benignamente influyan.
Dulces favores en premio
de tantas penas tributa,
(Tomándole la mano.)
y á mis manos comuniquen
rayos de cristal las tuyas.
Leonor. Duque, mirad. . . .
Belisa. (Ap. á Celia.) Entendiédo;
mas advierte con qué industria
al Duque animo, fingiendo
que doy á Leonor ayuda!
Leonor. (Como quien pide auxilio.) ¡Belisa!
Belisa. Duque, soltad.
(Despártelos, pero aprietta la mano al Duque
en señal de inteligencia.)
Duque. ¿Tú mis intentos repugnas?
Belisa. Si á emprender atrevimientos
os anima por ventura
ver que no hay hombres en casa
que á darnos socorro acudan.
Celia. (Ap.) Bien le advierte.
Belisa. Si el estar
en la plaza toda junta
la villa os pone osadía
para hazañas tan injustas,
valor tenemos las tres
para impedir vuestra injuria.
Frágiles son nuestros brazos,
mas no nuestras lenguas mudas:
voces daremos al viento.

Celia. (Ap.) Al viento.
Belisa. Que el cielo escucha
si los humanos oídos
las fiestas agora ocupan.
Duque. (Ap. No hay que esperar; que Belisa
con sus razones agudas,
del poco riesgo me advierte
mientras osado me acusa;
y en tanto que me amenaza,
me anima con señas mudas;
que apretándose la mano
desmiente lo que pronuncia.)
Belisa, á un rigor tan largo,
á una condicion tan dura,
ni hay amor que la resista,
ni paciencia que la sufra.
(Llégase á Leonor para abrazarla.)
Y así, pues eres discreta,
No te espante que reduzca
á violenta ejecucion
dilaciones tan injustas.
Leonor. ¿Qué es esto, duque? escuchad.—
¡Belisa!
Belisa. ¿Qué gran locura!
Leonor. ¡Celia! ayudadme las dos.
Duque. En vano remedios buscas.
Belisa. (Ay. á Celia.) Yo me finjo desmayada,
Celia, por no darle ayuda;
Tú finges otra cosa.
Celia. Vaya.
(Belisa, fingiendo que se desmaya, se retira
haciendo extremos, y se deja caer fuera de
la escena.)
Leonor. ¡Ah traidoras! que ninguna
me socorre!
Celia. (Llega como á ayudar á Leonor.) Des-
Belisa la tierra ocupa; (mayada
pero yo basto. Apartad.
(Aprátase ella, poniéndose las manos en los ojos.)
Muerta soy. ¿Qué desventura!
Con los dedos me ha quebrado
los ojos. ¡Ay triste! Nunca
te diera favor. (Ap. Por Dios,
Que habeis de beber la purga.)
Leonor. ¡Favor!
Celia. ¡Confesion!
(Leonor se entra huyendo del Duque, que la
persigue. Celia se entra también por otro
lado.)

ESCENA XIV.

D. ENRIQUE, sin espada, y con un brazo sosteni-
do en una banda.—TRISTAN.
D. Enriq. ¡Ay cielos!
Doña Leonor pide ayuda.
Dame esa espada.
(Sácale la espada á Tristan, y entrase.)
Tristan. Que siempre
has de andar en aventuras.

ESCENA XV.

LEONOR, con las faldas recogidas, huyendo.—
TELLO, que le sale al encuentro.—TRISTAN.
Leonor. ¡Ay de mí!
Tello. Leonor, ¿qué ha sido?
Leonor. Vencerme el Duque intentó
por fuerza, y Enrique entró
á tiempo, que lo ha impedido.

ESCENA XVI.

EL DUQUE y D. ENRIQUE, acuchillándose.—
BELISA y CELIA, deteniéndolos.—DICHOS.
Duque. ¿Sabeis dónde habeis entrado?
D. Enriq. (Ap.) ¡El Duque es!
Duque. ¿Sabeis quién soy?
D. Enriq. Bien lo sé; pero ya estoy
con justa causa empeñado.
Duque. Muera el que se me ha atrevido.
Leonor. Viva el que guardó mi honor.
Tello. (Ap.) Si es el uno mi señor,
el otro tambien lo ha sido.
Uno mi dama ha guardado,
á otro debo lo que soy.

ESCENA XVII.

EL MARQUES.—DICHOS.

Marques. ¿Qué es lo que mirando estoy?
Tristan. (Al oido al Marques.) ¡A qué buen tiem-
(po has llegado!
Da favor á tu pariente.
Marques. (Saca la espada.) Duque, enfrenad el
Duque. ¿Aquí estais vos? mi rigor (furor.
es fuerza que se acreciente;
que pues mi amor no ignorais,
habeis de ver, vive Dios,
que es vedada para vos
esta casa que pisais.

Marques. Yo he de servir á Leonor
Si al mundo todo pesare. (Acuchillanse.)
Duque. Si mi espada no cortare
las alas á vuestro amor.
(Métese en medio Leonor.)
Leonor. Duque, Marques, reportad
el furioso desatino,
ó por mi pecho el camino
para los vuestros buscad.
¿Qué es aquesto? ¡O'r ventura
es querermé, es obligarme
destruirmé y infamarme
con tan estraña locura?
¿Así me estimais? ¿Acaso
sois alguna parte aquí?
¿Cómo litigais por mí
sin consultarme en el caso?
El fin de vuestra porfía,
el conquistar mi hieldad,
¿está en vuestra voluntad,
ó ha de nacer de la mia?
D. Enriq. Dice bien.
Belisa. Tiene razon
doña Leonor, y era justo
que fuese solo su gusto
júez desta disension.
Ella declare su intento,
y al que escoja la podrá
servir.
Leonor. Lo demas será
cojer en redes el viento.
Duque. (Ap. Pues esto ha de ser al fin,
ganar por la mano es justo
en obligalla.) Tu gusto
tiene mi amor por su fin.
Leonor, tu sentencia espero,
en mis servicios me fio.
Marques. En tu gusto vive el mio.
(Ap. Con esto obligarla quiero.)
Demas que voy confiado,
pues hoy me ha favorecido,
y el duque es aborrecido,
si Celia no me ha engañado.)
Leonor. De modo que prometeis
que á mi gusto y elecion,
sin hacer contradicion,
ambos obedecereis.
¿Cumplireislo así los dos?
Marques. Que lo cumpliré asegurado.
Como quien soy.
Duque. Yo lo juró,

Leonor, al cielo y á vos:
 Leonor. Pues tan confiada estoy,
 supuesto que es ley forzosa
 vuestra palabra, de esposa
 á Tello la mano doy.
 Marques. Es engaño.
 Leonor. (Ap. al Marques.) Yo he de ser
 del Duque, si lo impedis.
 Duque. ¡Leonor!....
 Leonor. (Ap. al Duque.) Si contradécis,
 al Marques he de escojer.
 Marques. (Ap.) Tello la goce marido,
 y no el Duque vencedor.
 Duque. (Ap. Dársela á Tello es mejor
 que ser del Marques vencido.)
 Dale la mano.
 Tello. Señor.....
 Leonor. (Ap. á él.) Dala, ó al Marques escojo.
 Duque. O apérbete á mi enojo,
 ó á lo que manda Leonor.
 Leonor. (Ap. á Tello.) Bien con esto se asegura
 Tu celoso devaneo.
 Tello. (Ap.) ¡Que á lo mismo que deseo
 Me obliguen! Todo es ventura.
 (Dale la mano.)
 La mano á Leonora doy,
 Y los piés al duque pido.
 Duque. Levanta.
 D. Enriq. Amigo querido,
 De tu dicha alegre estoy.
 Tello. Pues á tí la debo, es justo.
 D. Enriq. Tú pues, Tello, y tú, Leonora,
 pues sabes que me es deudora
 de tu vida y de su gusto,

con Belisa habeis de hacer
 que galardone mi amor.
 Belisa. A no haber sido traidor,
 no lo hubieras menester.
 D. Enriq. ¿Yo traidor?
 Belisa. (Mústrate un papel.) ¿Quién escribió
 este billete?
 D. Enriq. El Marques
 á Leonora, y Tristan es,
 Belisa, quien lo llevó.
 Belisa. Cuatro noches há, infiel,
 ¿no la requebraste?
 D. Enriq. Sí;
 mas ser el duque fingí,
 porque me hablaba por él.
 Belisa. ¿Cómo á verme no has venido,
 no yendo á los toros hoy?
 D. Enriq. Porque, pues lo viste, estoy
 desde aquella noche herido.
 Belisa. Basta; satisfecha quedo.
 Leonor. Acaba, Belisa mía.
 Tello. Has ya del todo éste día
 venturoso.
 Belisa. Ya no puedo
 resistir: la mano doy.
 D. Enriq. Yo el alma y la mano.
 Marques. Y yo,
 Duque, os la doy, pues cesó
 Ya la ocasion.
 Duque. Vuestro soy.
 Y pues serviros procura
 el autor, noble senado,
 si hoy no os hubiere agradado,
 dirá que *Todo es ventura.*

FIN.

CARACTERES DISTINTIVOS

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS DE

D. JUAN RUIZ DE ALARCON.

Al principiar el segundo tercio del décimoseti-
 mo siglo, cuando aun vivia Fr. Lope Félix de Ve-
 ga Carpio, y ya gozaba D. Pedro Calderon de la
 Barca celebrada, justamente adquirida con algu-
 na de sus mejores comedias, el teatro español, ad-
 miracion de la Europa culta, habia llegado á la
 cumbre de su prosperidad, al período mas brillan-
 te de gloria. El drama nacional, produccion espou-
 tánea del suelo, árbol magestuoso, cuyo ramaje ha-
 bia crecido sin probar casi los filos de la crítica,
 daba copiosísimos frutos, aunque no siempre bien
 maduros y saludables. En las desahogadas dimen-
 siones de la forma dramática establecida por Lo-
 pé, cabian y entraban de hecho todos los elemen-
 tos del drama griego y latino, indistintamente mez-
 clados: lo patético lo mismo que lo ridículo; la su-
 blimidad de Sófoeles y el gracejo plantino, juntos
 en una accion fingida, como en la vida real se jun-
 tan á cada paso la grandéza y la pequeñez huma-
 nas, el placer y el dolor, la risa y el llanto. Bajo
 el nombre genérico de *comedia*, que significaba
 entonces *fábula dramática* ó *drama*, lo mis-
 mo se comprendia una composicion histórica, gra-
 ve en la mayor parte de sus escenas, como un poe-
 ma en que todo era inventado y alegre. Título de
comedia llevaban los poemas dialogados cuyos pro-
 tagonistas eran la reina Ester y los reyes D. Ro-
 drigo y D. Pedro, lo mismo que *La moza de cánta-
 ro*, *El desden con el desden* y *La villana de Va-
 llocas*: toda produccion dramática era llamada *co-
 media* en teniendo tres actos. Aparte, pues, del
 auto sacramental, que si llevaba esa denominacion
 seria porque constaba de una jornada sola, habia

en el teatro español dos especies principales de
 comedia: la de capa y espada, y la historia, tradi-
 cional ó mítica, sagrada y profana. En ambas es-
 pecies de drama y sus variedades, el punto de par-
 tida para el autor era generalmente uno; porque
 todos consideraban el teatro de la misma manera:
 le tenían por el verjel de la poesia nacional, no
 por una cátedra facultativa; por un lugar donde
 se proporcionaba al público un recreo lícito; y en
 agradando, la obligacion estaba cumplida. No co-
 diciaban nuestros antiguos dramáticos el renom-
 bre de filósofos, de moralistas, de maestros del pue-
 blo: creyendo que la enseñanza moral era insepa-
 rable de la religiosa, dejaban que los sacerdotes
 aleccionasen á los fieles desde el púlpito; y solo to-
 maban aquel grave carácter en los dramas devo-
 tos, porque allí la doctrina emanaba directamente
 del asunto. La comedia moral, aquella que pre-
 tende inculcar en el ánimo de los espectadores
 una máxima salubable y útil, ya por medio de la
 representacion de un carácter principal, ya por la
 accion combinada de todas las figuras compendi-
 das en una fábula, raras veces aparecia en la esce-
 na española, donde se moralizaba por casualidad
 más que de intento. Nuestro drama era una no-
 vela caballeresca; el caballero español adoraba,
 despues de Dios, en su honor, en su rey y en su
 dama; y sabido es que las exigencias del honor,
 las del vasallaje y la galanteria no van siempre
 conformes á la ley evangélica ni á las de la recta
 razon y justicia. En ley de justicia, Sancho Ortiz
 de las Roelas no debia matar á Bustos, por mas
 que un rey se lo mandara; Sancho Ortiz no era

Leonor, al cielo y á vos:
 Leonor. Pues tan confiada estoy,
 supuesto que es ley forzosa
 vuestra palabra, de esposa
 á Tello la mano doy.
 Marques. Es engaño.
 Leonor. (Ap. al Marques.) Yo he de ser
 del Duque, si lo impedis.
 Duque. ¡Leonor!....
 Leonor. (Ap. al Duque.) Si contradécis,
 al Marques he de escojer.
 Marques. (Ap.) Tello la goce marido,
 y no el Duque vencedor.
 Duque. (Ap. Dársela á Tello es mejor
 que ser del Marques vencido.)
 Dale la mano.
 Tello. Señor.....
 Leonor. (Ap. á él.) Dala, ó al Marques escojo.
 Duque. O apérbete á mi enojo,
 ó á lo que manda Leonor.
 Leonor. (Ap. á Tello.) Bien con esto se asegura
 Tu celoso devaneo.
 Tello. (Ap.) ¡Que á lo mismo que deseo
 Me obliguen! Todo es ventura.
 (Dale la mano.)
 La mano á Leonora doy,
 Y los piés al duque pido.
 Duque. Levanta.
 D. Enriq. Amigo querido,
 De tu dicha alegre estoy.
 Tello. Pues á tí la debo, es justo.
 D. Enriq. Tú pues, Tello, y tú, Leonora,
 pues sabes que me es deudora
 de tu vida y de su gusto,

con Belisa habeis de hacer
 que galardone mi amor.
 Belisa. A no haber sido traidor,
 no lo hubieras menester.
 D. Enriq. ¿Yo traidor?
 Belisa. (Mústrate un papel.) ¿Quién escribió
 este billete?
 D. Enriq. El Marques
 á Leonora, y Tristan es,
 Belisa, quien lo llevó.
 Belisa. Cuatro noches há, infiel,
 ¿no la requebraste?
 D. Enriq. Sí;
 mas ser el duque fingí,
 porque me hablaba por él.
 Belisa. ¿Cómo á verme no has venido,
 no yendo á los toros hoy?
 D. Enriq. Porque, pues lo viste, estoy
 desde aquella noche herido.
 Belisa. Basta; satisfecha quedo.
 Leonor. Acaba, Belisa mia.
 Tello. Has ya del todo éste dia
 venturoso.
 Belisa. Ya no puedo
 resistir: la mano doy.
 D. Enriq. Yo el alma y la mano.
 Marques. Y yo,
 Duque, os la doy, pues cesó
 Ya la ocasion.
 Duque. Vuestro soy.
 Y pues serviros procura
 el autor, noble senado,
 si hoy no os hubiere agradado,
 dirá que *Todo es ventura.*

FIN.

CARACTERES DISTINTIVOS

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS DE

D. JUAN RUIZ DE ALARCON.

Al principiar el segundo tercio del décimoseti-
 mo siglo, cuando aun vivia Fr. Lope Félix de Ve-
 ga Carpio, y ya gozaba D. Pedro Calderon de la
 Barca celebrada, justamente adquirida con algu-
 na de sus mejores comedias, el teatro español, ad-
 miracion de la Europa culta, habia llegado á la
 cumbre de su prosperidad, al período mas brillan-
 te de gloria. El drama nacional, produccion espou-
 tánea del suelo, árbol magestuoso, cuyo ramaje ha-
 bia crecido sin probar casi los filos de la crítica,
 daba copiosísimos frutos, aunque no siempre bien
 maduros y saludables. En las desahogadas dimen-
 siones de la forma dramática establecida por Lo-
 pé, cabian y entraban de hecho todos los elemen-
 tos del drama griego y latino, indistintamente mez-
 clados: lo patético lo mismo que lo ridículo; la su-
 blimidad de Sófoeles y el gracejo plantino, juntos
 en una accion fingida, como en la vida real se jun-
 tan á cada paso la grandéza y la pequeñez huma-
 nas, el placer y el dolor, la risa y el llanto. Bajo
 el nombre genérico de *comedia*, que significaba
 entonces *fábula dramática* ó *drama*, lo mis-
 mo se comprendia una composicion histórica, gra-
 ve en la mayor parte de sus escenas, como un poe-
 ma en que todo era inventado y alegre. Título de
comedia llevaban los poemas dialogados cuyos pro-
 tagonistas eran la reina Ester y los reyes D. Ro-
 drigo y D. Pedro, lo mismo que *La moza de cánta-
 ro*, *El desden con el desden* y *La villana de Va-
 llocas*: toda produccion dramática era llamada *co-
 media* en teniendo tres actos. Aparte, pues, del
 auto sacramental, que si llevaba esa denominacion
 sería porque constaba de una jornada sola, habia

en el teatro español dos especies principales de
 comedia: la de capa y espada, y la historia, tradi-
 cional ó mítica, sagrada y profana. En ambas es-
 pecies de drama y sus variedades, el punto de par-
 tida para el autor era generalmente uno; porque
 todos consideraban el teatro de la misma manera:
 le tenían por el verjel de la poesia nacional, no
 por una cátedra facultativa; por un lugar donde
 se proporcionaba al público un recreo lícito; y en
 agradando, la obligacion estaba cumplida. No co-
 diciaban nuestros antiguos dramáticos el renom-
 bre de filósofos, de moralistas, de maestros del pue-
 blo: creyendo que la enseñanza moral era insepa-
 rable de la religiosa, dejaban que los sacerdotes
 aleccionasen á los fieles desde el púlpito; y solo to-
 maban aquel grave carácter en los dramas devo-
 tos, porque allí la doctrina emanaba directamente
 del asunto. La comedia moral, aquella que pre-
 tende inculcar en el ánimo de los espectadores
 una máxima salubable y útil, ya por medio de la
 representacion de un carácter principal, ya por la
 accion combinada de todas las figuras compendi-
 das en una fábula, raras veces aparecia en la esce-
 na española, donde se moralizaba por casualidad
 más que de intento. Nuestro drama era una no-
 vela caballeresca; el caballero español adoraba,
 despues de Dios, en su honor, en su rey y en su
 dama; y sabido es que las exigencias del honor,
 las del vasallaje y la galantería no van siempre
 conformes á la ley evangélica ni á las de la recta
 razon y justicia. En ley de justicia, Sancho Ortiz
 de las Roelas no debia matar á Bustos, por mas
 que un rey se lo mandara; Sancho Ortiz no era

el verdugo de Sancho el Bravo, en ley de justicia; García del Castañar no debía resolverse á quitar la vida á su inocente esposa, aunque la galantease un hombre que García se figuraba ser el rey D. Alfonso XI; debía defenderla en lugar de matarla. En ley de justicia, aquel Ursino Colona, aquel anciano que introduce Calderon en la comedia titulada *Con quien vengo vengo*, no debía tomar parte en un desafío que le ponía en el caso de cruzar la espada con su propio hijo; pero Sancho, García del Castañar y Ursino Colona eran caballeros ántes que todo; Sancho y Ursino habían dado una palabra, y las era forzoso cumplirla, aunque el uno no tuviera que sacrificar la mujer que amaba, y se espusiera el otro á recibir la muerte de manos de su hijo ó á dársela. García no estaba ligado con palabra ninguna; pero peligraba su honra; y no pudiendo asegurarla con la muerte del seductor, la quería preservar de la mas leve mancha, inmolando á la consorte virtuosa en quien no habían hecho nuela las seducciones. Celosos creyentes, súbditos entusiastas, caballeros pundonorosos, enamorados, idólatras eran en general todos los galanes de nuestras comedias antiguas, porque estas cuatro pasiones ó afectos eran los que animaban á la sociedad española: la dama era amante con preferencia á todo; sagaz, artificiosa y resuelta muchas veces, dulce y tierna otras, discreta siempre. Viejos alentados, hermanos tutores, criadas loenaces, y un gracioso, agudísimo por lo comun é impertinente con frecuencia, completaban los personajes que de ordinario aparecían en una fábula escénica, tejido maravilloso de launces de amor, lleno de astucias y tropelías, de disfrases, escondites y cuchilladas; enajado todo de madrigales y epigramas, odas y rasgos épicos, y esto lo mismo en las obras de argumento contemporáneo que en las que abrazaban épocas anteriores; lo mismo en las de argumento español que en las de personajes extranjeros. Las edades bíblicas, las fabulosas, las antiguas y la media, todas eran iguales para nuestros poetas cómicos: judíos y griegos, cartagineses y turcos, babilonios é indios occidentales, todos en el teatro eran españoles con ropilla y con ferreruero, valientes y discretos, enamorados y católicos: el teatro español en el siglo XVII, como los españoles del siglo, era constantemente, si no escuela de la más severa moral, escuela del honor, del ingenio y de la galantería. Tal se ostentaba en las obras de Lope, prodigiosas por su

número, notables por la facilidad de la expresión y la ternura de los afectos; en la de Calderon, el primero en la combinación de la trama y en la grandeza de los conceptos; en las de Tirso de Molina, sin igual en el donaire malicioso; en las de Moreto, que heredándolos en vida á todos, los superaba en regularidad y grácejo urbano. A estos cuatro ingenios seguían otros muchos que, sin rayar tan alto, han dejado, no obstante, alguna obra que se acerca en mérito á las de aquellos cuatro colosos, alguna que también las iguala. Rojas, Mira de Amescua, Montalban, Guillen de Castro, Mendoza y otros ciento enriquecían diariamente la escena española, y á veces con joyas de imponderable estima, de perpetua duración.

En medio de esta prodigalidad de ingenio, de esta caudalosisima corriente de poesía, ¿no se echaba ménos algo en los teatros de España? Sí: el erudito debía sentir la falta de la tragedia, el filósofo buscaba, y no hallaba sino vez rarísima, la comedia moral. La tragedia, tal como la trazaron los griegos, no era á propósito para un país cuya sociedad no estaba organizada como lo estuvo Grecia, ni habia asimilado su gusto al de aquella nación por medio del estudio constante de sus escritos; pero la comedia, en que se pinta, no precisamente al caballero ni al hombre de tal siglo ó de tal país, sino en general al hombre, podía ya echarse ménos, podía y debía intentarse en nuestra península en el siglo de los últimos Felipes de Austria. Ya fuese por instinto, ya porque buscando la variedad en los asuntos, se habia de tropezar con asuntos morales, alguna vez habian dado los autores dramáticos anteriores á Lope, y los de su tiempo guiados por él, tal ó cual muestra del drama que corrige las costumbres riendo; pero ninguno de los cuatro escritores de primer orden, ninguno de los muchísimos que seguían su esenela, se habia dedicado con preferencia y ahinco á la comedia moral, reservando para ella los mejores recursos, las galas mas ricas de su entendimiento. Un hombre oscuro, traído de Indias á España (como otros iban de España á las Indias) por el deseo de mejorar su fortuna, emprendió y consiguió lo que por falta de voluntad, intención ó peculiares disposiciones, no fué dado acabar á Lope, á Tirso, á Calderon de la Barca, ni aun á Moreto, el gran perfeccionador de invenciones ajenas. Este hombre, que preparó de España el advenimiento de Molière, del poeta

cómico por excelencia, fué DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA.

Para deslindar por qué serie de observaciones, por cuáles estudios, por qué conjunto particular de circunstancias, por qué impulsos del corazón fué conducido á la gloriosa, pero difícil tarea de censor del siglo en las tablas, era necesario saber punto por punto la vida de DON JUAN RUIZ DE ALARCON: así comprenderíamos el autor conociendo el hombre; pero por desgracia, poquísimas son las noticias que de él han llegado á nosotros, y hasta que sucesivos y venturosos hallazgos, que hay motivo de esperar, den luz mayor sobre los hechos de este varon insigne, forzoso será buscar su fisonomía moral en sus escritos, y contentarnos con ella. Bien hermosa resulta por cierto, compensando con ventaja los defectos corporales del individuo! Porque lo primero que de ALARCON se sabe, lo que no se puede dudar, pues consta de una porcion de escritos de índole nada caritativa, es que el infeliz ALARCON era pequeño, feo, y cobrado por la espalda y el pecho; el año de su nacimiento se ignora; su patria fué Taseo, en la Nueva España. Trasladado á Sevilla, luego á Madrid, y alargándose mucho el término de las pretensiones que traía, le obligó á escribir ese ordinario móvil de los ingenios desvalidos, aquello que Baltazar Gracian calificó de *sexto sentido del hombre*, la necesidad: el año 1621 ya le habian representado ocho comedias á lo ménos, entre ellas la famosa de *Las paredes oyen*, una de las mejores suyas, una de las mejores que se han escrito. En 1628 era relator del consejo de Indias, y en el desempeño de aquella plaza continuó hasta el año 1639, en que falleció á 4 de Agosto, siendo feligrés de la parroquia de San Sebastian, como lo fueron Cervantes y Lope, y teniendo su morada no lejos de la iglesia, en la sombría calle de las Urosas. Su familia era ilustre, su educación debió ser esmerada; su carácter, si correspondia en efecto al que principalmente domina en sus obras, noble debió ser y benigno, veraz, pundonoroso y firme; exquisito su gusto, su experiencia de mundo, grande. La coleccion de sus comedias forma un tratado de filosofía práctica, donde se hallan reunidos todos los documentos necesarios para saberse gobernar en el mundo, y adquirir el amor y la consideracion de las gentes: allí se muestra lo que debe hacerse y evitarse para ser hombre de bien y de sabiduría. ALARCON

sale al encuentro al inexperto viandante de la vida, y para que el espectáculo del mérito pospuesto y la medianía ensalzada no le sorprenda y le llene el corazón de miserabte envidia, le presenta sin hiel y con verdad un cuadro de las raras combinaciones de la suerte, en la comedia titulada *Todo es ventura*. Para que no desmayen las ambiciones legítimas, los deseos justos de mejorar de destino, hace ver en seguida al jóven emprendedor en *La industria y la suerte*, que tal vez aquella vence á ésta y neutraliza su influjo. Ya el hombre, gracias á su actividad bien dirigida, goza el bien que anhelaba; preciso es advertirle ahora que la prosperidad humana es de poca dura, y que el paso continuo del bien al mal es acá en la tierra ley invariable de todos tiempos: tal es la lección que ofrece el argumento de *Los favores del mundo*. Pero esta ley puede parecer dura y cruel á nuestra comprension limitada; conviene pues dar la sabia razon de esas inevitables alternativas, que es lo que hace ó pretende ALARCON en la amenísima fábula de *No hay mal que por bien no venga*. Sin embargo, el deseo del bien es connatural al hombre: ¿qué medios tiene de asegurar ese bien, ó de recobrarle una vez perdido? El ejercicio de las grandes virtudes, cuyo modelo vivo descuellan en el protagonista de *Ganar amigos*, en el de *Los pechos privilegiados*, en *El dueño de las estrellas*, y en aquellos dos rivales tan generosos de *Antes que te cases mira lo que haces*. ¿Qué vicios hacen odioso al hombre en la sociedad, le frustran sus mas vehementes deseos, y le atraen tal vez su ruina? El apetito ciego, el interés personal, que desatiende los compromisos del honor; la ingratitude, la detraccion, la mentira: temas desenvueltos en *Mudarse por mejorarse*, *Las paredes oyen*, *La prueba de las promesas*, *El desdichado en fingir*, *Los empeños de un engaño*, *La verdad sospechosa*. Para completar el sistema doctrinal de ALARCON, las amargas y dolorosísimas consecuencias generales del vicio están consignadas en otras dos comedias. *La culpa busca la pena*, y *Quien mal anda en mal acaba*. El resto de las composiciones de ALARCON hoy conocidas, que no pasa de diez, pertenece á la escuela de Lope: las hay de enredo, las hay heróicas, de espectáculo y de magia; pero en todas ellas alguna idea útil brota, y si se oculta, vuelve á salir cual manantial intermitente; las máximas sanas abundan, y al cabo ningún escritor dramático

nuestro compuso, como él, mas de la mitad de sus obras con fin instructivo; ninguno se dedicó de propósito, como él, á este género de poesía fructífera, madura; ninguno dejó, como él, modelos de la comedia de carácter, modelos imitados después por extranjeros y nacionales, y nunca escedidos. Así, pues, el primero y mas notable rasgo que distingue á DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA como poeta cómico, es la moralidad, la filosofía.

Moralista entre hombres de imaginacion, claro es que esta circunstancia habia de dar á sus obras un realzado sello de originalidad. Por eso el doctor Juan Perez de Montalban, en el libro que tituló *Para todos*, escribe, mencionando las comedias de ALARCON, estas palabras: "Las dispone con tal novedad, ingenio y *extrañeza*, que no hay comedia suya que no tenga mucho que admirar y nada que reprender; que después de haberse escrito tantas, es gran muestras de su caudal fertilísimo." La novedad que Montalban admiraba en las comedias de ALARCON, novedad que llegaba para él hasta la *extrañeza*, no podía consistir en la trama ni en los lances, porque en esto cada autor se esforzaba á ser nuevo; tenia que nacer principalmente de que ALARCON pintaba caracteres morales entre poetas que solo reproducian caracteres cabalerescos; tenia que nacer de que ALARCON aspiraba á corregir entre poetas que solo se proponian deleitar.

De la novedad, de la diferencia del fin, habia de resultar con precision diferencia, y por consiguiente novedad, en la inventiva ó eleccion de los argumentos, y en la manera de ordenarlos. A disposicion de todos los autores cómicos se hallaba *El conde Lucanor*, la célebre conseja del Mago de Toledo; y sin embargo nadie sino ALARCON pudo introducirla atinadamente en las tablas, porque á todos pareció sin duda mas doctrinal que cabaleresca, y no eran de moda en aquel tiempo los dramas doctrinales. A disposicion de todos estaba el rasgo admirable de Garcí-Ruiz de Alarcon que en el punto de ir á matar á un enemigo suyo, detubo el golpe al oír á su víctima encomendarse á la Virgen; pero solo su descendiente, JUAN RUIZ el ercoovado, era capaz de fundar en aquella accion de piedad cristiana el filosófico pensamiento que se desenvuelve en *Los favores del mundo*. Escritores modernos han asegurado que la comedia de Lope de Vega titulada: *El premio*

de bien hablar, sugirió á D. JUAN DE ALARCON la idea para *Las paredes oyen*: lo cierto es que la comedia de Lope de Vega es puramente de enredo, y la de ALARCON de carácter; pero es además igualmente cierto que la de ALARCON ya estaba escrita y coleccionada por los años de 1621, al paso que la de Lope, cuya coleccion principió en 1604, no aparece incluida allí hasta el tomo XXI dado á luz en 1635, el año mismo de la muerte de Lope: las probabilidades de originalidad están á favor de ALARCON. El introdujo otra grande novedad para su época, modificando el personaje del criado cómico gracioso, quitándole el carácter filosófico-bufon con que de ordinario se le representaba, y reduciéndole á ser un sirviente de confianza. Como en las obras de ALARCON entraba la filosofía por base, no habia necesidad de ponerla en boca de un personaje inferior; como el gusto de ALARCON era mas escrupuloso que el de sus compañeros de arte, le repugnaba una figura que ofendia repetidas veces la ley del buen gusto; como ALARCON, en fin, buscaba la verdad en sus obras, y el gracioso, tal como solia introducirse, no era personaje verdadero, sino convencional, queriale nuestro autor en las tablas como venia á ser en el mundo. Esto lo habia conocido ya y dicho varios dramaturgos; ALARCON lo dijo y lo puso en práctica. La brevedad de los diálogos, el cuidado constante de evitar las repeticiones, y la manera singular y rápida de cortar á veces los actos, acaban de diferenciar completamente las obras de ALARCON de las de todos nuestros dramáticos contemporáneos suyos.

Ahora bien: aunque es loable empeño en un poeta cómico pretender enmendar las costumbres; aunque es preciosa prenda la originalidad en el poeta cómico; no obstante, ni la una ni la otra cualidad, ni ambas juntas, forman cabal un autor dramático bueno. Por la simple enumeracion de los asuntos en que se ocupó D. JUAN ALARCON, se ha visto que era filósofo; falta saber si sus obras, inspiradas por la filosofía, cumplian con las condiciones del arte; si morales en su fin y originales en sus medios, contenian caracteres bien ideados y desenvueltos; si estaban diestramente trazadas y bien escritas; si caminaban á su fin con oportunos medios; con movimiento é interes hábilmente graduados; si son, en fin, buenas comedias. Justo es confesar desde luego que el título de alguna promete mas de lo que la obra cumple, como sucede

en *La culpa busca la pena* y en *No hay mal que por bien no venga*; en otras el pensamiento filosófico se desarroya en una fábula sobradamente novelesca y recargada de incidentes, en medio de los cuales desaparece aquel pensamiento, como sucede en la de *Ganar amigos*, que sin embargo es bellísima. De cualquier modo que sea, tiene ALARCON dos comedias de carácter, que son: *Las paredes oyen* y *La verdad sospechosa*; tiene otras cuatro de pensamiento filosófico mas ó ménos grave, que son: *Los favores del mundo*, *La prueba de las promesas*, *Mudarse por mejorarse*, y *Todo es ventura*; seis producciones que, tomando en cuenta la época en que fueron escritas, y aun sin tomarla con respecto á las dos primeras, colocan á D. JUAN RUIZ DE ALARCON en tan elevado puesto como el que ocupa el mayor ingenio cómico. Las lecciones morales que se propuso Molière en *El misántropo*, en *El avaro* y en *El hipócrita*, no las dió con tan acertado tino como el que tuvo ALARCON en su *Maldiciente* y su *Mentiroso*. El murmurador D. Mendo y el embustero D. García se hacen odiosos, ridículos é infelices por efecto del vicio á que se abandonan; el misántropo de Molière, no puede ser odioso ni aun ridículo, porque siendo hombre de virtud y valor, queda siempre bien puesto en el concepto de los espectadores, y la mayor dicha que pueda acontecerle es que le desaire una mujer voluble. El avaro no recibe por su avaricia mas castigo que un susto, de que sale bien pronto. El Hipócrita, conocida ya su hipocrecia de todos, arrostra con descaro las miradas de sus víctimas y se pierde el fruto de sus viles artimañas, no es por haber sido hipócrita durante algun tiempo, sino por haber sido antes un malvado famoso, cuyos crímenes habian llegado á noticia del rey de Francia. Además, avarientos, misántropos y embelecadores tan exagerados como los de Molière, pocas veces por fortuna se ven; maldicientes y mentirosos como los de Alarcon los ha habido y habrá mientras no mude su sér en otro la flaca naturaleza del hombre: son pues mas verdaderos los tipos del poeta español, y es mas aplicable, y por ello mas útil, la censura del vicio.

Esto en cuanto á los caracteres; en cuanto á la manera de manejarlos, en cuanto al mérito artístico del cuadro respectivo en que figuran, creo que bastará referir la opinion que de algunas han formado jueces irrecusables, Corneille, que tradujo en parte, y en parte imitó, *La verdad*

sospechosa, solia decir que daria dos de sus mejores composiciones por haber inventado el original, que era lo que mas le agradaba de cuanto habia leído en nuestro idioma. Molière confesaba que *La verdad sospechosa*, imitada por Corneille, era la obra donde habia conocido la verdadera comedia. Voltaire principia el prólogo que puso al *Menteur* de Corneille diciendo que los franceses nos deben la primera comedia, lo mismo que la primera tragedia, que ilustró á la Francia. Monsieur de Puibusque llama inapreciable tesoro á lo que halló Corneille en la obra de nuestro americano. El señor Adolfo Federico de Schack, á quien debe Alemania dos volúmenes de piezas del teatro español traducidas, y después una apreciable historia de nuestra literatura dramática, sostiene, después de hacer grandes elogios de ALARCON, que no tiene comedia que no se distinga con ventaja. El autor de *Edipo*, el de la oda á la beneficencia, el Curioso Parlante y el cantor de Guzman el Bueno han dicho de ALARCON lo que verá el lector á continuación de este discurso, y me exíme de entrar ahora en pormenores prolijos. Los caracteres ya citados del maldiciente y el mentiroso, el del cortesano y benévolo D. Juan de Mendoza, en quien tal vez se retrató ALARCON á sí propio, con su nombre, apellido y fealdad; la D^a Inés en *El examen de maridos*; el Tejedor de Segovia; los protagonistas de *Ganar amigos*, *Los favores del mundo* y *El dueño de las estrellas*; algunas de sus damas, como la Leonor de *Mudarse por mejorarse*; alguna criada, como la Celia de *Las paredes oyen*; muchos criados, como el Tello de *Todo es ventura*, que es realmente el héroe; aquel D. Domingo de D. Blas, por cuyo bienhechor egoismo se podria dar toda la virtud humanitaria de muchos: estos y otros personajes de ALARCON tienen en sus comedias fisonomía propia, varia y bella; ni se aparécen entre sí, ni pueden equivocarse con figuras creadas por otros autores. Feliz en la pintura de los caracteres cómicos para castigar en ellos el vicio, como en la invencion y desarrollo de los caracteres heroicos para hacer la virtud adorable; rápido en la accion, sobrio en los ornatos poéticos, inferior á Lope en la ternura respecto á los papeles de mujer, á Moreto en viveza cómica, á Tirso en travesura, á Calderon en grandeza y en habilidad para los efectos teatrales, aventaja sin escepcion á todos en la variedad y perfeccion de las figuras, en el

tino para manejarlas, en la igualdad del estilo, en el esmero de la versificación, en la corrección del lenguaje.

Principiaba ya este á viciarse cuando escribía nuestro ALARCON: algo le tocó del contagio, como era inevitable componiendo para el teatro, donde, si se ha de agradar, forzoso es acomodarse en cierto modo á los usos ó abusos corrientes; pero era sobrado firme ALARCON, era su juicio muy sólido para sacrificar del todo su literaria al mal gusto que iba cundiendo. Quien tenía valor para estampar en el prólogo de la primera parte de su *Teatro*, dirigiéndose al vulgo: "Allá van esas comedias..... si te desagradaren, me holgaré de saber que son buenas;" no podía correr la suerte de Jáuregui, tan puro en su traducción de *Aminta* y tan gongorino despues en su *Orfeo*. Dijérase que ALARCON, diariamente alimentado con la sana y sabrosa lectura de nuestros poetas del siglo XVI, no acertaba por fortuna suya, sino rara vez, á remedar la vana afectación de los cultos: ¡ojalá que nada se le hubiese pegado! En *La prueba de las promesas* se leen estas hermosas líras de un galán desdeñado:

Hermoso dueño mio,
Por quien sin fruto lloro,
Pues cuanto mas te adoro,
Tanto mas desconfío
De vencer la esquivaza
Que intenta competir con tu belleza,
La natural costumbre
En tí miro trocada:
Lo que á todas agrada
Te causa pesadumbre,
El ruego te embravece,
Amor te hiela, llanto te endurece.
Belleza te compone
Divina, no lo ignoro,
Pues por deidad te adoro;
Mas ¿qué razon dispone
Que perfecciones tales
Rompan los estatutos naturales?
Si á tu belleza he sido
Tan tierno enamorado,
Si estimo despreciado
Y quiero aborrecido,
¿Qué ley sufre ó qué fuero
Que me aborrescas tú porque te quiero?

En estos versos, á lo menos en las primeras estrofas, no puede negarse que la primera dición

se avecina mas á la sencillez de Garcilaso que á la altisonancia de Calderon. De esta sencillez, de esta claridad y limpieza proviene que despues de dos siglos conserve el estilo de ALARCON la frescura de las obras de ayer y de los buenos escritos de hoy: pasó el dos siglos há; su habla vive. Citaré algunos trozos, en que, juntamente con la belleza de la espresion, podrá admirarse la nobleza, profundidad, galantería ó chiste del concepto.

En la comedia titulada "Los favores del mundo," en que Garci-Ruiz de Alarcon, teniendo en el suelo á su enemigo, se para al tiempo de herirle, porque le oye exclamar: "¡Válgame la Virgen!" encarece el príncipe de Asturias D. Enrique, hijo de D. Juan II, en estos términos la magnanimidad de García:

Vuestra dicha es tan estraña,
que quisiera, vive Dios,
mas haber hecho la hazaña
que hoy, García, hicistes vos,
que ser príncipe de España;
que en los pechos valerosos,
bastantes por sí á emprender
los casos dificultosos,
el alcanzar y vencer
consiste en ser venturosos;
mas en que un hombre perdone,
viéndose ya vencedor,
á quien le quitó el honor,
nada la fortuna pone;
todo se debe al valor.
Dar la muerte al enemigo,
de temello es argumento;
despreciallo es mas castigo,
pues que vive á ser testigo
contra sí del vencimiento.
La victoria el matador
abrevia, y el que ha sabido
perdonar, la hace mayor,
pues mientras vive el vencido,
venciendo está el vencedor.

En "Mudarse por mejorarse," pieza cuyo argumento envidiaría Scribe, se hallan los dos cortos pasajes que voy á transcribir, advirtiendome antes que la acción de la comedia consiste en que un D. García, tratado de casar con cierta Doña Clara, se enamora de Leonor, sobrina de la novia.

LEONOR. ¿Por ventura, D. García,
es uso en Madrid corriente

enamorar juntamente
á la sobrina y la tia?

D. García. Al ménos si tan divina
sobrina viene al lugar
como vos, uso es dejar
la tia por la sobrina.

Leonor. Mal uso.

D. García. No ha de llamarse
malo, si es tal la ocasion.

Leonor. ¿Cómo puede ser razon
mudarse?

D. García. Por mejorarse.

Leonor. Pues la ley de la firmeza
¿á qué obliga ó cuándo alcanza,
si hace justa la mudanza
el mejorar la belleza?

Que ser firme no es querer
firme el mas hermoso amor;
que para amar lo mejor,
¿qué firmeza es menester?
Firme es quien hace desprecio
de otra ocasion mas dichosa.

D. García. Confieso, Leonor hermosa,
que ese es firme, pero es necio.

Leonor. ¿Luego en quien fuere discreto
no hay que poner confianza,
pues disculpa la mudanza
el mejorar el sugeto?

D. García Claro está.

Leonor. Pues siendo así,
y que os tengo, D. García,
por cuerdo, y dejais mi tia
por mejoraros en mí,
perdoneme vuestro amor;
que á resistir me prevengo,
hasta que sepa si tengo
otra sobrina mejor.

La discreta Leonor, comprometida por los enredos de García, se ve precisada á admitir fingidamente los obsequios de un marques galán y rico, de quien al fin se enamora de veras. García se resuelve á sacarla de su casa en una silla de manos, lo que da lugar al siguiente diálogo entre los dos y la criada Mencía.

D. GARCÍA. El plazo veis limitado,
y veis la ocasion forzosa:
cumplidme, Leonor hermosa,
la palabra que habeis dado.
Dadme la mano, y entrad
en esa silla, señora.—

¿Agora dudais? Agora
Os deteneis?

Leonor. Perdonad;
que ya perdió de alcanzarme
la ocasion vuestro cuidado.

D. García. ¿Cómo, cruel, te has mudado
tan presto?

Leonor. Por mejorarme.

Mencía (Ap.) Dióle con su misma flor.

D. García. ¿No bastara desdeñarme,
ingrata, sin agraviarme,
haciendo al marques mejor?

Leonor. ¿Negaréis la mejoría;
aunque en sangre sois igual,
de poco á mucho caudal,
de merced á señoría?

D. García. No la niego; mas ¿qué efeto
á tu promesa le has dado,
tirana, si la has mudado
en mejorando el sugeto?
¿Qué palabra me guardabas,
ó qué firmeza tenias,
si á mí solo me querias
mientras no te mejorabas?
Firme es sola quien desprecia
la ocasion de mejoría.

Leonor. Yo os confieso, D. García,
que esa es firme, pero es necia.

Bajando algo mas la entonacion, es notable la apología que un criado hace de las mujeres en "Todo es ventura."

¿Qué es lo que mas condenamos
en las mujeres? ¿El ser
de inconstante parecer?
Nosotros las enseñamos.
—¿Tener al dinero amor?
Es cosa de muy buen gusto,
ó tire una piedra el justo
que no incurre en este error.
—¿Ser fáciles? ¿Qué han de hacer
si ningun hombre á porfía,
y todos al cuarto dia
se cansan de pretender?
—¿Ser duras? ¿Qué nos quejamos
si todos somos estremos?
dificil lo aborrecemos,
y fácil no lo estimamos.
Pues si los varones son
maestros de las mujeres,
y sin ellas los placeres

los indicios de mis ojos.
 Pero, como á tu grandeza
 atreverme ofenderia.
 no mostrar que te queria
 ofendiera tu belleza;
 y así de entrambos agravios
 evité las ocasiones,
 diciéndole las acciones
 y negándole los labios;
 que aunque decir mi tormento
 es honra de tu gloria,
 pues confieso la victoria
 que llevas del sufrimiento,
 y es mas fineza perderme,
 publicando mi pesar,
 que privarte con callar
 de la gloria de vencerme;
 refrené el atrevimiento,
 viendo que no es recompensa
 de tu mas liviana ofensa
 ni mas grave rendimiento;
 y callando mis cuidados
 por no ofenderte muriera,
 si tu piedad no rompiera
 al silencio los candados.
 Ya los rompí, y tan dichoso
 soy ya, que no me has oido
 menos humana atrevido,
 que me mirabas medroso.
 Y así, Aurora, manda, ordena
 dispon de mí y de mi vida;
 que en ventura tan crecida
 que de seso me enajena,
 ni discurre el pensamiento
 mas que para obedecerte,
 ni mas que para quererte
 me ha quedado entendimiento.
 Aurora. Filipo, tres voluntades
 os pone amor que vencer;
 que se precia de emprender
 donde hay mas dificultades.
 La de mi padre y la mia
 y la del Rey, todas tres
 han de conformarse, ó es
 inútil vuestra porfia.
 Dionisio me adora ciego
 y mi padre á Policiano
 ha prometido mi mano;
 yo, aunque en amoros
 sin su licencia

no me he de determinar
 mi padre, no la ha de dar
 si el Rey hace resistencia.
 El ya veis, si la ha de hacer,
 pues sabéis su amor ardiente;
 ved si tanto inconveniente
 os atrevéis á vencer,
 que dello, desgranjeada
 la voluntad, de la mia
 no dudéis; que aunque debia
 no responder declarada,
 segun la ley de mi estado,
 fuera recato perdido,
 tras lo que os he respondido
 con haberos escuchado.
 Filipo. No hay cosa que yo no pueda
 pues tu favor merecí;
 que de la fortuna así
 he puesto un clavo á la rueda.
 Aurora. Mi favor es tu fortuna?
 Filipo. Como es mi bien tu belleza.
 Aurora. Si estriba en mí su firmeza,
 no temas mudanza alguna
 mientras no la mereciere.
 Filipo. Quien ama no desobliga.
 Pero ¿qué quieres que diga
 al Rey?
 Aurora. Lo que tú quisiere.
 Filipo. ¿Y no lo que me ordenabas?
 Aurora. Era engaño.
 Filipo. ¿Con qué intento?
 Aurora. Para ver si, del tormento,
 apretado, confesabas.
 Filipo. ¿Luego le aborreces?
 Aurora. ¿Y á Policiano?
 Filipo. ¿La mano
 por mi padre á Policiano
 contra mi gusto ofreci.
 Filipo. ¿Luego solo soy dichoso?
 Aurora. Solo alcanzas mi favor.
 Filipo. Pues perdone el Rey; que amor
 es Dios, y es mas poderoso.
 De bien diferentes afectos son las carenas terce-
 ra y cuarta de "Los pechos privilegiados" (Acto 1º)
 Rey. ¿Rodrigo?
 Rodrigo. ¿Señor?
 Rey. ¿Aurora?
 Aurora. ¿A buscaros curiaba
 que ya sin vos dilataba

á muchos siglos una herá.
 Rodrigo. ¿Cuándo puede merecer
 señor, gozar tan crecido
 favor?
 Rey. A tiempo he venido
 en que el vuestro he menester.
 Rodrigo. Hoy mi ventura de nuevo
 comenzaré á celebrar,
 si en algo empiezo á pagar
 lo mucho, señor, que os debo.
 Rey. En algo no; en todo, amigo.
 me daré por satisfecho.
 Rodrigo. Acabé pues vuestro pecho
 de ser liberal conmigo.
 Rey. Yo estoy (por decirlo todo
 de una vez) enamorado;
 y es tan alto mi cuidado
 que no puedo tener modo
 de remediar mi pasionada
 si vos no sois el terecero,
 porque las prendas que quiero,
 prendas de Melendo, son
 Rodrigo. (Ap.) ¿Ay de mí! Leonor será
 ¿quién lo duda?
 Rey. Vos, Rodrigo,
 sois tan familiar amigo
 del Conde, que no podrá
 darme mayor confianza
 otro que vos, ni tener
 ocasion de disponer
 los medios á mi esperanza,
 que, como á su bien mayor,
 á los favores aspira
 de la hermosa Doña Elvira.
 Rodrigo. (Ap.) Cobró la vida mi amor.
 Rey. Este es el bien que pretendo
 por vuestra mano alcanzar.
 Rodrigo. ¿Tenéis que os ha de negar
 la de su hija Melendo,
 si os queréis casar, señor?
 Declaraos con él; que es cierto
 que alcanzaréis por concierto
 lo que intentais por amor.
 Rey. En tan poco habéis creído.
 que me estimó, que os pudiera,
 si ser su esposo quisiera,
 el favor que os he pedido.
 Rodrigo. ¿Y en tan poca estimación
 os tengo yo, que debia
 presumir que en vos

injusta imaginación
 ¿Y en tan poco me estimais?
 ó me estimais ya, que es
 que para una cosa sea
 valeros de mi querais.
 Y al fin, ¿tan poco entendéis
 que estimo al Conde, que entienda
 que vuestra afición le ofenda,
 si ser su yerno podéis?
 Rey. A mí y al Conde y á vos.
 Rodrigo, estimar es justo;
 mas ni tiene ley el gusto,
 ni razón el ciego dolo.
 Y cuando Sancho García,
 conde de Castilla, intenta
 (porque así la paz aumenta
 entre su gente y la mia)
 darme de Doña Mayor,
 su hermosa hija, la mano,
 y el leonés y el castellano
 tuvieran por loco error,
 pudiendo, no efuallo,
 ¿con qué disculpa ó que ley
 trocara su título un Rey
 por la hija de un vasallo?
 Rodrigo. Pues si en eso corresponde
 á la razon vuestro pecho,
 ¿por qué tambien no lo ha hecho,
 para no ofender al Conde?
 Rey. Porque lo primero fundo
 en buena razon de estado,
 y en estar enamorado,
 que es sin razon lo sentido.
 Esto habiais de haber por mí,
 si es que mi vida estimais,
 y si el lugar deseais
 pagar que en el alma os di.
 Rodrigo. Señor, mirad...
 Rey. Ciego estoy;
 no me aconsejéis, Rodrigo.
 Esto haced, si sois mi amigo.
 Rodrigo. Alfonso, porque lo soy,
 os pongo de la verdad
 á los ojos el espejo;
 que se vé en el buen consejo
 la verdadera amistad.
 Rey. Yo me doy por advertido,
 y del consejo obligado;
 mas pues, habiéndole dado,
 con quien sois habéis cumplido

determinándome yo
á no tomalle, Rodrigo,
debe ayudarme mi amigo
á lo mismo que culpó.

Rodrigo. Nunca disculpa la ley
de la amistad el error.

Rey. ¿Disculpa queréis mayor
que hacer el gusto del Rey?

Rodrigo. Antes será mas culpado,
y de eso mismo se arguye,
porque del Rey se atribuye
siempre el error al privado.

Y con razon; que es muy cierto
que el divino natural
que da la sangre real
no puede hacer desacierto,
si al genio bien inclinado
de quien solo bien se aguarda
hacen dos ángeles guarda
y aconseja un buen privado.

Rey. Libres Dios que la pasion
del amor sujete al Rey;
que ni hay consejo ni ley,
ni sangre ni inclinacion;
antes llega á enfurecer
con tanta mayor violencia,
cuanto mayor resistencian
tuvo el amor que vencer.
Y puesto que me venció,
y he llegado á resolverme,
os toca ya obedecerme,
si aconsejarme os tocó.

Rodrigo. Señor, la misma razon
porque á mí me lo enargais,
hace, si bien lo mirais,
la mayor contradiccion;
que si á Elvira puedo hablar
por ser amigo del Conde,
con eso mismo os responde
mi fé que me he de escusar;
pues ni yo fuera Rodrigo
de Villagómez, ni fuera
digno de que en mí cupiera
el nombre de vuestro amigo,
si solo por daros gusto
en un caso tan mal hecho,
hiciera á un amigo estrecho
un agravio tan injusto.

Rey. Si os sentis mas obligado
á su amistad que á la mia,

servirame esta porfia
de haberme desengañado;
pero si valgo, Rodrigo
de Villagómez, con vos
mas que el Conde, una de dos:
hacerlo, ó no ser mi amigo.

Rodrigo. Si yo no lo he merecido
por mi sangre y mi valor,
muy caro dáis el favor,
á precio de honor vendido;
que ese es modo con que suele
levantarse á la privanza
del Rey, solo quien no alcanza
otras alas conque vuela;
mas no quien pudo llegar
por sus partes á subir,
y merece con servir,
y no con lisonjear.

Rey. Vuestra opinion os engaña;
que á quien lisonjas desea,
sirve quien le lisonjea
más que quien le desengaña.
Y para que os reduzçais,
advertid que es neçedad
perder de un rey la amistad
por lo que no remediais;
que para este fin, Rodrigo,
mil vasallos tendré yo
sin dificultad; vos no
fácilmente un rey amigo.

Rodrigo. Para hacer yo lo que debo,
solo á lo que debo miro;
ni á otros efectos aspiro
ni de otras causas me muevo.
Lo que yo solo no hago,
decis que muchos harán;
mas esos mismos darán
lustre á la deuda que pago;
pues cuando os pierda, señor,
dirán que entre tantos fui
solo yo quien me atreví
á perderos por mi honor.
Los malos honran los buenos,
como honra la noche al dia;
que sin tinieblas, tendria
el mundo la luz en ménos.

Rey. Basta; que es poco respeto
tanto argumentar conmigo;
y advertid, si como amigo
os descubrí mi secreto,

supuesto que os resolvais
á no hablar á la que adora
mi pecho, que os mando agora,
como rey, que lo calleis,
y no me volvais á ver;
que si á precio del honor
juzgais caro mi favor,
debiérades entender
que en esta cumbre que toco
es el mas alto interes
ser mi amigo; y si lo es,
nunca mucho costó poco. (Vase.)

Rodrigo. (Solo.) ¿Esto es servir? ¿Estos son
los premios de la fineza,
los fines de la grandeza,
los frutos de la ambicion?
¿De modo que la razon
no ha de ser ley, sino el gusto,
y que cuando el Rey no es justo,
quien conserva su privanza
viene á dar cierta probanza
de que tambien es injusto?
Pues no, no perdais, honor,
la alabanza mas segura;
que ser privado es ventura,
no quererlo ser, valor.
El privar es resplandor
de ajenos rayos prestado,
y es luz propia haber mostrado
que quiso ser maz Rodrigo
buen amigo de su amigo,
que de su rey mal privado.
Perdí su gracia y mi amor
á Leonor; que es justa ley
que sin licencia del Rey
no me dé el Conde á Leonor.
Su indignacion y mi honor
pedilla me han impedido,
pues su sangre he ya entendido
que quiere el Rey ofender;
mas el valor en perder
hace lograr lo perdido.
Perdiendo pues, corazon,
ganemos la mayor gloria;
que es la mas alta victoria
vencer la propria pasion.
Combátame la ambicion,
aflijame el amor loco;
que en estas desdichas toco
de la virtud el valor.

y si es ella el bien mayor,
nunca mucho costó poco.

Mostrar que estos pasajes están bien pensados
y escritos, me parece tarea inútil; con oírlos basta.
Pues así escribe ordinariamente Alarcon, como
lo verificará por sí quien abriere por cualquier
parte este libro. La comedia ménos feliz de las
suyas está hablada de esta propia manera: como
poeta no es igual nuestro Alarcon en todas sus
producciones; como escritor, comedias tiene de
poco mérito, cuya versificacion y lenguaje son mejores
que el de sus obras maestras: mas correccion
hay por ventura en la comedia de "Quien mal anda"
que en "La verdad sospechosa." En "La man-
ganilla de Melilla" especie de comedia de magia,
una de las menos recomendables de nuestro poeta,
después de la del "Anticristo," se halla este vi-
goroso diálogo entre un caudillo español y un
moro:

Acen. ¿Quieres por una mujer
perder la vida y honor?
Vanegas. Moro, yo tengo valor
que no teme tu poder;
y aunque toda Berberia
venga talando y rompiendo,
la causa de Dios defiendo,
y él defenderá la mia.

Ahora bien, este autor filósofo, original, cor-
recto, buen dramático, ¿qué estima, qué concepto
mereció á su siglo? Vimos ya que Montalban hi-
zo de él honorífica mencion en su "Para todos;"
Nicolás Antonio le pone en muy alto predicamen-
to en su "Biblioteca;" Lope de Vega en su "Lau-
rel de Apolo" le consagró unos versos encomiás-
ticos, cuyo último pensamiento no es muy com-
prensible, pero el propio Montalban, el mismo Lo-
pe, y con ellos Quevedo, Góngora, Tirso de Moli-
na, Mira de Améscoa y otra porcion de autores
buenos y malos, hicieron al infeliz Alarcon blan-
co de una sátira, que á primera vista parece la
mas encarnizada y absurda que pudo imaginarse.
Consérvase una letrilla de Quevedo ó Góngora
contra Alarcon; se conservan trece decimas de los
autores ántes indicados, entre quienes vuelve Que-
vedo á contarse; consérvase ademas algun epi-
grama suelto y una porcion de seguidillas, todo
encaminado á poner á D. Juan de Alarcon en ri-
dículo. Allí se le aplican los apodos de camello
enano, cohombro, monaza vieja, galápago, poeta

Zambo, poeta entre dos platos, coco, tilde, esquilon de ermita, costal de huesos, nadador con calabazas, cara de buho, cuerpo de rana y pasatiempo de todos; allí además le llaman corneja y ave de rapaña; allí se le dice que no ha escrito en su vida cosa buena, y que "Las paredes oyen y Mudarse por mejorarse" se han de llamar comedias de Alarcon para su desercito. No hay que indignarse: por fortuna se halla en las seguidillas una expresion que aclara el misterio; dice en una de ellas que Alarcon "tiene por amigos hombres de cordelejo;" se dice así mismo en una décima que "se le esperaba y habia faltado," de lo cual de otros indicios se refiere que todo era una especie de burla ó vejamen de los que se usaban en las academias ó certámenes literarios, tan frecuentes á la sazón en España. Celebráronse en Madrid, unas fiestas de toros y cañas, cuya memoria quiso perpetuar el duque de Cea en un poema descriptivo: encargó á nuestro poeta la descripción; y él, que probablemente escribiría "despacio," porque sus obras no son muchas, y revelan toda meditacion y detenimiento, recurrió para que le ayudaran á sus amigos D. Antonio Mira de Amescua, Luis de Belmonte, Anastasio Pantaleon, y cierto D. Diego, que no se sabe si sería Muger, Figuera ó cual, porque no consta el apellido. Salio, como aseguran los autores de las décimas y era de esperar, muy malo el poema de los cinco (2); y en estas circunstancias hubo de haber una academia, tertulia ó reunion literaria notable en Madrid, á la cual, debiendo concurrir, no asistió Alarcon; falta que presumo fué castigada con las trece décimas, la letrilla y las seguidillas epigramáticas, ó por lo ménos, que en efecto parecen hechas de repente y en comunidad; todas son desaliñadas, muchas pecan de oscuras, y una de ellas, consta de once versos; distraído estaria el señor doctor que la compuso. En las obras de Pantaleon se halla

(2) Fueron (á lo que yo he podido entender) las que se hicieron en obsequio del príncipe de Gales á 21 de Agosto de 1623, segun refiere Leon Pinelo en su historia manuscrita de Madrid. "A estas fiestas (dice) sacó á luz sesenta y siete octavas el licenciado D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, como de su grande ingenio." Si en una obra de sesenta y siete octavas trabajaron cinco escritores, no podian tocarles muchas á uno; por eso dice Lope con sobrada razon en su décima, "que es tambien cosa cruel echarle la culpa á el de lo que la tienen tantos." A pesar de todo, Pinelo, como se ve, habla el poema. Yo no he podido haberle á las manos.

un vejamen dado en una academia; en el cual, despues de haber hecho espantosas caricaturas de los que entraron en el concurso, tildando á uno de ellos de puerco y á otro de viejo, termina la sátira advirtiéndole que todo ha de entenderse como dicho de burla; una burla de estas debió ser la que se le hizo á D. Juan de Alarcon en las coplas de los trece; burla en la cual se cargarian mas la mano, por ir dirigida á un hombre á quien no se apreciaba mucho como poeta, y que por sus imperfecciones físicas estaria acostumbrado á oír necedades, así como por su carácter á despreciarlas. Autorizan la última conjetura los siguientes versos de las "Paredes oyen," en que se manifiestan las razones que impiden al hombre de miramiento contestar á una injuria con otra.

Satirizas? — No conyiegan
que esto solo puede hacer
quien no tiene que perder,
ó que lo digan no tiene;
pero yo, cómo querias
que predique sin ser santo?
Qué faltas diré, si hay tanto
que remediar en las mías?

Alarcon, por lo que dan á entender estos versos, debía ser de carácter pacífico, lo cual bastaba para que se le atreviesen; debía vivir retirado, y sobraba con esto para que se lo juzgara con rigor: á quien no se ve, mal se conoce; todas las injusticias que se hacen los hombres, al juzgarse en el teatro civil, nacen por lo común de no conocerse.

Verdaderamente los contemporáneos de Alarcon no podian tasar bien el mérito especial de aquel hombre. Sus comedias debian producir poco efecto en el público, porque sus bellezas no eran muy perceptibles para él, y sus defectos (de los cuales ya es razon decir algo) no eran de los que entónces fácilmente se perdonaban. Era Alarcon escritor único en su género, y así sus obras habian de tener algo de aquella extrañeza que apuntó Montalban, lo cual amortiguaria el brillo de las bellezas, poniendo de realce las faltas. Ya hemos visto que los argumentos de sus fábulas eran graves por lo común: primer inconveniente para que una obra guste á gentes que lo primero que buscan en el teatro es divertirse. Sus graciosos no eran bufones; otro inconveniente gravísimo para aquel tiempo; sus enamorados eran poco discretadores y no muy pendencieros, por lo cual parecerian frios; sus damas (y esta sí que realmente

era falta crecida) pecaban tal vez de egoistas y prócicas, por lo cual en varias comedias de Alarcon flaquea tambien el interes. Introducia mucha accion en sus dramas, la llevaba con rapidez, variaba á cada paso el lugar de la accion, y de ello resultaba que el espectador no le tomaba gusto. La repugnante situacion de un hombre luchando con una señora, y el odioso carácter de la mujer que terciaba en daño del honor de otra, no son raros en las obras de nuestro poeta filósofo, poco filósofo en esta parte. Añádase á lo dicho una verificación mas limpia que música, una locucion mas exacta que pintoresca; y dígase si no era preciso que un auditorio acostumbrado al tono enfático y campanudo de muchos autores estimase poco las comedias de D. Juan Alarcon, por lo mismo que entendia sus pensamientos perfectamente. "Esto es trivial," (exclamaria el descontentadizo mosquetero que tiranizaba el patio de la Cruz y del Principe); estos son conceptos de poeta de primera tonsura; no es esto lo que merece los bravos y palmadas de un auditorio culto."

Hoy no es así; para nosotros todo el teatro antiguo español desde Lope acá, ofrece un viso, un tinte, un colorido de antigüedad casi uniforme: objetos distantes entre sí, visto de lejos aparecen en un mismo plano. La posteridad ha empezado á resarcir, á premiar á Alarcon; la extrañeza que le perjudicó para su siglo, no lo es para el nuestro; ántes cabalmente de todos nuestros antiguos dramáticos, Alarcon es el que mas se acerca á la comedia moderna; por Alarcon es en mi concepto por donde se ha de principiar el estudio del antiguo teatro español. Nos desagradará en él en primer lugar todo aquello que es efecto del gusto viciado ó poco escrupuloso de la época; pero en ningún otro autor se encontrará ménos prominente ese vicio; ménos grave esa falta de escrupulo. Formábanse nuestros antiguos dramáticos una cronología, una civilizacion, y una geografía imaginarias para escribir sus dramas históricos, y gustaban de colocar la accion en paisos remotos; Alarcon muy pocas veces eligió argumentos fuera ó lejos de España, y en los asuntos españoles que pertenecen á las edades medias no cometió tantos ni tan absurdos anacronismos como otros: Alarcon, conociendo de sí mismo y conducido por instinto de buen gusto exelente, se empleaba en lo que mejor entendia, y vislumbraba á lo ménos lo que debía hacerse. Españoles son los griegos que pin-

tan en su "Amistad castigada" y en "El dueño de la estrellas;" coetáneos suyos son los personajes de "No hay mal que por bien no venga" y "La crueldad por el honor," que pertenecen á los siglos IX y XI; pero en "La prueba de las promesas" y "La cueva de Salamanca," todo ó la mayor parte es bastante sincrónico. Nos desagradará tambien la liviandad no escarmentada de alguno de sus personajes de segundo orden, y alguna, aunque muy rara vez, una expresion mal sonante á nuestros oídos; pero así, y no más que así, era la cultura de aquella época, y sobre poco mas ó ménos tal parecerá la época actual á las edades futuras. No desagradará la fisonomía comun de sus segundos galanes y muchas de sus damas; nos entristecerá desagradablemente, por ser caso de inquisicion, su bien escrita comedia "Quien mal anda en mal acaba;" perdonáremos la del Anticristo por lo atrevido del pensamiento, y "La manzanilla de Melilla" por el buen carácter de Vanegas; léeremos sin enfado "La industria y la suerte, El semejante á sí mismo, Los empeños de un engaño, El desdichado en fingir, La culpa busca la pena, La amistad castigada, La crueldad por el honor y El dueño de las estrellas;" y aun la misma "Cueva de Salamanca;" sonreiremos gratamente con "Todo es ventura" y "La prueba de las promesas," "Mudarse por mejorarse," "No hay mal que por bien no venga" y "El examen de maridos" nos arrancarán la risa á cada escena: risa que se trocará, ya en pasmo, ya en dulces lágrimas al ver aquel D. Fadrique de "Ganar amigos," tan noble y virtuoso, que salva de la muerte al que le habia muerto un hermano; aquel Rodrigo Villagómez de "Los pechos privilegiados," que tan alto concepto tenia de la dignidad real y de sí propio, que no podia imaginar que un monarca se valiera de él para una accion fea; aquel terrible Tejedor de Segovia, aquel amabilísimo Garcá-Ruiz de Alarcon, sufriendo constante las vicisitudes de la suerte, qual inmóvil peñasco en medio de la mar agitada. Y cuando sonaren en nuestros oídos las sentidas y rigorosas quejas del padre que echa en cara al hijo el degradante vicio de la mentira; cuando veamos á una jóven hermosa refugiarse al amparo de un caballero poco favorecido de la suerte y la naturaleza, huyendo como de una víbora de un amante murmurador, mentiroso, de la especie mas abominable, porque la mentira del hablador atolondrado puede ser inofensiva, y la del

maldiciente es sangrienta; entonces ¿qué escritor dramático, qué hombre nos parecerá, no superior, no igual, pero ni comparable siquiera al calumniado, al desatendido y olvidado Ruiz de Alarcón? Ninguno, porque en el templo de Talía solo él descuella como campeón de la verdad, de la clemencia, del agradecimiento, de la entereza, de toda virtud.

Conmóvido el corazón, complacido el entendimiento, halagado el gusto con las bellezas que abundan en el teatro de Alarcón, ¿deberá, podrá el crítico reparar mucho en las formas de aquel teatro? No: la cuestión de formas ya está decidida; las del antiguo drama español fueron lo que las circunstancias de la época permitían: con esa forma se han escrito excelentes obras; no despreciamos un instrumento útil. El precepto de *una acción sola en un lugar y un día*, utilísimo para muchos asuntos escénicos, no es aplicable á todos; nuestros poetas antiguos le desatendieron mil veces con poca necesidad; mil veces también obraron juiciosamente en desatenderlo. A falta de estudios clásicos han atribuido muchos esa licencia de nuestros poetas; los ingleses y alemanes del siglo pasado y el presente, muy versados en aquel estudio; los franceses, y tras ellos nosotros, después de haber ensalzado la ley de las tres unidades, hemos vuelto á la forma establecida por Lope, considerando, como él, esencial para el drama la unidad de acción, y dependientes de la acción las unidades de lugar y de tiempo. Esto practicó Alarcón en sus comedias, quebrantando la de lugar con muchísima frecuencia, y limitándose en la de tiempo á dos días en alguna pieza, á cuatro ó cinco en otra, á una hora sola en "La prueba de las promesas." Mucho se ha censurado la mezcla de géneros en el teatro español antiguo: Alarcón afortunadamente nos ofrece más de un modelo de la comedia terenciana, de la comedia pura; Alarcón es el clásico de nuestro teatro antiguo. De las otras composiciones suyas, que pertenecen al género misto, llamado unas veces tragicomedia, tragedia urbana otras, drama sentimental después, y hoy lisa y llanamente drama, no hay ya qué decir, habiéndose hecho tantas y tan vigorosas defensas de este género al vindicar á nuestro teatro

antiguo, cuyo canal se compone de dramas principalmente: el drama, la mezcla de lo festivo y lo patético, está en la naturaleza, y puede estar en el arte, que la imita, por lo cual desde Menandro acá en todos los teatros del mundo ha habido dramas. Drama es "El cable" (*Rudens*) de Plauto; drama "Los cautivos;" drama "La Suetra" (*Hecyra*) de Terencio, y en el mismo "Anfitrión" el personaje de Alcmena pertenece al drama. Un drama fué la primera obra de mérito que produjo el clasicismo en España: "El delincuente honrado;" la primera obra y la última de nuestro gran clásico Moratin, "El viejo y la niña" y "El sí de las niñas" tienen escenas puramente de drama; si quisieramos proibir el drama los españoles, no nos quedaria teatro. Apreciemos pues los buenos dramas de Alarcón lo mismo que sus buenas comedias, porque todas las bellezas artísticas deben apreciarse. Alarcón, dotado de imaginación métrica más que sus competidores, pero por lo mismo estraviándose ménos; inferior de fecundidad, pero más vario, y por lo mismo más original y más nuevo; superior en luces á muchos, en gusto, corrección y filosofía á todos, es en mi concepto, si no un gran poeta dramático-lírico-caballeresco como Lope, Calderón, Tirso y Moreto, igual á ellos como escritor dramático de costumbres, y los excede como autor dramático de carácter. Si este juicio pareciere demasiado atrevido, fácil me será conciliar todas las opiniones, evitando un paralelo difícil. Alarcón cultivó un género que no era el de Lope: no comparemos cosas desemejantes; conservemos á Lope su templo donde reciba adoraciones del mundo entre Shakespeare, Schiller y Goethe, Moreto, Calderón y Tirso de Molina; pero en el templo de Menandro y Terencio, precediendo á Corneille y anunciando á Molière, coloquemos el ara de Alarcón como ara de alianza, como vínculo entre el romanticismo antiguo y los clásicos modernos, entre el "Romancero" y el "Gil Blas," entre el siglo de Carlos V y el de Luis XIV. Allí, lejos de los que le injuriaron de burlas ó veras, podrá Alarcón recibir el incienso que le es debido, sin que ofendidas y envidiosas se agiten en sus puntos las marmóreas efigies de sus competidores.

UNIVERSIDAD

JANIL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



